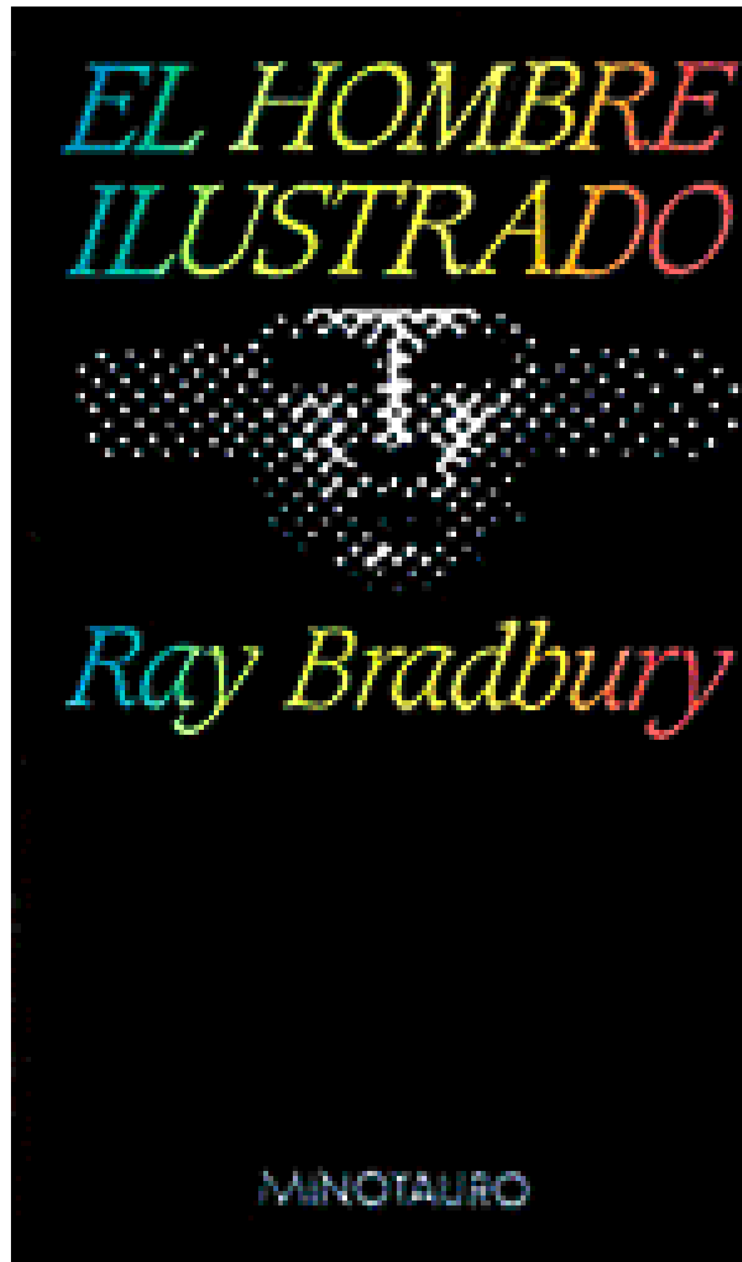
El Hombre Ilustrado

RAY BRADBURY



Dedico este libro, cariñosamente, a mi padre, mi madre y Skip.

Prólogo:

El Hombre Ilustrado

En una tarde calurosa de principios de setiembre me encontré por primera vez con el hombre ilustrado. Yo caminaba por una carretera asfaltada, recorriendo la última etapa de una excursión de quince días por el Estado de Wisconsin. Al atardecer me detuve, comí un poco de carne de cerdo, unas habas y un bizcocho. Me preparaba a descansar y leer cuando el hombre ilustrado apareció sobre la colina. Su figura se recortó brevemente contra el cielo.

Yo no sabia entonces que era ilustrado; sólo vi que era alto, que alguna vez había sido esbelto, y que ahora, por alguna razón, comenzaba a engordar. Recuerdo que tenia los brazos largos y las manos anchas, y un rostro infantil en lo alto de un cuerpo macizo.

Me hablo antes de verme, como si hubiese adivinado mi presencia.

-Señor, ¿sabe usted dónde podría encontrar trabajo?

-Temo que no -le respondí.

-Cuarenta años y nunca he tenido un trabajo duradero -me dijo.

Aunque hacía mucho calor, el hombre ilustrado llevaba una camisa de lana, cerrada hasta el cuello. Los puños de las mangas le ocultaban las anchas muñecas. La transpiración le corría por la cara. Y sin embargo no se abría la camisa.

-Bien -me dijo al fin-, este lugar es tan bueno como cualquiera para pasar la noche. ¿No lo molesto?

-Si usted quiere, me sobra un poco de comida –le invité.

Se sentó pesadamente y lanzó un gruñido.

-Se arrepentir de haberme invitado -me dijo-. Todos se arrepienten. Por eso no paro en ningún sitio. Aquí estamos, a principios de setiembre, en lo mejor de la temporada de las ferias. Tendría que estar ganando montones de dinero en el parque de diversiones de cualquier pueblo, y aquí me tiene, sin ninguna perspectiva.

El hombre ilustrado se sacó un enorme zapato y lo examinó con atención.

-Comúnmente conservo mi empleo diez días. Luego algo ocurre, y me despiden. Hoy ningún hombre, de ninguna feria del país se atrevería a tocarme, ni con una pértiga de tres metros.

-¿Qué le pasa? -le pregunté.

El hombre me respondió desabotonándose lentamente el cuello apretado. Cerró los ojos, y con movimientos muy lentos se abrió la camisa. Luego, con la punta de los dedos, se tocó la piel.

-Es curioso -dijo con los ojos todavía cerrados-. No se las siente, pero están ahí. No dejo de pensar que algún dia miraré y ya no estarán. Camino al sol durante horas, en los días más calurosos, cocinándome y esperando que el sudor las borre, que el sol las queme; pero llega la noche, y están todavía ahí.

El hombre ilustrado volvió hacia mí la cabeza, mostrándome el pecho.

-¿Están todavía ahí? -me preguntó.

Durante unos instantes no respiré.

-Si -dije-, están todavía ahí.

Las ilustraciones.

-Me cierro la camisa a causa de los niños -dijo el hombre abriendo los ojos-. Me siguen por el campo. Todo el mundo quiere ver las imágenes, y sin embargo nadie quiere verlas.

El hombre se sacó la camisa y la apretó entre las manos. Tenia el pecho cubierto de ilustraciones, desde el anillo azul, tatuado alrededor del cuello, hasta la línea de la cintura.

-Y así en todas partes -me dijo adivinándome el pensamiento-. Estoy totalmente tatuado. Mire.

Abrió 1a mano. En la mano se veía una rosa recién cortada, con unas gotas de agua cristalina entre los suaves pétalos rojizos. Extendí la mano para tocarla, pero era sólo una ilustración.

En cuanto al resto, no sé cómo pude quedarme quieto y mirar. El hombre ilustrado era una acumulación de cohetes, y fuentes, y personas, dibujados y coloreados con tanta minuciosidad que uno creía oír las voces y los murmullos apagados de las multitudes que habitaban su cuerpo. Cuando la carne se estremecía, las manitas rosadas gesticulaban, los labios menudos se movían, en los ojitos verdes y dorados se cerraban los párpados. Había prados amarillos y ríos azules, y montañas y estrellas y soles y planetas, extendidos por el pecho del hombre ilustrado como una vía láctea. Las gentes se dividían en veinte o más grupos, instalados en los brazos, los hombros, las espaldas, los costados, las muñecas y la parte alta del vientre. Se los veía en bosques de vello, escondidos en una constelación de pecas, o hundidos en las cavernas de las axilas, con ojos resplandecientes como diamantes. Cada grupo parecía dedicado a su propia actividad; cada grupo era toda una galería de retratos.

-¡Oh! ¡Son hermosas! -exclamé.

¿Cómo podría describir las ilustraciones? Si en lo mejor de su carrera el Greco hubiese pintado miniaturas, no mayores que tu mano, infinitamente detalladas, con sus colores sulfurosos y sus deformaciones, quizá hubiera utilizado para su arte el cuerpo de este hombre. Los colores ardían en tres dimensiones. Eran como ventanas abiertas a mundos luminosos. Aquí, reunidas en un muro, estaban las más hermosas escenas del universo. El hombre ilustrado era un museo ambulante. No era ésta la obra de esos ordinarios tatuadores de feria que trabajan con tres colores y un aliento que huele a alcohol. Era el trabajo de un genio; una obra vibrante, clara y hermosa.

-Ah, si -dijo el hombre ilustrado-, mis ilustraciones. Me siento tan orgulloso de ellas que me gustaría destruirlas. He probado con papel de lija, con ácidos, con un cuchillo...

El sol se ponía. La luna se levantaba ya por el este.

-Pues estas ilustraciones -afirmó el hombre-, predicen el futuro.

No dije nada.

-Todo está bien a la luz del sol -continuó-. Puedo emplearme entonces en una feria. Pero de noche... Las pinturas se mueven. Las imágenes cambian.

Creo que sonreí.

-¿Desde cuándo está usted ilustrado?

-Desde el año 1900. Yo tenía entonces veinte años y trabajaba en un parque de diversiones. Me rompí una pierna. No podía moverme. Tenia que hacer algo para no perder el empleo, y entonces decidí tatuarme.

-Pero ¿quién lo tatuó? ¿Qué pasó con el artista?

-La mujer volvió al futuro -dijo el hombre-. Así es. Vivía en una casita en el interior de Wisconsin, no muy lejos de aquí. Una vieja bruja que en un momento parecía tener cien años y poco después no más de veinte. Me dijo que ella podía viajar por el tiempo. Yo me reí. Pero ahora sé que decía la verdad.

-¿Cómo la conoció?

El hombre ilustrado me lo dijo. Había visto el letrero al lado del camino. ¡ILUSTRACIONES EN LA PIEL! ¡Ilustraciones, y no tatuajes! ¡Ilustraciones artísticas! Y allí había estado, toda la noche, mientras las mágicas agujas lo mordían y picaban como avispas y abejas delicadas. A la mañana parecía un hombre que hubiese caído bajo una prensa multicolor: tenia el cuerpo brillante y cubierto de figuras.

-He buscado a esa bruja todos los veranos, durante casi medio siglo -dijo el hombre extendiendo los brazos-. Cuando la encuentre, la mataré.

El sol se había ido. Brillaban ya las primeras estrellas y la luna iluminaba los pastos y las espigas. Las imágenes del hombre ilustrado resplandecían en la sombra como carbones encendidos, como esmeraldas y rubíes con los colores de Rouault y de Picasso, y los cuerpos enjutos y alargados del Greco.

-Cuando las imágenes empiezan a moverse, me despiden. Ocurren cosas terribles en mis ilustraciones. Cada una es un cuento. Si usted las mira atentamente unos pocos minutos, le contarán una historia. Si las mira tres horas, las narraciones serán treinta o cuarenta, y usted oirá voces, y pensamientos. Todo está aquí, en mi piel; no hay más que mirar. Pero sobre todo, hay cierto lugar de mi espalda... -El hombre ilustrado se volvió-. ¿Ve? Sobre mi omóplato derecho no hay ningún dibujo. Sólo una mancha de color.

-Si.

-Cuando he estado con alguien un rato, ese omóplato se cubre de sombras, y se convierte en un dibujo. Si estoy con una mujer, al cabo de una hora su rostro aparece ahí, en mi espalda, y ella ve toda su vida... cómo vivirá y cómo morirá, qué parecerá cuando tenga sesenta anos. Y si me encuentro con un hombre, una hora después su retrato aparece también en mi espalda. Y el hombre se ve a si mismo cayendo en un precipicio, o aplastado por un tren... Entonces me despiden.

El hombre hablaba y al mismo tiempo movía las manos sobre las ilustraciones, como para ajustar los marcos y sacarles el polvo, con los ademanes de un conocedor, de un aficionado al arte. Al fin se tendió de espaldas, a la luz de la luna. Era una noche calurosa, serena y sofocante. Nos habíamos sacado la camisa.

-¿Y nunca encontró a la vieja?

-Nunca.

-¿Y cree usted que venía del futuro?

-¿Cómo, si no, podría conocer estas historias que me pintó sobre la piel?

El hombre, fatigado, cerro los ojos.

-A veces, de noche -dijo débi1mente-, siento las figuras. como hormigas sobre 1a piel. Sé lo que pasa entonces y lo que tiene que pasar. Yo nunca 1as miro. Trato de olvidarme. No debemos mirarlas. No las mire usted tampoco, se lo advierto. Vuélvame la espalda cuando se vaya a dormir.

Yo estaba acostado no muy lejos. El hombre no tenía, aparentemente, un carácter violento, v las ilustraciones eran tan hermosas... Yo me hubiese ido lejos de toda esa charla. Pero las ilustraciones... Dejé que los ojos se me llenaran de imágenes. Con esos cuadros sobre el cuerpo, cualquiera podía perder la cabeza.

La noche era serena. Yo podía oír la respiración del hombre ilustrado, bañado por la luna. Los grillos cantaban dulcemente en las hondonadas lejanas. Me puse de costado para ver mejor las ilustraciones. Pasó, quizá, una media hora. Yo no sabía si el hombre ilustrado se había dormido, pero de pronto lo oí respirar:

-Se mueven, ¿no es cierto?

Esperé un minuto. Y luego dije:

-Sí.

Las imágenes se movían, Una por vez, uno o dos minutos. Allí, a la luz de la luna, con el menudo tintineo de los pensamientos y las voces distantes como voces del mar, se desarrollaron los dramas. No sé si esos dramas duraron una hora o dos. Sólo sé que me quedé allí, inmóvil, fascinado, mientras las estrellas giraban en el cielo.

Dieciocho ilustraciones, dieciocho cuentos. los conté uno a uno.

Primero, mis ojos se posaron en una escena, una casa grande con dos personas. Vi unos buitres que volaban en un cielo rosado y ardiente. Vi leones amarillos, y oí voces.

La primera ilustración tembló y se animó.

La Pradera

1

—George, me gustaría que le echaras un ojo al cuarto de jugar de los niños.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Pues bien, ¿y entonces?

—Sólo quiero que le eches un ojeada, o que llames a un psicólogo para que se la eche él.

—¿Y qué necesidad tiene un cuarto de jugar de un psicólogo?

—Lo sabes perfectamente —su mujer se detuvo en el centro de la cocina y contempló uno de los fogones, que en ese momento estaba hirviendo sopa para cuatro personas—. Sólo es que ese cuarto ahora es diferente de como era antes.

—Muy bien, echémosle un vistazo.

Atravesaron el vestíbulo de su lujosa casa insonorizada cuya instalación les había costado treinta mil dólares, una casa que los vestía y los alimentaba y los mecía para que se durmieran, y tocaba música y cantaba y era buena con ellos. Su aproximación activó un interruptor en alguna parte y la luz de la habitación de los niños parpadeó cuando llegaron a tres metros de ella. Simultáneamente, en el vestíbulo, las luces se apagaron con un automatismo suave.

—Bien —dijo George Hadley.

Se detuvieron en el suelo acolchado del cuarto de jugar de los niños. Tenía doce metros de ancho por diez de largo; además había costado tanto como la mitad del resto de la casa. “Pero nada es demasiado bueno para nuestros hijos”, había dicho George.

La habitación estaba en silencio y tan desierta como un claro de la selva un caluroso mediodía. Las paredes eran lisas y bidimensionales. En ese momento, mientras George y Lydia Hadley se encontraban quietos en el centro de la habitación, las paredes se pusieron a zumbar y a retroceder hacia una distancia cristalina, o eso parecía, y pronto apareció un sabana africana en tres dimensiones; por todas partes, en colores que reproducían hasta el último guijarro y brizna de paja. Por encima de ellos, el techo se convirtió en un cielo profundo con un ardiente sol amarillo.

George Hadley notó que la frente le empezaba a sudar.

—Vamos a quitarnos del sol —dijo—. Resulta demasiado real. Pero no veo que pase nada extraño.

—Espera un momento y verás dijo su mujer.

Los ocultos olorificadores empezaron a emitir un viento aromatizado en dirección a las dos personas del centro de la achicharrante sabana africana. El intenso olor a paja, el aroma fresco de la charca oculta, el penetrante olor a moho de los animales, el olor a polvo en el aire ardiente. Y ahora los sonidos: el trote de las patas de lejanos antílopes en la hierba, el aleteo de los buitres. Una sombra recorrió el cielo y vaciló sobre la sudorosa cara que miraba hacia arriba de George Hadley.

—Unos bichos asquerosos —le oyó decir a su mujer.

—Los buitres.

—¿Ves? allí están los leones, a lo lejos, en aquella dirección. Ahora se dirigen a la charca. Han estado comiendo —dijo Lydia—. No sé el qué.

—Algún animal —George Hadley alzó la mano para defender sus entrecerrados ojos de la luz ardiente—. Una cebra o una cría de jirafa, a lo mejor.

—¿Estás seguro? —la voz de su mujer sonó especialmente tensa.

--No, ya es un poco tarde para estar seguro —dijo él, divertido—. Allí lo único que puedo distinguir son unos huesos descarnados, y a los buitres dispuestos a caer sobre lo que queda.

—¿Has oído ese grito? —preguntó ella.

—No.

—¡Hace un momento!

—Lo siento, pero no.

Los leones se acercaban. Y George Hadley volvió a sentirse lleno de admiración hacia el genio mecánico que había concebido aquella habitación. Un milagro de la eficacia que vendían por un precio ridículamente bajo. Todas las casas deberían tener algo así. Claro, de vez en cuando te asustaba con su exactitud clínica, hacía que te sobresaltases y te producía un estremecimiento, pero qué divertido era para todos en la mayoría de las ocasiones; y no sólo para su hijo y su hija, sino para él mismo cuando sentía que daba un paseo por un país lejano, y después cambiaba rápidamente de escenario. Bien, ¡pues allí estaba!

Y allí estaban los leones, a unos metros de distancia, tan reales, tan febril y sobrecogedoramente reales que casi notabas su piel áspera en la mano, la boca se te quedaba llena del polvoriento olor a tapicería de sus pieles calientes, y su color amarillo permanecía dentro de tus ojos como el amarillo de los leones y de la hierba en verano, y el sonido de los enmarañados pulmones de los leones respirando en el silencioso calor del mediodía, y el olor a carne en el aliento, sus bocas goteando.

Los leones se quedaron mirando a George y Lydia Hadley con sus aterradores ojos verde-amarillentos.

—¡Cuidado! —gritó Lydia.

Los leones venían corriendo hacia ellos.

Lydia se dio la vuelta y echó a correr. George se lanzó tras ella. Fuera, en el vestíbulo, después de cerrar de un portazo, él se reía y ella lloraba y los dos se detuvieron horrorizados ante la reacción del otro.

—¡George!

—¡Lydia! ¡Oh, mi querida, mi dulce, mi pobre Lydia!

—¡Casi nos atrapan!

—Unas paredes, Lydia, acuérdate de ello; unas paredes de cristal, es lo único que son. Claro, parecen reales, lo reconozco... África en tu salón, pero sólo es una película en color multidimensional de acción especial, supersensitiva, y una cinta cinematográfica mental detrás de las paredes de cristal. Sólo son olorificadores y acústica, Lydia. Toma mi pañuelo.

—Estoy asustada —Lydia se le acercó, pego su cuerpo al de él y lloró sin parar—. ¿Has visto? ¿Lo has *notado*? Es demasiado real.

—Vamos a ver, Lydia...

—Tienes que decirles a Wendy y Peter que no lean nada más sobre África.

—Claro que sí... Claro que sí —le dio unos golpecitos con la mano.

—¿Lo prometes?

—Desde luego.

—Y mantén cerrada con llave esa habitación durante unos días hasta que consiga que se me calmen los nervios.

—Ya sabes lo difícil que resulta Peter con eso. Cuando le castigué hace un mes a tener unas horas cerrada con llave esa habitación..., ¡menuda rabieta cogió! Y Wendy lo mismo. *Viven* para esa habitación.

—Hay que cerrarla con llave, eso es todo lo que hay que hacer.

—Muy bien —de mala gana, George Hadley cerró con llave la enorme puerta—. Has estado trabajando intensamente. Necesitas un descanso.

—No lo sé... No lo sé —dijo ella, sonándose la nariz y sentándose en una butaca que inmediatamente empezó a mecerse para tranquilizarla—. A lo mejor tengo pocas cosas que hacer. Puede que tenga demasiado tiempo para pensar. ¿Por qué no cerramos la casa durante unos cuantos días y nos vamos de vacaciones?

—¿Te refieres a que vas a tener que freír tú los huevos?

—Sí —Lydia asintió con la cabeza.

—¿Y zurzirme los calcetines?

—Sí —un frenético asentimiento, y unos ojos que se humedecían.

—¿Y barrer la casa?

—¡Sí, sí... , claro que sí!

—Pero yo creía que por eso habíamos comprado esta casa, para que no tuviéramos que hacer ninguna de esas cosas.

—Justamente es eso. No siento como si ésta fuera mi casa. Ahora la casa es la esposa y la madre y la niñera. ¿Cómo podría competir yo con una sabana africana? ¿Es que puedo bañar a los niños y restregarles de modo tan eficiente o rápido como el baño que restriega automáticamente? Es imposible. Y no sólo me pasa a mí. También a ti. Últimamente has estado terriblemente nervioso.

—Supongo que porque he fumado en exceso.

—Tienes aspecto de que tampoco tú sabes qué hacer contigo mismo en esta casa. Fumas un poco más por la mañana y bebes un poco más por la tarde y necesitas unos cuantos sedantes más por la noche. También estás empezando a sentirte innecesario.

—¿Y no lo soy? —hizo una pausa y trató de notar lo que de verdad sentía interiormente.

—¡Oh, George! —Lydia lanzo una mirada más allá de él, a la puerta del cuarto de jugar de los niños—. Esos leones no pueden salir de ahí, ¿verdad que no pueden?

Él miró la puerta y vio que temblaba como si algo hubiera saltado contra ella por el otro lado.

—Claro que no —dijo.

2

Cenaron solos porque Wendy y Peter estaban en un carnaval plástico en el otro extremo de la ciudad y habían televisado a casa para decir que se iban a retrasar, que empezaran a cenar. Con que George Hadley se sentó abstraído viendo que la mesa del comedor producía platos calientes de comida desde su interior mecánico.

—Nos olvidamos del *ketchup* —dijo.

—Lo siento —dijo un vocecita del interior de la mesa, y apareció el *ketchup*.

En cuanto a la habitación, pensó George Hadley, a sus hijos no les haría ningún daño que estuviera cerrada con llave durante un tiempo. Un exceso de algo a nadie le sienta nunca bien. Y quedaba claro que los chicos habían pasado un tiempo excesivo en África. Aquel sol. Todavía lo notaba en el cuello como una garra caliente. Y los leones. Y el olor a sangre. Era notable el modo en que aquella habitación captaba las emanaciones telepáticas de las mentes de los niños y creaba una vida que colmaba todos sus deseos. Los niños pensaban en leones, y aparecían leones. Los niños pensaban en cebras, y aparecían cebras. Sol... sol. Jirafas... jirafas. Muerte y muerte.

Aquello no se iba. Masticó sin saborearla la carne que les había preparado la mesa. La idea de la muerte. Eran terriblemente jóvenes, Wendy y Peter, para tener ideas sobre la muerte. No, la verdad, nunca se era demasiado joven. Uno le deseaba la muerte a otros seres mucho antes de saber lo que era la muerte. Cuando tenías dos años y andabas disparando a la gente con pistolas de juguete.

Pero aquello: la extensa y ardiente sabana africana, la espantosa muerte en las fauces de un león... Y repetido una y otra vez.

—¿Adónde vas?

No respondió a Lydia. Preocupado, dejó que las luces se fueran encendiendo delante de él y apagando a sus espaldas según caminaba hasta la puerta del cuarto de jugar de los niños. Pegó la oreja y escuchó. A lo lejos rugió un león.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. Justo antes de entrar, oyó un chillido lejano. Y luego otro rugido de los leones, que se apagó rápidamente.

Entró en África. Cuántas veces había abierto aquella puerta durante el último año encontrándose en el País de las Maravillas, con Alicia y la Tortuga Artificial, o con Aladino y su lámpara maravillosa, o con Jack Cabeza de Calabaza del País de Oz, o el doctor Doolittle, o con la vaca saltando una luna de aspecto muy real —todas las deliciosas manifestaciones de un mundo simulado—. Había visto muy a menudo a Pegasos volando por el cielo del techo, o cataratas de fuegos artificiales auténticos, u oído voces de ángeles cantar. Pero ahora, aquella ardiente África, aquel horno con la muerte en su calor.

Puede que Lydia tuviera razón. A lo mejor necesitaban unas pequeñas vacaciones, alejarse de la fantasía que se había vuelto excesivamente real para unos niños de diez años. Estaba muy bien ejercitar la propia mente con la gimnasia de la fantasía, pero cuando la activa mente de un niño establecía un modelo... Ahora le parecía que, a lo lejos, durante el mes anterior, había oído rugidos de leones y sentido su fuerte olor, que llegaba incluso hasta la puerta de su estudio. Pero, al estar ocupado, no había prestado atención.

George Hadley se mantenía quieto y solo en el mar de hierba africano. Los leones alzaron la vista de su alimento, observándole. El único defecto de la ilusión era la puerta abierta por la que podía ver a su mujer, al fondo, pasado el vestíbulo, a oscuras, como cuadro enmarcado, cenando distraídamente.

—Largo —les dijo a los leones.

No se fueron.

Conocía exactamente el funcionamiento de la habitación. Emitías tus pensamientos. Y aparecía lo que pensabas.

—Que aparezcan Aladino y su lámpara maravillosa —dijo chasqueando los dedos.

La sabana siguió allí; los leones siguieron allí.

—¡Venga, habitación! ¡Que aparezca Aladino! —repitió.

No pasó nada. Los leones refunfuñaron dentro de sus pieles recocidas.

—¡Aladino!

Volvió al comedor.

—Esa estúpida habitación está averiada —dijo—. No quiere funcionar.

—O...

—¿O qué?

—O *no puede* funcionar —dijo Lydia—, porque los niños han pensado en África y leones y muerte tantos días que la habitación es víctima de la rutina.

—Podría ser.

—O que Peter la haya conectado para que siga siempre así.

—¿Conectado?

—Puede que haya manipulado la maquinaria, tocado algo.

—Peter no conoce la maquinaria.

—Es un chico listo para sus diez años. Su coeficiente de inteligencia es...

—A pesar de eso...

—Hola, mamá. Hola, papá.

Los niños habían vuelto. Wendy y Peter entraron por la puerta principal, con las mejillas como caramelos de menta y los ojos como brillantes piedras de ágata azul. Sus monos de salto despedían un olor a ozono después de su viaje en helicóptero.

—Llegáis justo a tiempo de cenar —dijeron los padres.

—Nos hemos atiborrado de helado de fresa y de perritos calientes —dijeron los niños, cogidos de la mano—. Pero nos sentaremos un rato y miraremos.

—Sí, vamos a hablar de vuestro cuarto de jugar —dijo George Hadley.

Ambos hermanos parpadearon y luego se miraron uno al otro.

—¿El cuarto de jugar?

—De lo de África y de todo lo demás —dijo el padre con una falsa jovialidad.

—No te entiendo —dijo Peter.

—Vuestra madre y yo hemos estado viajando por África; Tomáswift y su león eléctrico — explicó George Hadley.

—En el cuarto no hay nada de África —dijo sencillamente Peter.

—Oh, vamos, Peter. Lo sabemos perfectamente.

—No me acuerdo de nada de África —le comentó Peter a Wendy—. ¿Y tú?

—No.

—Id corriendo a ver y volved a contárnoslo.

La niña obedeció.

—Wendy, ¡vuelve aquí! —dijo George Hadley, pero la niña ya se había ido. Las luces de la casa la siguieron como una bandada de luciérnagas. Demasiado tarde, George Hadley se dio cuenta de que había olvidado cerrar con llave la puerta después de su última inspección.

—Wendy mirará y vendrá a contárnoslo —dijo Peter.

—Ella no me tiene que contar nada. Yo mismo lo he visto.

—Estoy seguro de que te has equivocado, padre.

—No me he equivocado, Peter. Vamos

Pero Wendy volvía ya.

—No es África —dijo sin aliento.

—Ya lo veremos —comentó George Hadley, y todos cruzaron el vestíbulo juntos y abrieron la puerta de la habitación.

Había un bosque verde, un río encantador, una montaña púrpura, cantos de voces agudas, y Rima acechando entre los árboles. Mariposas de muchos colores volaban, igual que ramos de flores animados, en trono a su largo pelo. La sabana africana había desaparecido. Los leones habían desaparecido. Ahora sólo estaba Rima, entonando una canción tan hermosa que llenaba los ojos de lágrimas.

George Hadley contempló la escena que había cambiado.

—Id a la cama —les dijo a los niños.

Éstos abrieron la boca.

—Ya me habéis oído —dijo su padre.

Salieron a la toma de aire, donde un viento los empujó como a hojas secas hasta sus dormitorios.

George Hadley anduvo por el sonoro claro y agarró algo que yacía en un rincón cerca de donde habían estado los leones. Volvió caminando lentamente hasta su mujer.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una vieja cartera mía —dijo él.

Se la enseñó. Olía a hierba caliente y a león. Había gotas de saliva en ella: la habían mordido, y tenía manchas de sangre en los dos lados.

Cerró la puerta de la habitación y echó la llave.

En plena noche todavía seguía despierto, y se dio cuenta de que su mujer lo estaba también.

—¿Crees que Wendy la habrá cambiado? —preguntó ella, por fin, en la habitación a oscuras.

—Naturalmente.

—¿Ha cambiado la sabana africana en un bosque y ha puesto a Rima allí en lugar de los leones?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero seguirá cerrada con llave hasta que lo averigüe.

—¿Cómo ha llegado allí tu cartera?

—Yo no sé nada —dijo él—, a no ser que estoy empezando a lamentar que hayamos comprado esa habitación para los niños. Si los niños son neuróticos, una habitación como ésa...

—Se suponía que les iba a ayudar a librarse de sus neurosis de un modo sano.

—Es lo que me estoy empezando a preguntar —George Hadley clavó la vista en el techo.

—Les hemos dado a los niños todo lo que quieren. Y ésta es nuestra recompensa... ¡Secretos, desobediencia!

—¿Quién fue el que dijo que los niños son como alfombras a las que hay que sacudir de vez en cuando? Nunca les levantamos la mano. Son insoportables..., admitámoslo. Van y vienen según les apetece; nos tratan como si los hijos fuéramos nosotros. Están echados a perder y nosotros estamos echados a perder también.

—Llevan comportándose de un modo raro desde que hace unos meses les prohibiste ir a Nueva York en cohete.

—No son lo suficientemente mayores para ir solos. Se lo expliqué.

—Da igual. Me he fijado que desde entonces se han mostrado claramente fríos con nosotros.

—Creo que deberíamos hacer que mañana viniera David McClean para que le echara un ojo a África.

Unos momentos después, oyeron los gritos.

Dos gritos. Dos personas que gritaban en el piso de abajo. Y luego, rugidos de leones.

—Wendy y Peter no están en sus dormitorios —dijo su mujer.

Siguió tumbado en la cama con el corazón latiéndole con fuerza.

—No —dijo él—. Han entrado en el cuarto de jugar.

—Esos gritos... suenan a conocidos.

—¿De verdad?

—Sí, muchísimo.

Y aunque sus camas se esforzaron a fondo, los dos adultos no consiguieron sumirse en el sueño durante otra hora más. Un olor a felino llenaba el aire nocturno.

3

—¿Padre? —dijo Peter.

—¿Qué?

Peter se observó los zapatos. Ya no miraba nunca a su padre, ni a su madre.

—Vas a cerrar con llave la habitación para siempre, ¿verdad?

—Eso depende.

—¿De qué? —soltó Peter.

—De ti y de tu hermana. De que mezcléis África con otras cosas... Con Suecia, tal vez, o Dinamarca o China...

—Yo creía que teníamos libertad para jugar a lo que quisiéramos.

—La tenéis, con unos límites razonables.

—¿Qué pasa de malo con África, padre?

—Vaya, de modo que ahora admites que has estado haciendo que aparezca África, ¿es así?

—No quiero que el cuarto de jugar esté cerrado con llave —dijo fríamente Peter—. Nunca.

—En realidad estamos pensando en pasar un mes fuera de casa. Libres de esta especie de existencia despreocupada.

—¡Eso sería espantoso! ¿Tendría que atarme los cordones de los zapatos yo en lugar de dejar que me los ate el atador? ¿Y lavarme los dientes y peinarme y bañarme?

—Sería divertido un pequeño cambio, ¿no crees?

—No, sería horripilante. No me gustó que quitaras el pintador de cuadros el mes pasado.

—Es porque quería que aprendieras a pintar por ti mismo, hijo.

—Yo no quiero hacer nada excepto mirar y oír y oler. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Muy bien, vete a jugar a África.

—¿Cerrarás la casa pronto?

—Lo estamos pensando.

—Creo que será mejor que no lo penséis más, padre.

—¡No voy a consentir que me amenace mi propio hijo!

—Muy bien —y Peter penetró en el cuarto de jugar.

4

—¿Llego a tiempo? —dijo David McClean.

—¿Quieres desayunar? —preguntó George Hadley.

—Gracias, tomaré algo. ¿Cuál es el problema?

—David, tú eres psicólogo.

—Eso espero.

—Bien, pues entonces échale una mirada al cuarto de jugar de nuestros hijos. Ya lo viste hace un año cuando viniste por aquí. ¿Entonces no notaste nada especial en esa habitación?

—No podría decir que lo notara: la violencia habitual, cierta tendencia hacia una ligera paranoia acá y allá, lo normal en niños que se sienten perseguidos constantemente por sus padres; pero, bueno, de hecho nada.

Cruzaron el vestíbulo.

—Cerré la habitación con llave —explico el padre—, y los niños entraron en ella por la noche.

Dejé que estuvieran dentro para que pudieran formar los modelos y así tú los pudieras ver.

De la habitación salían gritos terribles.

—Ahí lo tienes —dijo George Hadley—. Veamos lo que consigues.

Entraron sin llamar.

—Salid afuera un momento, chicos —dijo George Hadley—. No, no cambiéis la combinación mental. Dejad las paredes como están.

Con los niños fuera, los dos hombres se quedaron quietos examinando a los leones agrupados a lo lejos que comían con deleite lo que habían cazado.

—Me gustaría saber de qué se trata —dijo George Hadley—. A veces casi lo consigo ver. ¿Crees que si trajese unos prismáticos potentes y...?

David McClean se rió.

—Difícilmente —se volvió para examinar las cuatro paredes—. ¿Cuánto hace que pasa esto?

—Algo más de un mes.

—La verdad es que no me causa ninguna buena impresión.

—Yo quiero hechos, no impresiones.

—Mira, George querido, un psicólogo nunca ve un hecho en toda su vida. Sólo presta atención a las impresiones, a cosas vagas. Esto no me causa buena impresión, te lo repito. Confía en mis corazonadas y mi intuición. Me huelo las cosas malas. Y ésta es muy mala. Mi consejo es que desmontes esta maldita cosa y lleves a tus hijos a que me vean todos los días para someterlos a tratamiento durante un año entero.

—¿Es tan mala?

—Me temo que sí. Uno de los usos originales de estas habitaciones era que pudiéramos estudiar los modelos que dejaba la mente del niño en las paredes, y de ese modo estudiarlos con toda comodidad y ayudar al niño. En este caso, sin embargo, la habitación se ha convertido en un canal hacia... ideas destructivas, en lugar de una liberación de ellas.

—¿Ya has notado esto con anterioridad?

—Lo único que he notado es que has echado a perder a tus hijos más que la mayoría. Y ahora los has degradado de algún modo. ¿De qué modo?

—No les dejé que fueran a Nueva York.

—¿Y qué más?

—He quitado algunos de los aparatos de la casa y les amenacé, hace un mes, con cerrar el cuarto de

jugar como no hicieran los deberes del colegio. Lo tuve cerrado unos cuantos días para que aprendieran.

—Vaya, vaya.

—¿Significa algo eso?

—Todo. Donde antes tenían a un Papá Noel, ahora tienen a un ogro. Los niños prefieren a Papá Noel. Dejaste que esta casa os reemplazara a ti y a tu mujer en el afecto de vuestros hijos. Esta habitación es su madre y su padre, y es mucho más importante en sus vidas que sus padres auténticos. Y ahora vas y la quieres cerrar. No me extraña que aquí haya odio. Se nota que brota del cielo. Se nota en ese sol. George, tienes que cambiar de vida. Lo mismo que otros muchos, la has construido en torno a las comodidades. Mañana te morirías de hambre si en la cocina funcionara algo mal. Deberías saber cascar un huevo. Sin embargo, desconéctalo todo. Empieza de nuevo. Llevará tiempo. Pero conseguiremos obtener unos niños buenos a partir de los malos dentro de un año, espera y verás.

—Pero ¿no será un choque excesivo para los niños cerrar la habitación bruscamente, para siempre?

—Lo que yo no quiero es que profundicen más en esto, eso es todo.

Los leones estaban terminando su festín rojo.

Los leones se mantenían al borde del claro observando a los dos hombres.

—Ahora estoy sintiendo que me persiguen —dijo McClean—. Salgamos de aquí. Nunca me gustaron estas malditas habitaciones. Me ponen nervioso.

—Los leones no son reales, ¿verdad? —dijo George Hadley—. Supongo que no habrá ningún modo de...

—¿De qué?

—... ¡De que *se vuelvan* reales!

—No, que yo sepa.

—¿Algún fallo en la maquinaria, una avería o algo?

—No.

Se dirigieron a la puerta.

—No creo que a la habitación le guste que la desconecten —dijo el padre.

—A nadie le gusta morir... Ni siquiera a una habitación.

—Me pregunto si me odia por querer desconectarla.

—La paranoia abunda por aquí hoy —dijo David McClean—. Puedes utilizar esto como pista. Mira

—se agachó y recogió un pañuelo de cuello ensangrentado—. ¿Es tuyo?

—No —la cara de George Hadley estaba rígida—. Pertenece a Lydia.

Fueron juntos a la caja de fusibles y quitaron el que desconectaba el cuarto de jugar.

Los dos niños estaban histéricos. Gritaban y pataleaban y tiraban cosas. Aullaban y sollozaban y soltaban tacos y daban saltos por encima de los muebles.

—¡No le puedes hacer eso al cuarto de jugar, no puedes!

—Vamos a ver, chicos.

Los niños se arrojaron en un sofá, llorando.

—George —dijo Lydia Hadley—, vuelve a conectarla, sólo unos momentos. No puedes ser tan brusco.

—No.

—No seas tan cruel.

—Lydia, está desconectada y seguirá desconectada. Y toda la maldita casa morirá dentro de poco. Cuanto más veo el lío que nos ha originado, más enfermo me pone. Llevamos contemplándonos nuestros ombligos electrónicos, mecánicos, demasiado tiempo. ¡Dios santo, cuánto necesitamos una ráfaga de aire puro!

Y se puso a recorrer la casa desconectando los relojes parlantes, los fogones, la calefacción, los limpiazapatos, los restregadores de cuerpo y las fregonas y los masajeadores y todos los demás aparatos a los que pudo echar mano.

La casa estaba llena de cuerpos muertos, o eso parecía. Daba la sensación de un cementerio mecánico. Tan silenciosa. Ninguna de la oculta energía de los aparatos zumbaba a la espera de funcionar cuando apretaran un botón.

—¡No les dejes hacerlo! —gritó Peter al techo, como si hablara con la casa, con el cuarto de jugar—. No dejes que mi padre lo mate todo —se volvió hacia su padre—. ¡Te odio!

—Los insultos no te van a servir de nada.

—¡Quisiera que estuvieses muerto!

—Ya lo estamos, desde hace mucho. Ahora vamos a empezar a vivir de verdad. En lugar de que nos manejen y nos den masajes, vamos a *vivir*.

Wendy todavía seguía llorando y Peter se unió a ella.

—Sólo un momento, sólo un momento, sólo otro momento en el cuarto de jugar —gritaban.

—Oh, George —dijo la mujer—. No les hará daño.

—Muy bien... muy bien, siempre que se callen. Un minuto, tenedlo en cuenta, y luego desconectada para siempre.

—Papá, papá, papá —dijeron alegres los chicos, sonriendo con la cara llena de lágrimas.

—Y luego nos iremos de vacaciones. David McClean volverá dentro de media hora para ayudarnos a recoger las cosas y llevarnos al aeropuerto. Me voy a vestir. Conecta la habitación durante un minuto. Lydia, sólo un minuto, tenlo en cuenta.

Y los tres se pusieron a parlotear mientras él dejaba que el tubo de aire le aspirara al piso de arriba y empezaba a vestirse por sí mismo. Un minuto después, apareció Lydia.

—Me sentiré muy contenta cuando nos vayamos —dijo suspirando.

—¿Los has dejado en el cuarto?

—También yo me quería vestir. Oh, esa espantosa África. ¿Qué le pueden encontrar?

—Bueno, dentro de cinco minutos o así estaremos camino de Iowa. Señor, ¿cómo se nos ocurrió tener esta casa? ¿Qué nos impulsó a comprar una pesadilla?

—El orgullo, el dinero, la estupidez.

—Creo que será mejor que baje antes de que esos chicos vuelvan a entusiasmarse con esas malditas fieras.

Precisamente entonces oyeron que llamaban los niños.

—Papá, mamá, venid enseguida... ¡enseguida!

Bajaron al otro piso por el tubo de aire y atravesaron corriendo el vestíbulo. Los niños no estaban a la vista.

—¿Wendy? ¡Peter!

Corrieron al cuarto de jugar. En la sabana africana no había nadie a no ser los leones, que los miraban.

—¿Peter, Wendy?

La puerta se cerro dando un portazo.

—¡Wendy, Peter!

George Hadley y su mujer dieron la vuelta y corrieron a la puerta.

—¡Abrid esta puerta! —gritó George Hadley, tratando de hacer girar el picaporte—. ¡Han cerrado por fuera! ¡Peter! —golpeó la puerta—. ¡Abrid!

Oyó la voz de Peter fuera, pegada a la puerta.

—No les dejéis desconectar la habitación y la casa —estaba diciendo.

George Hadley y su mujer daban golpes en la puerta.

—No seáis absurdos, chicos. Es hora de irse. El señor McClean llegará en un momento y...

Y entonces oyeron los sonidos.

Los leones los rodeaban por tres lados. Avanzaban por la hierba amarilla de la sabana, olisqueando y rugiendo.

Los leones.

George Hadley miró a su mujer y los dos se dieron la vuelta y volvieron a mirar a las fieras que avanzaban lentamente, encogiéndose, con el rabo tieso.

George Hadley y su mujer gritaron.

Y de repente se dieron cuenta del motivo por el que aquellos gritos anteriores les habían sonado tan conocidos.

5

—Muy bien, aquí estoy —dijo David McClean a la puerta del cuarto de jugar—. Oh, hola —miró fijamente a los niños, que estaban sentados en el centro del claro merendando. Más allá de ellos estaban la charca y la sabana amarilla; por encima había un sol abrasador. Empezó a sudar—. ¿Dónde están vuestros padres?

Los niños alzaron la vista y sonrieron.

—Oh, estarán aquí enseguida.

—Bien, porque nos tenemos que ir —a lo lejos, McClean distinguió a los leones peleándose. Luego vio cómo se tranquilizaban y se ponían a comer en silencio, a la sombra de los árboles.

Lo observó con la mano encima de los ojos entrecerrados.

Ahora los leones habían terminado de comer. Se acercaron a la charca para beber.

Una sombra parpadeó por encima de la ardiente cara de McClean. Parpadearon muchas sombras. Los buitres bajaban del cielo abrasador.

—¿Una taza de té? —preguntó Wendy en medio del silencio

****

El hombre ilustrado se movía en sueños. Se volvía a un lado y a otro, y con cada movimiento una escena nueva comenzaba a animarse, y le coloreaba la espalda, el brazo, la muñeca. El hombre ilustrado alzó una mano sobre la oscura hierba de la noche. Los dedos se abrieron y allí, en su palma, otra ilustración nació a la vida. El hombre ilustrado se volvió hacia mí y allí en su pecho había un espacio vacío, negro y estrellado, profundo, y algo se movía entre esas mismas estrellas, algo que caía en la oscuridad, que caía, mientras yo lo miraba . . .

Calidoscopio

El primer impacto rajó la nave cual si fuera un gigantesco abrelatas. Los hombres fueron arrojados al espacio, retorciéndose como una docena de peces fulgurantes. Se diseminaron en un mar oscuro mientras la nave, convertida en un millón de fragmentos, proseguía su ruta semejando un enjambre de meteoritos en busca de un sol perdido.

—Barkley, Barkley, ¿dónde estás?

Voces aterrorizadas, niños perdidos en una noche fría.

—¡Woode, Woode!

—¡Capitán!

—Hollis, Hollis, aquí Stone.

—Stone, soy Hollis. ¿Dónde estás?

—¿Cómo voy a saberlo? Arriba, abajo... Estoy cayendo. ¡Dios mío, estoy cayendo!

Caían. Caían, en la madurez de sus vidas, como guijarros diminutos y plateados. Se diseminaban como piedras lanzadas por una catapulta monstruosa. Y ahora en vez de hombres eran sólo voces.

Voces de todos los tipos, incorpóreas y desapasionadas, con distintos tonos de terror y resignación.

—Nos alejamos unos de otros.

Era cierto. Hollis, rodando sobre sí mismo, sabía que lo era y, de alguna forma, lo aceptó. Se alejaban para recorrer distintos caminos y nada podría reunirles de nuevo. Vestían sus trajes espaciales, herméticamente cerrados, sus pálidos rostros ocultos tras las placas faciales. No habían tenido tiempo de acoplarse las unidades energéticas. Con ellas, habrían sido pequeños botes salvavidas flotando en el espacio. Se habrían salvado, habrían salvado a otros, habrían encontrado a todos hasta unirse para formar una isla de hombres y pensar en alguna salida. Pero ahora, sin las unidades energéticas acopladas a sus hombros, eran meteoritos alocados encaminándose hacia destinos diversos e inevitables.

Pasaron diez minutos. E1 terror inicial se apagó, dando paso a una calma metálica. Sus voces extrañas empezaron a entrelazarse en el espacio, un telar inmenso y oscuro, cruzándose y volviéndose a cruzar hasta formar el tejido final.

—Stone a Hollis. ¿Cuánto tiempo podremos hablar por radio?

—Depende de tu velocidad y la mía.

—Una hora, supongo.

—Algo así —dijo Hollis, pensativo y tranquilo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hollis al cabo de un minuto.

—El cohete estalló, eso es todo. Los cohetes estallan, ¿sabes?

—¿Hacia dónde caes?

—Creo que me estrellaré en el Sol.

—Yo en la Tierra. De vuelta a la madre Tierra a quince mil kilómetros por hora, Arderé como una cerilla.

Hollis pensó en ello con una sorprendente serenidad. Le parecía estar separado de su cuerpo, viéndolo caer y caer en el espacio, con la misma tranquilidad con la que había visto caer los primeros copos de nieve de un invierno muy lejano.

Los otros guardaban silencio. Pensaban en el destino que les había llevado a esto, a caer y caer sin poder hacer nada para evitarlo. Hasta el capitán callaba, porque no había orden o plan que pudiera arreglarlo todo.

—¡Oh, esto es interminable! ¡Interminable, interminable! —exclamó una voz. ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Esto es interminable!

—¿Quién habla?

—No lo sé.

—Creo que es Stimson. Stimson, ¿eres tú?

—Esto es interminable y no me gusta. ¡Dios mío, no me gusta nada!

—Stimson, aquí Hollis. Stimson, ¿me oyes?

Una pausa. Seguían separándose unos de otros.

—¿Stimson?

—Sí —replicó por fin.

—Stimson, tranquilízate. Todos tenemos el mismo problema.

—No quiero estar aquí. Me gustaría estar en cualquier otro sitio.

—Hay una posibilidad de que nos encuentren.

—Si, sí, seguro —dijo Stimson—. No creo en esto, no creo que esté sucediendo realmente.

—Es una pesadilla —dijo alguien.

—¡Cállate! —ordenó Hollis.

—Ven y hazme callar —contestó la voz. Era Applegate. Se reía con toda tranquilidad, sin histeria—. Ven y hazme callar.

Por primera vez, Hollis sintió su impotencia. La cólera se adueñó de él porque en aquel momento deseaba, más que ninguna otra cosa, herir a Applegate. Había esperado muchos años para poder hacerlo..., y ahora era demasiado tarde. Applegate era únicamente una voz radiofónica.

¡Y seguían cayendo y cayendo!

Dos de los hombres se pusieron a gritar, de repente, como si acabaran de descubrir el horror de su situación. Hollis vio a uno de ellos, en una pesadilla, flotando muy cerca de él, chillando y chillando.

—¡Basta!

El hombre estaba casi al alcance de su mano. Gritaba enloquecido. Nunca se callaría. Seguiría chillando durante un millón de kilómetros, mientras se encontrara en el campo de acción de la radio. Fastidiaría a todos los demás e impediría que hablaran entre sí.

Hollis alargó la mano. Era mejor así. Hizo un último esfuerzo y tocó al hombre. Se agarró a su tobillo y fue desplazando la mano hasta llegar a la cabeza. El hombre chilló y se retorció como si estuviera ahogándose. Sus gritos llenaron el universo.

"Da lo mismo —pensó Hollis—. El Sol, la Tierra o los meteoros lo matarán igualmente. ¿Por qué no ahora?"

Hollis aplastó la placa facial del hombre con su puño metálico. Los gritos cesaron. Se apartó del cadáver y lo dejó alejarse siguiendo su propio curso, cayendo y cayendo.

Hollis y los demás seguían cayendo sin cesar en el espacio, en el interminable remolino de un terror silencioso.

—Hollis, ¿sigues ahí?

Hollis no contestó. Una oleada de calor inundó su rostro.

—Aquí Applegate otra vez.

—¿Qué hay, Applegate?

—Hablemos. No podemos hacer otra cosa.

El capitán intervino.

—Ya es suficiente. Tenemos que encontrar una solución.

—Capitán, ¿por qué no se calla?

—¿Qué?

—Ya me ha oído, capitán. No pretenda imponerme su rango, porque nos separan quince mil kilómetros y no tenemos que engañarnos. Tal como dijo Stimson, la caída es interminable.

—¡Compórtese, Applegate!

—No quiero. Esto es un motín de uno solo. No tengo una maldita cosa que perder. Su nave era mala, usted un mal capitán, y espero que se ase cuando llegue al Sol.

—¡Le ordeno que se calle!

—Adelante, vuelva a ordenarlo. —Applegate sonrió a quince mil kilómetros de distancia. El capitán no dijo nada más—. ¿Dónde estabamos, Hollis? Ah, sí ya recuerdo. También te odio a ti. Pero tú ya lo sabes. Hace mucho tiempo que lo sabes.

Hollis, desesperado, cerró los puños.

—Quiero confesarte algo —prosiguió Applegate—. Algo que te hará feliz. Fui uno de los que votaron contra ti en la Rocket Company, hace cinco años.

Un meteorito surcó el espacio. Hollis miró hacia abajo y vio que no tenía mano izquierda. La sangre brotaba a chorros. De repente, advirtió la falta de aire en su traje. El oxígeno que conservaba en los pulmones le permitió, sin embargo, hacer un nudo a la altura de su codo izquierdo, apretando la juntura y cerrando el escape. La rapidez del suceso no le dio tiempo a sorprenderse. Ninguna cosa podía sorprenderle en aquel momento. Ya cerrado el boquete, el aire volvió a llenar el traje en un instante. Y la sangre, que había brotado con tanta facilidad, quedó comprimida cuando Hollis apretó aún más el nudo, hasta convertirlo en un torniquete.

Todo esto había sucedido en medio de un terrible silencio por parte de Hollis. Los otros hombres conversaban. Uno de ellos, Lespere, hablaba sin cesar de si mujer de Marte, de su mujer venusiana, de su mujer de Júpiter, de su dinero, sus buenos tiempos, sus borracheras, su afición al juego, su felicidad... Hablaba y hablaba, mientras todos caían. Lespere, feliz, recordaba el pasado mientras se precipitaba a la muerte.

¡Todo era tan raro! Espacio, miles de kilómetros de espacio, y voces vibrando en su centro. Ningún hombre al alcance de la vista, sólo las ondas de radio se agitaban tratando de emocionar a otros hombres.

—¿Estás enfadado, Hollis?

—No.

Y no lo estaba. Había recuperado la serenidad. Era una masa insensible, cayendo para siempre hacia ninguna parte.

—Durante toda tu vida quisiste llegar a la cumbre, Hollis. Y yo lo impedí. Siempre quisiste saber lo que había ocurrido. Bien, voté contra ti antes de que me despidieran a mí también.

—No tiene importancia.

Y no la tenía. Todo había terminado. Cuando la vida llega a su fin es como un intenso resplandor. Un instante en el que todos los prejuicios y pasiones se condensan e iluminan en el espacio, antes de que se pueda decir una sola palabra. Hubo un día feliz y otro desdichado, hubo un rostro perverso y otro bondadoso... El resplandor se apaga y se hace la oscuridad.

Hollis pensó en su pasado. Al borde de la muerte, una sola cosa le atormentaba y por ella, únicamente por ella, deseaba seguir viviendo. ¿Sentirían lo mismo sus compañeros de agonía? ¿Tendrían aquella sensación de no haber vivido nunca? ¿Pensarían, como él, que la vida surge y muere antes de poder respirar una vez? ¿Les parecería a todos tan abrupta e imposible, o sólo a él, aquí, ahora, con escasas horas para meditar?

Uno de los otros hombros estaba hablando.

—Bueno, yo viví bien. Tuve una esposa en Marte, otra en Venus y otra en Júpiter. Todas tenían dinero y se portaron muy bien conmigo. Fue maravilloso. Me emborrachaba, y hasta una vez gané veinte mil dólares en el juego.

"Pero ahora estás aquí —pensó Hollis—. Yo no tuve nada de eso. Tenía celos de ti, Lespere. En pleno trabajo envidiaba tus mujeres y tus juergas. Las mujeres me asustaban y huía al espacio, siempre deseándolas, siempre celoso de ti por tenerlas, por tu dinero, por toda la felicidad que podías conseguir con aquella vida alocada. Pero ahora se acabó todo, caemos. Ya no tengo celos de ti. Es mi final y el tuyo y todo parece no haber sucedido nunca."

Hollis levantó el rostro y gritó por la radio:

—¡Todo ha terminado, Lespere!

Silencio.

—¡Como si nunca hubiese ocurrido, Lespere!

—¿Quién habla? —preguntó Lespere temblorosamente.

—Soy Hollis.

Se sintió miserable. Era la mezquindad, la absurda mezquindad de la muerte. Applegate le había herido y él, Hollis, quería herir a otro. Applegate y el espacio le habían herido.

—Ahora estás aquí, Lespere. Todo ha terminado, como si nunca hubiera sucedido, ¿no es cierto?

—No.

—Cuando llega el final, todo parece no haber ocurrido nunca. ¿Es mejor tu vida que la mía, ahora? Antes, sí, ¿y ahora? El presente es lo que cuenta. ¿Es mejor? ¿Lo es?

—¡Sí, es mejor!

—¿Por qué?

—Porque conservo mis pensamientos, ¡porque recuerdo! —gritó Lespere, muy lejos, indignado, apretando los recuerdos a su pecho con ambas manos.

Y estaba en lo cierto. Hollis lo comprendió mientras una sensación fría como el hielo fluía por todo su cuerpo. Existían diferencias entre los recuerdos y los sueños. A él sólo le quedaban los sueños de las cosas que había deseado hacer, pero Lespere recordaba cosas hechas, consumadas. Este pensamiento empezó a desgarrar a Hollis con una precisión lenta, temblorosa.

—¿Y para qué te sirve eso? —gritó a Lespere—. ¿De qué te sirve ahora? Lo que llega a su fin ya no sirve para nada. No estás mejor que yo.

—Estoy tranquilo —contestó Lespere—. Tuve mi oportunidad. Y ahora no me vuelvo perverso, como tú.

—¿Perverso?

Hollis meditó. Nunca, en toda su vida, había sido perverso. Nunca se había atrevido a serlo. Durante muchos años debió de haber estado guardando su perversidad para una ocasión como la actual. "Perverso". La palabra martilleó en su mente. Se le saltaron las lágrimas y resbalaron por su cara.

—Cálmate, Hollis.

Alguien había escuchado su voz sofocada.

Era completamente ridículo. Tan sólo un momento antes, había estado aconsejando a otros, a Stimson... Había sentido coraje y creído que era auténtico. Pero, ahora lo comprendía, no se trataba más que de conmoción, y de la "serenidad", que puede acompañarla. Y ahora trataba de condensar toda una vida de emociones reprimidas en un intervalo de minutos.

—Sé lo que sientes, Hollis —dijo Lespere, ya a treinta mil kilómetros de distancia, con una voz cada vez más apagada—. No me has ofendido.

"Pero, ¿no somos iguales? —se preguntó un aturdido Hollis—. ¿Lespere y yo? ¿Aquí, ahora? Si algo ha terminado, ya está hecho. ¿Qué tiene de bueno, entonces? Los dos moriremos, de una forma o de otra."

Pero Hollis sabía que todo aquello era puro raciocinio. Era como intentar explicar la diferencia entre un hombre vivo y un cadáver: uno poseía una chispa, un aura, un elemento misterioso, y el otro no.

Y lo mismo ocurría con Lespere y él. Lespere había vivido enteramente, y ello le convertía ahora en un hombre diferente. Y él, Hollis, había estado muerto durante muchos años. Se acercaban a la muerte siguiendo distintos caminos y, con toda probabilidad, si existieran varios tipos de muertes, el de Lespere y el suyo serían tan diferentes como la noche y el día. La cualidad de la muerte, como la de la vida, debe ser de una variedad infinita. Y si uno ya ha muerto una vez, ¿por qué preocuparse de morir para siempre, tal como estaba muriendo él ahora?

Un momento después descubrió que su pié derecho había desaparecido. Estuvo a punto de reír. E1 aire por segunda vez había escapado de su traje. Se inclinó rápidamente y vio salir la sangre. El meteorito había cortado la carne y el traje hasta el tobillo. Oh, la muerte en el espacio era humorística: te despedaza poco a poco, cual tétrico e invisible carnicero. Hollis apretó la válvula de la rodilla. Sentía dolor y mareo. Luchó por no perder la conciencia, apretó más la válvula y contuvo la sangre, conservando el aire que le quedaba. Se enderezó y prosiguió su caída. No podía hacer más.

—¿Hollis?

Hollis respondió cansinamente, harta de aguardar la muerte.

—Aquí Applegate de nuevo —dijo la voz.

—Sí.

—He estado pensando, y escuchándote. Esto no va bien. Nos convierte en perversos. Es una forma de morir muy mala, nos saca toda la maldad que llevamos dentro. Hollis, ¿me escuchas?

—Sí

—Te mentí. Hace un momento. Te mentí. No voté contra ti. No sé por qué lo dije. Creo que deseaba hacerte daño. Parecías el más indicado. Siempre nos hemos peleado, Hollis. Creo que me estoy haciendo viejo de repente, arrepintiéndome. Guando oí que tú eras un perverso me avergoncé. Es igual, quiero que sepas que yo también fui un idiota. No hay ni pizca de verdad en todo lo que dije. Y vete al infierno.

Hollis sintió que su corazón volvía a latir. Había estado parado durante cinco minutos. Ahora, todos sus miembros recuperaron el calor. La conmoción había terminado, y los sucesivos ataques de cólera, terror y soledad iban disipándose. Era un hombre recién salido de una ducha fría matutina, listo para desayunar y enfrentarse a un nuevo día.

—Gracias, Applegate.

—No hay de qué. Y anímate, bobo.

—¿Dónde está Stimson? ¿Cómo se encuentra?

—¿Stimson?

Todos escuchaban atentamente:

—Debe de haber muerto.

—No lo creo. ¡Stimson!

Volvieron a escuchar.

Y oyeron una respiración dificultosa, lejana, lenta...

—Es él. Escuchad.

—¡Stimson!

Nadie respondió.

Sólo podían oír una respiración lenta y bronca.

—No contestará.

—Ha perdido el conocimiento. Dios le ayude.

—Es él, escuchad.

Una respiración apenas audible, el silencio.

—Está encerrado como una almeja. Encerrado en sí mismo, haciendo una perla. Consideradlo así, todo tiene su poesía. Él es más feliz que nosotros.

Stimson flotaba en la lejanía. Todas lo escucharon.

—¡Eh! —dijo Stone.

—¿Qué?

Hollis había contestado con toda su fuerza. Stone, más que ningún otro, era un buen amigo.

—Estoy entre un enjambre de meteoritos, pequeños asteroides.

—¿Meteoritos?

—Creo que es el grupo de Mirmidón, que se desplaza entre Marte y la Tierra y tarda cien años en recorrer su órbita. Me encuentro justo en el medio. Es como un calidoscopio gigante. Hay colores, formas y tamaños de todos los tipos. ¡Dios mío, que hermoso es todo esto!

Silencio.

—Me voy con ellos —prosiguió Stone—. Me llevan con ellos. Estoy condenado. —Y se rió de buena gana.

Hollis trató de ver algo, pero sin conseguirlo. Allí sólo había las grandes joyas del espacio, los diamantes, los zafiros, las nieblas de esmeraldas y las tintas de terciopelo del espacio, y la voz de Dios confundiéndose entre los resplandores cristalinos. Era algo increíble y maravilloso pensar en Stone acompañando al enjambre de meteoritos. Iría más allá de Marte y volvería a la Tierra cada cinco años. Entraría y saldría de las órbitas de los planetas durante las siguientes miles y miles de años. Stone y el enjambre de Mirmidón, eternos e infinitos, girarían y se modelarían como los colores del calidoscopio de un niño cuando éste levanta el tubo hacia el sol y lo va girando.

—Adiós, Hollis. —La voz de Stone, ya muy debilitada—. Adiós.

—Buena suerte —gritó Hollis, a cincuenta mil kilómetros de distancia.

—No te hagas el gracioso —dijo Stone.

Silencio. Las estrellas se unían más y más entre ellas.

T odas las voces, iban apagándose. Todas y cada una seguían su propia ruta; unas hacia el Sol, otras hacia el espacio remoto. Como el mismo Hollis. Miró hacia abajo. Él, y sólo él, volvía solitario a la Tierra.

—Adiós.

—Tómatelo con calma.

—Adiós, Hollis —dijo Applegate.

Adioses innumerables, despedidas breves. El gran cerebro, extraviado, se desintegraba. Los componentes de aquel cerebro, que habían trabajado con eficiencia y perfección dentro de la caja craneal de la nave espacial, cuando ésta aún surcaba el espacio, morían uno a uno. Todo el significado de sus vidas saltaba hecho añicos. Igual que el cuerpo muere cuando el cerebro deja de funcionar, el espíritu de la nave, todo el tiempo que habían pasado juntos, lo que los unos significaban para los otros, todo eso moría. Applegate ya no era más que un dedo arrancado del cuerpo paterno, ya nunca más sería motivo de desprecio o intrigas. El cerebro había estallado y sus fragmentos inútiles, faltos de misión que cumplir, se desperdigaban. Las voces desaparecieron y el espacio quedó en silencio. Hollis estaba solo, cayendo.

Todos estaban solos. Sus voces se habían desvanecido como los ecos de palabras divinas vibrando en el cielo estrellado. El capitán marchaba hacia el Sol. Stone se alejaba entre la nube de meteoritos, y Stimson, encerrado en sí mismo. Applegate iba hacia Plutón. Smith, Turner, Underwood... Los restos del calidoscopio, las piezas de lo que otrora fue algo coherente, se esparcían por el espacio.

"¿Y yo? —pensó Hollis—. ¿Qué puedo hacer?. ¿Puedo hacer algo para compensar una vida terrible y vacía? Si pudiera hacer algo para reparar la mezquindad de todos estos años, el absurdo del que ni siquiera me daba cuenta... Pero no hay nadie aquí. Estoy solo. ¿Cómo hacer algo que valga la pena

cuando se está solo? Es imposible. Mañana por la noche me estrellaré contra la atmósfera de la Tierra. Arderé, y mis cenizas se esparcirán por todos los continentes. Seré útil. Sólo un poco, pero las cenizas son cenizas y se mezclarán con la tierra."

Caía rápidamente, como una bala, como un guijarro, como una pesa metálica. Sereno, ni triste ni feliz... Lo único que deseaba, cuando todos los demás se habían ido, era hacer algo válido, algo que sólo él sabría.

"Cuando entre en la atmósfera, arderé como un meteoro."

—Me pregunto si alguien me verá —dijo en voz alta.

Desde un camino, un niño alzó la vista hacia el cielo.

—¡Mira, mamá! ¡Mira! —gritó—. ¡Una estrella fugaz!

La estrella blanca, resplandeciente, caía en el polvoriento cielo de Illinois.

—Pide un deseo —dijo la madre del niño—. Pide un deseo.

****

El hombre ilustrado se dio la vuelta a la luz de la luna. Se dio la vuelta otra vez.. . y otra vez... y otra vez. . .

El Otro Pie

Cuando oyeron las noticias salieron de los restaurantes y los cafés y los hoteles y observaron el cielo.

Las manos oscuras protegieron los ojos en blanco. Las bocas se abrieron. A lo largo de miles de kilómetros, bajo la luz del mediodía, se extendían unos pueblitos donde unas gentes oscuras, de pie sobre sus sombras, alzaban los ojos.

Hattie Johnson tapó la olla donde hervía la sopa, se secó los dedos con un trapo, y fue lentamente hacia el fondo de la casa.

-¡Ven, Ma!

-¡Eh, Ma, ven!

-¡Te lo vas a perder!

-¡Eh, Ma!

Los tres negritos bailaban chillando en el patio polvoriento. De cuando en cuando miraban ansiosamente hacia la casa.

-Ya voy -dijo Hattie, y abrió la puerta de tela de alambre-. ¿Dónde oísteis la noticia?

-En casa de Jones, Ma. Dicen que viene un cohete. Por primera vez después de veinte años.

-¡Y con un hombre blanco dentro!

-¿Cómo es un hombre blanco, Ma? Nunca vi ninguno.

-Ya sabrás cómo es -dijo Hattie-. Sí, ya lo sabrás, de veras.

-Dinos cómo es, Ma. Cuéntanos, por favor.

Hattie frunció el ceño.

-Bueno, han pasado muchos años. Yo era sólo una niñita, ¿sabeis? Fue en 1965.

-¡Cuéntanos del hombre blanco, Ma!

Hattie salió al patio, y miró el cielo marciano, claro y azul, con las tenues nubes blancas marcianas, y más allá, a lo lejos, las colinas marcianas que se tostaban al sol. Y dijo al fin:

-Bueno, ante todo tienen manos blancas.

-¡Manos blancas!

Los chicos se rieron lanzándose manotones.

-Y tienen brazos blancos.

-¡Brazos blancosl

-Y caras blancas.

-¡Caras blancas! ¿De veras?

-¿Blanca como ésta, Ma? -El más pequeño de los negritos se arrojó un puñado de polvo a la cara y lanzó un estornudo-. ¿Así de blanca?

-Más blanca aún -dijo la negra gravemente, y se volvió otra vez hacia el cielo. Tenía como una sombra de inquietud en los ojos, como si esperara una tormenta y no pudiese verla-. Será mejor que entréis, chicos.

-¡Oh, Ma! -Los negritos la miraron asombrados-. Tenemos que verlo, Ma. No va a pasar nada, ¿no?

-No sé. Tengo un mal presentimiento.

-Sólo queremos ver el cohete, e ir al aeródromo, y ver al hombre blanco. ¿Cómo es el hombre blanco, Ma?

-No lo sé. No lo sé de veras -murmuró la mujer, sacudiendo la cabeza.

-¡Cuéntanos algo más!

-Bueno, los blancos viven en la Tierra, el lugar de donde vinimos todos nosotros hace veinte años. Salimos de allí y nos vinimos a Marte y construimos las ciudades, y aquí estamos. Ahora somos marcianos y no terrestres. Y ningún hombre blanco vino a Marte en todo este tiempo. Eso es todo.

-¿Por qué no vinieron, Ma?

-Bueno, porque... Apenas llegamos, estalló en la Tierra una guerra atómica. Pelearon entre ellos, de un modo terrible. Se olvidaron de nosotros. Cuando terminaron de pelear, no tenían más cohetes. Sólo hace poco pudieron construir algunos. Y ahora vienen a visitarnos después de tanto tiempo.-- La mujer miró distraídamente a sus hijos, y se alejó unos metros-. Esperad aquí. Voy a ver a Elizabeth Brown.

-Bueno, Ma.

La mujer se alejó calle abajo.

Llegó a la casa de los Brown en el momento en que todos se subían al coche.

-Eh, Hattie, ¡ven con nosotros!

-¿A dónde van? -dijo la mujer, sin aliento, corriendo hacia ellos.

-¡A ver al hombre blanco!

-Eso es -dijo el señor Brown, muy serio-. Mis chicos nunca vieron uno, y yo casi no me acuerdo.

-¿Qué van a hacer con el hombre blanco? –les preguntó Hattie.

-¿A hacer? Vamos a verlo, nada más.

-¿Seguro?

-¿Y qué podíamos hacer?

-No sé -dijo Hattie vagamente, algo avergonzada-. ¿No van a lincharlo?

-¿A lincharlo? -Todos se rieron. El señor Brown se palmeó una rodilla-. ¡Dios te bendiga, criatura! Vamos a estrecharle la mano. ¿No es cierto? Todos nosotros.

-¡Claro, claro!

Otro coche se acercó corriendo. Hattie lanzó un grito:

-¡Willie!

-¿A dónde piensan ir? ¿Dónde están los chicos? -les gritó agriamente el marido de Hattie, mirándolos con furia-. Se van como idiotas a ver a ese blanco . . .

-Exactamente -asintió el señor Brown, sonriendo.

-Bueno, llévense sus armas -dijo Willie-. Yo voy a buscar la mía ahora mismo.

-¡Williel

-¡Entra en este coche, Hattie. -El negro abrió la puerta, y así la sostuvo, hasta que la mujer obedeció. Sin volver a hablar con los otros, se lanzó por el camino polvoriento.

-¡Willie, no tan r pido!

-No tan rápido, ¿eh? Ya lo veremos. –Willie miró el camino que se precipitaba bajo el coche-. ¿Con qué derecho vienen aquí después de tantos años? ¿Por qué no nos dejan tranquilos? ¿Por qué no se habrán matado unos a otros en ese viejo mundo, permitiéndonos vivir en paz?

-Willie, no hablas como un cristiano.

-No me siento como un cristiano -dijo Willie furiosamente, asiendo con fuerza el volante-. Me siento malvado. Después de hacernos, durante tantos años, todo lo que nos hicieron... A mis padres y a los tuyos... ¿Recuerdas? ¿Recuerdas cómo colgaron a mi padre en Knockwood Hill, y cómo mataron a mamá? ¿Recuerdas? ¿O tienes tan poca memoria como los otros?

-Recuerdo -dijo la mujer.

-¿Recuerdas al doctor Phillips, y al senor Burton, y sus casas enormes, y la cabaña de mi madre, y a mi viejo padre que seguía trabajando a pesar de sus años? El doctor Phillips y el señor Burton le dieron las gracias poniéndole una soga al cuello. Bueno -dijo Willie-, todo ha cambiado. El zapato aprieta ahora en el otro pie. Veremos quién dicta leyes contra quién, quién lincha, quién viaja en el fondo de los coches, quién sirve de espectáculo en las ferias. Vamos a verlo.

-Oh, Willie, no hables así. Nos traerá mala suerte.

-Todo el mundo habla así. Todo el mundo ha pensado en este día, creyendo que nunca iba a llegar. Todos pensábamos: "¿Qué pasará el día que un hombre blanco venga a Marte?" Pues bien, el día ha llegado, y ya no podemos retroceder.

-¿No vamos a dejar que los blancos vivan aquí en Marte?

-Sí, seguro. -Willie sonrió, pero con una ancha sonrisa de maldad. Había furia en sus ojos-. Pueden venir y trabajar aquí. ¿Por qué no? Pero para merecerlo tendrán que vivir en los barrios bajos, y lustrarnos los zapatos, y barrernos los pisos, y sentarse en la última fila de butacas. Sólo eso les pedimos. Y una vez por semana colgaremos a uno o dos. Nada más.

-No hablas como un ser humano, y no me gusta.

-Tendrás que acostumbrarte -dijo Willie. Se detuvo frente a la casa y saltó fuera del coche-. Voy a buscar mis armas y un trozo de cuerda. Respetaremos el reglamento.

-¡Oh, Willie! -gimió la mujer, y allí se quedó, sentada en el coche, mientras su marido subía de prisa las escaleras y entraba en la casa dando un portazo.

Al fin Hattie siguió a su marido. No quería seguirlo, pero allá estaba Willie, agitándose en la buhardilla, maldiciendo como un loco, buscando las cuatro armas. Hattie veía el salvaje metal de los caños que brillaba en la oscura bohardilla, pero no podía ver a Willie. ¡Era tan negro! Sólo oía sus juramentos. Al fin las piernas de Willie aparecieron en la escalera, envueltas en una nube de polvo. Willie amontonó los cartuchos de cápsulas amarillas, y sopló en los cargadores, y metió en ellos las balas, con un rostro serio y grave, como ocultando una amargura interior.

-Déjennos solos -murmuraba, abriendo mecánicamente los brazos-. Déjennos solos. ¿Por qué no nos dejan?

-Willie, Willie.

-Tú también... tú también.

Y Willie miró a su mujer con la misma mirada, y Hattie se sintió tocada por todo ese odio. A través de la ventana se veía a los niños que hablaban entre ellos.

-Blanco como la leche, dijo Ma. Blanco como la leche.

-Blanco como esta flor vieja, ¿ves?

-Blanco como una piedra como la tiza del colegio.

Willie salió de la casa.

-Chicos, adentro. Os encerraré. No habrá hombre blanco para vosotros. No hablaréis de él. Nada.

-Pero, papá

El hombre los empujó al interior de la casa, y fue a buscar una lata de pintura y un pincel, y sacó del garaje una cuerda peluda y gruesa, en la que hizo un nudo corredizo, con manos torpes, mientras examinaba cuidadosamente el cielo.

Y luego se metieron en el coche, y se alejaron sembrando a lo largo de la carretera unas apretadas nubes de polvo.

-Despacio, Willie.

-No es tiempo de ir despacio -dijo Willie-. Es tiempo de ir de prisa, y yo tengo prisa.

Las gentes miraban el cielo desde los bordes del camino, o subidas a los coches, o llevadas por los coches, y las armas asomaban como telescopios orientados hacia los males de un mundo en agonía.

Hattie miró las armas.

-Has estado hablando -dijo acusando a su marido.

-Sí, eso he hecho -grunó Willie, y observó orgullosamente el camino-. Me detuve en todas las casas, y les dije que debían hacer: sacar las armas, buscar la pintura, traer las cuerdas, y estar preparados. Y aquí estamos ahora: el comité de bienvenida, para entregarles las llaves de la ciudad. ¡Sí, señor!

La mujer juntó las manos delgadas y oscuras, como para rechazar el terror que estaba invadiéndola.

El coche saltaba y se sacudía entre los otros coches.

Hattie oía las voces que gritaban:

-¡Eh, Willie! ¡Mira! -y veía pasar rápidamente las manos que alzaban las cuerdas y las armas, y las bocas que sonreían.

-Hemos llegado -dijo Willie, y detuvo el automóvil en el polvo y el silencio. Abrió la puerta de un puntapié, salió cargado con sus armas, y se metió en los campos del aeródromo.

-¿Lo has pensado, Willie?

-No he hecho otra cosa en veinte años. Tenía dieciséis años cuando dejé la Tierra. Y muy contento. No había nada allí para mí, ni para ti, ni para ninguno de nosotros. Jamás me he arrepentido. Aquí vivimos en paz. Por primera vez respiramos a gusto. Vamos, adelant.

Willie se abrió paso entre la oscura multitud que venía a su encuentro

-Willie, Willie, ¿qué vamos a hacer? -decían los hombres.

-Aquí tienen un fusil -les dijo Willie-. Aquí otro fusil. Y otro. -Les entregaba las armas con bruscos movimientos-. Aquí tienen. Una pistola. Un rifle.

La gente estaba tan apretada que semejaba un solo cuerpo oscuro, con mil brazos extendidos hacia las armas.

-Willie, Willie.

Hattie, erguida y silenciosa, apretaba los labios, con los grandes ojos trágicos y húmedos.

-Trae la pintura -le dijo Willie.

Y la mujer cruzó el campo con una lata de pintura, hasta el lugar donde en ese momento se detenía un ómnibus con un letrero recién pintado en el frente: A LA PISTA DE ATERRIZAJE DEL HOMBRE BLANCO. El ómnibus traía un grupo de gente armada que salió de un salto y corrió

trastabillando por el aeródromo, con los ojos fijos en el cielo. Mujeres con canastas de comida; hombres con sombreros de paja, en mangas de camisa. El ómnibus se quedó allí, vacío, zumbando.

Willie se meció en el coche, instaló las latas, las abrió, revolvió la pintura, probó un pincel, y se subió a un asiento.

-¡Eh, oiga! -El conductor se acercó por detrás, con su tintineante cambiador de monedas-. ¿Qué hace? ¡Fuera de aquí!

-Vas a ver lo que hago. Espera un poco.

Y Willie mojó el pincel en la pintura amarilla. Pintó una B y una L y una A y una N y una C y una O y una S con una minuciosa y terrible aplicación. Y cuando Willie terminó su trabajo, el conductor arrugó los párpados y leyó: BLANCOS: ASIENTOS DE ATRAS. Leyó otra vez: BLANCOS. Guiñó un ojo. ASIENTOS DE ATRAS. El conductor miró a Willie y sonrió.

-¿Te gusta? -le preguntó Willie descendiendo

Y el conductor respondió:

-Mucho, señor. Me gusta mucho.

Hattie miraba el letrero desde afuera, con las manos apretadas contra el pecho.

Willie volvió a reunirse con la multitud. Esta aumentaba con cada coche que se detenía gruñendo, y con cada ómnibus que llegaba tambaleándose desde el pueblo cercano.

Willie se subió a un cajón.

-Nombremos a unos delegados para que pinten todos los ómnibus en la hora próxima. ¿Hay voluntarios?

Las manos se alzaron.

-¡Adelante!

Los hombres se fueron a pintar.

-Nombremos a unos delegados para separar con cuerdas los asientos de los cines. Las dos últimas filas para los blancos.

Más manos.

-¡Adelante!

Los hombres corrieron.

Willie miró a su alrededor, transpirado, fatigado por el esfuerzo, orgulloso de su energía, con la mano en el hombro de su mujer. Hattie miraba el suelo con los ojos bajos.

-Veamos -anunció Willie-. Ah, sí. Tenemos que votar una ley esta misma tarde. ¡Se prohíben los matrimonios entre razas de distinto color!

-Eso es -dijeron algunos.

-Todos los lustrabotas dejan hoy su empleo.

-¡Ahora mismo!

Algunos de los hombres arrojaron al suelo unos trapos que habían traído del pueblo, aturdidos por la excitación.

-Votaremos una ley sobre salarios mínimos, ¿no es cierto?

-¡Seguro!

-Se les pagará, por lo menos, diez centavos por hora.

-¡Eso es!

El alcalde de la ciudad se acercó corriendo.

-Oye, Willie Johnson. ¡Bájate de ese cajón!

-Alcalde, nada podrá sacarme de aquí.

-Estás provocando un tumulto, Willie Johnson.

-Justo.

-Cuando eras chico, odiabas todo esto. No eres mejor que esos blancos que ahora atacas.

-Las cosas han cambiado, alcalde -dijo Willie, desviando la vista y mirando los rostros que se extendían ante él: algunos sonrientes, otros titubeantes, otros asombrados, y otros que se alejaban disgustados y temerosos.

-Te arrepentirás, Willie -dijo el alcalde.

-Haremos una elección y tendremos otro alcalde -dijo Willie, y volvió los ojos hacia el pueblo, donde, calles abajo y calles arriba, se colgaban unos letreros recién pintados: EL ESTABLECIMIENTO SE RESERVA EL DERECHO DE NO ACEPTAR A ALGUN CLIENTE. Willie mostró los dientes y golpeó las manos. ¡Señor!

Y se detuvo a los ómnibus y se pintaron de blanco los últimos asientos, como para sugerir quiénes serían los futuros ocupantes. Y unos hombres alegres invadieron los teatros y tendieron unas cuerdas, mientras sus mujeres los miraban desde las aceras, sin saber qué hacer. Y algunos encerraron a sus niños en las casas, para apartarlos de esas horas terribles.

-¿Todos listos? -preguntó Willie Johnson, alzando una soga bien anudada.

-¡Listos! --gritó media multitud. La otra mitad murmuró y se movió como figuras de una pesadilla de la que deseaban huir.

-¡Ahí viene! -dijo un niño.

Como cabezas de títeres, movidas por una sola cuerda, las cabezas de la multitud se volvieron hacia arriba.

En lo más alto del cielo, un hermoso cohete lanzaba un ardiente penacho anaranjado. El cohete describió un círculo amplio y descendió, y todos lo miraron con la boca abierta. El campo ardió, aquí y allá, y luego el fuego se fue apagando. El cohete inmóvil descansó unos instantes. Y al fin, mientras la multitud esperaba en silencio, en un costado de la nave se abrió una puerta y dejó escapar una bocanada de oxígeno. Un hombre viejo apareció en el umbral.

-Un blanco, un blanco, un blanco...

Las palabras corrieron por la expectante multitud. Los niños se hablaron al oído, empujándose suavemente; las palabras retrocedieron en ondas hasta los últimos hombres y hasta los ómnibus bañados por la luz y golpeados por el viento. De las abiertas ventanillas salía un olor a pintura fresca. El murmullo se alejó lentamente, y al fin dejó de oírse.

Nadie se movió.

El hombre blanco era alto y esbelto, pero llevaba en el rostro las huellas de un profundo cansancio. No se había afeitado ese día, y sus ojos eran tan viejos como pueden serlo los ojos de un hombre todavía vivo. Eran ojos incoloros, casi blancos. Las cosas que había visto en su vida habían destruido la mirada. El hombre era delgado como un arbusto en invierno. Le temblaban las manos, y mientras miraba a la multitud buscó apoyo en los quicios de la puerta.

El hombre blanco sonrió débilmente, y extendió una mano, y la dejó caer.

Nadie se movió.

El hombre observó atentamente los rostros, y quizá vio, sin verlos, los fusiles y las cuerdas, y quizá olió la pintura. Nadie llegó a preguntárselo. El hombre blanco comenzó a hablar. Comenzó lentamente, dulcemente, como si no esperase ninguna interrupción. Nadie lo interrumpió Su voz era una voz fatigada, vieja y uniforme.

-No importa quién soy -les dijo-. De todos modos, no sería más que un nombre para vosotros. Yo tampoco sé vuestros nombres. Eso vendrá más tarde. -Se detuvo, cerró los ojos un momento, y luego continuó-: Hace veinte años dejasteis la Tierra. Han sido años tan largos, tan largos... Pasaron tantas cosas... Son más de veinte siglos. Cuando os fuisteis estalló la guerra. -El hombre asintió con un lento movimiento de cabeza-. Sí, la gran guerra, la tercera. Duró mucho. Hasta el año pasado. Bombardeamos todas las ciudades. Destruimos Nueva York y Londres, y Moscú, y París, y Shanghai, y Bombay, y Alejandría. Lo arruinamos todo. Y cuando terminamos con las grandes ciudades, nos volvimos hacia las más pequeñas, y lanzamos sobre ellas nuestras bombas atómicas...

Y el hombre nombró ciudades y lugares y calles.

Y mientras los nombraba un murmullo se elevó de la multitud.

-Destruimos Natchez...

Un murmullo.

-Y Columbus, Georgia...

Otro murmullo.

-Quemamos Nueva Orleans...

Un suspiro.

-Y Atlanta....

Un nuevo suspiro.

-Y no quedó nada de Greenwater, Alabama.

Willie Johnson alzó la cabeza y abrió la boca. Hattie vio el gesto de Willie y los recuerdos que le venían a los ojos.

-No quedó nada -dijo el viejo, hablando lentamente-. Ardieron los algodonales.

-¡Oh! -dijeron todos.

-Los molinos de algodón cayeron bajo las bombas...

-¡Oh!

-Y las fábricas, radiactivas; todo radiactivo. Los caminos y las granjas y los alimentos, radiactivos. Todo.

El hombre nombró otras ciudades y pueblos.

-Tampa.

-Mi pueblo -dijo alguien.

-Fulton.

-El mío -murmuró otro.

-Memphis.

Una voz indignada:

-¿Memphis? ¿Quemaron Memphis?

-Memphis saltó en pedazos.

-¿La calle Cuatro de Memphis?

-Toda la ciudad -dijo el viejo.

La multitud comenzó a agitarse. Una ola los llevaba al pasado. Veinte años. Los pueblos y las plazas, los árboles y los edificios de ladrillo, los carteles y las iglesias y las tiendas familiares. Todo volvía a la superficie entre las gentes del aeródromo. Cada nombre despertaba un recuerdo, y todos pensaban en algún otro día. Todos eran, excepto los niños, suficientemente viejos.

-Laredo.

-Recuerdo Laredo.

-Nueva York.

-Yo tenía una tienda en Harlem.

-Harlem, bombardeado.

Las palabras siniestras. Los lugares familiares. El esfuerzo de imaginar todo en ruinas.

Willie Johnson murmuró:

-Greenwater. Alabama. El pueblo donde nací. Lo veo aún.

-Destruido. Todo.

Destruido. Todo. Así decía el hombre.

Y el hombre continuó:

-Destruimos todo y arruinamos todo, como estúpidos que éramos y somos todavía. Matamos a millones. No creo que los sobrevivientes pasen de quinientos mil. Y de todo ese desastre salvamos un poco de metal, construimos este único cohete, y vinimos a Marte, a pediros ayuda.

El hombre se detuvo y miró hacia abajo, y escrutó los rostros como para ver qué podía esperar. Pero no estaba seguro.

Hattie Johnson sintió que el brazo de su marido se endurecía y vio que sus dedos apretaban la cuerda.

-Hemos sido unos insensatos -dijo el hombre serenamente-. Destruimos la Tierra y su civilización. No vale ya la pena reconstruir las ciudades. La radiactividad durará todo un siglo. La Tierra ha muerto. Su vida ha terminado. Vosotros tenéis cohetes. Cohetes que no habéis intentado usar, pues no queríais volver a la Tierra. Yo ahora os pido que los uséis. Que vayáis a la Tierra a recoger a los sobrevivientes y traerlos a Marte. Os pido vuestra ayuda. Hemos sido unos estúpidos. Confesamos ante Dios nuestra estupidez y nuestra maldad. Chinos, hindúes, y rusos, e ingleses y americanos. Os pedimos que nos dejéis venir. El suelo marciano se mantiene casi virgen desde hace innumerables siglos. Hay sitio para todos. Es un buen suelo... Lo he visto desde el aire. Vendremos y trabajaremos la tierra para vosotros. Sí, hasta haremos eso. Merecemos cualquier castigo; pero no

nos cerréis las puertas. No podemos obligaros ahora. Si queréis subiré a mi nave y volveré a la Tierra. Pero si no, vendremos y haremos todo lo que vosotros hacíais... Limpiaremos las casas, cocinaremos, os lustraremos los zapatos, y nos humillaremos ante Dios por lo que hemos hecho durante siglos contra nosotros mismos, contra otras gentes, contra vosotros.

El hombre calló. Había terminado.

Se oyó un silencio hecho de silencios. Un silencio que uno podía tomar con la mano, un silencio que cayó sobre la multitud como la sensación de una tormenta distante. Los largos brazos de los negros colgaban como péndulos oscuros a la luz del sol, y sus ojos se clavaban en el viejo. El viejo no se movía. Esperaba.

Willie Johnson sostenía aún la cuerda entre las manos. Los hombres a su alrededor lo observaban atentamente. Su mujer Hattie esperaba, tomada de su brazo.

Hattie Johnson hubiese querido entrar en el interior de aquel odio, y examinarlo hasta descubrir una grieta, una falla. Entonces podría sacar un guijarro o una piedra, o un ladrillo, y luego parte de una pared, y pronto todo el edificio se vendría abajo. Ahora mismo ya estaba tambaleándose. ¿Pero dónde estaba la piedra angular? ¿Cómo llegar a ella? ¿Cómo sacarla y convertir ese odio en un montón de ruinas?

Hattie miró a su marido, hundido en el silencio. No entendía qué pasaba, pero conocía a su marido, conocía su vida, y de pronto comprendió que él, Willie, era la piedra angular. Comprendió que sin él todo caería en pedazos.

-Señor... -Hattie dio un paso adelante. No sabía cómo empezar. La multitud le clavó los ojos en la espalda. Sintió esas miradas-. Señor...

El hombre se volvió hacia Hattie con una débil sonrisa.

-Señor -dijo Hattie-, ¿conoce usted Knockwood Hill en Greenwater, Alabama?

El viejo le habló por encima del hombro a alguien que estaba dentro de la nave. Un momento después le alcanzaban un mapa fotográfico. El hombre esperó.

-¿Conoce el viejo roble en la cima de la colina, señor?

El viejo roble. El sitio donde habían baleado al padre de Willie, donde lo habían colgado. El sitio donde lo habían descubierto, balanceado por el viento del alba.

-Sí.

-¿Todavía está? -preguntó Hattie.

-No -dijo el viejo-. Saltó en pedazos. Toda la colina ha desaparecido, y el árbol también. ¿Ve? -Señaló el lugar en el mapa.

-Déjeme ver -dijo Willie adelantándose y mirando la fotografía.

Hattie parpadeó ante el hombre blanco. El corazón se le salía del pecho.

-Hábleme de Greenwater -dijo rápidamente.

-¿Qué quiere saber?

-El doctor Phillips, ¿vive todavía?

Pasó un momento. Encontraron la información en una máquina tintineante, en el interior del cohete...

-Muerto en la guerra.

-¿Y su hijo?

-Muerto.

-¿Qué pasó con la casa?

-Se incendió. Como todas las casas.

-¿Y qué pasó con aquel otro viejo árbol de Knockwood Hill?

-Todos los árboles murieron.

-¿Aquel árbol también? ¿Está usted seguro? -preguntó Willie.

-Sí.

El cuerpo de Wlllle pareció aflojarse.

-¿Y qué pasó con la casa del señor Burton, y el señor Burton?

-No quedó en pie ninguna casa. Murieron todos los hombres.

-¿Y la cabaña de la señora Johnson, mi madre?

El sitio donde la habían matado.

-Desapareció también. Todo desapareció. Aquí están las fotografías. Usted mismo puede verlo.

Allí estaban las fotografías. Podía tenerlas en la mano, mirarlas, pensar en ellas. El cohete estaba lleno de fotografías y respuestas. Cualquier pueblo, cualquier edificio, cualquier sitio.

Willie se quedó, allí, inmóvil, con la cuerda en las manos.

Estaba recordando la Tierra, la Tierra verde y el pueblo verde donde había nacido y crecido. Y pensaba en ese pueblo, hecho pedazos, destruido, arruinado, y en todos sus lugares, en todos aquellos lugares relacionados con algún mal, y en todos sus hombres muertos, y en los establos, y las herrerías, y las tiendas de antigüedades, los cafés, las tabernas, los puentes, los árboles con sus ahorcados, las colinas sembradas de balas, los senderos, las vacas, las mimosas, y su propia casa, y

las casas de columnas a orillas del río, esas tumbas blancas en donde mujeres delicadas como polillas revoloteaban a la luz del otoño, distantes, lejanas. Esas casas en donde los hombres fríos se balanceaban en sus mecedoras, con los vasos de alcohol en la mano, y los fusiles apoyados en las balaustradas del porche, mientras aspiraban el aire del otoño y meditaban en la muerte. Ya no estaban allí, ya nunca volverían. Sólo quedaba, de toda aquella civilización, un poco de papel picado esparcido por el suelo. Nada, nada que él, Willie, pudiese odiar... ni la cápsula vacía de una bala, ni una cuerda de cáñamo, ni un árbol, ni siquiera una colina. Nada sino unos desconocidos en un cohete, unos desconocidos que podían lustrarle los zapatos y viajar en los últimos asientos de los ómnibus o sentarse en las últimas filas de los cines oscuros.

-No tienen por qué hacer eso--murmuró Willie Johnson.

Su mujer le miró las manos.

Los dedos de Willie estaban abriéndose.

La cuerda cayó al suelo y se dobló sobre sí misma.

Los hombres corrieron por las calles del pueblo y arrancaron los letreros tan rápidamente dibujados y borraron la pintura amarilla de los ómnibus, y cortaron los cordones que dividían los teatros, y descargaron los fusiles, y guardaron las cuerdas.

-Un nuevo principio para todos -dijo Hattie, en el coche, al regresar.

-Sí -dijo Willie al cabo de un rato-. El Señor ha salvado a algunos: unos pocos aquí y unos pocos allá. Y el futuro está ahora en nuestras manos. El tiempo de la tortura ha concluido. Seremos cualquier cosa, pero no tontos. Lo comprendí en seguida al oír a ese hombre. Comprendí que los blancos están ahora tan solos como lo estuvimos nosotros. No tienen casa y nosotros tampoco la teníamos. Somos iguales. Podemos empezar otra vez. Somos iguales.

Willie detuvo el coche y se quedó sentado, inmóvil, mientras Hattie hacía salir a los chicos. Los chicos corrieron hacia el padre.

-¿Has visto al hombre blanco? ¿Lo has visto? -gritaron.

-Sí, señor -dijo Willie, sentado al volante, pasándose lentamente la mano por la cara-. Me parece que hoy he visto por primera vez al hombre blanco... Lo he visto de veras, claramente.

La Carretera

La Lluvia Fresca de la tarde había caído sobre el valle, humedeciendo el maíz en los sembrados de las laderas, golpeando suavemente el techo de paja de la choza. La mujer no dejaba de moverse en la lluviosa oscuridad, guardando unas espigas entre las rocas de lava. En esa sombra húmeda, en alguna parte, lloraba un niño.

Hernando esperaba a que cesase la lluvia, para volver al campo con su arado de rejas de madera. En el fondo del valle hervía el río, espeso y oscuro. La carretera de hormigón -otro río- yacía inmóvil, brillante, vacía. Ningún auto había pasado en esa última hora. Era, en verdad, algo muy raro. Durante años no había transcurrido una hora sin que un coche se detuviese y alguien le gritara:”¡Eh, usted! ¿Podemos sacarle una foto?”. Alguien con una cámara de cajón, y una moneda en la mano. Si Hernando se acercaba lentamente, atravesando el campo sin su sombrero, a veces le decían:

-Oh, será mejor con el sombrero puesto -Y agitaban las manos, cubiertas de cosas de oro que decían la hora, o identificaban a sus dueños, o que no hacían nada sino parpadear a la luz del sol como los ojos de una serpiente. Así que Hernando se volvía a recoger el sombrero.

-¿Pasa algo, Hernando? -le dijo su mujer.

-Sí. El camino. Ha ocurrido algo importante. Bastante importante. No pasa ningún auto.

Hernando se alejó de la cabaña, con movimientos lentos y fáciles. La lluvia le lavaba los zapatos de paja trenzada y gruesas suelas de goma. Recordó otra vez, claramente, el día en que consiguió esos zapatos. La rueda se había metido violentamente en la choza, haciendo saltar cacharros y gallinas. Había venido sola, rodando rápidamente. El coche (de donde venía la rueda) siguió corriendo hasta la curva y se detuvo un instante, con los faros encendidos, antes de lanzarse hacia las aguas. El automóvil aún estaba allí. Se lo podía ver en los días de buen tiempo, cuando el río fluía más lentamente y las aguas barrosas se aclaraban. El coche yacía en el fondo del río con sus metales brillantes, largo, bajo y lujoso. Pero luego el barro subía de nuevo, y ya no se lo podía ver.

Al día siguiente Hernando cortó la rueda y se hizo un par de suelas de goma.

Hernando llegó al borde del camino. Se detuvo y escuchó el leve crepitar de la lluvia sobre la superficie de cemento.

Y entonces, de pronto, como si alguien hubiese dado una señal, llegaron los coches. Cientos de coches, miles de coches; pasaron y pasaron junto a él. Los coches, largos y negros, se dirigían hacia el norte, hacia los Estados Unidos, rugiendo, tomando las curvas a demasiada velocidad. Con un incesante ruido de cornetas y bocinas. Y en las caras de las gentes que se amontonaban en los coches, había algo, algo que hundió a Hernando en un profundo silencio. Dio un paso atrás para que pasaran los coches. Pasaron quinientos, mil, y había algo en todas las caras. Pero pasaban tan rápido que Hernando no podía saber qué era eso.

Al fin la soledad y el silencio volvieron a la carretera. Los coches bajos, largos y rápidos, se habían ido. Hernando oyó a lo lejos el sonido de la última bocina.

La carretera estaba otra vez desierta.

Había sido como un cortejo fúnebre. Pero un cortejo desencadenado, enloquecido, un cortejo con los pelos de punta, que perseguía a gritos una ceremonia que se alejaba hacia el norte. ¿Por qué? Hernando sacudió la cabeza y se frotó suavemente las manos contra los costados del cuerpo.

Y ahora, completamente solo, apareció el último coche. Era verdaderamente algo último. Desde la montaña, camino abajo, bajo la fría llovizna, lanzando grandes nubes de vapor, venía un viejo Ford, con toda la rapidez de que era capaz. Hernando creyó que el coche iba a deshacerse en cualquier

momento. Cuando vio a Hernando, el viejo Ford se detuvo, cubierto de barro y óxido. El radiador hervía furiosamente.

-¿Nos da un poco de agua? ¡Por favor, señor!

El conductor era un hombre joven de unos veinte años de edad. Vestía un sweater amarillo, una camisa blanca de cuello abierto y pantalones grises. La lluvia caía sobre el coche sin capota, mojando al joven conductor y a las cinco muchachas apretadas en los asientos. Todas eran muy bonitas. El joven y las muchachas se protegían de la lluvia con periódicos viejos. Pero la lluvia llegaba hasta ellos, empapando los hermosos vestidos, empapando al muchacho. El muchacho tenía los cabellos aplastados por la lluvia. Pero nadie parecía preocuparse. Nadie se quejaba, y era raro. Estas gentes siempre estaban quejándose, de la lluvia, el calor, la hora, el frío, la distancia.

Hernando asintió con un movimiento de cabeza.

-Les traeré agua.

-Oh, rápido, por favor -gritó una de las muchachas, con una voz muy. aguda y llena de temor. La muchacha no parecía impaciente, sino asustada.

Hernando, ante tales pedidos, solía caminar aún más lentamente que de costumbre; pero ahora, y por primera vez, echó a correr.

Volvió en seguida con la taza de una rueda llena de agua. La taza era, también, un regalo del camino. Una tarde había aparecido como una moneda que alguien hubiese arrojado a su campo, redonda y reluciente. El coche se alejó sin advertir que había perdido un ojo de plata. Hasta hoy lo habían usado en la casa para lavar y cocinar. Servía muy bien de tazón.

Mientras echaba el agua en el radiador hirviente, Hernando alzó la vista y miró los rostros atormentados.

-Oh, gracias, gracias -dijo una de las jóvenes-. No sabe cómo lo necesitamos.

Hernando sonrió.

-Mucho tránsito a esta hora. Todos en la misma dirección. El norte.

No quiso decir nada que pudiese molestarlos. Pero cuando volvió a mirar, ahí estaban las muchachas, inmóviles bajo la lluvia, llorando. Lloraban con fuerza. Y el joven trataba de hacerlas callar tomándolas por los hombros y sacudiéndolas suavemente, una a una; pero las muchachas, con los periódicos sobre las cabezas, y los labios temblorosos, y los ojos cerrados, y los rostros sin color, siguieron llorando, algunas a gritos, otras más débilmente.

Hernando las miró, con la taza vacía en la mano.

-No quise decir nada malo, señor -se disculpó.

-Está bien -dijo el joven.

-¿Qué pasa, señor?

-¿No ha oído? -replicó el muchacho. Y volviéndose hacia Hernando, y asiendo el volante con una mano, se inclinó hacia él-: Ha empezado.

No era una buena noticia. Las muchachas lloraron aún más fuerte que antes, olvidándose de los periódicos, dejando que la lluvia cayera y se mezclara con las lágrimas.

Hernando se enderezó. Echó el resto del agua en el radiador. Miró el cielo, ennegrecido por la tormenta. Miró el río tumultuoso. Sintió el asfalto bajo los pies.

Se acercó a la portezuela. El joven extendió una mano y le dio un peso.

-No. -Hernando se lo devolvió-. Es un placer.

-Gracias, es usted tan bueno -dijo una muchacha sin dejar de sollozar-. Oh, mamá, papá. Oh, quisiera estar en casa. Cómo quisiera estar en casa. Oh, mamá, papá.

Y las otras muchachas se unieron a ella.

-No he oído nada, señor -dijo Hernando tranquilamente.

-¡La guerra! -gritó el hombre como si todos fuesen sordos-. ¡Ha empezado la guerra atómica! ¡El fin del mundo!

-Señor, señor -dijo Hernando.

-Gracias, muchas gracias por su ayuda. Adiós -dijo el joven.

-Adiós -dijeron las muchachas bajo la lluvia, sin mirarlo.

Hernando se quedó allí, inmóvil, mientras el coche se ponía en marcha y se alejaba por el valle con un ruido de hierros viejos. Al fin ese último coche desapareció también, con los periódicos abiertos como alas temblorosas sobre las cabezas de las mujeres.

Hernando no se movió durante un rato. La lluvia helada le resbalaba por las mejillas y a lo largo de los dedos, y le entraba por los pantalones de arpillera. Retuvo el aliento y esperó, con el cuerpo duro y tenso.

Miró la carretera, pero ya nada se movía. Pensó que seguiría así durante mucho, mucho tiempo.

La lluvia dejó de caer. El cielo apareció entre unas nubes. En sólo diez minutos la tormenta se había desvanecido, como un mal aliento. Un aire suave traía hasta Hernando el olor de la selva.

Hernando podía oír el río, que seguía fluyendo, suave y fácilmente. La selva estaba muy verde; todo era nuevo y fresco. Cruzó el campo hasta la casa, y recogió el arado. Con las manos sobre su herramienta, alzó los ojos al cielo en donde empezaba a arder el sol.

-¿Qué ha pasado, Hernando? -le preguntó su mujer, atareada.

-No es nada -replicó Hernando.

Hundió el arado en el surco.

-¡Burrrrrrrro! –le gritó al burro, y juntos se alejaron bajo el cielo claro, por las tierras de labranza que bañaba el río de aguas profundas.

-¿A qué llamarán "el mundo"? -se preguntó Hernando.

El Hombre

El capitán Hart se detuvo en la puerta del cohete.

-¿Por qué no vienen? -preguntó.

-¿Quién sabe? -dijo el teniente Martin-. ¿Acaso lo sé, capitán?

El capitán encendió un cigarro y arrojó la cerilla hacia el prado brillante. El pasto comenzó a arder.

Martin se adelantó para pisar el fuego.

-No -ordenó el capitán Hart-, déjelo. Quizá así vengan a ver qué pasa. Esos tontos ignorantes...

Martin se encogió de hombros y apartó el pie del fuego. El capitán Hart miró su reloj.

-Llegamos hace ya una hora. ¿Ha visto usted algún comité de recepción que viniese a estrecharnos las manos, con una banda de música? Naturalmente que no. Recorremos varios millones de kilómetros a través del espacio y los señores ciudadanos de una ciudad cualquiera, de un planeta totalmente desconocido, se encogen de hombros. -El capitán lanzó un gruñido, y golpeó el reloj con la punta de los dedos-. Bueno, les daré otros cinco minutos, y entonces...

-¿Entonces, qué? -preguntó Martin muy cortésmente mientras observaba cómo le temblaban los carrillos al capitán.

-Volaremos sobre esta condenada ciudad y les pondremos los pelos de punta. -El capitán habló con más calma-: ¿Será posible que no nos hayan visto?

-Nos han visto. Alzaron las cabezas cuando pasamos sobre ellos.

-¿Entonces por qué no vienen corriendo por el campo? ¿Están escondiéndose? ¿Tienen miedo?

Martin sacudió la cabeza.

-No. Tome mis anteojos, capitán. Mire usted mismo. La gente anda por las calles. No están asustados. No les importa... nada más.

El capitán Hart se llevó los lentes a los ojos fatigados. Martin alzó la vista y se entretuvo observando las líneas y los hoyos de irritación, cansancio y nerviosidad, que cubrían el rostro de su jefe. Hart parecía tener un millón de años. Nunca dormía, comía muy poco, jamás dejaba de moverse. Ahora se le movían los labios, pálidos, viejos y afilados.

-Realmente, Martin, no sé por qué nos tomamos tantas molestias. Construimos cohetes, afrontamos, buscando a estos hombres, la difícil travesía del espacio, y así nos pagan. Con indiferencia. Mire a esos idiotas yendo de un lado a otro. ¿No comprenden qué importante es esto? El primer cohete interplanetario que llega a estas tierras de provincia. ¿Cuántas veces pasa? ¿Están hartos acaso?

Martin no lo sabía.

El capitán le devolvió cansadamente los binoculares.

-¿Por qué hacemos esto, Martin? Me refiero a estos viajes por el espacio. Siempre adelante. Siempre buscando. Los nervios siempre en tensión. Nunca un instante de reposo.

-Quizá buscamos un poco de paz y tranquilidad. Indudablemente no hay nada parecido en la Tierra.

-No, no hay, ¿no es cierto? -El capitán estaba pensativo. Se le había pasado el enojo-. No desde Darwin, ¿eh? No desde que tiramos todo aquello por la borda, todo aquello en que creíamos, ¿eh? El poder divino y todo lo demás. ¿Y cree usted que por eso viajamos a las estrellas, Martin? En busca de nuestras almas perdidas, ¿no es así? ¿Tratando de alejarnos del malvado planeta y de descubrir otro un poco mejor?

-Quizá, capitán. Es indudable que algo buscamos.

El capitán carraspeó y habló con dureza.

-Bueno. Ahora vamos a buscar al alcalde de la ciudad. Corra, dígale quiénes somos; la primera expedición al planeta cuarenta y tres, del sistema estelar tercero. El capitán Hart les envía sus saludos y desea hablar con el alcalde. Vamos. ¡A la carrera!

-Sí, señor.

Martin atravesó lentamente el prado.

-¡Rápido! -gritó el capitán.

-Sí, señor.

Martin se alejó al trote. Luego volvió a su paso de antes, sonriendo.

El capitán se había fumado dos cigarros esperando a Martin.

Martin se detuvo y alzó los ojos hacia la portezuela del cohete, balanceándose. Parecía como si no pudiese ver ni pensar.

-¿Bueno? -estalló Hart-. ¿Qué pasa? ¿No vienen a darnos la bienvenida?

Martin se apoyó aturdidamente en el cohete.

-No.

-¿Por qué no?

-No tiene importancia -dijo Martin-. Deme un cigarrillo, ¿quiere, capitán?

Martin tomó a tientas el paquete. Había vuelto la cabeza hacia la ciudad dorada, y la miraba, parpadeando. Encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

-¿Diga algo! -gritó el capitán-. ¿No les interesa el cohete?

-¿Qué? -preguntó Martin-. Oh, el cohete. --Examinó el cigarrillo--. No, no les interesa. Parece que llegamos en un momento inoportuno.

-¡Un momento inoportuno!

-Oiga, capitán -dijo Martin pacientemente-. Algo muy importante ha ocurrido ayer en la ciudad. Es tan, pero tan importante que nuestro cohete ha pasado a un segundo plano. Somos... algo insignificante. Tengo que sentarme.

Martin trastabilló y se dejó caer, respirando con dificultad.

El capitán mordió, furioso, su cigarro.

-¿Qué ha ocurrido?

Martin alzó la cabeza, chupó el cigarrillo que tenía entre los dedos, y despidió una bocanada de humo.

-Señor, ayer, en esta ciudad, ha aparecido un hombre notable... bueno. inteligente, compasivo e infinitamente sabio.

El capitán lanzó una irritada mirada a su ayudante.

-¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

-Es difícil de explicar. Pero han estado esperándolo mucho tiempo... un millón de años, quizá. Y ayer entró en la ciudad. Por eso, señor, nuestra llegada no tiene ninguna importancia.

El capitán se sentó bruscamente.

-¿Quién es? No Ashley. No habrá llegado antes que yo a robarme toda mi gloria, ¿no? -El capitán Hart, pálido y desanimado, tomó a Martin de un brazo.

-No es Ashley, señor.

-¡Entonces es Burton! Ya lo sabía. Nos arruinó la llegada. Ya no se puede creer en nadie.

-No es Burton tampoco, señor -dijo Martin serenamente.

El capitán no podía creerlo.

-Sólo hay tres cohetes. Nosotros íbamos delante. ¿Quién llegó antes que nosotros? ¿Cómo se llama?

-No tiene nombre. No lo necesita. Un nombre diferente en cada planeta, señor.

El capitán miró a su ayudante con ojos fríos y duros.

-Bueno, ¿qué hace ese hombre maravilloso para que nadie tenga interés ni en mirar nuestro cohete?

-Ante todo -dijo Martin con calma- cura a los enfermos y consuela a los pobres. Lucha contra la hipocresía y la corrupción, y se sienta entre la gente, y habla todo el día.

-¿Y eso es tan maravilloso?

-Sí, capitán.

-No entiendo. -El capitán miró de frente a Martin, escrutándole el rostro y los ojos-. Ha estado bebiendo, ¿eh? -le preguntó con desconfianza-. No entiendo -añadió, echándose hacia atrás.

Martin miró la ciudad.

-Capitán, si no entiende, no puedo explicárselo.

El capitán siguió la mirada de su ayudante. Sobre la ciudad tranquila y hermosa reinaba una inmensa paz. Se incorporó, sacándose el cigarro de la boca. Lanzó una ojeada a Martin, y luego miró las doradas cúpulas de los edificios.

-No querrá decir. .. no puede querer decir... Ese hombre de que me habla no puede ser...

Martin asintió con un movimiento de cabeza.

-Eso mismo, capitán.

El capitán permaneció unos instantes inmóvil y silencioso.

-No lo creo -dijo al fin.

A1 mediodía el capitán Hart entraba a grandes pasos en la ciudad, acompañado por el teniente Martin y un asistente que llevaba un equipo electrónico. De cuando en cuando se reía sonoramente, se llevaba las manos a la cintura, y sacudía la cabeza.

El alcalde de la ciudad vino a su encuentro. Martín instaló un trípode, atornilló una caja, y encendió las baterías.

-¿Es usted el alcalde? -dijo el capitán apuntando al alcalde con el dedo.

-Sí, señor -dijo el alcalde.

El delicado aparato se alzaba entre el alcalde y el capitán, manejado por Martin y el asistente. La caja traducía instantáneamente cualquier idioma. Las palabras crepitaban en el aire suave de la ciudad.

-Acerca de ese acontecimiento de ayer -dijo el capitán-, ¿ocurrió realmente?

-Sí, señor.

-¿Tienen testigos?

-Los tenemos.

-¿Podemos hablar con ellos?

-Pueden hablar con cualquiera de nosotros –dijo el alcalde-. Todos somos testigos.

-Alucinación colectiva -le dijo el capitán a Martin. Y luego añadió, dirigiéndose al alcalde-: Ese hombre... ese extranjero... ¿qué aspecto tiene?

-Es difícil explicarlo -dijo el alcalde sonriendo.

-¿Por qué?

-Habría distintas opiniones.

-Quisiera oí su opinión de todos modos -dijo el capitán-. Registre eso -le ordenó a Martin por encima del hombro. El teniente apretó un botón.

-Bueno -dijo el alcalde de la ciudad-. Es un hombre muy dulce y bondadoso. Muy inteligente y de grandes conocimientos...

-Sí, sí, ya sé. -El capitán agitó una mano-. Generalidades. Quiero algo específico. ¿Qué cara tiene?

-No creo que eso sea importante -replicó el alcalde.

-Es muy importante -dijo el capitán con seriedad-. Quiero una descripción de ese hombre. Si usted no puede dármela, me la darán otros. -Y añadió mirando a Martin-: Juraría que es Burton con alguna de sus triquiñuelas.

Martin no miró al capitán. Permanecía hundido en un frío silencio.

El capitán castañeteó los dedos.

-¿Se ha producido algo así como... una cura?

-Muchas curas -dijo el alcalde.

-¿Puedo ver una?

-Puede -contestó el alcalde-. Mi hijo. –Hizo una seña a un niño que se adelantó hacia ellos-. Tenía un brazo atrofiado. Mírelo ahora.

El capitán emitió una risa tolerante.

-Sí, sí. Pero esto no es ni siquiera una prueba circunstancial, amigo mío. Yo no he visto el brazo atrofiado. Sólo he visto un brazo sano y entero. Esto no es una prueba. ¿Cómo puede probarme que ayer este brazo estaba atrofiado?

-Mi palabra es una prueba suficiente -dijo simplemente el alcalde.

-¡Pero querido señor! -exclamó el capitán-. No esperará usted que me fíe de rumores. Oh, no.

-Lo siento -dijo el alcalde, mirando al capitán con lo que parecía ser curiosidad y lástima.

-¿No tiene ningún retrato del chico anterior a hoy? -preguntó el capitán.

Pasaron unos instantes y trajeron un gran cuadro al óleo en el que se veía al niño con un brazo atrofiado.

-¡Mi querido amigo! -El capitán indicó con un ademán que se llevaran el cuadro-. Cualquiera puede pintar un cuadro. Las pinturas mienten. Quiero una fotografía.

No había fotografías. En ese mundo no se conocía el arte fotográfico.

-Bueno -suspiró el capitán, torciendo la cara-, déjeme hablar con algunos ciudadanos. Así no vamos a ninguna parte. -Señaló a una mujer-. Usted.-La mujer titubeó-. Sí, usted, venga -ordenó el capitán-. Cu.enteme algo de ese hombre maravilloso que vieron ayer.

La mujer miró serenamente al capitán.

-Caminó entre nosotros, y era muy hermoso, y muy bueno.

-¿De qué color tenía los ojos?

-El color del sol, el color del mar, el color de una flor, el color de las montañas, el color de la noche.

-¡Basta! -El capitán alzó los brazos-. ¿Ve usted, Martin? Absolutamente nada. Algún charlatán vagabundo que les sopla al oído unas naderías dulzonas y...

-Por favor, cállese -dijo Martin.

El capitán dio un paso atrás.

-¿Qué?

-Ya me ha oído -dijo Martín-. Esta gente me gusta. Creo que lo que dicen es cierto. Usted puede tener su opinión, pero guárdesela, capitán.

-¡No le permito...! -gritó el capitán.

-Ya estoy un poco harto de sus aires de superioridad -replicó Martin-. Deje tranquilos a estos hombres. Una vez que ven algo decente y bueno, viene usted a estropearlo todo y a ponerlos en ridículo. Yo también he hablado con ellos. Caminé por las calles de la ciudad, y vi las caras, y vi algo que usted no ha visto nunca... un poco de fe. Y con ese poco de fe moverán montañas. Usted, usted está furioso porque alguien le estropeó su entrada al escenario, alguien que llegó primero e hizo de usted un hombre insignificante.

-Le doy cinco segundos para que termine –indicó el capitán-. Comprendo. Ha estado usted sometido a una enorme tensión. Martin. Meses de viaje por el espacio, nostalgia, soledad. Y ahora se encuentra usted con esto. Comprendo, Martin. Paso por alto su insubordinación.

-Pues yo no paso por alto su mezquina tiranía -replicó Martin-. Abandono el cohete. Me quedo aquí.

-¡No puede hacer eso!

-¿No? Trate de impedirlo. Esto era lo que yo buscaba. No lo sabía, pero ahora lo veo claramente. Váyase a ensuciar otros mundos, a estropearlos con sus dudas y sus... métodos científicos. Estas gentes han tenido una singular experiencia, y usted no entiende que es algo real y que hemos tenido la suerte de llegar a tiempo. En la Tierra se ha hablado de este hombre durante veinte siglos. Todos hubiéramos querido verlo y oírlo, y no pudimos. Y ahora, hoy, lo hemos perdido por unas horas.

El capitán Hart miró las mejillas de Martin.

-Está llorando como un nene. Cállese.

-No me importa.

-Bueno, a mí, sí. Tenemos que mantenernos unidos ante estos nativos. Está usted agotado. Ya se lo he dicho, lo perdono.

-No necesito su perdón.

-No sea idiota. ¿No ve que es una triquiñuela de Burton? Ha engañado a esta gente, les ha cegado los ojos. Ha disfrazado su interés por las minas y el petróleo de la región con un barniz religioso. Es usted muy tonto, Martin. Muy tonto. Ya es tiempo de que conozca a los terrestres. Recurren a cualquier cosa -blasfemias, mentiras, trampas, robos, asesinatos- para alcanzar sus fines. Cualquier cosa es buena si da resultado. Un verdadero pragmatista. Eso es Burton. Usted lo conoce bien. -El capitán se rio forzadamente-. Vamos, Martin. Esta es otra de esas típicas canalladas de Burton. Comprar a esta gente con zalamerías, y luego, cuando llegue el momento, arrancarles la piel.

-No -dijo Martin, pensativo.

El capitán extendió una mano.

-Es Burton. Es él. Con sus métodos de siempre, la misma suciedad y los mismos crímenes. Tengo que admirar a ese viejo dragón. Una llamarada aquí, un resplandor allá, una palabrita dulce y una caricia, un poco de ungüento y unos cuantos rayos medicinales. . . Burton, de cuerpo entero.

-No. -La voz de Martin era muy débil. Se cubrio los ojos-. No. No lo creo.

-No quiere creerlo -continuó el capitán-. Reconózcalo, vamos. Reconózcalo. Burton no haría otra cosa. No suene despierto, Martin. Abra los ojos. Es de día. Este es un mundo real, y nosotros somos gente real, gente sucia... Burton el más sucio de todos.

Martin se dio vuelta.

-Bueno, bueno, Martín -le dijo Hart, golpeándole mecánicamente la espalda-. Comprendo. Un golpe para usted. Comprendo. Una verdadera verguenza, y todo lo demás. Este Burton es un canalla. No pierda la cabeza, Martin. Deje el asunto en mis manos.

Martin se alejó lentamente hacia el cohete.

El capitán lo siguió con la mirada. Suspiró y se volvió hacia la mujer a quien había estado interrogando

-Bueno. Cuénteme algo más de este hombre. ¿Qué decía usted, señora?

Los oficiales de la nave cenaron en unas mesitas de juego, en medio del campo. EI capitán recitaba sus informes ante un Martin de ojos enrojecidos, meditabundo y silencioso.

-He examinado a tres docenas de personas, y todas me repitieron la misma cantinela -decía el capitán-. Obra de Burton, sin duda. Estoy seguro. Va a aparecerse mañana o la semana próxima con el propósito de consolidar su fama de milagrero y quitarnos los contratos. Me parece que le voy a arruinar el negocio.

Martin alzó unos ojos tristes.

-Lo mataré -dijo.

-Vamos, vamos, Martin. Calma, calma.

-Lo mataré... Lo juro.

-Voy a echarle unas cuantas piedras en el camino. Admitirá usted que es listo. Inmoral, pero listo.

-Es un canalla.

-Debe prometerme que no recurrir a la violencia, Martin. -El capitán Hart volvió a revisar sus informes-. Según mis notas se han producido treinta milagros. Un ciego ha recuperado la vista; un leproso ha curado totalmente. Oh, Burton sabe hacer las cosas, hay que reconocérselo.

Sonó un gong. Un momento después un hombre se acercaba corriendo.

-Capitán, capitán. Un informe. Viene la nave de Burton. Y también la nave de Ashley, señor.

-Ha visto. -El capitán Hart descargó su puño sobre la mesa-. Ahí llegan los chacales. No pueden esperar. Tienen hambre. Verá como me enfrento con ellos. ¡Les sacaré una buena tajada!

Martin parecía enfermo. Miraba fijamente al capitan.

-Negocios, mi querido muchacho, negocios.

Todos alzaron la vista. Dos cohetes descendían desde lo alto.

Los cohetes casi se hicieron pedazos al tocar el suelo

-¿Qué les pasa a esos idiotas? -gritó el capitán incorporándose bruscamente.

Los hombres corrieron a trav,s de los prados hacia los cohetes envueltos en nubes de vapor. El capitán corrió detrás de ellos. En el cohete de Burton se abrió la puerta de la cámara de aire.

Un hombre cayó en los brazos de los oficialest.

-¿Qué pasa?--gritó el capitán.

Dejaron al hombre en el suelo. Se inclinaron hacia él. Estaba todo quemado. Tenía el cuerpo cubierto de heridas y cicatrices. La piel, inflamada en algunos sitios, humeaba débilmente. El hombre abrió unos ojos hinchados v movio una lengua espesa entre unos labios en carne viva.

-¿Qué pasó? -le preguntó el capitán, arrodillándose junto a él, sacudiéndole el brazo.

-Señor, señor -suspiró el hombre agonizante-. Hace cuarenta y ocho horas, en el sector setenta y nueve DFS, a la salida del planeta Uno de este mismo sistema, nuestra nave y la nave de Ashley se metieron en una tormenta cósmica. -De las narices del hombre salió un líquido gris. Un hilo de sangre le corrió por la barbilla-. Nos barrieron. A toda la tripulación. Burton murió. Ashley también, hace una hora. Sólo hay tres sobrevivientes.

-¡Escúcheme! -gritó Hart inclinándose sobre el cuerpo sanguinolento-. ¿No han venido antes a este planeta?

Silencio.

-¡Contésteme! -gritó Hart.

-No -dijo el hombre-. Tormenta. Burton murió hace dos días. El primer aterrizaje después de seis meses.

-¡Está usted seguro? -exclamó Hart, sacudiendo violentamente el cuerpo del hombre-. ¿Está usted seguro?

-Sí, sí -balbuceo el otro.

- ¿Burton murió hace dos días? ¿Seguro?

-Sí, sí -suspiró el hombre. La cabeza, le cayó hacia adelante. Estaba muerto.

El capitán se arrodilló al lado del cadáver. Los tripulantes lo rodeaban con los ojos bajos. Martin esperaba. El capitán pidió que lo ayudaran a levantarse. Luego, todos, de pie, miraron la ciudad.

-¿Eso significa...? -preguntó Martin.

-Hemos sido los primeros en llegar –murmuró el capitan Hart- y ese hombre.. .

-¿Qué pasa con ese hombre, capitán? –preguntó Martin.

En el rostro del capitán los músculos se retorcían insensatamente. Parecía verdaderamente viejo. Tenía un color gris y una mirada vidriosa. Dio unos pasos por la hierba seca.

-Acompañeme, Martin. Acompáñeme. Sosténgame. Hágame el favor. Tengo miedo de caer. Vamos, rápido. No podemos perder más tiempo...

Avanzaron, tambaleándose, hacia la ciudad, pisando la hierba alta y seca, golpeados por el viento.

Varias horas después estaban sentados en el auditorio de la alcaldía. Un millar de personas había entrado, había hablado, y se había ido. El capitán, ojeroso, los había escuchado a todos. Había tanta luz en los rostros de los que venían a dar su testimonio que el capitán no podía mirarlos. Y durante todo ese tiempo sus manos se movían sobre las rodillas, sobre el cinturón, tironeando, estremeciéndose.

Cuando las entrevistas terminaron, el capitán se volvió hacia el alcaldc, y lo miró con unos ojos muy raros.

-¿Pero usted no sabe dónde ha ido? -le preguntó.

-No nos lo dijo -replicó el alcalde.

-¿A algún mundo cercano? -preguntó el capitán.

-No lo sé.

-Tiene que saberlo.

-¿Lo ve usted? -preguntó el alcalde, señalando la multitud.

El capitán miró.

-No, no lo veo.

-Entonces, probablemente se ha ido.

-¡Probablemente, probablemente! -gritó el capitán, ya sin fuerzas-. He cometido un terrible error Quiero ver a ese hombre. No sé cómo me ha ocurrido esto. Uno de los sucesos más extraordinarios de la historia. Pasarme a mí una cosa semejante. Las probabilidades son de una sobre varios

billones. Llegar a cierto planeta, entre millones de planetas, al día siguiente de su llegada. ¡Usted tiene que saber dónde está!

-Cada uno lo encuentra a su modo -replicó gentilmente el alcaide.

E1 rostro del capitán se afeó lentamente. Algo de su antigua dureza volvió poco a poco a dominarlo. Se puso de pie.

-Usted está ocultandolo.

-No -dijo el alcalde.

-¿Y no sabe dónde está?

Los dedos del capitán apretaron el estuche de cuero que llevaba en la cintura.

-No puedo decirle dónde está, exactamente –dijo el alcalde.

-Le aconsejo que hable. -El capitán extrajo un arma pequeña.

-No sé qué decirle -dijo el alcalde.

-¡Mentiroso!

Una expresión de piedad cubrió el rostro del alcalde mientras miraba a Hart.

-Está usted muy cansado -le dijo-. Ha hecho usted un largo viaje y pertenece a un pueblo cansado que ha vivido mucho tiempo sin fe. Y ahora tiene usted tantos deseos de creer, que tropieza y se confunde. Será más difícil si mata a alguien. Así no va a encontrarlo.

-¿Dónde ha ido? E1 se lo dijo. Usted lo sabe. Vamos, dígamelo. -El capitán blandió el arma.

El alcalde sacudió la cabeza.

-¡Dígamelo! ¡Dígamelo!

El arma sonó, una, dos veces. El alcalde cayo al suelo, herido en un brazo.

Martin dio un paso adelante.

-¡Capitán!

El arma apuntó rápidamente a Martin.

-No se meta, Martin.

Desde el piso, sosteniéndose el brazo herido, el alcalde alzó los ojos.

-Deje esa arma. Se hace daño. Nunca ha creído, y ahora supone que cree, y lastima a la gente.

-No lo necesito -dijo Hart, de pie junto a el-. Si lo he perdido aquí por un día, iré a otro mundo. Y luego a otro y a otro. Lo perderé por medio día en el primcr planeta, quizá, y por un cuarto de día en el siguiente, y por dos horas en el otro, y luego por un minuto. Pero al fin lo encontraré. ¿Me oye? -El capitán gritaba ahora, inclinándose con cansancio sobre el hombre que yacía en el piso. Se tambaleó, agotado-. Vamos, Martin. -De su brazo colgaba el arma.

-No -dijo Martin-. Me quedo aquí.

-Es usted un tonto. Quédese si quiere. Pero yo seguiré con los demás, y hasta donde pueda

El alcalde alzó los ojos hacia Martin.

-Pronto estaré bien. Déjeme. Ya cuidarán de mis heridas.

--Volver, --dijo Martin--. Voy hasta el cohete.

Los hombres atravesaron rápidamente la ciudad. Era evidente que el capitán luchaba por mostrar toda su vieja fortaleza. Cuando llegó al cohete palmeó la coraza con una mano temblorosa. Guardó el arma en el estuche. Miró a Martin.

-¿Bueno, Martin?

Martin miró al capitán.

-¿Bueno, capitán?

El capitán clavó los ojos en el cielo.

-Así que no quiere... venir... con... conmigo, ¿eh?

-No, señor.

-Será una gran aventura, por Dios. Creo que lo encontraré.

-Está usted decidido, ¿no es cierto, señor? -preguntó Martin.

El rostro del capitán se estremeció. Se le cerraron los ojos.

-Hay algo que quisiera saber.

-¿Qué?

-Señor, cuando lo encuentre... si lo encuentra -dijo Martin-, ¿qué le va a pedir?

-Cómo... -El capitán calló y entornó los ojos Abrió y cerró las manos. Se quedó pensando y luego sonrió extranamente-. Le pediré un poco de... paz y tranquilidad. -Tocó el cohete-. Hace mucho, mucho tiempo... que no descanso.

-¿Ha intentado descansar alguna vez, capitán?

-No comprendo -dijo Hart.

-No importa. Adiós, capitán.

-Adiós, senor Martin.

La tripulación se había reunido en el prado. Sólo tres seguirían con Hart. Los otros siete se quedaban con Martin.

El capitán Hart les echó una ojeada y murmuró su veredicto:

-¡Pobres tontos!

Fue el último en meterse por la escotilla. Hizo un saludo y se rio secamente. La portezuela se cerró.

El cohete se elevó sobre un pilar de fuego.

Martin lo vio alejarse y desaparecer.

El alcalde, sostenido por algúnos hombres, llamó a Martin desde el borde del prado.

-Se ha ido -dijo Martin, acercándose.

-Sí, pobre hombre, se ha ido -dijo el alcalde-. Y seguirá buscando, planeta tras planeta, y siempre llegará una hora después, media hora después, o diez minutos después, o un minuto después. Y un día lo perderá por unos pocos segundos. Y cuando haya visitado trescientos planetas, y tenga setenta u ochenta anos de edad, lo perderá por una fracción de segundo, y luego por una fracción todavía más pequeña. Y así seguirá y seguirá, pensando que va a encontrar lo que ha dejado aquí, en este planeta, en este mismo pueblo...

Martin miró fijamente al alcalde.

El alcalde extendió una mano.

-¿Alguien lo ha dudado acaso? -Se volvió hacia los otros y les hizo una seña-. Vamos. No hay que hacerlo esperar.

Los hombres entraron en la ciudad.

La Lluvia

La lluvia continuaba. Era una lluvia dura, una lluvia constante, una lluvia minuciosa y opresiva. Era un chisporroteo, una catarata, un latigazo en los ojos, una résaca cn los tobillos. Era una lluvia que ahogaba todas las lluvias, y hasta el recuerdo de las otras lluvias. Caía a golpes, en toneladas; entraba como hachazos en la selva y seccionaba los árboles y cortaba las hierbas y horadaba los suelos y deshacía las zarzas. Encogía las manos de los hombres hasta convertirlas en arrugadas manos de mono. Era una lluvia sólida y vidriosa, y no dejaba de caer.

-¿Cuánto falta, teniente?

-No sñe. Un kilómetro, diez kilómetros, mil kilómetros.

-¿No está seguro?

-¿Cómo puedo estarlo?

-No me gusta esta lluvia. Si supiésemos, por lo menos, a qué distancia está la cúpular solar, me sentiría mejor.

-Faltará una hora o dos.

-¿Lo cree usted de veras, teniente?

-¿O miente para animarnos?

-Miento para animarlos. ¡Cállese!

Los dos hombres estaban sentados bajo la lluvia. Detrás de ellos había otros dos, empapados, cansados, derruidos, como arcilla deshecha.

El teniente abrió los ojos. Tenía una cara que alguna vez había sido morena. La lluvia la había blanqueado. La lluvia la había quitado el color de los ojos. Tenía los ojos blancos, blancos como los dientes, blancos como el pelo. El tenienie era todo blanco. Hasta eI uniforme se le estaba volviendo blanco, y quiza también un poco verde, a causa de los hongos.

El teniente sintió la lluvia en las mejillas.

-¿Cuándo habrá dejado de llover en Venus? Hace muchos años quizá.

-No desvaríe -dijo otro de los hombres-. En Venus nunca deja de llover. Llueve y llueve. He vivido aquí durante diez años, y no ha habido un minuto, ni siquiera un segundo, sin estos chaparrones.

-Como si viviéramos debajo del agua -dijo el teniente, y se incorporó ajustándose las armas al cinturón-. Bueno, será mejor que sigamos. Pronto llegaremos a esa cúpula.

-O no llegaremos -dijo el cínico.

-Sólo falta una hora, más o menos.

-Ahora trata de mentirme a mí, mi teniente.

-No, me miento a mí mismo. A veces es necesario mentir. No aguantaré mucho más.

Los hombres se metieron en la selva, mirando sus brújulas de cuando en cuando. No había ningún punto de referencia, sólo lo que señalaba la brújula. Un cielo gris, y la lluvia, y la selva, y algún claro entre los árboles, y detrás de ellos, muy lejos, en alguna parte, el cohete destrozado. El cohete en el que yacían dos de sus compañeros, muertos, y chorreando lluvia.

Los hombres caminaron en fila india, sin hablarse. De pronto, llegaron a la orilla de un río, ancho, aplastado y de aguas oscuras, que corría hacia el mar Unico. La lluvia cubría la superficie del río con un billón de puntos.

-Vamos, Simmons -dijo el teniente.

Hizo una seña, y Simmons sacó un paquete que bajo la acción de alguna sustancia química se infló hasta formar un bote. El teniente dirigió el corte de algunas maderas y la rápida construcción de unos remos y los hombres se lanzaron al río, remando rápidamente, a través de las aguas tranquilas, bajo la lluvia.

El teniente sint; la lluvia fría en las mejillas, en el cuello y en los móviles brazos. El frío le llegó a los pulmones. Sintió la lluvia en las orejas, en los ojos, en las piernas.

-No dormí nada anoche -murmuró.

-¿Quién pudo dormir? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cuántas noches sin sueño? ¡Treinta noches! ¡Treinta días! ¿Quién puede dormir mientras la lluvia le rebota a uno en el cráneo? No sé qué daría por un sombrero. Cualquier cosa, con tal de que la lluvia dejara de golpearme. Me duele la cabeza. Continuamente.

-Lamento haber venido a la China -dijo otro.

-Nunca oí que Venus se llamase la China.

-Sí, la China. La hidroterapia china. ¿No recuerdas aquella antigua tortura? Te atan contra un muro. Cada media hora te cae una gota en la cabeza. Te vuelves loco esperando la próxima gota. Bueno, lo mismo pasa en Venus, sólo que en gran escala. No hemos nacido para vivir en el agua. No se puede dormir, no se puede respirar, y uno se vuelve loco al sentirse empapado. Si hubiésemos podido prever ese accidente, hubiéramos traído impermeables y sombreros. Lo peor es esta lluvia que te golpea la cabeza. Es tan pesada. Es como un cañonazo. No sé si podré aguantarlo mucho tiempo.

-Oh, ¡si encontráramos una cúpula solar! El hombre que inventó esas cúpulas tuvo una buena idea.

Los hombres atravesaban el río, y pensaban, mientras tanto, en la cúpula solar que estaba en alguna parte, ante ellos. Una cúpula resplandeciente bajo la lluvia selvática. Una casa amarilla, redonda y brillante como el sol. Una casa de cinco metros de alto por treinta de diámetro. Calor, paz, comida caliente, y un refugio contra la lluvia. Y en el centro de la cúpula brillaba, es claro, el sol. Un globo de fuego amarillo que flotaba libremente en lo alto del edificio. Y mientras uno fumaba o leía o bebía el chocolate caliente con burbujas de crema, se podía mirar el sol. Allí estaba, amarillo, del mismo tamaño que el sol terrestre, cálido, continuo. Dentro de esa casa. mientras pasaban ociosamente las horas, era fácil olvidarse del mundo lluvioso de Venus.

El teniente se volvió y miró a los tres hombres que remaban apretando los labios. Estaban tan blancos como setas, tan blancos como él. Venus lo blanqueaba todo en sólo unos meses. Hasta la selva era un enorme papel blanco con unas pocas líneas un poco menos blancas: un dibujo de pesadilla. Cómo podía ser verde, si no había sol, si la lluvia caía sin cesar en un permanente crepúsculo. La selva blanca, blanca, y las hojas del color del queso y la tierra como húmedos trozos

de queso Camembert y los troncos de los árboles como tallos de setas gigantescas... todo negro y blanco. ¿Y cuándo veían el suelo? ¿No era casi siempre un arroyo, un pantano, un estanque, un lago, un río, y luego, por fin, el mar?

-Llegamos.

Los hombres saltaron a tierra, chapoteando. Desinflaron el bote e hicieron de él un paquete. Luego, de pie junto a la orilla lluviosa, trataron de fumar. Pasaron unos cinco minutos antes que, estremeciéndose, con el encendedor invertido y protegido por las manos, pudieran aspirar unas pocas bocanadas de unos cigarrillos que se mojaban rápidamente y que una repentina ráfaga de lluvia les arrancaba de la boca.

Echaron a caminar.

-Un momento -dijo el teniente-. Creo haber visto algo ahí adelante.

-¿La cúpula solar?

-No estoy seguro. La lluvia se cerró en seguida.

Simmons comenzó a correr.

-¡Simmons, vuelva!

Simmons desapareció bajo la lluvia. Los otros lo siguieron .

Encontraron a Simmons en un claro de la selva. Se detuvieron y miraron a Simmons, y lo que Simmons había descubierto.

El cohete.

Allí estaba, donde lo habían dejado. Habían dado, de algún modo, una vuelta completa, y se encontraban otra vez en el punto dc partida. Entre los restos del cohete yacían los dos cadáveres. Unas algas verdes les salían de las bocas. Se quedaron mirándolos, y las algas florecieron. Los pétalos se desplegaron bajo la lluvia, y las plantas,comenzaron a morir.

-¿Cómo hemos vuelto?

-Una tormenta eléctrica, probablemente. La electricidad desarregló nuestras brújulas. Eso lo explica todo.

-Puede ser.

-¿Qué haremos ahora?

-Empezar de nuevo.

-¡Dios mío! ¡Estamos tan lejos como antes!

-Calma, Simmons.

-¡Calma, calma! ¡Esta lluvia me enloquece!

-Tenemos bastante comida como para dos días, si no nos excedemos.

La lluvia bailó sobre la piel de los kombres, sobre los trajes empapados. La lluvia les corrió por las narices y las orejas, por los dedos y las rodillas. Parecían unas fuentes de piedra rodeadas de árboles. Echaban agua por todos los poros.

Y mientras estaban allí, mirando el cohete, oyeron un lejano rugido.

Y el monstruo salió de la lluvia.

El monstruo se alzaba sobre un millar de eléctricas patas azules. Caminaba rápidamente, terriblemente Cada paso era un golpe. Donde se posaba una pata, un árbol caía fulminado. El aire sc Ilenó de bocanadas de humo. La lluvia aplastaba las débiles humaredas. El monstruo tenía mil metros de altura y quinientos de ancho, e iba de un lado a otro como un gigante ciego. A veces durante unos instantes, no tenía ninguna pata. Y en seguida, en un segundo, mil látigos le salían del vientre, látigos azules y blancos que herían la selva.

-La tormenta eléctrica -dijo uno de los hombres-. Arruinó las brújulas. Y viene para aquí.

-Échense todos -dijo el teniente.

-¡Corran! -gritó Simmons.

-No pierda la cabeza, Simmons. Échense. La tormenta sólo golpea los lugares elevados. Quizá salgamos ilesos. Echémonos aquí, lejos del cohete. Descargará ahí toda su fuerza y pasará sin tocarnos. ¡Cuerpo a tierra !

Los hombres se echaron al suelo.

-¿Viene? -se preguntaron después de un rato.

-Viene.

-¿Está cerca?

-A unos doscientos metros.

-¿Más cerca?

-¡Aquí está!

El monstruo llegó y se detuvo sobre ellos. Diez relámpagos azules golpearon el cohete. La nave se estremeció como un gong y dejó escapar un eco metálico. El monstruo lanzó otros quince relámpagos que bailaron alrededor del cohete, en una ridícula pantomima, palpando la selva y el suelo barroso.

-¡No! ¡No!

Uno de los hombres se puso de pie.

-¡Échese, idiota! -le gritó el teniente.

-¡No!

Los relámpagos golpearon la nave una docena de veces. El teniente volvió la cabeza sobre el brazo y vio las enceguecedoras llamaradas azules. Vio cómo se abrían los árboles y caían en pedazos. Vio la monstruosa nube oscura que giraba como un disco negro y arrojaba otro centenar de lanzas eléctricas.

El hombre que se había puesto de pie corría ahora, como por una sala de columnas. Corría zigzagueando entre ellas, hasta que al fin doce de esas columnas se abatieron sobre él, y se oyó el sonido de una mosca que se posa sobre un alambre incandescente. El teniente había oído ese sonido en su infancia, en una granja. Y en seguida se sintió el olor de un hombre reducido a cenizas.

El teniente bajó la cabeza.

-No miren -les dijo a los otros.

Tenía miedo de que también ellos echaran a correr.

La tormenta descargó sobre los hombres una nueva serie de relámpagos, y luego se alejó. Y otra vez volvió a sentirse sólo la lluvia. El agua limpió el aire rápidamente y borró el olor de la carne chamuscada. Y los tres sobrevivientes se sentaron a esperar a que se les calmaran los sobresaltados corazones.

Luego se acercaron al cuerpo, pensando que quizá podrían salvarle la vida. No podían creer que no fuese posible ayudarlo. Era una actitud natural. No admitieron la muerte hasta que la tocaron, pensaron en ella, y empezaron a discutir si debían enterrar el cadáver o dejarlo allí para que la selva misma lo sepultara con las hojas que crecerían en no más de una hora.

El cuerpo del hombre era un hierro retorcido envuelto en un cuero chamuscado. Parecía un maniquí de cera, metido en un incinerador y retirado en seguida, cuando la cera comenzaba a aplastarse alrededor del esqueleto de carbón. Sólo la dentadura era blanca. Los dientes brillaban como un raro brazalete blanco, caído a medias sobre un puño apretado y negro.

-No debió correr -dijeron todos, casi al mismo tiempo.

Y mientras miraban el cadáver, la vegetación creció rápidamente a su alrededor, ocultándolo con hiedras, enredaderas y hasta flores para el hombre muerto.

A lo lejos, la tormenta corrió sobre relámpagos azules, y desapareció.

Los hombres cruzaron un río, y un arroyo, y un torrente, y otros doce ríos, y más torrentes y arroyos. Nuevos ríos nacían continuamente ante sus ojos, y los viejos ríos alteraban su curso... Ríos del color del mercurio, ríos del color de la plata y la leche.

Los ríos corrían hacia el mar.

El mar Unico. En Venus sólo había un continente. Una tierra de cuatro mil kilómetros de largo por mil kilómetros de ancho, y alrededor de esta isla, sobre el resto del lluvioso planeta, se extendía el mar Unico. El mar Unico, que golpeaba levemente las costas pálidas . . .

-Por aquí. -El teniente señaló el sur-. Podría asegurar que allá hay dos cúpulas solares.

-¿Ya que empezaron por qué no construyeron cien cúpulas más?

-Hay ciento veinte cúpulas, ¿no?

-Ciento veintiséis, hasta el mes pasado. Hace un año trataron de que el Congreso votara una ley para construir otras dos docenas; pero, oh, no, ya conocen la musiquita. Prefirieron que la lluvia enloqueciera a algunos hombres.

Partieron hacia el sur.

El teniente y Simmons y el tercer hombre, Pickard, caminaron bajó la lluvia. bajo la lluvia que caía pesadamente y dulcemente, bajo la lluvia torrencial e incesante que caía a martillazos sobre la tierra y el mar y los hombres en marcha.

Simmons fue el primero en verla.

-¡Allá está!

-¿Qué?

-¡La cúpula solar!

El teniente parpadeó sacándose el agua de los ojos, y alzó las manos para protegerse de las mordeduras de la lluvia.

A lo lejos, a orillas de la selva, junto al océano, se veía un resplandor amarillo. Se trataba, indudablemente, de una cúpula solar.

Los hombres se sonrieron.

-Parece que tenía razon, teniente.

-Suerte.

-Oigan, al verla me siento otra vez lleno de vida.

-¡Vamos! ¡El último en llegar es un hijo de perra!

Simmons comenzó a trotar. Los otros lo siguieron automáticamente, sin aliento, cansados, pero sin dejar de correr.

-Para mí un tazón de café -jadeó Simmons, sonriendo-. Y una hornada de pan, ¡dioses! Y luego acostarse y dejar que el sol caiga sobre uno. ¡El hombre que inventó la cúpula solar merece una medalla!

Corrieron con mayor rapidez. El resplandor amarillo se hizo aún más brillante

-¡Pensar que tantos hombres enloquecen antes de encontrar el remedio! Y sin embargo es tan sencillo. -Las palabras de Simmons siguieron el ritmo de sus pasos-. ¡Lluvia, lluvia! Hace años. Encontr, un amigo. En la selva. Caminando. Bajo la lluvia. Diciendo una y otra vez: "No sé qué hacer, para salir, de esta lluvia. No sé qué hacer, para salir, de ésta lluvia. No sé qué hacer..." Y así seguía. Sin detenerse. Pobre loco.

-¡Ahórrese fuerzas!

Los hombres corrieron..

Todos se reían. Llegaron, riéndose, a la puerta de la cupula solar.

Simmons empujó la puerta.

-¡Eh! -gritó-. ¡Traigan el café y los bizcochos!

Nadie respondió

Los hombres atravesaron el umbral

La cúpula estaba desierta y en sombras. Ningún sol sintético flotaba, con su silbido de gas, en lo alto del cielo raso azul. Ninguna comida estaba esperando. En la habitación reinaba el frío, como en una tumba. Y a través de mil agujeros, abiertos recientemente en el techo, entraba el agua, y las gotas de lluvia empapaban las gruesas alfombras y los pesados muebles modernos, y estallaban sobre las mesas de vidrio. La selva crecía en la habitación, como un musgo, en lo alto de las bibliotecas y en los hondos divanes. La lluvia se introducía por los agujeros y caía sobre los rostros de los tres hombres.

Pickard empezó a reírse dulcemente.

-Cállese, Pickard.

-Oh, dioses, miren lo que estaba esperándonos... Nada de sol, nada de comida, nada. ¡Los venusinos! ¡Por supuesto! ¡Es obra de ellos!

Simmons asintió con un movimiento de cabeza. El agua le corrió por el pelo plateado y por las cejas blancas.

-Una vez cada tanto los venusmos salen del mar y atacan las cúpulas. Saben que si acaban con las cúpulas acabarán también con nosotros.

-¿Pero las cúpulas no están protegidas con armas?

-Por supuesto. -Simmons se dirigió hacia un lugar un poco menos mojado que los otros-. Pero desde el último ataque han pasado cinco años. Se descuidaron las defensas. Sorprendieron a estos hombres.

-¿Pero dónde están los cadáveres?

-Los venusinos se los llevaron al mar. He oído decir que lo ahogan a uno con un método delicioso. Tardan cuatro horas. Realmente delicioso.

Pickard se rio.

-Apuesto a que aquí no hay comida.

El teniente frunció el ceño y señaló a Pickard con un movimiento de cabeza, mirando a Simmons. Simmons hizo un gesto y entró en un cuarto, a un lado de la sala redonda. En la cocina había mojadas rodajas de pan y trozos de carne donde crecía un vello verde.

La lluvia entraba por unos agujeros abiertos en el techo.

-Magnífico. -El teniente miró los agujeros-. Me parece que no podríamos tapar esos agujeros e instalarnos aquí

-¿Sin comida, señor? -grunó Simmons-. La máquina solar está rota. Sólo nos queda buscar la próxima cúpula. ¿Está muy lejos?

-No mucho. Recuerdo que en esta región construeron dos no muy alejadas la una de la otra. Quizá si esperásemos aquí, una dotación de la otra cúpula podría . . .

-Ya han estado aquí probablemcnte. Enviarán algunos hombres para reparar el lugar dentro de unos seis meses, cuando el Congreso vote el dinero. Me parece que no nos conviene esperar.

-Muy bien. Entonces nos comeremos el resto de las raciones y nos pondremos en seguida en camlno.

-Si por lo menos la lluvia no me golpeara la cabeza -dijo Pickard-. Sólo por unos minutos . . . Si pudiera recordar en qué consiste sentirse tranquilo. –Pickard se apretó la cabeza con ambas manos-. Recuerdo que cuando iba a la escuela un granuja que se sentaba detrás de mí me pinchaba y me pinchaba y me pinchaba y me pinchaba cada cinco minutos, todo el día. Y así durante semanas y meses. Yo tenía siempre los brazos lastimados, con manchas negras o azules y pensaba que esos pinchazos terminarían por volverme loco. Un día, perdí la cabeza y me volví en mi asiento con una escuadra de metal que usaba en las clases de dibujo técnico, y casi lo mato a aquel bastardo. Casi le saco la cabeza. Casi le arranco un ojo. Me echaron de la clase, mientras yo gritaba: "¿Por qué no me deja tranquilo? ¿Por qué no me deja tranquilo?" -Pickard se apretaba los huesos de la cabeza con ambas manos. Cerraba los ojos-. ¿Pero qué puedo hacer ahora? ¿A quien voy a golpear, a quién le diré que se vaya, que deje de molestarme? ¡Esta lluvia maldita, como aquellos pinchazos, siempre sobre uno! ¡No se oye nada más! ¡No se siente nada más!

-Llegaremos a la otra cúpula solar a las cuatro de la tarde.

-¿Cúpula solar? ¡Miren ésta! ¿Y si todas las cúpulas de Venus estuviesen así, eh? ¿Y si hubiese agujeros en todos los techos? ¿Y si entrara la lluvia en todas las cúpulas?

-Tenemos que correr ese riesgo.

-Estoy cansado de correr riesgos. Sólo quiero un techo y un poco de descanso. Que me dejen en paz.

-Llegaremos dentro de ocho horas, si aguanta hasta entonces.

-No se preocupen. Aguantaré muy bien –dijo Pickard y se echó a reir sin mirar a sus compañeros.

-Comamos -dijo Simmons, observándolo.

Caminaron por la costa, siempre hacia el sur. A las cuatro horas tuvieron que internarse en la selva para evitar un río de más de un kilómetro de ancho, y de aguas demasiado rápidas. Recorrieron unos ocho kilómetros y llegaron a un sitio en que el río surgía abruptamente de la tierra, como de una herida mortal. Volvieron al océano bajo la lluvia.

-Tengo que dormir -dijo Pickard al fin. Se derrumbó-. No he dormido en cuatro semanas. He probado, pero no puedo. Durmamos aquí.

El cielo estaba oscureciéndose. Caía la noche en Venus, una noche tan negra que todo movimiento parecía peligroso. Simmons y el teniente cayeron también de rodillas.

-Bueno -dijo el teniente-, veremos qué se puede hacer. Ya lo hemos intentado antes, pero no sé... Este clima no parece invitar al sueño.

Los hombres se tendieron en el barro, tapándose las cabezas para que el agua no les entrara por las bocas. Cerraron los ojos. El teniente se estremeció.

No podía dormir.

Algo le corría por la piel. Algo crecía sobre él, en capas. Caían unas gotas, sobre otras gotas, y todas se unían formando unos hilos de agua que le corrían por el cuerpo. Y mientras, las raíces de las plantas se le metían en la ropa. Sintió que la hiedra lo cubría con un segundo traje; sintió que los capullos de las florecitas se abrían, y que caían los pétalos. Y la lluvia seguía y seguía, golpeándole el cuerpo y la cabeza. En la noche luminosa (pues la vegetación brillaba ahora en la oscuridad) podía ver las figuras de los otros dos hombres, como troncos caídos cubiertos por un manto de hierbas y flores. La lluvia le golpeó la cara. Se cubrió la cara con las manos. La lluvia le golpeó entonces el cuello. Se volvió boca abajo, en el barro, entre las plantas de tejidos el sticos, y la lluvia le golpeó la espalda y las piernas.

El teniente se incorporó y comenzó a sacudirse el agua del cuerpo. Mil manos lo estaban tocando, y no quería que lo tocaran. Ya no lo aguantaba más. Trastabilló y chocó contra alguien. Era Simmons, de pie bajo la lluvia. Simmons escupía, tosía y estornudaba. Y en seguida Pickard, gritando, se incorporó y echó a correr.

-¡Un momento, Pickard!

-¡Basta! ¡Basta! -gritaba Pickard. Disparó seis veces su arma contra el cielo de la noche. En el resplandor de la pólvora, durante un instante, con cada detonación, los hombres pudieron ver ejércitos de gotas de lluvia. como incrustadas en una vasta e inmóvil piedra de ámbar, como sorprendidas por la explosión. Quince billones de gotitas, quince billones de lágrimas, quince billones de joyas en una vitrina forrada de terciopelo blanco. Y luego, cuando la luz desapareció, las gotas que se habían detenido para ser fotografiadas, que habían suspendido su rápido descenso, cayeron sobre los hombres, como una nube de voraces insectos, fría y dolorosa.

-¡Basta! ¡Basta!

-¡Pickard!

Pero Pickard ya no se movía.

El teniente encendió una linterna e iluminó el rostro húmedo de Pickard. El hombre tenía los ojos desorbitados y la boca abierta, y el rostro vuelto hacia arriba, de modo que el agua le golpeaba la lengua y le estallaba en la boca, y le lastimaba y le mojaba los ojos abiertos, y le salía en burbujas de la nariz como un murmullo espumoso.

-¡Pickard!

Pickard no contestó. Se quedó allí, sin moverse, mientras las pompas de la lluvia se rompían sobre su pelo descolorido, y los collares y las pulseras del agua se le desprendían del cuello y las muñecas.

-¡Pickard! Nos vamos. Síganos.

La lluvia resbalaba por las orejas de Pickard.

-¿Me oye, Pickard?

Como si estuviese gritando dentro de un pozo.

-¡Pickard!

-Déjelo -murmuró Simmons.

-No podemos seguir sin él.

-¿Y qué vamos a hacer? ¿Llevarlo a la rastra? -exclamó Simmons-. Será totalmente inútil. Tanto para él como para nosotros. ¿Sabe qué hará? Se quedará ahí hasta ahogarse.

-¿Qué?

-Debía saberlo. ¿No conoce la historia? Se quedará ahí, con la cabeza levantada, y dejará que el agua le entre por la nariz y la boca. Respirará agua.

-No.

-Así lo encontraron al general Mendt. Sentado en una roca, con la cabeza echada hacia atrás, respirando lluvia. Tenía los pulmones llenos de agua.

El teniente volvió a iluminar aquel rostro inmóvil.

De la nariz de Pickard salía un sonido húmedo.

-¡Pickard! -El teniente lo abofeteó.

-No puede sentirlo -dijo Simmons-. Unos pocos días bajo esta lluvia y uno ya no tiene ni cara ni piernas ni manos.

El teniente se miró horrorizado la mano. No la sentía.

-Pero no podemos dejarlo aquí.

-Le enseñaré qué podemos hacer.

Simmons disparó su arma.

Pickard cayó en un charco.

-No se mueva, teniente -dijo Simmons-. Tengo el arma cargada. Reflexione. Pickard se hubiese quedado ahí, de pie o sentado, hasta ahogarse. Esto es más rápido.

El teniente miró parpadeando el cuerpo de Pickard.

-Pero usted lo mató.

-Sí, porque se hubiese convertido en una carga, y hubiese terminado con nosotros. ¿Le vio la cara? Estaba loco.

Pasó un rato, y al fin el teniente asintió.

-Bueno.

Los dos hombres volvieron a caminar bajo la lluvia.

En la noche sombría, las linternas lanzaban unos rayos que apenas atravesaban la lluvia. Después de media hora tuvieron que detenerse devorados por el hambre, y esperar la llegada del alba. Cuando amaneció, la luz era gris, y seguía lloviendo. Los hombres se pusieron otra vez en camino.

-Hemos calculado mal -dijo Simmons.

-No. Falta una hora.

-Hable más fuerte. No puedo oírlo. -Simmons se detuvo y sonrió-. Por Cristo -dijo, y se tocó las orejas-. Mis orejas. Ya no las tengo. Esta lluvia me pelará hasta los huesos.

-¿No oye nada? -dijo el teniente.

-¿Qué? -Los ojos de Simmons parecían asombrados.

-Nada. Vamos.

-Creo que esperaré aquí. Siga usted adelante.

-No puede hacer eso.

-No lo oigo. Siga usted. No puedo más. No creo quehaya una cúpula por estos lados. Y si la hubiese, tendrá probablemente el techo lleno de agujeros, como la otra. Creo que voy a sentarme.

-¡Levántese, Simmons!

-Hasta luego, teniente.

-¡No puede abandonar ahora!

-Tengo un arma que dice que sí. Ya nada me importa. No estoy loco todavía, pero no tardaré mucho en estarlo. Y no quiero morir de ese modo. Tan pronto como usted se aleje dispararé contra mí mismo.

-¡Simmons!

-Oiga, es cuestión de tiempo. Morir ahora o dentro de un rato. ¿Qué le parece si al llegar a la próxima cúpula se encuentra con el techo agujereado? Sería magnífico, ¿no?

El teniente esperó un momento, y al fin se fue, chapoteando bajo la lluvia. Se volvió una vez y llamó a Simmons, pero el hombre siguió allí, con el arma en la mano, esperando a que el teniente se perdiera de vista. Simmons sacudió la cabeza y le hizo una seña como para que siguiera caminando.

El teniente no oyó ni siquiera la detonación.

Mientras caminaba masticó unas flores. No eran venenosas ni tampoco muy nutritivas. Las vomitó un minuto después.

Trató de hacerse un sombrero con hojas. Pero ya lo había intentado otras veces. La lluvia le disolvió las hojas sobre la cabeza. Desprendidas de sus tallos las hojas se le pudrían rápidamente entre los dedos, transformándose en una masilla gris.

-Otros cinco minutos -se dijo a sí mismo-. Otros cinco minutos y luego me meteré en el mar y seguiré caminando. No estamos hechos para esto. Ningún terrestre ha podido ni podrá soportarlo. Los nervios, los nervios.

Avanzó tambale ndose por un mar de fango y follaje, y subió a una loma.

A lo lejos, entre los finos velos del agua, se veía una débil mancha amarilla.

La otra cúpula solar.

A través de los árboles, muy lejos, un edificio redondo y amarillo. El teniente se quedó mirándolo, tambaleante.

Echó a correr. y volvió a caminar. Tenía miedo. ¿Y si fuese la misma cúpula? ¿Y si fuese la cúpula muerta, sin sol?

El teniente resbaló y cayó al suelo. Quédate ahí, pensó. Te has equivocado. Todo es inútil. Bebe toda el agua que quieras.

Pero se incorporó otra vez. Cruzó varios arroyos, y el resplandor amarillo se hizo más intenso, y echó a correr otra vez, quebrando con sus pisadas espejos y vidrios, y lanzando al aire, con el movimiento de los brazos, diamantes y piedras preciosas.

Se detuvo ante la puerta amarilla donde se leía CUPULA SOLAR. Extendió una mano entumecida y la tocó. Movió el pestillo y entró, tambaleándose.

Miró a su alrededor. Detrás de él, en la puerta, los torbellinos de la lluvia. Ante él, sobre una mesa baja, un tazón plateado de chocolate caliente, humeante, y una fuente llena de bizcochos. Y al lado, en otra fuente, sandwiches de pollo y rodajas de tomate y cebollas verdes. Y en una percha, en frente, una gran toalla turca, verde y gruesa, y un canasto para guardar las ropas mojadas. Y a la derecha, una cabina donde unos cálidos rayos secaban todo, instantáneamente. Y sobre una silla, un uniforme limpio que esperaba a alguien, a él o a cualquier otro extraviado. Y allá, más lejos, el café que humeaba en recipientes de cobre, y un fonógrafo del que nacía una música serena, y unos libros encuadernados en cuero rojo o castano. Y cerca de los libros, un sofá blando y hondo donde podía acostarse, desnudo, a absorber los rayos de ese objeto grande y brillante que dominaba la habitación.

Se llevó las manos a los ojos. Vio a otros hombres que se acercaban a él, pero no les dijo nada. Esperó, abrió los ojos y miró. El agua le caía a chorros del uniforme y formaba un charco a sus pies. Sintió que el pelo, la cara, el pecho, los brazos y las piernas se le estaban secando.

El teniente miraba el sol.

El sol colgaba en el centro del cuarto, grande y amarillo, y cálido. Era un sol silencioso, en una habitación silenciosa. La puerta estaba cerrada y la lluvia era sólo un recuerdo para su cuerpo palpitante. El sol estaba allá arriba, en el cielo azul de la habitación, cálido, caliente, amarillo, y hermoso.

El teniente se adelantó, arrancándose las ropas.

El Hombre Del Cohete

Las luciérnagas eléctricas giraban alrededor de la cabeza de mamá iluminándole el camino. En el umbral de su alcoba mamá se detuvo y se volvió hacia mí. Yo atravesaba el pasilIo silencioso.

-Me ayudarás, ¿no es cierto? No quiero que se vaya otra vez.

-Haré lo posible -le dije.

-Por favor. -Las luciérnagas lanzaban unas móviles lucecitas sobre el rostro pálido-. No puede volver a irse.

-Bueno -dije, deteniéndome un momento-. Pero todo será inútil.

Mamá se fue y las luciérnagas volaron detrás, recorriendo sus circuitos eléctricos, como una constelación errante, enseñándole el camino entre las sombras. Aún oí que decía, débilmente:

-Hay que intentarlo.

Otras luciérnagas me siguieron a mi cuarto. Cuando el peso de mi cuerpo cortó el circuito en el interior de la cama, las luciérnagas se apagaron. Era medianoche, y mamá y yo esperamos en nuestros cuartos, en nuestras camas, separados por la oscuridad. La cama me acunó, cantando suavemente. Toqué una llave. El canto y el balanceo cesaron. Yo no quería dormirme. No, de ningún modo.

Esa noche no era distinta de otras muchas noches. Nos despertábamos y sentíamos que el aire fresco se calentaba, sentíamos el fuego en el viento, o veíamos que las paredes se encendían unos segundos, con un brillante color, y sabíamos entonces que su cohete pasaba sobre la casa... Su cohete, y los robles se balanceaban a su paso. Yo seguía acostado con los ojos abiertos, y el corazón palpitante; y mamá seguía en su alcoba. Su voz llegaba hasta mí a través de la radio.

-¿Sentiste?

Y yo le respondía:

-Sí, era él.

Era la nave de papá, que pasaba sobre el pueblo, un pueblo pequeño adonde nunca venían los cohetes del espacio. Mamá y yo nos quedábamos despiertos las próximas dos horas pensando: "Ahora papa aterriza en Springfield; ahora camina por la pista; ahora firma los papeles; ahora sube al helicóptero; ahora pasa sobre el río; ahora sobre las colinas; ahora el helicóptero desciende en el aeropuerto de Green Village, aquí..." Y había pasado la mitad de la noche, y mamá y yo, desde nuestras frescas camas, escuchábamos, escuchábamos. "Ahora camina por la calle Bell, siempre camina. . . nunca toma un coche . . . Ahora cruza el parque, ahora dobla en la esquina de Oakhurst y ahora..."

Me incorporé en la cama. Allá abajo, en la calle, cada vez más cerca, vivos, rápidos, decididos... unos pasos. Ahora ante nuestra casa; en los escalones del porche. Y los dos, mamá y yo, sonreímos en la oscuridad al oir la puerta de entrada, que se abre al reconocerlo, y lo saluda, y se cierra, allá abajo...

Tres horas más tarde hice girar suavemente el pestillo del dormitorio de mis padres, reteniendo el aliento, en medio de una oscuridad tan inmensa como el espacio que separa los planetas, con la mano extendida hacia esa valijita negra abandonada a los pies de la cama. La tomé y corrí a mi cuarto, pensando: "No quiere hablarme de eso. No quiere que yo sepa."

Y de la valija salió el uniforme oscuro, como una nebulosa oscura, con algunas estrellas brillantes, aquí y allá, desparramadas sobre la tela. Apreté el traje negro entre las manos febriles y respiré el

olor del planeta Marte, un olor de hierro, y del planeta Venus, un olor de hiedra verde, y del planeta Mercurio, un aroma dc azufre y fuego. Y pude sentir el olor de la Iuna blanca como la leche y la dureza de las estrellas. Metí el uniforme en una máquina centrífuga que había construido ese año en mi taller del colegio y la hice girar.

Pronto un polvo fino se precipitó en la retorta. Puse el polvo bajo la lente de un microscopio, y mientras mis padres dormían confiadamente, y mientras la casa dormitaba con todos sus hornos, sus servidores y robots automáticos sumergidos en una modorra eléctrica, yo examiné atentamente las motas brillantes del polvo de los meteoros, de la cola de los cometas y del lejano planeta Júpiter. Y esas partículas de polvo eran como mundos que me atraían a través del microscopio, a través de un billón de kilómetros, con terroríficas aceleraciones.

Al alba, agotado por mi viaje, y con miedo de que me descubrieran, llevé el empaquetado uniforme al dormitorio de mis padres.

En seguida me dormí. Sólo me desperté una vez al oir la bocina del camión del tintorero que se detenía en el patio del fondo. Por suerte no esperé, me dije a mí mismo, pues dentro de una hora devolverían el uniforme limpio de mundos y travesías.

Me dormí otra vez, con el frasquito de polvo mágico en un bolsillo del pijama, sobre el corazón palpitante.

Cuando bajé las escaleras, allí estaba papá, ante la mesa del desayuno, mordiendo su tostada.

-¿Has dormido bien, Doug? -me preguntó, como si no se hubiese movido, como si no hubiese estado afuera tres meses.

-Muy bien -le contesté.

-¿Unas tostadas?

Apretó un botón y la mesa del desayuno me preparó cuatro doradas rodajas de pan.

Recuerdo a mi padre aquella tarde. Cavaba y cavaba en el jardín como un animal que busca algo. Allí estaba, moviendo con rapidez los brazos largos y morenos, plantando arando, cortando, podando, con el rostro siempre inclinado hacia la tierra, con los ojos puestos constantemente en su trabajo, sin alzarlos nunca hacia el cielo, sin mirarme, sin mirar ni siquiera a mamá, salvo cuando nos arrodillábamos a su lado y sentíamos que la tierra pasaba a través de nuestras ropas y nos humedecía las rodillas, y metíamos las manos entre los terrones oscuros, y no mirábamos el cielo brillante y furioso. Entonces papá lanzaba una mirada, a la derecha o a la izquierda, hacia mamá o hacia mí, y nos guiñaba el ojo alegremente, y seguía inclinado, con el rostro bajo, con los ojos del cielo clavados en su espalda.

Aquella noche nos sentamos en la hamaca mecánica del porche. Y la hamaca nos acunó, y levantó una brisa hacia nosotros, y cantó para nosotros. Era una noche de verano, y había claro de luna, y bebíamos limonada, y nuestras manos apretaban los vasos fríos, y papá leía los estereoperiódicos colocados en ese sombrero especial que uno se pone en la cabeza, y que cuando uno parpadea tres veces, vuclve las páginas microscópicas ante los lentes de aumento. Papá fumó algunos cigarrillos y me habló de cuando era nino, en 1997. Y después de un rato, me dijo, como en tantas otras noches:

-¿Por qué no juegas, Doug?

No dije nada, pero mamá respondió:

-Juega otras noches, cuando no estás aquí.

Papá me miró, y luego, por primera vez en aquel día, alzó los ojos al cielo. Cuando papá miraba las estrellas, mamá lo observaba atentamente. El primer día, y la primera noche, después de alguno de sus viajes, papá no miraba mucho el cielo. Lo veo aún en el jardín, trabajando furiosamente, con el rostro pegado a la tierra. Pero la segunda noche papá miraba las estrellas un poco más. A mamá no le importaba mucho el cielo de día, pero de noche hubiese querido apagar todas las estrellas. A veces yo casi podía ver que mamá buscaba un interruptor eléctrico en el interior de su mente, pero nunca lo encontraba. Y a la tercera noche, papá se quedaba ahí, en el porche, hasta que todos estábamos ya listos para acostarnos, y entonces yo oía la voz de mamá que lo llamaba, casi igual que a mí, cuando yo estaba en la calle. Y luego yo oía a papá que aseguraba el ojo eléctrico de la cerradura con un suspiro. Y a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, mientras papá extendía la manteca sobre su tostada, yo bajaba los ojos y veía la valija negra a sus pies. Mamá se levantaba tarde.

-Bueno, hasta pronto, Doug -me decía papá, y nos dábamos la mano.

-¿Tres meses?

-Eso es.

Y papá se alejaba por la calle, sin tomar un helicóptero, o un ómnibus, llevando debajo del brazo el uniforme escondido en la valija. No quería parecer orgulloso exhibiéndose como un hombre del espacio.

Mamá bajaba a desayunar, sólo una tostada seca, una hora más tarde.

Pero ahora era de noche, la primera noche, la mejor, y papá no miraba mucho las estrellas.

-Vamos a la feria de la televisión -dije.

-Bueno -dijo papá.

Mamá me sonrió.

Y volamos a la ciudad en un helicóptero y le mostramos a papá mil espect culos, para que no alzara la cabeza, para que nos mirara, y no mirara nada más. Y mientras nos reíamos con las cosas graciosas y nos poníamos serios con las cosas serias, yo pensaba: "Mi padre va a Saturno y a Neptuno y a Plutón, pero nunca me trae regalos. Otros chicos con padres que también viajan en cohetes reciben minerales negros de Calisto, y fragmentos de meteoros oscuros, y arena azul. Pero yo tuve que reunir mi colección cambiando cosas con los otros chicos." Yo tenía mi cuarto lleno de piedras de Marte y arenas de Mercurio, pero papá nunca me hablaba de eso. Una vez, recuerdo, papá le trajo algo a mamá. Plantaron en el jardín los girasoles marcianos, pero cuando papá llevaba un mes afuera, y los girasoles empezaban a crecer, mamá salió y los arrancó de raíz.

Sin pensarlo, mientras mirábamos una de las pantallas tridimensionales, le hice a papá la pregunta de siempre:

-¿Cómo es estar en el espacio?

Mamá me miró con ojos asustados. Pero ya era tarde.

Papá se quedó callado medio minuto, tratando de encontrar una respuesta. Al fin se encogió de hombros.

-Lo mejor de lo mejor -me dijo, y añadió mirándome con aprensión-: Oh, no es nada, realmente. Rutina. No te gustaría.

-Pero siempre vuelves.

-Costumbre.

-¿Cuándo volverás a salir?

--Aún no lo he decidido. Lo pensar,.

Siempre lo pensaba. En aquellos días no abundaban los pilotos de cohetes y papá podía elegir el trabajo, podía trabajar en cualquier momento. Cuando llevaba tres noches en casa, papá buscaba y elegía entre varias estrellas.

-Vamos -dijo mamá-. Volvamos a casa.

Llegamos temprano. Quise que papá se pusiese el uniforme. No debí pedírselo -mamá se entristecía-, pero no pude dominarme. Insistí varias veces, aunque papá siempre se negaba. Nunca lo había visto vestido de uniforme. Al fin papá dijo:

-Oh, bueno.

Esperamos en el vestíbulo mientras papá subía en el tubo neumático. Mamá me miró con ojos extraviados, como si no pudiese creer que yo fuese su propio hijo. Aparté la vista.

-Lo siento -dije.

-No estás ayudándome -me dijo mamá-. Nada.

Un instante después se sintió el silbido del tubo neumático.

-Aquí estoy -dijo papá, serenamente.

Lo miramos. Se había puesto el uniforme.

El traje era negro, y lustroso, con botones de plata, y botas de guarniciones de plata. Parecía como si los brazos, las piernas y el cuerpo hubiesen sido arrancados de alguna nebulosa oscura. Unas débiles estrellitas brillaban apenas a través de la nebulosa. El traje ceñía el cuerpo como un guante

que ciñe una mano larga y fina, y tenía un olor a aire frío, metal y espacio. Tenía el olor del fuego y el tiempo.

Papá nos sonreía torpemente desde el centro de la habitación.

-Date vuelta -dijo mamá.

Los ojos de mamá miraban a papá como desde muy leios.

Cuando papá salía de viaje, mamá no hablaba de él. Sólo hablaba del tiempo, o de que tenía que lavarme la cara, o de que no podía dormir. Una vez me dijo que la luz era muy fuerte de noche.

-Pero no hay luna esta semana -le dije.

-Entra la luz de las estrellas.

Salí y compré unas persianas más verdes y más oscuras. Esa noche, mientras estaba acostado, oí cómo mamá las bajaba. Las persianas susurraron largamente.

Una vez quise cortar el césped.

-No -dijo mamá desde el umbral-. Guarda esa máquina.

El pasto creció libremente durante casi tres meses. Papá lo cortó cuando vino a casa.

Mamá no quería que yo arreglase la mesa que preparaba el desayuno, o la máquina lectora. No me dejaba tocar nada, lo guardaba todo como para las navidades. Y luego venía papá y martillaba y remendaba, sonriendo, y mamá sonreía, feliz, a su lado.

No, nunca hablaba de papá mientras él estaba ausente. En cuanto a papá, nunca trataba de llamarnos a través de ese billón de kilometros. Una vez nos dijo:

-Si os llamase, querría veros. No podría vivir tranquilo.

Y otra vez papá me dijo:

-Tu madre me trata a veces como si yo no estuviese aquí, como si yo fuese invisible.

Yo ya lo sabía. Mamá miraba más allá de papá, por encima de su cabeza. Le miraba las mejillas, o las manos; pero nunca los ojos. Cuando lo hacía, los ojos de mamá se cubrían con una tenue película, como un animal que va a dormirse. Mamá decía que sí en los momentos oportunos, y sonreía, pero siempre un poco tarde.

-No estoy para ella -decia papá.

Pero otros días mamá estaba allí y papá estaba para mamá, y se tomaban de la mano, y paseaban alrededor de la manzana, o salían en automóvil, y los cabellos de mamá flotaban en el aire como los de una chica, y mamá apagaba todos los aparatos de la casa y cocinaba para papá pasteles y tortas increíbles, y lo miraba fijamente con una sonrisa que era de veras una sonrisa. Pero al terminar esos

días en que papá parecía estar allí para mamá, mamá siempre lloraba. Y papá, de pie, impotente, miraba a su alrededor como buscando una respuesta, pero no la encontraba nunca.

Papá giró lentamente, con su uniforme, para que pudiésemos verlo.

-Date vuelta otra vez -dijo mamá.

A la mañana siguiente papá entró en casa corriendo con un puñado de billetes. Billetes rosados para California, billetes azules para México.

-¡Vamos! -nos dijo-. Compraremos esas ropas baratas y una vez usadas las quemaremos. Miren, tomaremos el cohete del mediodía para Los Angeles, el helicóptero de las dos para Santa Bárbara, y el aeroplano de las nueve para Ensenada, ¡y pasaremos allí la noche!

Y fuimos a California, y paseamos a lo largo de la costa del Pacífico un día y medio, y nos instalamos al fin en las arenas de Malibu para comer crustáceo de noche. Papá se pasaba el tiempo escuchando o canturreando u observando todas las cosas, atándose a ellas como si el mundo fuese una máquina centrífuga que pudiera arrojarlo, en cualquier momento, muy lejos de nosotros.

La última tarde en Malibu, mamá estaba arriba en el hotel y papá estaba a mi lado acostado en la arena, bajo la cálida luz del sol.

-Ah -suspiró papá-. Así es. -Tenía los ojos cerrados. Estaba de espaldas, absorbiendo el sol-. Allá falta esto -añadió.

Quería decir "en el cohete", naturalmente. Pero nunca decía "el cohete", ni nunca mencionaba esas cosas que no había en un cohete. En un cohete no había viento de mar, ni cielo azul, ni sol amarillo, ni la comida de mamá. En un cohete uno no puede hablar con su muchacho de catorce años.

-Bueno, oigamos esa historia -me dijo al fin.

Y yo supe que ahora íbamos a hablar, como otras veces, durante tres horas. Durante toda la tarde íbamos a conversar, bajo el sol perezoso, de mi colegio, mis clases, la altura de mis saltos, mis habilidades de nadador.

Papá asentía de cuando en cuando con un movimiento de cabeza, y sonreía y me golpeaba el pecho, aprobándome. Hablábamos. No hablábamos de los cohetes y el espacio, pero hablábamos de México, a donde habíamos ido una vez en un viejo automóvil, y de las mariposas que habíamos cazado en los húmedos bosques del verde y cálido México, un mediodía. Nuestro radiador había aspirado un centenar de mariposas, y allí habían muerto, agitando las alas, rojas y azules, estremeciéndose, hermosas y tristes. Hablábamos de esas cosas, pero no de lo que yo quería. Y papá me escuchaba. Sí, me escuchaba, como si quisiera llenarse con todos los sonidos. Escuchaba el viento, y el romper de las olas, y mi voz, con una atención apasionada y constante, una concentración que excluía, casi, los cuerpos, y recogía sólo los sonidos. Cerraba los ojos para escuchar. Recuerdo cómo escuchaba el ruido de la cortadora de césped, mientras hacía a mano ese trabajo, en vez de usar el aparato de control remoto, y cómo aspiraba el olor del césped recién cortado mientras las hierbas saltaban ante él, y detrás de la máquina, como una fuente verde.

-Doug -me dijo a eso de las cinco de la tarde, mientras recogíamos las toallas y echábamos a caminar por la playa, hacia el hotel, cerca del agua-. Quiero que me prometas algo.

-¿Qué, papá?

-Nunca seas un hombre del espacio.

Me detuve.

-Lo digo de veras -me dijo-. Porque cuando estás allá deseas estar aquí, y cuando estás aquí deseas estar allá. No te metas en eso. No dejes que eso te domine.

-Pero . . .

-No sabes cómo es. Cuando estoy allá afuera pienso: "Si vuelvo a Tierra me quedaré allí. No volveré a salir. Nunca." Pero salgo otra vez, y creo que nunca dejaré de hacerlo.

-He pensado mucho tiempo en ser un hombre del espacio -le dije.

Papá no me oyó.

-He tratado de quedarme. El sábado pasado, cuando llegué a casa, comencé a tratar de quedarme, con todas mis fuerzas.

Recordé su figura sudorosa en el jardín, y cómo había trabajado, y cómo había escuchado, y supe que hab;a hecho todo eso para convencerse a sí mismo de que sólo el mar y los pueblos y el paisaje y la familia eran las únicas cosas reales, las cosas buenas..Pero supe también qué haría papá esa noche: miraría las joyas de Orión desde el porche de casa.

-Prométeme que no serás como yo -me diio.

Titube,.

-Muy bien -le dije.

Papá me tomó la mano.

-Eres un buen muchacho.

La cena fue magnífica esa noche. Mamá había corrido por la cocina con puñados de canela, y harinas y cacerolas y ruidosas sartenes, y ahora un pavo enorme humeaba en la mesa, con salsas, arvejas y pasteles de calabaza.

-¿En pleno agosto? -dijo papá, asombrado.

-No estarás aquí en navidad.

-No, no estaré.

Papá se inclinó sobre la comida, aspirando su aroma. Levantó las tapas de todos los recipientes y dejó que el vapor le bañara la cara tostada por el sol.

-Ah -exclamó ante cada uno de los platos. Miró la habitación. Se miró las manos. Observó los cuadros en las paredes, las sillas, la mesa. Me miró a mí. Miró a mamá. Se aclaró la garganta. Vi que iba a decidirse.

-¿Lily? -dijo.

-¿Sí ?

Mamá lo miró a través de su mesa, esa mesa que había preparado como una maravillosa trampa de plata, como un sorprendente pozo de salsas, donde, como una antigua bestia salvaje que cae en un lago de alquitrán, caería al fin su marido. Y all; se quedaría, retenido en una cárcel de huesos de ave, salvado para siempre. Los ojos de mamá centelleaban.

-Lily -dijo papá.

Vamos, pensé yo ávidamente. Dilo, rápido. Di que vas a quedarte, para siempre, y que ya no te irás nunca. ¡Dilo!

En ese momento el paso de un helicóptero estremeció la habitacion y los ventanales se sacudieron con un sonido cristalino. Papa volvió los ojos.

Allí estaban las estrellas azules de la tarde, y el rojo planeta Marte que se elevaba por el este.

Papá miró el planeta Marte durante todo un minuto. Luego, como un ciego, extendió la mano hacia mí.

-Pásame las arvejas -me dijo.

-Perdón -dijo mamá-. Voy a buscar un poco de pan.

Corrió a la cocina.

-Pero si hay pan aquí, en la mesa -exclamé.

Papá no me miró y empezó a comer.

No pude dormir aquella noche. A la una de la mañana bajé al vestíbulo. La luz de la luna era como una escarcha en los techos, y la hierba cubierta de rocío brillaba como un campo de nieve. Me quedé en el umbral, vestido sólo con mi pijama, acariciado por el cálido viento de la noche. Y vi entonces a papá sentado en la hamaca mecánica, que se balanceaba suavemente. Su perfil apuntaba al cielo. Miraba las estrellas que giraban en la noche, y los ojos, como cristales grises, reflejaban la luna.

Salí y me senté con él.

Nos hamacamos un rato. Y al fin le pregunté:

-¿De cuántos modos se puede morir en el espacio?

-De un millón de modos.

-Dime algunos.

-Los meteoritos. El aire se escapa del cohete. Un cometa que te arrastra. Un golpe. La falta de oxígeno. Una explosión. La fuerza centrífuga. La aceleración. El calor, el frío, el Sol, la Luna, las estrellas, los planetas, los asteroides, los planetoides, las radiaciones.

-¿Y dónde te entierran?

-No te encuentran nunca.

-¿A dónde vas entonces?

-Muy lejos. A un billón de kilómetros de distancia. Tumbas errantes. Así las llaman. Te conviertes en un meteoro o en un planetoide, y viajas para siempre a través del espacio.

No dije nada.

-Hay algo rápido en el espacio -dijo papá-. La muerte. Llega pronto. No se la espera. Casi nunca te das cuenta. Estás muerto, y eso es todo.

Subimos a acostarnos.

Era la mañana.

De pie en el umbral, papá escuchaba al canario amarillo que cantaba en su jaula de oro.

-Bueno. Lo he decidido -me dijo-. La próxlma vez que venga a casa, ser para quedarme.

-¡Papá! -exclamé.

-Díselo a tu madre cuando despierte -me dijo papá.

-¿Lo dices de veras?

Papá asintió muy serio.

-Hasta dentro de tres meses.

Y allá se fue, calle abajo, con su uniforme escondido en la valija, silbando y mirando los árboles altos y verdes, y arrancando las moras al pasar rápidamente al lado de los cercos, y arrojándolas ante él mientras se alejaba entre las sombras brillantes de la mañana...

Cuando habían pasado algunas horas desde la partida de papá, le hice a mamá varias preguntas.

-Papá dice que a veces parece que no lo oyeras o que no pudieses verlo.

Y entonces mamá, serenamente, me lo explicó todo.

-Cuando empezó a viajar por el espacio, hace ya diez años, me dije a mí misma: "Está muerto. O lo

mismo que muerto." Así que pensé en tu padre como si estuviese muerto. Y cuando tu padre regresa, tres o cuatro veces al año, no es él realmente, sólo es un sueño, un recuerdo agradable. Y si el sueño se interrumpe o el recuerdo se borra, ya no puede dolerme mucho. Así que casi siempre me lo imagino muerto...

-Pero otras veces...

-Otras veces no puedo impedirlo. Preparo pasteles, y lo trato como si estuviese vivo; pero sufro mucho entonces. No, es mejor pensar que no ha vuelto desde hace diez años, y que ya nunca 'o veré. Así duele menos.

-¿Pero no dijo que iba a quedarse la próxima vez?

-No. Está muerto. Estoy segura.

-Pero volverá vivo.

-Hace diez años -dijo mamá-, pensé: ¿Y si se mnriese en Venus? No podríamos ver Venus otra vez. ¿Y si muriese en Marte? No podríamos ver Marte, tan rojo en el cielo, sin sentir deseos de meternos en casa y cerrar la puerta. ¿Y si muriese en Júpiter, Saturno o Neptuno? En las noches en que esos planetas brillan en lo alto del cielo no querríamos mirar las estrellas.

-Creo que no -le dije.

El mensaje llegó al día siguiente.

El mensajero me lo dio, y yo lo leí, de pie, en el porche. El sol se ponía. Mamá me miraba fijamente desde el otro lado de los vidrios. Doblé el mensaje y me lo guarde.

-Mamá -dije.

-No me digas nada que yo ya no sepa -me dijo mamá.

Mamá no lloró.

Bueno, no fue Marte, ni Venus, ni Júpiter ni Saturno. Cuando Marte o Saturno se levantasen en el cielo de la tarde no tendríamos que pensar en papá.

Se trataba de algo distinto.

La nave había caído en el Sol.

Y el Sol era enorme, y ardiente, e implacable. Y estaba siempre en el cielo. Y uno no podía alejarse del Sol.

Así que durante mucho tiempo, después de la muerte de papá, mamá durmió de día y dejó de salir. Desayun bamos a medianoche y almorzábamos a las tres de la mañana y cenábamos bajo la luz fría y pálida de las primeras horas del alba. Ibamos a los espectáculos nocturnos y nos acostábamos al amanecer.

Y durante mucho tiempo salimos a pasear sólo en los días de lluvia, cuando no había sol.

Los Globos De Fuego

Las luces estallaban sobre los prados nocturnos del verano. Rostros de tíos y tías se iluminaban en la oscuridad. Los fuegos artificiales descendían en los ojos castaños y brillantes de los primos instalados en el porche, y las varas frías y calcinadas rebotaban allá lejos sobre los campos de hierba seca.

El muy reverendo padre Joseph Daniel Peregrine abrió los ojos. -¡Qué suefio! ¡Él y sus primos que jugaban animadamente en la antigua casa del abuelo, en Ohio, hacía ya tantos años!

Se quedó escuchando el gran vacío de la iglesia, las otras celdas donde descansaban los otros padres. ¿Recordarían ellos, también, en la víspera de la partida del cohete Crucifijo, el cuatro de julio? Sí. Esta inquieta madrugada se parecía a aquellas noches de la fiesta de la Independencia cuando uno espera el primer cañonazo y corre luego por las aceras, cubiertas de rocío, con las manos llenas de ruidosos milagros.

Y aquí estaban, los padres de la Iglesia Episcopal, momentos antes de lanzarse hacia Marte. Subirían como una rueda de fuegos de artificio, dejando una estela de incienso en la aterciopelada catedral del espacio.

-¿Tenemos que ir realmente? -murmuró el padre Peregrine-. ¿No será mejor arreglar nuestros pecados, aquí, en la Tierra? ¿No estaremos huyendo de nuestra vida terrestre?

El padre Peregrine se incorporó moviendo pesadamente ese cuerpo voluminoso que tenía el color de las fresas, la leche y la carne cruda.

-¿O será sólo pereza? -se preguntó-. ¿No tendré miedo?

Se metió bajo las agujas de la ducha.

-Pero te llevan a Marte, carne -se dijo a sí mismo-. Dejaré aquí los viejos pecados. ¿E iré a Marte a encontrarme con otros pecados nuevos?

Una idea atrayente, casi. Pecados que nadie había podido imaginar. Oh, él mismo había escrito un libro titulado El problema del pecado en otros mundos, que la comunidad episcopal había ignorado casi totalmente, como cosa poco seria.

La noche anterior, mientras fumaban un último cigarro, él y el padre Stone habían conversado sobre eso.

-En Marte el pecado puede tener la apariencia de la virtud. ¡Tenemos que estar prevenidos contra unos actos virtuosos que quizá sean pecados! -había dicho el padre Peregrine sonriendo animadamente-. ¡Qué interesarrte! ¡El trabajo de un misionero nunca estuvo tan envuelto en aventuras! ¡Desde hace siglos!

-Yo reconoceré el pecado, aun en Marte –dijo bruscamente el padre Stone.

-Nosotros los sacerdotes, tenemos el orgullo de ser como papeles de tornasol, que cambian de color ante la presencia del pecado -replicó el padre Peregrine-. Pero, ¿y si la química marciana es tal que no nos coloreamos? Si hay sentidos nuevos en Marte, tenemos que admitir también la posible existencia de pecados irreconocibles.

-Si no hay mala intención, no puede haber pecado, ni castigo, ni arrepentimiento. Son palabras del Señor -dijo el padre Stone.

-En la Tierra, sí. Pero quizá los pecados marcianos puedan llevar el mal al subconsciente, en forma telepática, dejando la conciencia en libertad de acción, ¡aparentemente sin malicia! ¿Qué pasa, entonces?

-¿Qué pecados nuevos podrían existir?

El padre Peregrine se había inclinado pesadamente hacia adelante.

-Adán, solo, no pecó. Añádale Eva, y añade usted la tentaclón. Añada un segundo hombre, y ya es posible el adulterio. Con la adición del sexo y otros seres humanos, se añade el pecado. Si los hombres no tuviesen brazos, no podrían estrangular a nadie con los dedos. No existiría entonces ese pecado de asesinato. Añádales manos y aparece la posibilidad de una nueva violencia. Las amebas no pecan. Se reproducen por división celular. No desean la mujer del prójimo, ni se matan entre sí. Añádales a las amebas sexo, piernas y brazos y tendrá usted crímenes y adulterios. Añada o saque un brazo y una pierna a una persona, y añadirá o suprimirá un mal posible. Si hay en Marte otros cinco nuevos sentidos, órganos, miembros invisibles que no podemos imaginar, ¿no habrá entonces cinco nuevos pecados?

El padre Stone lanzó un bufido.

-¡Parece como si esa idea le gustara!

-Me mantiene la mente despierta, padre. Eso es todo.

-Su mente está siempre haciendo juegos de manos, ¿eh? Con espejos, platos, antorchas...

-Sí. Porque muy a menudo la Iglesia se parece a esos cuadros vivos de los circos donde al levantarse el telón aparecen unos hombres inmóviles, blancos, bañados en talco u óxido de cinc, que representan la belleza abstracta. Admirable. Pero yo confío en que me dejen andar libremente entre esos hombres. ¿Usted no, padre Stone?

El padre Stone se había alejado.

-Creo que será mejor que nos acostemos. Dentro de unas horas daremos un salto para ver esos nuevos pecados suyos, padre Peregrine.

El cohete estaba preparado para partir.

Los padres dejaron sus oraciones matinales. Hacía mucho frío. Los escogidos sacerdotes de Los Angeles, Nueva York o Chicago -la Iglesia estaba enviando lo mejor que tenía- caminaron a través del pueblo hasta el campo escarchado. El padre Peregrine recordaba las palabras del obispo:

-Padre Peregrine, usted capitaneará a los misíoneros con el padre Stone como ayudante. Al elegirlo a usted para esta importante tarea he visto que mis motivos son deplorablemente oscuros. Pero su folleto sobre los pecados planetarios no ha dejado de tener sus lectores. Es usted un hombre flexible. Y Marte es como un armario sucio del que nadie se preocupó durante miles de años. Los pecados se han acumulado allí como en un almacén de antiguedades. Marte tiene el doble de la edad de la Tierra, y tiene también el doble de noches de sábados, de despachos de bebidas, y de ojos clavados en mujeres desnudas como focas blancas. Cuando abramos ese armario cerrado, todo eso caerá sobre nosotros. Necesitamos un hombre rápido y flexible, alguien que sepa esquivar el golpe. Un hombre demasiado dogmático se rompería en dos. Me parece que usted resistirá bien. Padre, puede comenzar.

E1 obispo y los padres se arrodillaron.

Se sucedieron las bendiciones, y rociaron el cohete con agua bendita. El obispo, incorporándose, se dirigió a los padres:

-Vais a preparar a los marcianos para que ellos puedan recibir la Verdad. Sé que Dios os acompaña. Os deseo a todos un viaje bien meditado.

Pasaron ante el obispo, los veinte hombres, con un susurro de sotanas. Todos pusieron las manos entre las bondadosas manos del obispo, y luego subieron al proyectil purificado.

-Me pregunto -dijo en el último instante el padre Peregrine-, ¿y si Marte fuese el infierno? ¿Si estuviese esperándonos para luego estallar en una nube de fuego y piedras?

-Que el Seríor nos bendiga -dijo el padre Stone.

El cohete comenzó a moverse.

Salir del espacio era como salir de la más hermosa de las catedrales. Pisar el suelo de Marte era como pisar el ordinario pavimento, fuera de la iglesia, cinco minutos después de haber sentido, realmente, amor a Dios.

Los padres salieron cautelosamente del cohete humeante y se arrodillaron en el suelo marciano. El padre Peregrine entonó una oración de gracias.

-Señor, te damos gracias por este viaje a través de tus moradas. Y, Seríor, hemos llegado a un mundo nuevo, de modo que necesitamos ojos nuevos. Oiremos sonidos nuevos, y necesitamos oídos nuevos. Y habrá aquí pecados nuevos, y te pedimos la gracia de unos corazones más firmes y más puros.

Los padres se incorporaron.

Y aquí estaba Marte, como un mar en el que se iban a sumergir disfrazados de biólogos submarinos, en busca de la vida. Este era el territorio de los ocultos pecados. ¡Oh, qué

cuidadosamente debían de guardar el equilibrio, como plumas grises, en este nuevo elemento, temerosos de que hasta caminar sobre él fuese pecado, o respirar, o aun ayunar!

Y ahí estaba el alcalde de la Primera Ciudad que se acercaba a ellos con la mano extendida.

-¿Qué puedo hacer por usted, padre Peregrine?

-Quisiéramos saber algo de los marcianos. Pues sólo así podremos construir inteligentemente nuestra iglesia. ¿Miden tres metros de altura? Construiremos unas puertas muy altas. ¿Tienen la piel azul, roja o verde? Cuando pongamos figuras humanas en los vitrales pintaremos la piel con el color adecuado. ¿Son pesados? Haremos asientos sólidos.

-Padre Peregrine -dijo el hombre-, no creo que los marcianos deban de preocuparle. Hay dos razas. Una de ellas está casi muerta. Los pocos que quedan viven escondidos. Y la segunda raza... bueno, no son seres humanos.

-Oh. -El corazon del padre Peregrine latió más rápidamente.

-Son globos de luz, padre, luminosos y redondos. Hombres o animales, ¿quién puede saberlo? Pero actúan inteligentemente. Así he oído. -E1 alcalde se encogió de hombros-. Pero por supuesto, no son hombres, así que no creo que usted deba prcocuparse...

-A1 contrario -dijo el padre Peregrine con rapidez-. ¿Inteligentes, ha dicho?

-Corre una historia. Un cateador de minas se rompió una pierna en esas montarías. Solo, se hubiese muerto. Las esferas de luz se le acercaron. Cuando se despertó, estaba acostado en la carretera y no sabía cómo había llegado allí.

-Borracho -dijo el padre Stone.

-Esa es la historia -dijo el alcalde-. Padre Peregrine, muerta la mayor parte de los marcianos, y sólo con esos globos azules, creo francamente que sería mejor que se instalase en la Primera Ciudad. Marte se ha inaugurado hace poco. Es una región fronteriza, como las de aquellos viejos días terrestres: el Oeste y Alaska. Los hombres vienen aquí en oleadas. Hay unos dos mil mecánicos irlandeses y mineros y trabajadores que necesitan asistencia espiritual; pues hay demasiadas malas mujeres en ese pueblo y demasiado vino marciano de hace diez siglos...

El padre Peregrine observaba las colinas azules.

E1 padre Stone se aclaró la garganta.

-¿Y bien, padre?

El padre Peregrine no lo oyó.

-¿Esferas de fuego azul?

-Sí, padre.

-Ah -suspiró el padre Peregrine.

-Globos azules -dijo el padre Stone sacudiendo la cabeza-. ¡Un circo!

El padre Peregrine sintió que la sangre le golpeaba en las muñecas. Miró el pueblecito fronterizo, con sus pecados frescos y recientes, y miró las antiguas colinas, con los más viejos y sin embargo (para él) más nuevos pecados.

-Alcalde, ¿sus irlandeses podrán cocinarse un día más en el infierno?

-Les daré una vuelta, preparándolos para su llegada, padre.

-Entonces, iremos allá -dijo el padre señalando las colinas con un movimiento de cabeza.

Un murmullo.

-Sería algo tan simple -explicó el padre Peregrine- ir al pueblo. Prefiero pensar que si el Señor viniese a este planeta y le dijeran: "Este es el viejo sendero", El replicaría: "Mostradme los matorrales. Yo abriré el sendero."

-Pero . . .

-Padre, piense cómo nos pesarían las conciencias si pasáramos junto a unos pecadores sin tenderles la mano.

-¡Pero globos de fuego!

-Me imagino que los animales cuando vieron por primera vez al hombre pensaron que era bastante raro. Y sin embargo, tenía un alma. Supongamos, hasta que probemos otra cosa, que esas esferas brillantes tienen también un alma.

-Muy bien -dijo el alcalde-, pero luego vendra al pueblo.

-Ya veremos. Primero el desayuno. Luego usted y yo, padre Stone, iremos hasta esas colinas. No quiero asustar a esos marcianos de fuego con máquinas o multitudes. ¿Desayunamos?

Los padres comieron en silencio.

A la caída de la noche el padre Peregrine y el padre Stone se encontraban en lo alto de las colinas. Se detuvieron y se sentaron en una roca a descansar y esperar. Los marclanos no habían aparecido aún y los dos padres se sentían vagamente desilusionados.

-Me pregunto... -El padre Peregrine se secó el sudor de la cara-. ¿Le parece que si les gritamos "¡Hola!" nos responderán?

-Padre Peregrine, ¿no hablará usted nunca seriamente ?

-No, no mientras el Señor no haga lo mismo. Oh, no ponga esa cara de susto, por favor. El Señor no es serio. En realidad, es difícil saber qué es, además de amor Y el amor está unido al humor ¿no es cierto? Pues no se puede amar a alguien si no se está dispuesto a aguantarlo. Y no se puede aguantar constantemente a alguien sin reírse de él, ¿no es verdad? Somos, es indudable, unos

animalitos ridículos que se revuelven en un tazón. Dios debe de amarnos principalmente porque le causamos gracia.

-Nunca imaginé a Dios como un humorista.

-¡El creador del platirrino, el camello, el avestruz y el hombre! ¡Oh, por favor! -El padre Peregrine se rio.

Pero en ese mismo instante, entre las colinas sombrías, como una hilera de lámparas azules que iluminasen el camino, aparecieron los marcianos.

El padre Stone fue el primero en verlos.

-¡Mire!

E1 padre Peregrine se volvió y dejó de reir.

Los azules globos de fuego se detuvieron palpitando entre las estrellas titilantes.

-¡Monstruos!

El padre Stone se incorporó de un salto. Pero el padre Peregrine lo retuvo.

-¡Espere!

-¡Tendríamos que haber ido a la ciudad!

-¡No! ¡Escuche, mire! -suplicó el padre Peregrine.

-¡Tengo miedo!

-No. Son obra de Dios.

-¡Del demonio!

-No. Serénese.

El padre Peregrine calmó al padre Stone, y volvieron a sentarse. Las esferas azules se acercaron iluminando la cara de los dos sacerdotes.

Otra vez la noche del día de la Independencia, pensó el padre Peregrine, estremeciéndose. Se sentía como un niño en aquellos atardeceres del cuatro de julio, cuando estallaban los cielos, rompiéndose en estrellas de polvo y ardiente sonido, y las ventanas de las casas temblaban como el hielo de mil charcos. Las tías, los tíos y los primos. gritaban: ¡Ah! como ante un médico celestial. El cielo de verano se llenaba de colores. Y los globos de fuego, encendidos por algún abuelo indulgente, se alzaban en manos firmes y tiernas. ¡Oh, el recuerdo de aquellos hermosos globos de fuego, de luz suave, de cálidos e hinchados tejidos, como alas de insecto, que yacían como mariposas plegadas en cajas, y que al fin, después de un día de desorden y furia, los niños desdoblaban cuidadosamente! Azules, rojos, blancos, patrióticos, ¡los globos de fuego! El padre Peregrine vio otra vez los rostros de los familiares queridos, muertos hacía ya mucho tiempo, y ya cubiertos de

musgo, mientras el abuelo encendía las velitas, permitiendo que el aire caliente subiera a llenar los globos luminosos que los niños sostenían entre las manos, como una brillante visión que no se atrevían a liberar; pues ya sueltos los globos, otro año se iba de la vida, otro cuatro de julio, otro fragmento de belleza se perdía para siempre. Y hacia arriba, hacia arriba, todavía más arriba, hacia las cálidas constelaciones del verano, subían los globos de fuego, mientras los ojos castaños y azules los seguían desde los porches familiares. Allá, en el territorio de Illinois, sobre ríos nocturnos y casas dormidas, los globos de fuego se elevaban cabeceando y alej ndose para siempre...

El padre Peregrine sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sobre él oscilaban los marcianos, como mil susurrantes globos de fuego. En cualquier momento su bondadoso abuelo, muerto hacía ya tanto tiempo, aparecería a su lado, con los ojos clavados en la belleza.

Pero era el padre Stone.

-¡Vámonos, por favor, padre!

-Tengo que hablarles.

El padre Peregrine se adelantó sin saber qué decir. ¿Qué les había dicho, mentalmente, a los globos de fuego del pasado? Sois hermosos, sois hermosos. Nada más, y eso ahora no parecía bastante. El padre Peregrine sólo atinó a levantar los gruesos brazos y a gritarles como había deseado hacerlo en otro tiempo ante otros globos:

-¡Hola!

Pero las esferas luminosas siguieron ardiendo como imágenes en un espejo oscuro. Parecían inmóviles, gaseosas, milagrosas, eternas.

-Venimos con Dios -dijo el padre Peregrine dirigiéndose al cielo.

-¡Qué tontería, qué tontería! -El padre Stone se mordía el dorso de la mano-. ¡Cállese, padre Peregrine, en nombre de Dios!

Las esferas fosforescentes se alejaron entre las colinas. Un instante después, habían desaparecido.

El padre Peregrine las llamó de nuevo y el eco de su último grito sacudió las cimas más próximas. Se dio vuelta y vio que un alud levantaba una nube de polvo, se detenía, y luego, con un estruendo de ruedas de piedra, descendía por la montaña.

-¡Mire lo que ha hecho! -gritó el padre Stone.

El padre Peregrine miró las piedras, casi fascinado, y luego con horror. Se volvió, sabiendo que sólo podrían correr unos metros. Serían aplastados por las rocas. Apenas alcanzó a murmurar:

-¡Oh, Señor! -y las rocas cayeron.

-¡Padre!

Los sacerdotes fueron apartados de su sitio como el trigo de la cizaña. El débil resplandor azul de unas esferas, unos astros fríos que se movieron rápidamente, el eco de un trueno, y los padres se encontraron de pie en una arista rocosa a cincuenta metros de distancia del lugar donde habían caído unas cuantas toneladas de piedra.

La luz azul se desvaneció.

Los padres se tomaron por los brazos.

-¿Qué ha ocurrido?

-¡Los fuegos azules nos trajeron aquí!

-¡Hemos venido corriendo!

-No, los globos nos salvaron la vida.

-¡Imposible!

-Pues así ha sido.

El cielo estaba desierto. Parecía como si una enorme campana hubiese dejado de sonar. Las reverberaciones golpeaban aún los dientes y las médulas de los padres.

-Vámonos de aquí. Usted va a matarnos.

-No he temido a la muerte durante muchos años, padre Stone.

-No hemos probado nada. Esas luces azules huyeron al oir el primer grito. Todo esto es inútil.

-No. -El padre Peregrine se sentía poseído por una maravillosa obstinación-. Nos salvaron, de algún modo Eso prueba que tienen alma.

-Eso prueba solamente que pueden habernos salvado Fue algo confuso. Quizá escapamos por nuestros proplos medios

-No son animales, padre Stone. Los animales no salvan vidas, y menos aún vidas extrañas. Misericordia y compasión, eso hemos visto. Quizá, mañana, podamos probar algo más.

-¿Probar qué? ¿Cómo? -El padre Stone sentía una inmensa fatiga. Su rostro endurecido reflejaba la violencia por la que habían pasado su cuerpo y su mente-. ¿Siguiéndolos en helicópteros, leyéndoles capítulos y versículos? No son seres humanos. No tienen ojos, ni oídos, ni cuerpos como los nuestros.

-Pero yo he sentido algo ante ellos -replicó el padre Peregrine-. Siento que va a revelárseme algo muy importante. Nos salvaron. Piensan. Podían elegir: dejarnos morir o salvarnos. ¡Esto prueba la existencia de un libre albedrío!

El padre Stone estaba ocupado en encender un fuego, mirando las ramitas que tenía en la mano, tosiendo ante la humareda gris.

-Abriré un convento para ocas, un monasterio para cerdos devotos, y construiré una microscópica capilla para que los infusorios puedan asistir a los servicios dominicales y pasen las cuentas del rosario entre sus flagelos.

-Oh, padre Stone.

-Perdóneme. -El padre Stone, enrojecido, parpadeó a través del fuego-. Pero esto es como bendecir a un cocodrilo que va a devorarnos. Está usted arriesgando todas nuestras vidas. ¡Deberíamos estar en la Primera Ciudad, sacando el licor de las gargantas de los hombres y el perfume de las manos!

-¿No puede usted reconocer lo humano en lo inhumano?

-Reconozco más fácilmente lo inhumano en lo humano.

-Pero, ¿y si yo pruebo que estos seres conocen el pecado, conocen la moral, y gozan de libertad e inteligencia?

-Le costará convencerme.

La noche se enfriaba con rapidez, y los padres miraron las llamas donde bailaban unos trastornados pensamientos, y comieron unos bizcochos y unas fresas, y luego se abrigaron para dormir bajo la armonía de los astros. Y antes de volverse por última vez, el padre Stone, que estaba pensando en cómo molestar al padre Peregrine, miró las brasas rosadas y dijo:

-No hubo Adán y Eva en Marte. No hubo pecado original. Quizá los marcianos viven en gracia de Dios. Así que podríamos volver a la ciudad y comenzar a trabajar con los terrestres.

El padre Peregrine se prometió a sí mismo rezar una oración por el padre Stone, que se había enojado tanto, y que ahora se estaba mostrando vengativo.

-Sí, padre Stone; pero los marcianos mataron a varios de nuestros colonos. Eso es pecado. Tiene que haber habido un pecado original y una Eva y un Adán marcianos. Los descubriremos. Los hombres son siempre hombres, no importa cuál sea su forma, y pecan fácilmente.

Pero el padre Stone se hacía el dormido.

E1 padre Peregrine no cerró los ojos.

Indudablemente, no podían mandar a esos marcianos al infierno, ¿podían acaso? ¡Qué compromiso para sus conciencias! Podían volver a las nuevas ciudades de la colonia, esas ciudades tan llenas de lugares de perdición, y mujeres con ojos como chispas y blancos cuerpos de ostra que retozaban en las camas con los trabajadores solitarios. ¿No era ese el lugar de los padres? ¿No era este paseo por las colinas un mero capricho? ¿Pensaba él realmente en la Iglesia de Dios, o estaba apagando la sed de su esponjosa curiosidad? ¡Esos fuegos de San Telmo, redondos y azules, como ardían detrás de la máscara, lo humano detrás de lo inhumano! ¿No se sentiría interiormente orgulloso si pudiera decirse a sí mismo que había convertido a toda una mesa de billar llena de bolas de fuego? ¡Qué pecado de orgullo! Merecía una buena penitencia. Pero uno comete tantos actos de orgullo por amor, y él amaba tanto a Dios y era por eso tan feliz. Y quería que todos fueran tan felices como él.

Antes de dormirse vio aún el retorno de los fuegos azules, como un vuelo de ángeles ardientes que venían a velar su sueño cantándole en silencio.

Cuando el padre Peregrine se despertó, en las primeras horas de la mañana, los sueños redondos y azules estaban todavía en el cielo.

El padre Stone dormía profunda y serenarnente. El padre Peregrine observaba a los marcianos, que flotaban y lo observaban. Eran seres humanos, lo sabía muy bien. Pero tenía que probarlo, o si no iba a enfrentarse con un obispo de lengua seca y ojos secos que le diría, bondadosamente, que se hiciera a un lado.

¿Pero cómo probar la humanidad de unos seres que se ocultaban en las altas bóvedas del cielo? ¿Cómo atraerlos, y obtener de ellos las respuestas necesarias?

-Nos salvaron de esas rocas.

El padre Peregrine se levantó, camino entre las piedras y comenzó a subir por la colina más cercana hasta una saliente que caía a pico sobre un abismo de cincuenta metros. Respiraba fatigosamente. Había ascendido con rapidez, y el aire era helado. Se detuvo, reteniendo el aliento.

-Si caigo desde aquí, no saldré seguramente con vida.

Dejó caer un guijarro. Un momento después se oyó el ruido de la piedra al chocar contra las rocas. Dejó caer otro guijarro.

-No será suicidio, ¿no es cierto?, si lo hago por amor . . .

Alzó los ojos hacia las esferas.

-Pero antes, probaré otra vez. ¡Hola! ¡Hola!

Los ecos retumbaron uno sobre otro, pero los fuegos azules no cambiaron ni se movieron.

Les habló durante cinco minutos. Cuando terminó, miró al padre Stone, allá abajo, indignantemente dormido.

-Tengo que probarlo todo. -El padre Peregrine se adelantó hacia el borde del precipicio-. Soy un hombre viejo. No tengo miedo. Seguramente el Señor comprenderá que lo hago por El..

Tomó aliento. Su vida entera desfiló rápidamente. ¿Moriré dentro de un instante? Temo amar demasiado la vida. Pero amo aún más otras cosas.

Y con este pensamiento, dio un paso en el vacío y cayó.

-¡Tonto! -se gritó. Daba vueltas en el aire-. ¡Estabas equivocado!

Las rocas subían rápidamente hacia él y se vio a sí mismo aplastado contra ellas y enviado a la gloria.

-¿Por qué he hecho esto? -Pero sabía por qué. Se tranquilizó. El viento rugía y las rocas venían a recibirlo.

Y de pronto, un movimiento de estrellas, un resplandor azul, y el padre Peregrine se vio envuelto en una luz celeste, y suspendido en el aire. Un momento después era depositado, con un golpe suave, sobre las rocas. Y allí se sentó, vivo, palpándose el cuerpo, y clavando los ojos en esas luces azules que ya se habían retirado.

-¡Me habéis salvado la vida! -murmuró-. No me dejasteis morir. Sabíais que estaba equivocado.

Corrió hacia el padre Stone, que dormía aún, tranquilamente.

-¡Padre, padre, despierte! -Lo sacudió, y lo volvio hacia él-. ¡Padre, me han salvado!

-¿Quién lo ha salvado? -El padre Stone parpadeó incorporándose.

El padre Peregrine relató su experiencia.

-Un sueño, una pesadilla. Vamos, duérmase otra vez -dijo el padre Stone. irritado-. Usted y sus globos de circo.

-¡Pero estaba despierto!

-Vamos, vamos, padre. Cálmese.

-¿No me cree? ¿Tiene un arma? Sí, démela.

-¿Qué va a hacer?

El padre Stone le alcanzó el arma de fuego que habían traído para protegerse de las serpientes, y otros similares e imprevisibles animales.

El padre Peregrine esgrimió el arma.

-¡Lo probaré!

Apuntó a su propia mano y disparó.

-¡Deténgase!

Se vio una luz temblorosa y ante los propios ojos de los padres la bala se detuvo a unos centímetros de la palma de la mano. Se quedó allí, un momento, rodeada por una fosforescencia azul. Luego cayó, hundiéndose en el polvo con un débil silbido.

El padre Peregrine disparó el arma tres veces: contra una mano, una pierna, el cuerpo. Las tres balas flotaron, brillantes, y luego, como insectos muertos, cayeron a sus pies.

-¿Ha visto? -dijo el padre Peregrine, soltando el arma, que cayó junto a las balas-. Saben. Comprenden. No son animales. Piensan, juzgan y viven en un clima moral. ¿Qué animal me

hubiese salvado de mí mismo como éste? No, ningún animal. Sólo un hombre, padre. ¿Cree usted ahora?

El padre Stone miraba el cielo y las luces azules. Luego, en silencio, se dejó caer sobre una rodilla y recogió las balas tibias y las tuvo un momento en la palma de la mano. Cerró firmemente los dedos.

El sol se levantaba detrás de los padres.

-Creo que debemos reunirnos con los otros, contarles lo que pasa y traerlos aquí -dijo el padre Peregrine.

Cuando el sol llegó a lo alto del cielo, ya no estaban muy lejos del cohete.

El padre Peregrine dibujó un círculo en el centro del pizarrón encerado.

-Éste es Cristo, el hijo del Padre.

Los sacerdotes ahogaron un grito. El padre Peregrine se hizo el sordo.

-Este es Cristo en toda su gloria -continuó.

-Parece un problema de geometría -observó el padre Stone.

-Una comparación afortunada, pues se trata aquí de símbolos. Cristo no es menos Cristo, como deben admitirlo ustedes, porque esté representado por un cuadrado o un círculo. La cruz ha simbolizado, durante siglos, su amor y su agonía. Ahora este círculo será el Cristo marciano. Así lo presentaremos en Marte.

Los padres, incómodos, se agitaron en sus asientos y se miraron.

-Usted, hermano Matías, fabricará un globo de vidrio lleno de fuego. Lo instalaremos sobre el altar.

-Magia barata -murmuró el padre Stone. El padre Peregrine continuó pacientemente:

-Al contrario, les presentaremos a Dios mediante una imagen comprensible. ¿Si Cristo se hubiese presentado en la Tierra como un pulpo, lo hubiéramos aceptado fácilmente? -El padre Peregrine abrió las manos-. ¿Fue acaso un truco barato de Dios enviarnos a Cristo bajo la forma de un hombre? Cuando hayamos bendecido la iglesia, y consagremos el altar y este símbolo, ¿creéis que Cristo se rehusará a habitar esta forma? Vuestros corazones saben muy bien que no.

-¡Pero el cuerpo de un animal sin alma! -dijo el padre Matías.

-Ya hemos discutido eso, muchas veces, hermano Matías. Esas criaturas nos salvaron de las rocas. Comprendieron que la autodestrucción es algo pecaminoso, y la evitaron una y otra vez. Por lo tanto tenemos que edificar una iglesia en las colinas, vivir junto a ellos, que descubrir sus modos de pecar, sus extraños modos de pecar, y ayudarles a encontrar a Dios.

Los padres no parecían complacidos con el proyecto.

-¿Os preocupa su forma? -preguntó el padre Peregrine-. ¿Pero qué es una forma? Sólo un recipiente para el alma luminosa que Dios nos ha concedido. Si yo mañana descubriese que los leones marinos son inteligentes y libres, que saben cuándo no deben pecar, que comprenden el significado de la existencia, y que moderan la justicia con la misericordia y la vida con el amor, yo levantaría entonces una catedral submarina. Y si los gorriones fueran dotados, milagrosamente, y por voluntad de Dios, de un alma inmortal, llenaría una iglesia de helio y los perseguiría por los aires, pues todas las almas, cualquiera sea su forma, que gocen de libre albedrío y tengan conciencia de sus pecados, arderán en el infierno si no enderezan su vida. No dejaré por lo tanto que una esfera marciana arda para siempre en el infierno. Es una esfera sólo ante mis ojos. Cuando cierro los ojos la veo ante mí como inteligencia, amor, espíritu... y no puedo no hacerle caso.

-¡Pero ese globo de vidrio que usted desea instalar en el altar! -protestó el padre Stone.

-Pensad en los chinos -replicó el padre Peregrine imperturbable-. ¿Qué clase de Cristo adoran los cristianos en la China? Un Cristo oriental, naturalmente. Todos habéis visto escenas de navidad orientales. ¿Cómo está vestido Cristo? Con ropas asiáticas. ¿Por dónde anda? Entre casas de bambú y montañas de niebla, y árboles torcidos. Las pestañas son más largas; los huesos de las mejillas, más altos. Cada país, cada raza, añaden algo suyo a Nuestro Señor. Me acuerdo de la Virgen de Guadalupe, a quien reverencia todo México. Su piel... ¿Habéis visto el color de su piel? Una piel oscura, igual a la de sus devotos. ¿Es eso una blasfemia? De ningún modo. No es lógico que los hombres acepten a Dios -no importa su realidad- de otro color. Me he preguntado muchas veces por qué nuestros misioneros tienen éxito en Africa con un Cristo blanco como la nieve. Quiz porque el blanco es un color sagrado, como el de un albino, para las tribus africanas. Denles tiempo. ¿Cristo no se oscurecerá? La forma no tiene importancia. El contenido es todo. No podemos esperar que esos marcianos acepten una forma extraña. Les presentaremos a Cristo parecido a ellos.

-Hay una falla en su razonamiento, padre –dijo el padre Stone-. ¿No nos creerán hipócritas, los marcianos? Pronto verán que no adoramos a un Cristo redondo y globular, sino a un hombre con cabeza y miembros. ¿Cómo justificaremos la diferencia?

-Mostrándoles que no hay ninguna. Cristo ocupa cualquier recipiente. Cuerpos o globos, allí está él. Todos adoran lo mismo, bajo formas distintas. Más aún, tenemos que creer en este globo de fuego. Tenemos que creer en una forma que no tiene, para nosotros, ningún sionificado. Este esferoide ser Cristo. Y tenemos que recordar que también nosotros, como la forma de nuestro Cristo terrestre, somos algo ridículo y absurdo para estos globos marcianos.

El padre Peregrine dejó a un lado la tiza.

-Y ahora, vayamos a las colinas a edificar nuestra iglesia.

Los padres empaquetaron sus equipos.

La iglesia no era una iglesia, sino una superficie libre de rocas, una plataforma en lo alto de una colina, de suelo liso y limpio, y un altar en donde el hermano Matías había instalado un globo de fuego.

Y al cabo de seis días de trabajo la iglesia estaba lista.

-¿Qué haremos con esto?--El padre Stone golpeó con la punta de los dedos la campana de hierro que habían traído-. ¿Qué significa esta campana para ellos?

-Creo que la he traído para nuestra propia comodidad -admitió el padre Peregrine-. Necesitamos algunas cosas familiares. Esta iglesia se parece tan poco a una. iglesia. Y todos sentimos que hay algo de absurdo en todo esto... Yo mismo lo siento así. Es algo demasiado nuevo. Convertir criaturas de otro mundo. A veces me siento como un actor ridículo. Y entonces le pido a Dios que me de las fuerzas necesarias.

-Algunos de los padres no se sienten nada contentos. Algunos se ríen de todo esto, padre Peregrine.

-Ya lo sé. Para tranquilidad de esos padres instalaremos esta campana, en una torrecita.

-¿Y qué haremos con el órgano?

-Lo tocaremos mañana, en el primer servicio.

-Pero, los marcianos...

-Ya lo sé. Pero vuelvo a repetírselo. Para nuestra propia comodidad, nuestra propia música. Más tarde descubriremos la música marciana.

Los padres se levantaron muy temprano en la mañana de domingo, y se movieron en el aire helado como pálidos fantasmas, con las sotanas cubiertas de escarcha crujiente. Estaban como adornados de campanillas, y esparcían a su alrededor unas gotas plateadas.

-Me pregunto si hoy es domingo en Marte -murmuró el padre Stone, pero al ver el gesto del padre Peregrine continuo-: Puede ser miércoles o jueves, ¿quién sabe? Pero no importa. Dejemos correr la imaginación. Es domingo para nosotros. Adelante.

Los padres entraron en la plataforma de la "iglesia" y se arrodillaron, estremeciéndose, con los labios morados.

El padre Peregrine pronunció una breve oración, y puso los fríos dedos sobre las teclas del órgano. La música se alzó como un vuelo de hermosos pájaros. El padre Peregrine tocaba las teclas como un hombre que mueve las manos entre las hierbas de un jardín salvaje, levantando grandes bandadas de belleza hacia las colinas.

La música calmó el aire. Se sentía el olor fresco de la mañana. La música flotó entre las colinas e hizo caer una lluvia de polvo mineral. Los padres esperaban.

-Bueno, padre Peregrine. -El padre Stone recorrió con los ojos el cielo vacío donde el sol, rojizo como un horno, se estaba levantando--. No veo a sus amigos

-Probaré otra vez.

El padre Peregrine tenía el rostro cubierto de sudor. Construyó una iglesia de música, tan alta que su presbiterio se alzaba en Nínive y sus agujas junto a la izquierda de San Pedro. Cuando el padre Peregrine dejó de tocar, la música no se deshizo. Se convirtió en un grupo de nubes blancas, y el viento las llevó hacia otras tierras.

El cielo estaba todavía vacío.

-¡Tienen que venir! -Pero el padre Peregrine sintió que el terror lo invadía, lentamente-. Recemos. Pidamos que vengan. Los marcianos saben leer el pensamiento.

Los padres volvieron a arrodillarse, entre murmullos y suspiros. Rezaron.

Y del este, de las montañas de hielo, a las siete en punto de aquella mañana de domingo, quizá mañana de jueves o de lunes en Marte, surgieron los delicados globos de fuego. Flotaron suavemente y descendieron hasta rodear a los padres temblorosos.

-Gracias, oh, gracias, Señor.

El padre Peregrine cerró con fuerza los ojos y tocó la música, y cuando terminó, volvió la cabeza y miró a sus asombrosos feligreses.

Y una voz le rozó la mente. Dijo la voz:

-Hemos venido sólo por un rato.

-Pueden quedarse -dijo el padre Peregrine.

-Sólo por un rato -dijo la voz serenamente-. Hemos venido a deciros algo. Podíamos haber hablado antes. Pero creímos que si os dejábamos solos seguiríais quizá vuestro camino.

El padre Peregrine cornenzó a hablar, pero la voz lo detuvo.

-Somos los viejos -dijo la voz, y las palabras entraron en el padre Peregrine como una llamarada de gases azules que ardieron en las cámaras de su cabeza-. Somos los viejos marcianos. Dejamos las ciudades de mármol y vinimos a las colinas, alejándonos de nuestra antigua vida material. Nos convertimos, hace mucho tiempo, en esto que somos ahora. Una vez fuimos hombres, con cuerpos y piernas y brazos como los vuestros. Dice la leyenda que uno de nosotros, un hombre sabio, descubrió el modo de liberar el alma y la mente del hombre, de liberarlos de las enfermedades corporales, la melancolía, la muerte, las transfiguraciones, los malos humores y la vejez, y entonces tomamos esta forma de luz y fuego azul, y comenzamos a vivir, para siempre, en el viento, el cielo y las colinas, ya nunca orgullosos ni arrogantes, ni ricos ni pobres, ni apasionados ni fríos. Vivimos apartados de los hombres que habitan este mundo. Nadie recuerda cómo ha podido ocurrir. El método ha sido olvidado. Pero no morimos nunca, ni hacemos daño a nadie. Hemos dejado los pecados del cuerpo, y vivimos en estado de gracia. No deseamos los bienes ajenos; no tenemos bienes. No robamos y no matamos, desconocemos la concuspicencia y el odio. Vivimos felices. No podemos reproducirnos, no podemos beber, ni comer, ni guerrear. Cuando abandonamos nuestros cuerpos, abandonamos también las sensualidades y las debilidades de la carne. Nos hemos librado del pecado, padre Peregrine. Nuestros pecados han ardido como hojas de otoño, se han desvanecido como las flores sexuales de una primavera roja y amarilla, han quedado atrás como las noches sofocantes del más cálido verano. Y nuestra estación es templada, y en nuestro clima florecen los pensamientos.

El padre Peregrine se había incorporado, pues la voz lo tocaba de tal modo que se sentía casi fuera de sí. Era un éxtasis y una llama que le atravesaban el cuerpo.

-Deseamos deciros que apreciamos que hayáis construido este edificio para nosotros, pero no nos hace falta, pues cada uno de nosotros es un templo en sí mismo, y no necesita lugar alguno para purificarse. Perdonadnos que no hayamos venido antes, pero vivimos muy apartados los unos de los otros, y no hemos hablado con nadie durante diez mil años, ni hemos intervenido en la vida de este viejo planeta. Se os ha ocurrido ahora que somos como los lirios del campo: no trabajamos, no hilamos. Tenéis razón. Os sugerimos por lo tanto que llevéis este templo a las nuevas ciudades y allí limpiéis a otros hombres. Pues creedlo, nosotros vivimos felices, y en paz.

Los padres seguían arrodillados, envueltos en aquella vasta luz azul, y el padre Peregrine se había arrodillado también, y todos lloraban. No les importaba haber perdido el tiempo. No les importaba.

Las esferas azules murmuraron y comenzaron a elevarse otra vez, en una ráfaga de aire fresco.

-Puedo...--gritó el padre Peregrine, titubeando, y con los ojos cerrados-, ¿puedo venir otra vez, algún día, a aprender de vosotros?

Los fuegos azules resplandecieron. El aire se estremeció.

Sí. Algún día podría volver. Algún día.

Y en seguida los globos de fuego se alejaron y desaparecieron, y el padre Peregrine era un niño arrodillado, con los ojos llenos de l grimas, que gritaba:

-¡Vuelvan! ¡Vuelvan! -Y en cualquier momento el abuelo lo alzaría en brazos y lo llevaría escaleras arriba, a aquel dorrnitorio de un antiguo pueblo de Ohio...

Los padres abandonaron las colinas. Caía el sol. El padre Peregrine volvió la cabeza y vio los fuegos azules que ardían a lo lejos. No, pensó, no podemos levantar una iglesia para vosotros. Sois la belleza misma. ¿Qué iglesia puede competir con el fuego de un alma pura?

El padre Stone caminaba en silencio a su lado, y dijo al fin:

-Yo creo que hay una verdad en todos los mundos. Y todas ellas son partes de una misma verdad. Un día todas se unirán como trozos de un gran rompecabezas. Ha sido una verdadera experiencia, padre Peregrine. Nunca volveré a tener más dudas. Pues esta verdad es tan cierta como la verdad de la Tierra, y ambas concuerdan entre sí. Iremos a otros mundos, y sumaremos las distintas fracciones de la verdad hasta que el total se alce ante nosotros como la luz de un nuevo día.

-Es mucho decir viniendo de usted, padre Stone.

-Lamento, en cierto modo, que descendamos a la ciudad, para ocuparnos de seres de nuestra propia especie. Esas luces azules. Cuando se posaron alrededor de nosotros, y esa voz.

El padre Stone se estremeció.

El padre Peregrine lo tomó de un brazo. Caminaron juntos.

-Y sabe usted -dijo el padre Stone finalmente, con la vista fija en el hermano Matías que marchaba ante ellos, llevando cuidadosamente en los brazos aquella esfera de vidrio donde una fosforescencia azul brillaba para siempre-, sabe usted, padre Peregrine, ese globo . . .

-¿Sí ?

-Es Él. Es Él, al fin y al cabo.

El padre Peregrine sonrió y juntos descendieron por las colinas, hacia la nueva ciudad.

La Última Noche Del Mundo

-¿Qué harías si supieras que ésta es la última noche del mundo?

-¿Qué haría? ¿Lo dices en serio?

-Sí, en serio.

-No sé, no lo he pensado.

El hombre se sirvió un poco más de café. En el fondo del vestíbulo las niñas jugaban sobre la alfombra con unos cubos de madera, bajo la luz de las lámparas verdes. En el aire de la tarde había un suave y limpio olor a café torrado.

-Bueno, será mejor que empieces a pensarlo.

-¡No lo dirás en serio!

El hombre asintió.

-¿Una guerra?

El hombre sacudió la cabeza.

-No.

-¿La bomba atómica o la bomba de hidrógeno?

-No.

-¿Una guerra bacteriológica?

-Nada de eso -dijo el hombre, revolviendo suavemente el café-. Sólo, digamos, un libro que se cierra.

-Me parece que no entiendo.

-No. Y yo tampoco, realmente. Sólo es un presentimiento. A veces me asusta. A veces no siento ningún miedo, y sólo una cierta paz. -Miró a las niñas y los caballos amarillos que brillaban a la luz de la lámpara-. No te lo he dicho. Ocurrió por primera vez hace cuatro noches.

-¿Qué?

-Un sueño. Soñé que todo iba a terminar. Me lo decía una voz. Una voz irreconocible, pero una voz de todos modos. Y me decía que todo iba a detenerse en la Tierra. No pensé mucho en ese sueño al día siguiente, pero fui a la oficina y a media tarde sorprendí a Stan Willis mirando por la ventana, y le pregunté: ¿Qué piensas, Stan?, y él me dijo: Tuve un sueño anoche. Antes que me lo contara yo ya sabía qué sueño era ése. Podía habérselo dicho. Pero dejé que me lo contara.

-¿Era el mismo sueño?

-Idéntico. Le dije a Stan que yo había soñado lo mismo. No pareció sorprenderse. Al contrario, se tranquilizó. Luego nos pusimos a pasear por la oficina, sin darnos cuenta. No concertamos nada. Nos pusimos a caminar, simplemente, cada uno por su lado, y en todas partes vimos gentes con los ojos clavados en los escritorios, o que se observaban las manos, o que miraban la calle. Hablé con algunos. Stan hizo lo mismo.

-¿Y todos habían soñado?

-Todos. El mismo sueño, exactamente.

-¿Crees que será cierto?

-Sí, nunca estuve más seguro.

-¿Y cuando terminará? El mundo, quiero decir.

-Para nosotros, en cierto momento de la noche. Y a medida que la noche vaya moviéndose alrededor del mundo, llegará el fin. Tardará veinticuatro horas.

Durante unos instantes no tocaron el café. Luego levantaron lentamente las tazas y bebieron mirándose a los ojos

-¿Merecemos ésto?- preguntó la mujer.

-No se trata de merecerlo o no. Es así, simplemente. Tú misma no has tratado de negarlo. ¿Por qué?

-Creo tener una razón.

-¿La que tenían todos en la oficina?

La mujer asintió.

-No quise decirte nada. Fue anoche. Y hoy las vecinas hablaban de eso entre ellas. Todas soñaron lo mismo. Pensé que era sólo una coincidencia. -La mujer levantó de la mesa el diario de la tarde-. Los periódicos no dicen nada.

-Todo el mundo lo sabe. No es necesario. -El hombre se reclinó en su silla, mirándola.- ¿Tienes miedo?

-No. Siempre pensé que tendría mucho miedo, pero no.

-¿Dónde está ese instinto de autoconservación del que tanto se habla?

-No lo sé. Nadie se excita demasiado cuando todo es lógico. Y esto es lógico. De acuerdo con nuestras vidas, no podía pasar otra cosa.

-No hemos sido tan malos ¿no es cierto?

-No, pero tampoco demasiado buenos. Me parece que es eso. No hemos sido casi nada, excepto nosotros mismos, mientras que casi todos los demás han sido muchas cosas, muchas cosas abominables.

En el vestíbulo las niñas se reían.

-Siempre pensé que cuando esto ocurriera la gente se pondría a gritar en las calles.

-Pues no. La gente no grita ante la realidad de las cosas.

-¿Sabes? Te perderé a ti y a las chicas. Nunca me gustó la ciudad, ni mi trabajo, ni nada, excepto vosotras tres. No me faltará nada más. Salvo, quizá, los cambios de tiempo, y un vaso de agua helada cuando hace calor, y el sueño. ¿Cómo podemos estar aquí, sentados, hablando de este modo?

-No se puede hacer otra cosa.

-Claro, eso es; pues si no estaríamos haciéndolo. Me imagino que hoy, por primera vez en la historia del mundo, todos saben qué van a hacer de noche.

-Me pregunto, sin embargo, qué harán los otros, esta tarde, y durante las próximas horas.

-Ir al teatro, escuchar la radio, mirar la televisión, jugar a las cartas, acostar a los niños, acostarse. Como siempre.

-En cierto modo, podemos estar orgullosos de eso... como siempre.

El hombre permaneció inmóvil durante un rato, y al fin se sirvió otro café.

-¿Por qué crees que será esta noche?

-Porque sí.

-¿Por qué no alguna noche del siglo pasado o de hace cinco siglos o diez?

-Quizá porque nunca fue 19 de octubre de 1969 y ahora sí. Quizá porque esa fecha significa más que ninguna otra. Quizá porque este año las cosas son como son, en todo el mundo, y por eso es el fin.

-Hay bombarderos que esta noche estarán cumpliendo su vuelo de ida y vuelta a través del océano, y que nunca llegarán a tierra.

-Eso también lo explica, en parte.

-Bueno -dijo el hombre incorporándose-, ¿qué haremos ahora? ¿Lavamos los platos?

Lavaron los platos y los apilaron con un cuidado especial. A las ocho y media acostaron a las niñas y les dieron el beso de buenas noches y apagaron las luces del cuarto y entornaron la puerta.

-No sé... -dijo el marido al salir del dormitorio, mirando hacia atrás, con la pipa entre los labios.

-¿Qué?

-¿Cerraremos la puerta del todo, o la dejaremos así, entornada, para que entre un poco de luz?

-¿Lo sabrán también las chicas?

-No, naturalmente que no.

El hombre y la mujer se sentaron y leyeron los periódicos y hablaron y escucharon un poco de música, y luego observaron, juntos, las brasas de la chimenea mientras el reloj daba las diez y media y las once y las once y media.

Pensaron en las otras gentes del mundo, que también habían pasado la velada, cada uno a su modo.

-Bueno -dijo el hombre al fin.

Besó a su mujer durante un rato.

-Nos hemos llevado bien, después de todo- dijo la mujer.

-¿Tienes ganas de llorar? -le preguntó el hombre.

-Creo que no.

Recorrieron la casa y apagaron las luces y entraron en el dormitorio. Se desvistieron en la fresca oscuridad de la noche, y retiraron las colchas.

-Las sábanas son tan limpias y frescas...

-Estoy cansada.

-Todos estamos cansados.

Se metieron en la cama.

-Un momento -dijo la mujer.

El hombre oyó que su mujer se levantaba y entraba en la cocina. Un momento después estaba de vuelta.

-Me había olvidado de cerrar los grifos.

Había ahí algo tan cómico que el hombre tuvo que reírse.

La mujer también se rió. Sí, lo que había hecho era cómico de veras. Al fin dejaron de reírse, y se tendieron inmóviles en el fresco lecho nocturno, tomados de la mano y con las cabezas muy juntas.

-Buenas noches -dijo el hombre después de un rato.

- Buenas noches -dijo la mujer.

Los Desterrados

Los ojos de las brujas eran de fuego y de las bocas les salía un aliento de llamas. Inclinadas sobre el caldero probaban el líquido con palos grasientos y dedos huesudos.

-When shalláwe three meet again
In thunder, lightning, or in rain?[1]

---

[1] "¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres, baio el trueno, el relámpago o la lluvia?" Macbeth, acto 1, escena I (N. del T.).

Las brujas bailaban tambaleándose en la playa de un mar seco, viciando el aire con sus tres lenguas, y calcinándolo con el brillo malévolo de sus ojos de gato.

--Round about the cauldron go;
In the poison'd entrails throw...
Double, double toil and trouble;
Fire burn, and cauldron bubble![2]

Las brujas se detuvieron y miraron a su alrededor.

-¿Dónde está el cristal? ¿Dónde están las agujas?

-¡Aquí!

-¡Bien!

-¿La cera amarilla está bien espesa?

-¡Sí!

-¡Arrojadla en el molde de hierro!

-¿La figura de cera está lista?

El muñeco goteó como una melaza entre las manos voraces.

-Atravesadle el corazón con la aguja

-¡El espejo, el espejo! Sacadlo del saco del Tarot. Limpiadle el polvo, ¡mirad un momento!

Se inclinaron sobre el cristal con los rostros blancos.

-Mirad, mirad, mirad . . .

Un cohete se movía por el espacio, desde el planeta Tierra hacia el planeta Marte. Dentro de la nave agonizaban unos hombres.

El capitán, cansado, levantó la cabeza.

-Tendremos que darle morfina.

-Pero, capitán...

-Ya ven ustedes el estado de este hombre.

---

[2] "Giremos alrededor del caldero arrojemos en él entrañas envenenndas... Redoblemos, redoblemos trabajos y afanes; ¡que arda el fuego, y que hierva el caldero!" Macbeth, ..acto IV, escena I (N. del T.).

El capitán apartó la manta de lana, y el hombre acostado sobre la sábana húmeda se estremeció y gimió. Unas nubes sulfurosas llenaban el aire.

-Lo vi.. . lo vi. -El hombre abrió los ojos, y miró fijamente la ventanilla, por donde sólo se veía el espacio oscuro, las estrellas móviles, la Tierra que se alejaba, y Marte que crecía, grande y rojo-. Lo vi . . . un murciélago, un murciélago con cara de hombre, detrás de la ventanilla. Aleteaba, y aleteaba y aleteaba...

-¿Qué pulso tiene?--preguntó el capitán.

El enfermero contó los latidos.

-Ciento treinta.

-No puede seguir así. Denle morfina. Vamos, Smith.

El capitán y Smith se alejaron. De pronto, las planchas del piso se cubrieron de huesos y cráneos blancos que lanzaban agudos chillidos. El capitán no se atrevió a bajar los ojos, y volviéndose hacia una puerta, gritó:

-¿Perse está aquí?

Un cirujano vestido de blanco se apartó de un cuerpo.

-No lo entiendo.

-¿Cómo murió Perse?

-No lo sabemos, capitan. No fue el corazón, ni el cerebro... Se murió, simplemente.

El capitán tocó la muñeca del médico. La muñeca se convirtió en una serpiente sibilante y mordió al capitán. El capitán no pestañeó.

-Cuídese, doctor. Tiene usted un pulso bastante rápido.

El médico asintió con un movimiento de cabeza.

-Perse se quejaba de dolores... agujas, decía... en los brazos y piernas. Decía que era un muñeco de cera que estaba derritiéndose. Rodó por el suelo. Lo ayudé a levantarse. Gritaba como un chico. Decía que una aguja le atravesaba el corazón. Y murió. Eso es todo. Podemos repetir la autopsia si usted quiere. No he advertido nada anormal.

-¡Es imposible! ¡Ha muerto de algo!

El capitán se acercó a la ventanilla. Las cuidadas manos le olían a mentol, iodo y jabón antiséptico. Se había cepillado los dientes y se había frotado con fuerza las orejas y las mejillas. Su uniforme tenía el color de la sal. Sus botas eran como espejos oscuros y brillantes. El cabello crespo y cortado al rape le olía a alcohol. Hasta su aliento era suave y limpio. No tenía una sola mancha. Era un instrumento nuevo y afilado que conservaba aún la temperatura del autoclave.

Los otros tripulantes estaban cortados por la misma tijera. Uno esperaba ver en sus espaldas unas llaves enormes que giraban lentamente. Eran juguetes costosos, eficaces, bien aceitados, obedientes y veloces.

El capitán observó el planeta que crecía en el espacio.

-Dentro de una hora estaremos en ese lugar maldito. Smith, ¿ha visto usted algún murciélago? ¿Ha tenido usted pesadillas?

-Sí, señor. Un mes antes que el cohete saliera de Nueva York. Unas ratas blancas me mordían el cuello, me bebían la sangre. No dije nada. Temía que usted no me dejase venir.

-No importa -suspiró el capitán-. Yo también he tenido pesadillas. Hasta poco antes que saliéramos de la Tierra yo nunca había soñado. Ni un solo sueño en mis cincuenta años de vida. Y desde entonces todas las noches sueño que soy un lobo blanco. Me cazan en una colina de nieve y me matan con una bala de plata. Y con una estaca me atraviesan el corazón. –Señaló Marte con un movimiento de cabeza-. ¿Cree usted, Smith, que ellos saben que estamos llegando?

-No sabemos si se trata de marcianos, señor.

-¿No sabemos? Comenzaron a asustarnos hace ocho semanas, antes que dejásemos la Tierra. Mataron a Perse y a Reynolds. Ayer dejaron ciego a Grenville. ¿Cómo? No lo sé. Murciélagos, agujas, sueños, hombres que mueren sin motivo. Brujería, lo hubiesen llamado antes. Pero estamos en el año 2120, Smith. Somos hombres de mente clara. Esto no puede ocurrir. Y sin embargo ocurre. Quienesquiera que sean, con sus agujas y sus murciélagos, tratan de terminar con nosotros. -Se volvió hacia Smith-. Smith, traiga esos libros que hay en mis estantes. Quiero tenerlos conmigo en el momento de aterrizar.

Doscientos libros fueron apilados en la cubierta del cohete.

-Gracias, Smith. ¿Les ha echado una ojeada? Pensará que estoy loco. Quizá. No sé cómo se me ocurrió. Al último momento pedí estos libros al Museo de Historia. A causa de mis sueños. Durante veinte noches fui acuchillado, descuartizado. Durante veinte noches fui un murciélago clavado con alfileres en una mesa de operaciones, algo que se pudría bajo tierra en un negro ataúd. Sueños, pesadillas. Toda la tripulación soñó con brujas y vampiros y fantasmas. Seres que estos hombres no podían de ningún modo conocer. ¿Por qué? Porque todas las obras con estos horribles temas fueron destruidas hace casi un siglo. Se dictó una ley. Se prohibió conservar esos espantosos volumenes. Esos libros que ve ahí son los últimos ejemp1ares, ohjetos históricos que se guardaban en las cajas fuertes de los museos.

Smith se inclinó para leer los títulos cubiertos de polvo.

-Cuentos de Misterio e Imaginación, por Edgard Allan Poe; Drácula, por Bram Stoker; Frankestein, por Mary Shelley, Otra Vuelta de Tuerca, por Henry James; La Leyenda del Valle del Sueño, por Washington Irving; La Hija de Rapaccini, por Nathaniel Hawthorne; Un Incidente en el Puente del Arroyo del Buho, por Ambrose Bierce; Alicia en el País de las Maravillas, por Lewis Carroll; Los Sauces, por Algernon Blackwood; El Mago de Oz, por L. Frank Baum; La Extraña Somtbra sobre Insmouth, por H. P. Lovecraft. ¡Y más! Libros por Walter de la Mare, Wakefield, Harvey, Wells, Asquith, Huxley... todos autores prohibidos. Todos quemados el mismo año en que las fiestas de la víspera de Todos los Santos fueron puestas fuera de la ley, en el que prohlbieron la Navidad.

-Pero, señor, ¿para qué nos sirven estos libros?

-No sé -suspiró el capitán-, todavía.

Las tres hechiceras levantaron el espejo donde temblaba la imagen del capitán. La vocecita tintineó dentro del vidrio.

-No sé -suspiró el capitán-, todavía.

Las brujas de ojos enrojecidos se rniraron.

-No tenemos mucho tiempo -dijo una.

-Será mejor que vayamos a la ciudad, a avisarles -dijo otra.

-Querrán saber algo de los libros. Esto no tiene buen aspecto. ¡Ese capitán imbécil!

-El cohete llegará dentro de una hora.

Las tres hechiceras se estremecieron, y entornando los ojos miraron la ciudad de esmeralda, a orillas del mar seco. En la más alta de las ventanas un hombre abría una cortina del color de la sangre. El hombre observó las tierras baldías donde las brujas alimentaban el caldero y modelaban las ceras. Más lejos, diez mil fuegos azules, inciensos de laurel, negras humaredas de tabaco y de ramas de pino y de canela y de polvo de huesos se alzaban suavemente como nubes de insectos en la noche marciana. El hombre contó los fuegos furiosos y mágicos. Luego, mientras las brujas lo estaban mirando, volvió la cabeza. Dejó caer la cortina rojiza y la distante ventana parpadeó como un ojo amarillo

El señor Edgard Allan Poe miraba por la ventana de la torre, envuelto en una vaga aureola de alcohol.

-Las amigas de Hécate están muy ocupadas esta noche -dijo observando a las brujas, allá abajo.

Una voz murmuró a sus espaldas:

-Hoy vi a Will Shakespeare en la costa, temprano Estaba azotando a las brujas. Había extendido todo su ejército a lo largo del mar. Miles. Las tres brujas, Oberón, el padre de Hamlet, Puck... todos, todos ellos... ¡Miles! Un mar de gente.

-Ese bueno de William. -Edgard Poe volvió la cabeza. Dejó caer la cortina rojiza. Observó un momento la piedra desnuda de los muros, las llamas de los cirios, y luego miró al otro hombre, el señor Ambrose Bierce, que estaba perezosamente sentado, encendiendo fósforos y dejándolos arder. Bierce silbaba entre dientes y de cuando en cuando se reía.

-Tenemos que avisarle al señor Dickens –dijo Poe-. Ha pasado mucho tiempo. Faltan sólo unas pocas horas. ¿Quiere acompañarme, Bierce?

Bierce abrió alegremente los ojos.

-¿Estaba pensando... qué nos pasará?

-Si no podemos matar a esos hombres del cohete, o asustarlos hasta que se vayan, tendremos que salir de aquí. Iremos a Júpiter, y cuando lleguen a Júpiter, iremos a Saturno, y cuando lleguen a Saturno, iremos a Urano o Neptuno, y luego a Plutón . . .

-¿Y luego?

El señor Poe parecía fatigado. Unas brillantes brasas de carbón se apagaban lentamente en sus ojos. Había una furiosa tristeza en su voz, y las manos y el pelo largo y lacio que le caía sobre la asombrosa frente blanca revelaban una cierta impotencia. Parec1a el demonio de una oscura causa perdida, un general derrotado en una desastrosa invasión. Los labios pensativos mordisqueaban los sedosos y negros bigotes. Era tan pequeño que su frente parecía flotar, amplia y fosforescente, en las sombras del cuarto.

-Tenemos la ventaja de desplazarnos con métodos muy superiores -dijo Poe-. Siempre podemos esperar una de esas guerras atómicas, la decadencia, la vuelta a las épocas oscuras, el retorno de la superstición. Entonces podríamos volver a la Tierra, todos nosotros, sólo en una noche. -Los ojos oscuros del señor Poe se encendieron bajo la frente redonda y luminosa. Miró fijamente el cielo raso-. ¿Así que vienen a arruinar también este mundo? No quieren dejar nada sin clasificar, ¿eh?

-¿Pero acaso una manada de lobos vacila en matar a su presa y devorarle las entrañas? -dijo Bierce-. Será en verdad una guerra, realmente. Me haré a un lado y llevaré la cuenta Tantos terrestres quemados en aceite, tantos manuscritos encontrados en botellas reducidos a cenizas, tantos terrestres traspasados por agujas, tantas Muertes Rojas puestas en fuga por una batería de jeringas hipodérmicas. .. ¡ja, ja!

Poe se balanceó colérico, ligeramente borracho.

-¿Qué hemos hecho? Póngase de nuestro lado, Bierce, ¡por favor! ¿Nos ha juzgado limpiamente un grupo de críticos? ¡No! Tomaron nuestros libros con unas pinzas de cirugía, limpias y esterilizadas, y los arrojaron a unos tanques, para que hirviesen, ¡para matar sus mortíferos gérmenes! ¡Malditos sean!

-Encuentro divertida nuestra situación –dijo Bierce.

Un grito histérico que venía de la escalera de la torre interrumpió la charla.

-¡Señor Poe! ¡Señor Bierce!

-¡Sí, sí, ya vamos!

Poe y Bierce descendieron y se encontraron con un hombre que jadeaba apoyándose en uno de los muros de piedra.

-¿Han oído las noticias? -gritó el hombre, tomándose de ellos corno si estuviese a punto de caer en un abismo-. ¡Llegarán dentro de una hora! ¡Y traen libros! ¡Viejos libros! ¡Así dijeron las brujas! ¿Qué están haciendo en la torre en un momento como éste? ¿No piensan actuar?

-Hacemos lo que podemos, Blackwood –dijo Poe-. Usted es aún nuevo en estas lides. Acompáñenos, vamos a ver al señor Charles Dickens...

-...a asistir a nuestro destino, a nuestro negro destino -dijo el señor Bierce guiñando un ojo.

Los tres hombres descendieron por las resonantes gargantas del castillo, por escalones verdes y oscuros, hasta la humedad, las ruinas, las arañas y las telas como sueños.

-No se preocupe. -La frente de Poe, una gran lámpara blanca que alumbraba el camino, descendía, hundiéndose en las profundidades-. Todo a lo largo del mar muerto he estado llamando a los otros. Mis amigos y los amigos de ustedes. Todos están allí. Los animales y las viejas y los gigantes de dientes blancos y afilados. Las trampas ya están preparadas, y los pozos, sí, y los péndulos. La Muerte Roja. -Se rio suavemente-. Sí, también la Muerte Roja. Nunca pensé... no, nunca pensé que un día la Muerte Roja iba a existir de veras. Pero ellos la han pedido, ¡y la tendrán!

-¿Pero somos bastante fuertes? -preguntó Blackwood.

-¿Fuertes cómo? No nos esperan, por lo menos. Carecen de imaginación. Esos jóvenes del cohete, tan limpios, con sus escobas antisépticas y sus cascos como peceras... Sacerdotes de un nuevo culto. Alrededor de sus cuellos, colgados de cadenas de oro, escalpelos. Sobre la frente, una diadema de microscopios. En sus dedos santos, unas urnas de incienso humeante que son en realidad unos hornos germicidas para destruir la superstición. Los nombres de Poe, Bierce, Hawthorne, Blackwood... blasfemias en sus labios puros.

Ya fuera del castillo avanzaron por unos terrenos húmedos, un pantano que no era un pantano. Las nieblas se levantaban como una pesadilla. En el aire había ruidos de alas y silbidos agudos. Las tinieblas y el viento corrían de un lado a otro. Se oían unas voces cambiantes, y unas figuras se inclinaban sobre las llamas. El señor Poe observó las agujas quee tejían y tejían a la luz del fuego, que tejían el dolor y la miseria, que tejían el mal sobre muñecos de arcilla, sobre títeres de cera. De los calderos surgía, silbando, un olor a ajo, azafrán y pimienta, que llenaba la noche con su acritud demoníaca.

-¡Continuad! -dijo Poe-. ¡Volveré pronto!

Todo a lo largo de la costa del mar seco unas figuras negras giraban y se empequeñecían, crecían y se transformaban en un humo negro que ocultaba el cielo. Unas campanas repicaban en las torres altas como montanas y unos cuervos de alquitrán huían ante el sonido del bronce y se dispersaban en cenizas.

Poe y Bierce cruzaron de prisa un páramo solitario y un vallecito, y se encontraron de pronto en una callejuela empedrada, por donde corría un viento frío y penetrante. La gente se paseaba de arriba abajo, tratando de calentarse los pies. La niebla cubría la calle, y las velas ardían en los escaparates y ventanas donde colgaban los pavos de Navidad. A cierta distancia, algunos niños, envueltos en ropas de lana, exhalando sus pálidos alientos en el aire invernal, entonaban un villancico, mientras que las campanas de un inmenso reloj daban continuamente las doce de la noche. Otros chicos salían corriendo de la panadería llevando en los brazos harapientos unas cenas que humeaban en bandejas y fuentes de plata.

En un anuncio se leía SCROOGE, MARLEY y DICKENS. Poe hizo sonar el llamador, que era el retrato de Marley, y al abrirse la puerta brotó del interior una bocanada de música que casi los hizo

bailar. Y allí, por encima del hombro de alguien que les apuntaba con una barbita y unos bigotes, vieron al señor Fezziwig, que batía palmas, y a la senora de Fezziwig, una vasta e inalterable sonrisa, que bailaba y chocaba con otros alegres compafieros, mientras los violines chillaban y las risas corrían airededor de la mesa como los cristales de una araña de luces agitada por el viento. Sobre la mesa se amontonaban las carnes, y los pavos, y las ramas de acebo, y los gansos, y los pasteles, y los tiernos lechones coronados de salsas, y las naranjas y las manzanas. Y allí estaban Bob Cratchit y la pequeña Dorrit y Tiny Tim y el mismo sefior Fagin, y un hombre que parecía un trozo de carne a medio asar, un grano de mostaza, una pizca de queso, un fragmento de papa mal cocida. ¿Quién podía ser sino el mismísimo señor Marley, con cadenas y todo? Y corría el vino, y de los pavos asados brotaba un humo que esparcía por el cuarto lo mejor de las aves.

-¿Qué quieren? -preguntó el señor Charles Dickens.

-Venimos a pedírselo otra vez, Charles –dijo Poe-. Necesitamos su ayuda.

-¿Mi ayuda? ¿Pero creen que voy a enfrentar a esos hombres excelentes? Además, éste no es mi mundo. Quemaron mis libros sólo por error. No soy un aficionado a lo sobrenatural. No he escrito libros terroríficos como usted, Poe; usted, Bierce, y los otros. No soy como ustedes, ¡horribles criaturas!

-Es usted un razonador convincente –comentó Poe-. Podría usted recibir a los hombres del cohete, adormecerlos, adormecer sus sospechas, y luego. . . Luego intervendríamos nosotros.

El señor Dickens miraba los pliegues de la capa en donde Poe ocultaba las manos. Poe, sonriendo, sacó un gato negro.

-Para uno de los visitantes.

-¿Y para los otros?

Poe sonrió otra vez, complacido.

-¿EI enterramiento prematuro?

-Es usted un hombre siniestro, sefior Poe.

-Soy un hombre asustado y lleno de odio. Soy un dios, señor Dickens, como usted, como todos nosotros. Y no sólo amenazaron nuestras creaciones... nuestros personajes, si así lo prefiere. Las suprimieron, quemaron, destrozaron y censuraron Acabaron con ellas. ¡Nuestros mundos se derrumban! ¡La lucha alcanza a los dioses!

-¿Y? -El sefior Dickens miró a un lado y a otro, deseando volver a la fiesta, la música y la comida-. ¿Por eso estamos aquí ?

-La guerra engendra guerra. La destrucción engendra destrucción. Hace un siglo, en la Tierra, en el ano 2020, proscribieron nuestros libros. Oh, algo horrible. Destruir así nuestras obras... Tuvimos que salir de.. . ¿qué? ¿La muerte? ¿El más allá? No me gustan las palabras abstractas. No sé. Sólo sé que oímos el llamado de nuestros mundos, nuestras invenciones, y que tratamos de salvarlos. Hemos pasado un siglo entero en Marte, esperando que la Tierra se ahogara a sí misma con el peso de sus sabios, y las dudas de sus sabios. Y ahora vienen a arrojarnos de aquí, a nosotros y a nuestras

tenebrosas creaciones, y a todos los alquimistas, brujas, vampiros y espectros que, uno a uno, se retiraron al espacio. La ciencia infestó la Tierra, sin dejarnos finalmente más salida que el éxodo. Ayúdenos, señor Dickens. Habla usted con mucha elegancia. Lo necesitamos.

-Ya se lo he dicho. No soy uno de ustedes. No estoy de acuerdo ni con usted ni con los otros -dijo Dickens, enojado-. Yo no he jugado con brujas, vampiros y cosas nocturnas.

-¿Y Cuento de Navidad?

-¡Ridículo! Sólo un libro. Oh, escribí otros que también tratan de fantasmas, pero ¿y eso qué? Mis obras esenciales no tienen ninguna relación con esas tonterías.

-De un modo o de otro lo identificaron como uno de los nuestros. Destruyeron sus libros... sus mundos. ¡Tiene que odiarlos! ¡Tiene que odiarlos, señor Dickens!

-Reconozco que son unos estúpidos mal educados, pero nada más. ¡Buenos días!

-¡Deje venir al señor Marley, por lo menos!

-¡No!

Dickens dio un portazo. Mientras Poe se alejaba, en el fondo de la calle, resbalando en el suelo escarchado, apareció una carroza. El cochero tocaba en un cuerno una alegre melodía. Y de la carroza, con las mejillas encendidas como cerezas, riéndose y cantando, salieron los Pickwickianos y golpearon la puerta, y cuando el rollizo muchacho salió a recibirlos, entraron gritando ¡Feliz navidad! con voces fuertes y alegres.

El señor Poe corrió a lo largo de la costa envuelta en las sombras de la medianoche. De cuando en cuando se detenía, ante los fuegos y las humaredas, y lanzaba órdenes, o examinaba los hirvientes calderos, los brebajes y los pentagramas trazados con tiza.

-¡Muy bien! -decía y volvía a correr-. ¡Magnífico! -gritaba, y seguía corriendo. La gente se acercaba y corría con el .EI señor Coppard y el señor Machen lo acompañaban ahora. Y allí, gimiendo, babeando, escupiendo, quedaron las sibilantes serpientes, los airados demonios, los feroces dragones amarillos, las víboras, las brujas temblorosas, y las púas y las ortigas y las espinas, y todo lo que el retirado mar de la imaginación había dejado en esa costa melancólica.

El señor Machen se detuvo. Se dejó caer, como un niño, sobre la arena fría. Sollozó. Los otros trataron de calmarlo. Machen no los escuchaba.

-Se me acaba de ocurrir -les dijo-. ¿Qué será de nosotros el día que destruyan los últimos ejemplares?

El aire se arremolinó.

-¡No hable de eso!

-Tenemos que hablar -gimió el señor Machen-. Ahora. ahora mismo, mientras se acerca el cohete, señor Poe; usted, Coppard; usted, Bierce. .. todos parecen más débiles. Como una humareda. Se deshacen. I.as caras se les disuelven...

-¡La muerte! ¡La muerte real!

-Sólo existimos en el sufrimiento de la Tierra. Si un edicto final destruye esta noche los últimos ejemplares de nuestras obras, seremos sólo unas luces que se apagan.

Coppard reflexionó:

-Me pregunto quién soy. ¿En qué mente terrestre existo esta noche? ¿En alguna choza africana? ¿Algún ermitaño estará leyendo mis obras? ¿Será él la única luz que el huracán del tiempo y la ciencia ha dejado encendida? ¿La llama vacilante que alimenta este exilio rebelde? ¿Ser él? ¿O algún niño que me encuentra, justo a tiempo, en una olvidada bohardilla? Oh, anoche me sentí enfermo, enfermo hasta la médula, pues existe también un cuerpo del alma, lo mismo que un cuerpo del cuerpo, y este cuerpo del alma me dolía, todo este cuerpo luminoso. Anoche me sentí como una vela goteante... ¡Y de pronto me incorporé difundiendo una luz nueva! Como si algún niño hubiese encontrado en un granero terrestre, enmohecido y polvoriento, uno de mis agusanados ejemplares, manchado por los años. ¡Y tuve así un nuevo respiro!

En una cabaña, junto a la costa, se golpeó una puerta. Un hombre de baja estatura, de carnes flacas y colgantes, salió de la choza, y sin fijarse en los otros, se sentó en la playa de arena y se miró los puños crispados.

-Ese me apena de veras -murmuró Blackwood-. Mírenlo. Se muere. Fue una vez más real que nosotros, y nosotros éramos hombres. Nació como una idea esquelética, y luego, durante siglos, lo fueron vistiendo con carnes rosadas y barbas de nieve y trajes de terciopelo rojo y botas negras. Le añadieron pinos, lentejuelas, hojas de acebo. Y al fin lo ahogaron en una cuba de desinfectante.

Los hombres guardaron silencio.

-¿Cómo será la Tierra sin navidad? -se preguntó Poe-. Sin castañas, sin árbol, sin adornos, tambores ni velas. Nada. Nada, sino la nieve y el viento y los hombres solitarios y pr cticos...

Todos miraron al viejito, de barba rala y traje descolorido.

-¿No conocen la historia?

-Me la imagino. El psiquiatra de ojos brillantes, el inteligente sociólogo, el pedagogo resentido de boca espumosa, los padres antisépticos...

-Una situación lamentable para los comerclantes -dijo Bierce con una sonrisa-. Recuerdo que exhibían adornos y entonaban villancicos desde fines de octubre. Este año habr-an empezado en setiembre...

Bierce dejó de hablar. Lanzó un suspiro y cayó de bruces. Tendido en la arena tuvo tiempo de decir:

-¡Qué interesante! -, y luego, rnientras los demás lo miraban con horror, ardió y fue un polvo azul, y unos huesos calcinados, y unas cenizas que flotaron en el aire como copos oscuros.

-¡Bierce, Bierce!

-Se ha ido.

-Su último libro. Alguien acaba de quemarlo allá en la Tierra.

-Que descanse en paz. Nada de él queda ahora. Desaparecemos con ellos.

Un sonido veloz en el aire.

Todos gritaron, asustados, y alzaron los ojos. En el cielo, envuelto en unas luminosas y chirriantes nubes de fuego, estaba el cohete. Alrededor de las figuras de la costa se agitaron las linternas. Rechinaron los dientes, burbujearon los líquidos, y se sintió un olor de filtros destilados. Las calabazas de ojos de velas encendidas se elevaron en el aire claro y frío. Los dedos huesudos se cerraron en puños, y una bruja de boca desdentada gritó:

-¡Nave, nave, cae, destrózate! ¡Nave, nave, incéndiate! ¡Rómpete, quiébrate, fúndete! ¡Conviértete en polvo de momia, en pellejo de gato!

-Hora de irse -murmuró Blackwood-. A Júpiter, a Saturno o a Plutón.

-¿Escapar? -gritó Poe en medio del viento-. ¡Nunca!

-Soy viejo y estoy cansado.

Poe miró la cara de Blackwood y comprendió. Subió rápidamente a la cima de una duna y enfrentó las diez mil sombras grises y las luces vertes y los ojos amarillos que flotaban en el viento ululante.

-¡Los polvos! -gritó.

Un olor caliente y espeso a almendras amargas, cebollas, comino, santónico y raíces de lirio.

El cohete descendía, implacablemente, aullando como un alma condenada. Poe lo miró enfurecido. Alzó los puños, y la orquesta de calor, olor y odio le respondió con un acorde. Como cortezas arrancadas de un árbol se levantaron los murciélagos. Unos corazones en llamas se elevaron como proyectiles y estallaron en el aire chamuscado como sangrientos fuegos de artificio. El cohete descendía, descendía, incesantemente, como un péndulo. Y Poe, furioso, gritaba, retrocedía mientras el cohete avanzaba y avanzaba cortando y devorando el aire. Y el mar muerto parecía una cisterna donde las víctimas esperaban el descenso de la máquina horrible, del hacha centelleante, de la roca que caía hacia ellos.

-¡Las serpientes! -gritó Poe.

Y unas luminosas serpientes de un verde ondulante atacaron el cohete. Pero el cohete -una llama, un movimiento- descendió en las arenas, a un kilómetro de distancia, lanzando alrededor los últimos restos de su plumaje rojo.

-¡A él! -gritó Poe-. ¡Cambiaremos los planes! ¡Una oportunidad aún! ¡La última! ¡A él! ¡Corran! ¡Ahoguémoslo con nuestros cuerpos! ¡Que mueran todos!

Y como si le hubiese ordenado a un mar furioso que cambiara su curso, que abandonara su lecho primitivo, los torbellinos y las salvajes trombas del fuego se dispersaron y corrieron, como vientos y lluvias y relámpagos, sobre las arenas del mar, por las hondonadas vacías, con sombras y gritos, silbidos y lamentos, chispas y corrientes, hacia el cohete que yacía extinguido, como una antorcha metálica y limpia, en el más lejano de los valles. Y como si un inmenso caldero calcinado de lava espumosa se hubiese volcado de pronto, una hirviente marea de animales y hombres cubrió los abismos desiertos.

-¡Mátenlos! -gritó Poe.

Los hombres del cohete salieron de la nave, con las armas preparadas. Dieron unos pasos, oliendo el aire como perros de presa. No vieron nada. Se tranquilizaron. Por último salió el capitán. Dio brevemente unas órdenes. Se juntaron unas maderas, se encendieron, y el fuego creció en un instante. El capitán reunió a su alrededor a los hombres, en un semicírculo.

-Un mundo nuevo -dijo, tratando de hablar con serenidad aunque de cuando en cuando miraba nerviosamente y por encima del hombro hacia el mar vacío-. El viejo mundo ha quedado atrás. Empezamos otra vez. Nada será más simbólico que dedicarnos, con mayor firmeza aún, a la ciencia y al progreso. –Hizo una seña a su ayudante-. Los libros.

La luz de la hoguera iluminó los borrosos títulos dorados: Los Sauces, El Extrano, La Mirada, El Soñador, El Doctor Jekyll y el Señor Hyde, El País de Oz, Pellucidar, El País Olvidado por el Tiempo, El Sueño de una Noche de Verano, y los monstruosos nombres de Machen y Edgard Allan Poe y Campbell y Dunsany y Blackwood y Lewis Carroll; los nombres, los viejos nombres, los nombres malditos.

-Un mundo nuevo. Con este acto tan simple quemamos los últimos restos del pasado.

El capitán arrancó las páginas de los libros. Las hojas marchitas alimentaron la hoguera.

Un grito.

Los hombres dieron un salto, y se quedaron mirando, por encima de las llamas, las orillas del océano desierto.

¡Otro grito! Penetrante y triste, como la agonía de un dragón, o el espasmo de un cet ceo jadeante cuando las aguas del mar se secan y evaporan en los abismos.

El silbido del aire que corría a ocupar el sitio vacío donde antes había habido algo.

El capitán dispuso del último libro arrojandolo al fuego.

El aire dejó de vibrar.

Silencio.

Los hombres del cohete se inclinaron hacia delante para escuchar mejor.

-Capitán, ¿ha oído?

-No.

-Como una ola, señor. ¡En el fondo del mar! Me pareció ver algo. Allí. Una ola negra. Enorme. Venía hacia nosotros.

-Habrá visto mal.

-¡Allá, señor!

-¿Qué?

-¿No ve? ¡La ciudad! La ciudad verde junto al lago. Se parte en dos. ¡Se derrumba!

Los hombres se adelantaron entornando los ojos.

Smith temblaba. Se llevó una mano a la cabeza como buscando algo.

-Sí, recuerdo -dijo-. Sí. Hace muchos años, cuando yo era chico. Un libro que leí. Un cuento Oz, creo que se llamaba. Sí, Oz. La cíudad esmeralda de Oz.

-Oz. Nunca oí ese nombre.

-Sí, Oz. Eso era. La acabo de ver. Como en el cuento. Se derrumba.

-¡Smith!

-¿Señor?

-Preséntese mañana al psicoanalista.

-Si, señor.

Smith saludó.

-Y tenga cuidado.

Los hombres avanzaron de puntillas, con las armas vigilantes, alejándose de las luces asépticas del cohete para examinar el mar extenso y las colinas bajas.

-Pero, ¡cómo! -murmuró Smith, desilusionado-. No hay nadie aquí. Absolutamente nadie.

El viento gimió cubriéndole de arena los zapatos.

Una Noche o una Mañana Cualquiera

El hombre habia fumado un paquete de cigarrillos en dos horas.

-¿En qué punto del espacio nos encontramos en este momento?

-A un billón de kilómetros.

-¿A un billón de kilómetros de dónde? –dijo Hitchcock.

-Depende -dijo Clemens, que no fumaba.

-Dilo, entonces.

-Nuestra casa. La Tierra. Nueva York, Chicago. El lugar de donde venimos. Cualquiera que sea.

-No me acuerdo -dijo Hitchcock-. Ni siquiera se si la Tierra existe. ¿Y tú?

-Sí. Soñé con ella esta mañana.

-No hay mañanas en el espacio.

-Esta noche entonces.

-Siempre es de noche -dijo Hitchcock suavemente- ¿De qué noche hablas?

-Cállate -dijo Clemens irritado-. Déjame en paz.

Hitchcock encendió otro cigarrillo. No le temblaban las manos, pero parecía como si se estremeciese bajo la piel tostada por el sol. Un leve estremecimiento en las manos, y un invisible estremecimiento a lo largo del cuerpo. Los dos hombres, sentados en el piso de la galería de observación, contemplaban las estrellas. Los ojos de Clemens brillaban intensamente, pero los ojos de Hitchcock, ausentes y apagados, no se fijaban en nada.

-Me desperté a las 05.00 -dijo Hitchcock- como si le hablase a su mano derecha-. Y me oi gritar: "¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?" Y la respuesta fue: "En ninguna parte." Y dije entonces: "¿Dónde he estado?" Y rcspondi: "En la Tierra." "¿Qué es la Tierra?" me pregunté. "El lugar donde naci" me dije. Pero las palabras no tenían sentido, y peor aún. No creo en nada que no pueda ver o tocar. No puedo ver la Tierra, ¿por qué voy a creer que existe? Es mejor así, es mejor no creer.

-Allá está la Tierra -apuntó Clemens, sonriendo-. Aquel punto luminoso.

-Eso no es la Tierra. Es nuestro sol. Desde aquí no se ve la Tierra.

-Yo puedo verla. Tengo buena memoria.

-No seas tonto. No es lo mismo -dijo Hitchcock bruscamente, algo enojado-. Quiero decir ver1a de veras. Siempre he sido igual. Cuando estoy en Boston, no existe Nueva York. Cuando estoy en Nueva York, no existe Boston. Cuando no veo a alguien durante todo un día, ese hombre no existe. Cuando lo encuentro en la calle, Dios mio, es como una resurrección. Casi me pongo a bailar. Me alegra tanto verlo... Me acostumbro, sin embargo. Dejo de bailar. Miro solamente. Y cuando el hombre se va, deja de existir, otra vez.

Clemens se rio.

-Porque tu mente es demasiado primitiva. No puedes asir las cosas. No tienes imaginación, mi viejo Hitchcock. Tienes que aprender a recordar.

-¿Para qué recordar lo que no me sirve? –dijo Hitchcock, con los ojos muy abiertos, perdidos en el espacio-. Soy un hombre pr ctico. Si la Tierra no está ahí, para que yo pueda pasearme, ¿quieres que me pasee por un recuerdo? Hace daño. Los recuerdos, como decía mi padre, son como puercoespines. Al diablo con ellos. No te acerques. Te lastiman. Te arruinan el trabajo. Te hacen llorar.

-Ahora mismo me estoy paseando por la Tierra -dijo Clemens, con los ojos cerrados.

-Manejas puercoespines -dijo Hitchcock con una voz inexpresiva-. Más tarde no podrás almorzar, y te preguntarás por qué. Te habrás tragado un puñado de púas. ¡Al diablo con todo eso! Cuando encuentro algo que no puedo beber, o tocar, o golpear, o sentir, déjalo, me digo. Yo no existo para la Tierra. La Tierra no existe para mí. Nadie llora por mí en Nueva York, esta noche. Olvidemos Nueva York. Aquí no hay estaciones. Ni invierno ni verano. Ni primavera ni otoño. No hay mañanas, ni noches. Sólo espacio y espacio. Y sólo existimos tú y yo, y este cohete. Y sólo creo realmente en mi. Eso es todo.

-Voy a poner una moneda en el teléfono, ahora mismo -dijo Clemens, sonriendo y moviendo los de dos en el aire-. Hablar, con una amiga de Evanston.

-¡Hola, Bárbara!

El cohete siguió atravesando el espacio.

La campana del almuerzo sonó a las 13.05. Los hombres corrieron silenciosamente con sus zapatos de goma y se sentaron a la mesa almohadillada.

Clemens no tenía hambre.

-¿Has visto? ¿No te lo he advertido? –exclamó Hitchcock-. Tú y tus condenados puercoespines. Déjalos, ya te lo he dicho. Fíjate en mí, cómo devoro la comida. -Hitchcock hablaba lentamente, con una voz mecánica y sin humor-. Mírame.-Se llevó a la boca el pastel que quedaba en el plato como si examinase su estructura. Lo movió con el tenedor. Apretó entre los dedos el mango del tenedor. Aplastó el relleno de limón y observó cómo la pasta se alzaba entre los dientes del cubierto. Luego acarició minuciosamente la botella de leche y se sirvió un vaso escuchando el gorgoteo del líquido. Miró la leche como si quisiese hacerla todavía más blanca. La bebió, con tanta rapidez, que no alcanzó a sentirle el gusto. Se había comido todo el almuerzo en unos pocos minutos, febrilmente. Paseó los ojos por su alrededor buscando un poco más de comida. Pero todos los platos estaban vacíos Lanzó una mirada inexpresiva a través de la ventanilla del cohete-. Ésas no existen tampoco -dijo.

-¿Qué? -preguntó Clemens.

-Las estrellas. ¿Quién tocó alguna? Puedo verlas, es cierto, pero ¿de qué sirve ver lo que está a un millón o a un billón de kilómetros? No vale la pena ocuparse de cosas tan lejanas.

-¿Por qué te embarcaste en el cohete? –preguntó Clemens de pronto.

Hitchcock observó su vaso asombrosamente vacío. Lo apretó con fuerza, cerrando los dedos, y lo soltó y volvió a apretarlo.

-No sé -dijo, y pasó la lengua por el borde del vaso-. Tenía que embarcarme, y nada más. ¿Sabe uno por qué hace esto o aquello?

-¿Te gustan los viajes por el espacio? ¿Ver otros lugares?

-No sé. Sí. No. No ver otros lugares. Estar entre ellos.-Hitchcock trató por primera vez de fijar la vista en algún punto, arrugando los ojos y adelantando la cara; pero era algo tan borroso y distante que no pudo enfocarlo-. Se trataba ante todo del espacio, tanto espacio. Me atraía la idea de esa nada arriba y esa nada abajo, y esa nada entre ellas, y yo en medio de la nada.

-Nunca me lo explicaron de ese modo.

-Yo lo explico así.

Hitchcock sacó un cigarrillo, lo encendió, y comenzó a aspirar y a echar humo, una y otra vez.

-¿Qué clase de infancia tuviste, Hitchcock? –dijo Clemens.

-Nunca fui joven. Lo que fui o pude ser, está muerto. Volvemos a tus puercoespines, Clemens. Gracias, no quiero que me atraviesen de parte a parte. Siempre pensé que uno muere todos los días, y que los días son como cajones, ¿comprendes?, con su marbete y todo. Y no hay que volver atrás, ni levantar la tapa, pues uno muere un par de miles de veces, y deja un montón de cadáveres, todos con una muerte distinta, y con una expresión cada vez peor. En cada uno de esos días hay un yo diferente, alguien a quien no conoces, o no comprendes, o no quieres comprender.

-Te apartas de ti mismo, de ese modo.

-¿Qué tengo que ver con ese Hitchcock más joven? Era un tonto. Todos se lo llevaban por delante, abusaban y se aprovechaban de él. Su padre no servía para nada, y lo mismo su madre. Cuando ella murió, el joven Hitchcock se sintió contento. ¿Tengo que retroceder y mirar embobado la cara de aquel tonto?

-Todos somos tontos -dijo Clemens-. Siempre. Aunque todos los días de un modo distinto. Pensamos: ya no soy un tonto. He aprendido la lección. Fui un tonto ayer, pero no esta mañana. Y al día siguiente doscubrimos, sí, que también ayer éramos unos tontos. Sólo podemos progresar y desarrollarnós si admitimos que no somos perfectos y vivimos de acuerdo con esta verdad.

-No quiero recordar cosas imperfectas -dijo Hitchcock-. No puedo estrecharle la mano a ese joven Hitchcock, ¿no es cierto? ¿Dónde está? ¿Puedes traérmelo? Ya no existe. Que se vaya al diablo. No voy a dirigir mis actos futuros pensando en las porquerías que hice ayer.

-Volverás a equivocarte.

-Deja que me equivoque entonces.

Hitchcock calló y clavó los ojos en la ventanilla. Los otros hombres lo miraban de reojo.

-¿Existen los meteoros?--preguntó Hitchcock.

-Sabes muy bien que sí.

-En nuestras pantallas de radar... sí, como trazos luminosos. No, no creo en nada que no exista y actúe en mi presencia. A veces... -Hitchcock señaló con la cabeza a los hombres que estaban terminando de comer--... a veces no creo en nadie ni en nada. Sólo en mí.-Se incorporó-. ¿Hay un piso superior en esta nave?

-Sí.

-Tengo que verlo.

-No te excites.

-Espérame aquí. Vuelvo en seguida.

Hitchcock se alejó. Los otros hombres siguieron masticando, lentamente. Pasaron los minutos. Un hombre alzó la cabeza.

-¿Cuándo empezó? Me refiero a Hitchcock.

-Hoy.

-El otro día estuvo también bastante raro.

-Sí, pero hoy fue peor.

-¿Le avisaron al psiquiatra?

-Creíamos que ya estaba bien. A1 principio el espacio nos enferma a todos, un poco. A mí me pasó lo mismo. Te pones a filosofar, aturdido, y luego te asustas. Sudas, te olvidas de la familia, no crees en la Tierra, te emborrachas, te despiertas mareado y eso es todo.

-Pero Hitchcock no se emborrachó -dijo alguien.

-Ojalá lo hubiera hecho.

-¿Cómo pasó el examen?

-¿Cómo lo pasamos todos? Necesitaban hombres. El espacio asusta a cualquiera. Así que admiten a muchos fronterizos.

-Hitchcock no es un fronterizo -dijo alguien-. Ha caído en un pozo sin fondo.

Esperaron otros cinco minutos. Hitchcock no volvía.

Al fin Clemens se levantó, salió de la cámara, y empezó a subir por la escalera de caracol que llevaba al entrepuente. Hitchcock estaba allí, acariciando los mamparos.

-Está aquí -dijo.

-Claro que está.

-Temí que no estuviera.-Hitchcock miró fijamente a Clemens-. Y tú estás vivo.

-Desde hace mucho tiempo.

-No -dijo Hitchcock-. No, sólo ahora, en este instante, mientras puedo verte. Hace un momento no eras nada.

-Sí para mí.

-Eso no importa. No estabas conmigo -dijo Hitchcock-. Sólo eso importa de veras. ¿Está abajo la tripulación?

-Sí.

-¿Puedes probarlo?

-Oye, Hitchcock, ser mejor que veas al doctor Edwards. Creo que necesitas un poco de atención.

-No. Estoy bien. Y además, ¿quién es el doctor? ¿Puedes demostrarme que hay un doctor en el cohete?

-Bueno. Basta con que lo llame.

-No. Quiero decir desde aquí, en este instante. No puedes probarlo, ¿no es cierto?

-No, no sin moverme.

-Ya lo ves. No tienes ninguna evidencia mental. Eso busco, una evidencia mental que yo pueda sentir. La evidencia física, las pruebas exteriores no me interesan. Quiero algo que se pueda llevar en la mente, y tocar, y oler, y sentir. Pero no es posible. Para creer en algo tienes que llevarlo contigo. Y la Tierra y los hombres no te caben en los bolsillos de tu traje. Yo quisiera hacer eso, llevarme todas las cosas conmigo. Así podría creer que existen. Qué pesado y difícil tener que salir en busca de algo, algo terribiemente físico, para poder probar su existencia. Odio los objetos físicos. Los dejas atrás y ya no puedes creer en ellos.

-Ésas son las reglas del juego.

-Quiero cambiarlas. ¿No sería magnífico poder demostrar la existencia de las cosas sólo con la mente, y saber asi, con toda certeza, que están siempre en su sitio? Me gustaría saber cómo es algún sitio cuando yo no estoy allí. Me gustaría saberlo de veras.

-Eso no es posible.

-¿Sabes? -dijo Hitchcock-, tuve la idea de salir al espacio hace ya cinco años. Cuando perdí mi empleo. ¿No sabías que quise ser escritor? Oh, sí, uno de esos hombres que hablan siempre de escribir, pero que casi nunca escriben. Y con un temperamento excesivo. Perdí mi empleo. Dejé el negocio de los libros y no pude conseguir otro trabajo, y comencé a rodar. Luego murió mi mujer. Ya ves, nada se queda en su sitio, no se puede confiar en las cosas. Tuve que dejar a mi hijo al cuidado de una tía. Y las cosas empeoraron todavía más. Al fin un día me publicaron un cuento, con mi nombre debajo, pero no era yo.

-No entiendo.

El rostro de Hitchcock había perdido el color. Sudaba.

-Sólo sé que yo miraba la páagina, y mi nombre bajo el titulo. Por Joseph Hitchcock. Pero se trataba de otra persona. No podía saber en ese momento y de veras si esa persona era yo. El cuento me era familiar... Sabía que yo lo había escrito, pero ese nombre sobre el papel no era yo. Era un símbolo, un nombre. Algo extraño. Y entonces comprendí que aunque triunfase como escritor, mi triunfo no tendría sentido. Yo no era ese nombre. Mi nombre sería siempre una mancha de hollín, unas cenizas. Así que dejé de escribir. Nunca estuve seguro, además, de que mis cuentos, esos cuentos que yo había tenido en mi escritorio hasta hacía unas horas, fueran realmente míos. Recordaba haberlos pasado a máquina, pero ahí estaba siempre ese abismo, esa prueba ausente. El abismo que separa el quehacer de las cosas hechas. Lo que está hecho está hecho. Ya no es una prueba, ya no es un acto. Sólo los actos importan. Y las hojas de papel eran vestigios de actos realizados e invisibles. Sólo los actos prueban algo, y ya no existían. Sólo me quedaba el recuerdo, y yo no podía confiar en la memoria. ¿Puedo probar ahora que escribí esos cuentos? No. ¿Puede hacerlo acaso algún escritor? No. No, realmente. No a menos que alguien esté a tu lado mientras escribes, y aun entonces podrías escribir de memoria. Y cuando terminas de escribir, desaparecen las pruebas, sólo quedan los recuerdos. Comencé a encontrar abismos por todas partes. Comencé a pensar que quizá no estaba casado, que quizá no tenía un hijo, o que nunca había tenido un empleo. Quiz no había nacido en Illinois, y mi padre no había sido un borracho, y mi madre no había sido una puerca. No podía probar nada. Oh, sí, la gente puede decirte: "Tú eres esto, y aquello, y lo de más allá", pero eso nada significa.

-No debías pensar esas cosas -dijo Clemens.

-No puedo. Tantos abismos, tantos espacios... Así que empecé a pensar en las estrellas. Pensé que me gustaría estar a bordo de un cohete, en el espacio, en la nada, internándome en la nada (con sólo algo muy delgado, una delgada cáscara metálica para sostenerme), y alejándome de todas las cosas, los abismos que impiden demostrar la realidad de las cosas. Supe entonces que la única felicidad posible, para mí, era el espacio. Cuando lleguemos a Aldebarán II firmaré un contrato por otros cinco años -el viaje de vuelta a la Tierra- y luego me embarcaré otra vez, y así seguiré por el resto de mis días, yendo y viniendo, como el volante de una máquina.

-¿Hablaste de esto con el psiquiatra?

-¿Para que trate de tapar todos los abismos y llenar las grietas con ruidos y agua caliente y palabras y caricias y todo eso? No, gracias. -Hitchcock se detuvo-. Estoy empeorando, ¿no es cierto? Me parece que sí. Esta mañana, al despertarme, pensé: "¿Estoy empeorando? ¿O estoy mejorándome?" –Calló otra vez y miró de frente a Clemens-. ¿Estás ahí? ¿Estás realmente ahí? Vamos, pruébalo.

Clemens le golpeó un brazo, con fuerza.

-Sí -dijo Hitchcock, frotándose el brazo, mirándoselo con atención y asombro-. Estabas ahí. Estuviste ahí durante una breve fracción de segundo, pero quisiera saber si estás... ahora.

-Te veré luego -dijo Clemens. Y se alejó en busca del doctor.

Sonó una campana. Sonaron dos campanas, tres campanas. El cohete se balanceó como empujado por una mano. Hubo un sonido de succión, el sonido de una aspiradora. Clemens oyó unos gritos y sintió que el aire se enrarecía. El aire huía, silbándole en los oídos. De pronto no hubo nada. Nada en su nariz. Nada en sus pulmones. Se tambaleó, y el silbido se detuvo.

Oyó que alguien gritaba:

-¡Un meteoro!

-¡Ya está tapado! -dijo otro.

Así era. La soldadora de emergencia había tapado, desde el exterior, el agujero del casco.

Alguien que hablaba y hablaba, se echó a llorar. Clemens corrió por el corredor. E1 aire era ahora fresco y denso. Clemens llegó a una puerta. Vio el agujero recien cerrado en el casco de metal; vio los fragmentos del meteoro desparramados por el cuarto como los trozos de un juguete; vio al capitán y los tripulantes, y un hombre que yacía en el suelo. Era Hitchcock. Tenía los ojos cerrados, y lloraba.

-Trató de matarme -decía, una y otra vez-. Trató de matarme. -Lo pusieron de pie-. Estas cosas no pasan, ¿no es cierto? Vino hacia mí. ¿Por qué?

-Bueno, bueno, Hitchcock -dijo el capitán de la nave.

El doctor estaba vendando una herida que Hitchcock tenía en el brazo. Hitchcock abrió los ojos y vio a Clemens que lo miraba fijamente.

-Trató de matarme -dijo.

-Sí, ya sé -dijo Clemens.

Pasaron diecisiete horas. La nave seguía moviéndose por el espacio.

Clemens cruzó la puerta y se detuvo al ver al psiquiatra y al capitán. Hitchcock estaba sentado en el piso, con las rodillas recogidas y abrazado a sus piernas.

-Hitchcock -dijo el capitán.

Silencio.

-Hitchcock, escúcheme -dijo el piquiatra.

Se volvieron hacia Clemens.

-¿Es amigo suyo?

-Sí.

-¿Quiere ayudarnos?

-Si es posible...

-Ese condenado meteoro -dijo el capitán-. No hubiese ocurrido si no fuera por eso.

-Hubiese ocurrido, tarde o temprano -dijo el doctor, y añadió dirigiéndose a Clemens-: Puede hablarle.

Clemens se acercó, lentamente. Se agachó junto a Hitchcock y lo sacudió con suavidad, tomándolo de un brazo.

-Eh, Hitchcock, óyeme -dijo en voz baja.

Hitchcock no respondió.

-Eh, soy yo, Clemens. Mírame. Estoy aquí.

Clemens golpeó el brazo de Hitchcock. Le frotó el cuello y la nuca suavemente. Luego miró al psiquiatra. E1 médico suspiró. El capitán se encogió de hombros.

-¿Tratamiento de shock, doctor?

El psiquiatra asintió con un movimiento de cabeza.

-Comenzaremos en seguida.

Sí, pensó Clemens, tratamiento de shock. Tóquenle una docena de discos de jazz, pásenle un frasco de clorofila por las narices, pónganle hierba bajo los pies, bañen el aire con perfume de Chanel, córtenle el pelo, arréglenle las uñas, tráiganle una mujer, grítenle, golpeen y hagan ruido; fríanlo con una corriente eléctrica, llenen los abismos y las hendiduras, ¿dónde está la prueba? Es imposible pasarse la vida inventando pruebas. Es imposible entretener a un bebé con sonajeros y silbatos durante toda la noche, y todas las noches durante treinta años. Alguna vez tendrán que detenerse. Y entonces volverán a perderlo. Y eso si alguna vez les presta atención.

-¡Hitchcock! -gritó con todas sus fuerzas, frenéticamente, como si él mismo estuviese cayendo en un abismo-. ¡Soy yo! ¡Soy tu amigo Clemens! ¡Oyeme!

Clemens se volvió y salió del cuarto silencioso.

Doce horas más tarde se oyó otra campana de alarma.

Cuando los hombres dejaron de correr, el capitán explicó:

-Hitchcock se quedó solo unos minutos. Se metió en una escafandra. Abrió una compuerta y se lanzó al espacio... solo.

Clemens echó una mirada a través de los vidrios. Vio una mancha de estrellas y una distante oscuridad

-¿Está afuera ahora?

-Sí. Detrás de nosotros. A un millón de kilómetros. Jamás lo encontraremos. Supe que estaba afuera cuando oí su radio en nuestro cuarto de control. Se hablaba a sí mismo.

-¿Qué decía?

-Algo así como: "Ya no existe el cohete. Nunca existió. Ni la gente. No hay nadie en todo el universo. Nunca hubo nadie. Ni planetas. Ni estrellas." Eso decía. Y luego algo acerca de sus pies y sus piernas y sus manos: "No más manos", decía. "Ya no tengo manos. Nunca las tuve. Ni cuerpo. Nunca lo tuve. Ni boca. Ni cara. Ni cabeza. Nada. Solamente espacio. Solamente el abismo."

Los hombres se volvieron en silencio y observaron las remotas y frías estrellas.

Espacio, pensó Clemens. El espacio que tanto le gustaba a Hitchcock. Espacio, con nada arriba, nada abajo, mucha nada en el centro, y Hitchcock que cae en medio de esa nada, hacia una noche cualquiera, hacia una mañana cualquiera.

El Zorro Y El Bosque

Hubo fuegos artificiales aquella primera noche, algo inquietantes quizá, pues recordaban otras cosas horribles, pero éstas eran hermosas realmente: cohetes que subían en el aire antiguo y dulce de México, y chocaban con las estrellas convirtiéndolas en fragmentos azules y blancos. Todo era agradable y suave. El aire era una mezcla de muertos y vivos, de lluvias y polvos, del olor del incienso y el olor de las tubas de bronce que lanzaban al aire los amplios compases de La Paloma. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, y parecía como si una enorme constelación amarilla hubiese caído desde el cielo de octubre y ardiese ahora en los muros de piedra. Un millón de velas esparcía colores y humos. Otros fuegos de artificio, más nuevos y mejores, echaban a correr como cometas de cola recta por la plaza fresca y empedrada, golpeaban contra las paredes de adobe del café y se elevaban luego como alambres incandescentes hacia los altos campanarios donde sólo se veían los desnudos pies de unos niños que saltaban de un lado a otro, volteando una y otra vez las monstruosas campanas, y lanzando al aire una música monstruosa. Un toro llameante saltaba por la plaza persiguiendo a los hombres, que reían a carcajadas, y a los niños, que corrían chillando.

-El año es 1938 -dijo William Travis, de pie al lado de su mujer, a orillas de la vociferante multitud, con una sonrisa-. Un buen año

El toro se precipitó contra ellos. La pareja se hizo a un lado y echó a correr bajo una lluvia de fuego, alejándose del ruido y la música, la iglesia y la banda, bajo la luz de las estrellas. El toro (un esqueleto de bambú y pólvora sulfurosa) pasó rápidamente llevado en hombros por un vivaz mexicano.

Susan Travis se detuvo para tomar aliento.

-Nunca me he divertido tanto.

-Es maravilloso -dijo William.

-Seguirá, ¿no es cierto?

-Toda la noche.

-No Me refiero a nuestro viaje.

William frunció el ceño y se tocó el bolsillo del chaleco.

-Tengo cheques de viajero como para toda una vida. Diviértete. Y olvídate. Nunca nos encontrarán.

-¿Nunca?

-Nunca.

Ahora alguien lanzaba al aire unos petardos gigantescos desde la torre del sonoro campanario. Los petardos caían envueltos en chispas y humo y la multitud se apartaba, y la pólvora ardía maravillosamente entre los pies de los bailarines y los móviles cuerpos. Un apetitoso olor a tortas fritas llenaba el aire, y desde las terrazas de los cafés unos hombres observaban la escena, con botes de cerveza en las manos oscuras.

El toro estaba muerto. El fuego ya no salía de las cañas de bambú. El nombre se sacó la armazón de los hombros. Unos niños se acerearon a tocar la magnífica cabeza de papel, los cuernos verdaderos.

-Vamos a ver el toro -dijo William.

Al pasar ante la puerta del café, Susan vio al hombre. Los observaba. Un hombre blanco, con un traje blanco como la sal, corbata azul y camisa azul, y un rostro delgado y quemado por el sol. Tenía el pelo rubio y lacio, y los ojos azules, y los seguía con la mirada.

Susan no se hubiese fijado si no hubiera visto aquellas botellas agrupadas sobre la mesa, junto al brazo blanquísimo: una panzuda botella de crema de menta, una clara botella de vermouth, un frasco de coñac, y otras siete botellas de diversos licores. Y al alcance de la mano se alineaban diez vasitos a medio llenar, de los cuales, y sin quitar los ojos de la plaza, el hombre bebía, de cuando en cuando, arrugando los ojos y apretando los labios delgados. En la otra mano humeaba un esbelto cigarro, y sobre una silla se amontonaban veinte cajas de cigarrillos turcos, diez paquetes de habanos y algunos frascos de agua de colonia.

-Bill.. .-murmuró Susan.

-Tranquilízate -dijo William-. No es nadie.

-Lo vi en la plaza esta mañana.

-No mires atrás. Sigue caminando. Haz como si miraras la cabeza del toro. Eso es. Hazme alguna pregunta.

-¿Crees que será algún investigador?

-¡No han podido seguirnos!

-¡Pueden!

-Qué hermoso toro -le dijo William al dueño.

-No ha podido seguirnos a través de doscientos años, ¿no es cierto?

-Cuidado, por favor -dijo William.

Susan se tambaleó. William la tomó por el codo y la llevó a través de la multitud.

-No te desmayes. –William sonrió, tratando de tranquilizarla-. En seguida te sentirás bien. Vayamos a ese café. Beberemos delante de ese hombre. Si es quien creemos, no sospechará de nosotros.

-No, no puedo.

-Tenemos que hacerlo. Vamos. -Y añadió en voz alta, mientras entraban en el café-: Y yo le dije a David: ¡Eso es ridículo!

Aquí estamos, pensó Susan. ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Qué tememos? Comienza por el principio, se dijo a sí misma, recurriendo a toda su cordura. Sintió bajo los pies el piso de adobe.

Me llamo Ann Kristen. Mi marido se llama Roger Kristen. Vivíamos en el año 2155, en un mundo malvado. Un mundo que como un enorme barco negro se alejaba de la costa de la cordura y la civilización haciendo sonar su negra sirena en medio de la noche, con dos billones de personas a bordo, dirigiendose hacia la muerte, más allá de la orilla del mar y de la tierra, hacia la locura y el fuego radiactivo.

Entraron cn cl café. El hombre los miraba fijamente.

Sonó un teléfono.

Susan se sobresaltó.

Recordó un teléfono que había sonado en el futuro, doscientos años después, una clara mañana de abril de 2155.

-¡Ann, te habla Rene! ¿Lo sabes ya? Me refiero a Viajes por el Tiempo, Sociedad Anónima. Viajes a Roma, al año 21 a. de C.; viajes a la batalla de Waterloo, ¡a cualquier época, a cualquier lugar!

-Rene, bromeas.

-No. Clinton Smith salió esta mañana para Filadelfia, 1776. Viajes por el Tiempo, S. A., lo arregla todo. Es bastante caro. Pero, piensa... ¡Ver realmente el incendio de Roma, y a Kublakhan y Moisés, y el mar Rojo! Probablemente ya hay un aviso en tu correo neumático.

Ann abrió el cilindro y allí estaba el aviso, impreso en una hoja metálica.

¡LOS HERMANOS WRIGHT EN KITTY HAWK!
¡ROMA Y LOS BORGIAS!

¡*Viajes por el Tiempo S. A. lo viste a usted y lo mezcla con la multitud el día del asesinato de César o Lincoln! Garantizamos enseñanza de cualquier idioma, para que usted pueda visitar fácilmente cualquier civilización, cualquier año, sin molestias. Latín, griego, norteamericano vulgar. ¡Elija el tiempo de sus vacaciones y ya no sólo el sitio!*

La voz de Rene resonaba en el teléfono:

-Tom y yo salimos mañana para l492. Están arreglándolo todo para que Tom pueda embarcar en una de las carabelas de Colón. ¿No es asombroso?

-Sí -murmuró Ann, estupefacta-. ¿Y qué dice el gobierno de esta compañía de máquinas del tiempo?

-Oh, la policía vigila el asunto. Temen que la gente rompa los convenios, se escape y se esconda en el pasado. Todos tienen que dejar una garantía: su casa y sus bienes. Al fin y al cabo estamos en guerra.

-Sí, la guerra -murmuró Ann-. La guerra.

Y allí, de pie, al lado del teléfono, Ann pensó: ésta es la oportunidad de la que tanto hemos hablado yo y mi marido, la que hemos esperado durante años y años. No nos gusta este mundo de 2155. Roger quiere dejar su trabajo en la fábrica de bombas, yo mi puesto en el laboratorio de cultivos patógenos. Quizá logremos huir a través de los siglos hasta un país salvaje donde nunca podrán encontrarnos ni traernos de nuevo aquí para quemarnos los libros, censurarnos las ideas, aterrorizarnos las mentes, ensordecernos con radios...

Estaban en México en el añio l938.

Susan contemplaba las manchadas paredes del café.

Los buenos trabajadores del Estado del Futuro podían descansar en el pasado. Y Ann y Roger habían retrocedido hasta 1938, a la ciudad de Nueva York, y habían disfrutado de los teatros y de la cstatua de la Libertad que aún se alzaba, verde, en el puerto. Y al tercer día se habían cambiado las ropas, los nombres, y habían huido.

-Tiene que ser -murmuró Susan, observando al hombre-. Esos cigarrillos, los cigarros, los licores... ¿Recuerdas nuestra primera noche en el pasado?

Hacía un mes, en aquella primera noche, antes de venir a México, habían bebido los licores raros, habían comprado y saboreado comidas insólitas, perfumes, cigarrillos, todo lo que escaseaba en un futuro donde sólo la guerra era importante. Habían perdido la cabeza. Habían entrado en tiendas,

bares, cigarrerías, y habían ido, cargados de paquetes, a encerrarse en el cuarto, a enfermarse de un modo maravilloso.

Y ahora ese desconocido hacía lo mismo. Sólo un hombre del futuro podía hacer eso, un hombre que hubiese soñado años y años con cigarrillos y licores.

Susan y William se sentaron y pidieron una bebida.

El desconocido les examinaba las ropas, el pelo, las joyas... el modo de caminar y de sentarse.

-Siéntate con naturalidad -dijo William entre dientes-. Como si hubieses usado estas ropas toda la vida.

-Nunca debimos escaparnos.

-¡Dios mío! -dijo William-. El hombre viene hacia aquí. Déjame hablar.

El desconocido se inclinó ante ellos. Se oyó el leve entrechocar de los talones. Susan se estremeció. ¡Ese ruido militar! Inconfundible como el de esos espantosos nudillos que golpean la puerta en medio de la noche.

-Señor Roger Kristen -dijo el desconocido-, usted no se recoge los pantalones al sentarse.

William se quedó helado. Se miró las manos que descansaban inocentemente sobre sus piernas. El corazón de Susan latía apresuradamente.

-Usted me confunde -dijo William con rapidez-. No me llamo Krisler.

-Kristen -corrigió el desconocido.

-Soy William Travis -dijo William- y no veo en verdad por qué se interesa usted en mis pantalones.

-Lo siento.-El desconocido apartó una silla y se sentó-. Digamos que pensé que lo conocía porque no se recogió los pantalones. Todo el mundo lo hace. Pues si no, los pantalones se deforman. Vengo de muy lejos, señor... Travis, y necesito compañía. Mi nombre es Simms.

-Señor Simms, apreciamos de veras su soledad, pero estamos cansados. Mañana salimos para Acapulco.

- Un sitio encantador. Justamente mañana buscaré allí a unos amigos. No deben de andar muy lejos. Terminaré por encontrarlos. ¡Oh!, ¿la señora no se siente bien?

-Buenas noches, señor Simms.

William y Susan se alejaron hacia la puerta. William apretaba con fuerza el brazo de su mujer. El señor Simms volvió a hablarles. No lo miraron

-Ah, me olvidaba -exclamó el hombre. Calló y luego dijo, lentamente-: 2155.

Susan cerró los ojos, y sintió que le faltaba el piso. Siguió caminando, a ciegas, hacia la plaza iluminada.

Llegaron al cuarto del hotel y cerraron la puerta con llave. Susan se echó a llorar, y allí se quedaron, de pie en la oscuridad, mientras el cuarto daba vueltas. A lo lejos estallaban los petardos, y las risas llenaban la plaza.

-Qué hombre desfachatado -dijo William-. Sentado ahí, examinándonos de arriba a abajo, como a animales, sin dejar de fumar sus malditos cigarrillos, sin dejar de beber. ¡Debí haberlo matado! -William parecía histérico-. Hasta tuvo el descaro de darnos su nombre verdadero. El jefe de policía. Y ese asunto de mis pantalones. Dios mío. Debí habérmelos recogido cuando me senté. Es un gesto automático en esta época. No lo hice, y eso me diferenció de los demás. Ese es alguien que nunca usó pantalones, pensó Simms, un hombre acostumbrado a los uniformes, a las modas del futuro. No tengo perdón. Me he traicionado.

-No, no, fue mi modo de caminar. Estos tacos altos, eso fue. Nuestros cabellos recién cortados. Todo en nosotros es raro e incómodo.

William encendió la luz.

-Está observándonos. Todavía no está seguro . . . no totalmente. No podemos escaparnos ahora. Confirmaríamos sus sospechas. Iremos a Acapulco como si no pasara nada.

-Quizá ya sabe a qué atenerse, y está jugando con nosotros.

-Es muy capaz. Le sobra tiempo. Puede entretenerse aquí, si quiere, y llevarnos de vuelta al futuro en un instante. Puede engañarnos durante días enteros, riéndose de nosotros.

Susan se sentó en la cama secándose las lágrimas que le cubrían el rostro, respirando el viejo olor del incienso y la pólvora.

-No harán una escena, ¿no es cierto?

-No se atreverán. Esperarán a que estemos solos. Unicamente entonces podrán meternos en la Máquina del Tiempo.

-Hay una solución entonces -dijo Susan-. No estemos nunca solos. Mezclémonos con la gente. Podemos hacer un millón de amigos, visitar los mercados, dormir en las municipalidades de todos los pueblos, pagar a la policía para que nos proteja hasta que descubramos un modo de matar a Simms. Nos disfrazaremos con ropa nueva, como mejicanos por ejemplo.

Se oyó el ruido de unos pasos.

Apagaron la luz y se desvistieron en silencio. Los pasos se alejaron. Una puerta se cerró.

Susan se detuvo junto a la ventana y miró la plaza sombría.

-Así que ese edificio es una iglesia.

-Si.

-Siempre me pregunté cómo sería una iglesia. Nadie ha visto ninguna desde hace tanto tiempo. ¿Podemos visitarla mañana?

-Es claro. Ven a acostarte.

Descansaron envueltos por las sombras del cuarto.

Una hora y media más tarde sonó el teléfono. Susan levantó el receptor.

-¿Hola?

-Los conejos pueden esconderse en el bosque –dijo una voz- pero el zorro acabará por descubrirlos.

Susan colgó el receptor y se acostó de espaldas, rígida y helada.

Afuera, en el año 1938, un hombre con una guitarra tocó tres canciones, una después de otra.

Durante la noche, Susan estiró la mano hasta casi tocar el año 2155. Sintió que los dedos le resbalaban por la fresca superficie del tiempo, como por una tela ondulada, y oyó el insistente taconeo de las botas y un millón de bandas que tocaban un millón de marchas militares, y vio las cincuenta mil hileras de cultivos patógenos en sus tubos de vidrio aséptico, y la mano que se adelantaba hacia ellos en esa enorme fábrica del futuro. Los tubos de gérmenes de lepra, peste bubónica, tifus, tuberculosis. . . y luego la explosión. Vio que la mano le ardía hasta convertirse en una pasa arrugada, v sintió una sacudida tan grande que el mundo se alzó y cayó, los edificios se derrumbaron, y la gente sangró y quedó tendida en el suelo, en silencio. Volcanes, máquinas, vientos, aludes, callaron también, y Susan se despertó, sollozando, en la cama, en México, muchos años antes...

Por la mañana temprano, después de una única hora de sueño, William y Susan se despertaron con el estruendo de unos ruidosos automóviles. Susan observó desde el balcón de hierro a las ocho personas que salían charlando, gritando, de camiones y autos adornados con rojos letreros. Un grupo de mexicanos rodeaba los camiones.

-¿Qué pasa? -le preguntó Susan a un niño.

El niño gritó algo desde la calle.

Susan se volvió hacia su marido.

-Una compañía norteamericana de películas que viene a filmar aquí.

William se estaba dando una ducha.

-Interesante -dijo-. Iremos a verlos. Creo que será mejor que no nos vayamos hoy. Trataremos de confundir a Simms. Miraremos la filmación. Dicen que la técnica del cine primitívo era algo sorprendente. Olvidémonos de nosotros.

De nosotros, pensó Susan. Durante unos segundos, bajo la luz brillante del sol, había olvidado que en alguna parte, en ese mismo hotel, los esperaba un hombre, un hombre que fumaba mil cigarrillos. Observó a los ocho felices y ruidosos norteamericanos y deseó gritarles:

-¡Sálvenme, ocúltenme, ayúdenme! Tíñanme el pelo, píntenme los ojos, vístanme con ropas raras. Necesito que me ayuden. ¡Soy del año 2155!

Pero las palabras se le atragantaron. Los funcionarios de Viajes por el Tiempo, S. A., no eran tontos. Antes de iniciar el viaje le ponían a uno en el cerebro una barrera psicológica. No era posible decir dónde o cuándo se había nacido, ni hablar del futuro con los hombres del pasado. El futuro y el pasado debían protegerse el uno del otro. Sólo con esa barrera se podía viajar, sin vigilancia, a través de las edades. Los que viajaban por el ayer no alteraban de ese modo el futuro. Aunque Susan sintiese unos terribles deseos de hablar, no podía decir quién era ella, ni cual era su vida.

-¿Vamos a desayunar? -dijo William.

El desayuno se servía en el gran comedor. Jamón con huevos para todos. La sala estaba llena de turistas. Las gentes de la compañía cinematográfica -seis hombres y dos mujeres- entraron riendo a carcajadas, moviendo las sillas. Susan se sentó cerca de ellos, gozando de la cordialidad y la protección que brotaba del grupo, sin preocuparse ni siquiera del señor Simms que bajaba por las escaleras, fumando intensamente su cigarrillo. Simms la saludó con un movimiento cle cabeza, y Susan le devolvió el saludo, sonriendo, pues frente a ese grupo de gente de cine, ante veinte turistas, el hombre era casi inofensivo.

-Quizá podamos conquistar a dos de esos actores -dijo William-. Decirles que se trata de una broma, vestirlos con nuestros trajes, y hacerlos escapar en nuestro coche en un momento en que Simms no pueda verles las caras. Si pueden engañarlo unas horas, quizá podamos llegar a la ciudad de México. Tardará en encontrarnos.

-¡Eh!

Un hombre gordo, con el aliento lleno de alcohol, se inclinó hacia ellos.

-¡Turistas norteamericanos! -gritó-. Estoy tan cansado de estos nativos. ¡Los besaría, de veras! -Les estrechó las manos-. Vamos, coman con nosotros. La desgracia necesita compañía. Yo soy el señor Desgracia, ésta es la señorita Tristeza, y éstos son el señor y la señora Odiamos-México. Todos lo odiamos. Hemos venido a filmar las primeras escenas de una condenada película. El resto del reparto llegará mañana. Me llamo Joe Melton; Soy el director. ¡Qué país infernal! Funerales en las calles, gentes que se mueren. Vamos, vengan aquí. Júntense con nosotros. Levántennos el ánimo.

Susan y Williamá se reían.

-¿No soy cómico? -preguntó el señor Melton mirando a sus acompañantes.

Susan se sentó junto a ellos.

-¡Maravilloso!

El señor Simms los miraba con furia.

Susan le hizo una mueca.

El señor Simms se adelantó entre las mesas y sillas.

-Señor Travis, señora -les dijo-, creí que desayunarían conmigo.

-Lo siento -dijo William.

-Siéntese, hombre -dijo el señor Melton-. Los amigos de mis amigos son también mis amigos.

El señor Simms se sentó. Las gentes de la compañia cinematográfica hablaban a gritos. El señor Simms dijo en voz baja:

-¿Durmieron bien?

-¿Usted no?

-No estoy acostumbrado a los colchones de resortes -explicó el señor Simms cansadamente-. Pero no importa. Me pasé la mitad de la noche probando cigarrillos y comidas. Raros, fascinantes. Todo un arco iris de sensaciones, estos antiguos vicios.

-No sabemos de qué habla -dijo Susan.

-Sigue la comedia. -El señor Simms se rio-. Todo es inútil. Lo mismo esta estratagema de los grupos. Ya los veré a solas. Tengo una paciencia infinita.

-Oigan -interrumpió el señor Melton, con el rostro enrojecido-, ¿está molestándolos ese individuo?

-No pasa nada.

-Avísenme y lo sacaremos de aquí a empujones.

Melton se volvió para gritar algo a sus compañeros.

El señor Simms continuó en medio de las risas:

-Vayamos al centro de la cuestión. Los seguí durante un mes por pueblos y ciudades, y luego ayer, todo el día. Si vienen conmigo sin protestar, haré lo posible para que no los castiguen. Siempre que usted, señor Kristen, vuelva a su trabajo en la fábrica de bombas de hidrógeno.

-¡Oigan hablando de ciencia durante el desayuno! -observó el señor Melton, que había escuchado el final de la frase.

Simms continuó, imperturbable:

-Piénsenlo. No pueden escapar. Si me matan. vendrán otros.

-No sabemos de qué habla.

-¡Basta! -dijo Simms, irritado-. ¡Usen su inteligencia! Saben muy bien que no podemos permitir que se escapen. Otras gentes de 2155 querrían hacer lo ismo. Necesitamos gente.

-Para matarla en la guerra -dijo William.

-¡Bill!

-No te preocupes, Susan. Le hablaremos en su mismo lenguaje. No podemos escapar.

-Excelente -dijo Simms-. En verdad, son ustedes unos románticos incorregibles. Huyendo de sus responsabilidades.

-Huyendo del horror.

-Tonterías. Sólo una guerra.

-¿De qué hablan?--preguntó el señor Melton.

Susan quiso decírselo. Pero sólo podía hablar de generalidades. La barrera psicológica admitía sólo eso. Generalidades, como las que discutían Simms y William.

-Sólo la guerra -dijo William-. ¡La mitad de la población mundial destruida por bombas de lepra!

-Los habitantes del futuro -indicó Simms- están resentidos. Ustedes dos descansando en una especie de isla tropical mientras ellos se precipitan en los abismos infernales. La muerte quiere muerte. Se muere mejor si se sabe que a otros les pasa lo mismo. Es bueno oir que no se está solo en la tumba. Soy el guardián de ese resentimiento colectivo.

-¡Miren al guardián del resentimiento! -dijo el señor Melton a sus acompañantes.

-Cuanto más me hagan esperar, peor para ustedes. Lo necesitamos en la fábrica de bombas, señor Rristen. Vuelvan. No habrá torturas. Más tarde, lo obligaremos a trabajar, y cuando las bombas estén terminadas, ensayaremos en usted algunos nuevos y complicados aparatos.

-Le propongo algo -dijo William-. Volveré con usted si mi mujer se queda aquí, lejos de la guerra.

El sehor Simms pensó unos instantes.

-Bueno. Estaré en la plaza dentro de diez minutos. Tenga listo el coche. Iremos a un lugar donde no haya gente. La Máquina del Tiempo nos estará esperando.

Susan apretó con fuerza el brazo de su marido.

-¡Bill!

-No discutas. -William la miró-. Está decidido. -Y añadió dirigiéndose a Simms-: Una cosa. Anoche pudo entrar en nuestra alcoba y secuestrarnos. ¿Por qué no lo hizo

-Digamos que estaba divirtiéndome. ¿Qué les parece? -replicó perezosamente el señor Simms, chupando otro cigarro-. Me disgusta dejar este clima maravilloso, este sol, estas vacaciones.

Lamento dejar los vinos y el tabaco. Oh, lo lamento de veras... En la plaza entonces, dentro de diez minutos. Protegeremos a su mujer. Podrá quedarse aquí el tiempo que quiera. Despídanse.

El señor Simms se levantó y salió del comedor.

-¡Ahí va el señor de los grandes discursos! –le gritó el señor Melton. Se volvió y vio a Susan-. Eh, alguien está llorando. La mesa del desayuno no es sitio para llorar, ¿no es cierto?

A las nueve y cuarto Susan miraba la plaza desde el balcón del hotcl. El señor Simms estaba allá abajo sentado en un fino banco de hierro, con las piernas cruzadas. Mordió la punta dc un cigarro y lo encendió cuidadosamente.

Susan oyó el ruido de un motor, y allá, de un garaje situado en lo más alto dc la calle, salió el coche de William y descendió por la cucsta empedrada.

El auto se acercó velozmentc. Cuarcnta, cincuenta, sesenta kilómctros por hora. Las gallinas saltaban en la calle. El señor Simms se sacó su blando sombrero dc paja, se enjugó la frente rosada, se puso otra vez el sombrero, y vio el coche.

Se acercaba a ochenta kilómetros por hora, directamente hacia la plaza.

-¡William! -gritó Susan.

El coche golpeó estrepitosamente el cordón de la acera, dio un salto y corrió sobre las losas hacia el banco verde del señor Simms. El hombre soltó su cigarro, dio un grito, y alzó las manos. El coche lo golpeó. El cuerpo del señor Simms saltó en el aire y rodó por la acera.

En el otro extremo de la plaza, con una rueda rota, el coche se detuvo. La gente corría.

Susan entró en el cuarto y cerró la ventana.

Al mediodía, pálidos, tomados del brazo, William y Susan salicron del palacio municipal.

-Adiós, señor -dijo el alcalde-. Señor[3].

La pareja se detuvo en la plaza donde la multitud señalaba las manchas dc sangre.

-¿Te citarán otra vez? -preguntó Susan.

-No Ya me han preguntado bastante. Fue un accidente. Perdí el dominio del coche. Hasta lloré ante ellos. Dios sabe que tenía que desahogarme. De cualquier modo. Tenía ganas de llorar. Odié tener que matarlo. Nunca hice nada scmejante.

-No te inician un juicio.

-Hablaron de eso, pero no. Hablé más rápidamente que ellos. Me creyeron. Fue un accidente. Asunto terminado.

---

[3] En castellano en el original

-¿Adónde iremos? ¿A la ciudad de México? ¿A Uruapán?

-El auto está en el taller de reparaciones. Estará listo a las cuatro de la tarde. Luego escaparemos.

-¿No nos seguirán? ¿Simms estaría solo?

-No sé. Hemos ganado un poco de tiempo, me parece.

Las gentes de la compañia cinematográfica estaban saliendo del hotel. El señor Melton se acercó corriendo hacia ellos.

-He oído lo que pasó. Mala suerte. ¿Está todo arreglado? ¿No quieren distraerse un poco? Vamos a filmar algunas escenas en la calle. ¿Quieren mirar? Les hará bien.

William y Susan siguieron al señor Melton.

La cámara filmadora fue instalada sobre el empedrado de la calle. Susan miró el camino que descendía, alejándose, y la carretera que llevaba a Acapulco y el mar, bordeado por pirámides y ruinas, y pueblecitos de casas de adobe con muros amarillos, azules y rojos, y llameantes buganvillas, y pensó: Andaremos por los caminos, nos mezclaremos con grupos y multitudes, en los mercados, en los vestíbulos; pagaremos a la policía para que nos vigilen, instalaremos cerraduras dobles; pero siempre rodeados de gente, nunca solos, siempre con el temor de que la primera persona que pase a nuestro lado sea otro Simms. No. Nunca sabremos si los hemos engañado. Y siempre, allá adelante, en el futuro, estarán esperándonos, para quemarnos con sus bombas, enfermarnos con sus gérmenes, ordenar que nos levantemos, que nos demos vuelta, que saltemos a través del aro. Seguiremos huyendo por el bosque, y nunca nos detendremos, y nunca volveremos a dormir.

Se había reunido una muchedumbre para observar la filmación. Susan observaba a la gente y las calles.

-¿Ningún sospechoso?

-No. ¿Qué hora es?

-Las tres. El coche ya estará casi listo.

Las pruebas terminaron a las cuatro menos cuarto. El grupo volvió al hotel, conversando animadamente. William se detuvo en el garaje.

-El coche estará arreglado a las seis--dijo saliendo del taller, pensativo.

-¿Pero no más tarde?

-No. No te preocupes.

Ya en el vestíbulo del hotel, William y Susan miraron a su alrededor buscando a alguien que estuviera solo, alguien que se pareciese al señor Simms, alguien con el pelo recién cortado, y envuelto en nubes de tabaco y perfume. Pero el vestíbulo estaba desierto. El señor Melton comenzó a subir por la escalera y dijo:

-Bueno, ha sido un día terrible. ¿Quieren refrescarse un poco? ¿Martini? ¿Cerveza?

-Quizá. Un vaso.

El grupo invadió el cuarto del señor Melton. Se repartieron unas copas.

-Fíjate en la hora -dijo William.

La hora, pensó Susan. Si tuvieran algunas horas por delante. Sólo quería sentarse en la plaza, durante todo un día de octubre, sin preocupaciones, sin pensamientos, con el sol en los brazos y la cara, los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, sonriéndole al calor. Sólo quería dormir al sol de México, dormir profundamente, fácilmente, felizmente, muchos, muchos días...

El señor Melton abrió una botella de champaña.

-A una dama muy hermosa, a una dama que podría figurar en un film -dijo, alzando su copa hacia Susan-. Tendría que sacarle una prueba.

Susan se rio.

-De veras -dijo Melton-. Es usted encantadora. Podría convertirla en una estrella de cine.

-¿Y llevarme a Hollywood? -exclamó Susan.

-Lejos de este infierno de Mexico, eso es.

Susan miró a William y este alzó una ceja y asintió en silencio. Sería un cambio de escena, de ropas, de nombre, quizá. Y viajarían con otras ocho personas. Una buena protección contra cualquier interferencia del futuro.

-Parece maravilloso -dijo Susan.

Sentía ya los efectos del champaña. La tarde se deslizaba suavemente. La reunión se animaba a su alrededor. Por primera vez, después de muchos años, se sintió a salvo, y bien, realmente feliz.

-¿Y qué clase de películas haría mi mujer? -preguntó William llenando otra vez su copa.

-Bueno, a mí me gustaría una historia de suspense -dijo Melton-. La historia de una pareja como ustedes.

-Siga.

-Una historia de guerra, quizá -dijo el director observando a contraluz el color de su bebida.

Susan y William esperaban.

-La historia de una pareja que vive en una casita, en una callejuela, en el año 2155, quizá -dijo Melton-. Sólo como un ejemplo, es claro. Pero esta pareja es alcanzada por una guerra terrible: superbombas de hidrógeno, censura, muerte y entonces...-y aquí está el nudo de la historia-

....escapan al pasado, seguidos por un hombre que ellos suponen lleno de maldad, pero que sólo trata de señalarles el camino del deber.

La copa de William cayó al piso.

-Y esta pareja -continuó el señor Melton- se mezcla confiadamente con un grupo de gente de cine. Así creen estar más seguros.

Susan se dejó caer en una silla. Todos observaban al director. El señor Melton bebió un sorbo de vino.

-Ah, qué vino magnífico. Bueno, este hombre y esta mujer no comprenden, parece, qué importantes son en ese futuro. Él, principalmente, es el hombre clave en la construcción de una nueva bomba. Así que los policías no reparan en gastos o molestias para encontrarlos, capturarlos y devolverlos al futuro. Al fin consiguen llevarlos a la habitación de un hotel, donde nadie puede verlos. Estrategia. Los policías actúan solos, o en grupos dc ocho. De ese modo no podrán fracasar. ¿No cree usted que sería una magnífica película, Susan? ¿No lo cree usted, Bill?

El director vació la copa.

Susan, inmóvil, miraba el vacío.

-¿Un poco de champaña? -dijo el señor Melton.

William sacó su revólver e hizo fuego, tres veces. Uno de los hombres cayó al piso. Los otros corrieron. Susan gritó. Una mano le cerró la boca. El revólver estaba ahora en el suelo, y William forcejeaba tratando de librarse de los brazos de los hombres.

-Por favor -dijo el señor Melton sin moverse. La sangre le corría por los dedos-. No empeoremos las cosas.

Alguien golpeó la puerta.

-¡Déjenme entrar!

-El gerente -dijo el señor Melton con sequedad. Señaló con la cabeza-. Vamos, rápido.

-¡Déjenme entrar! ¡Llamaré a la policía!

Susan y William volvieron los ojos hacia la puerta mirándose rápidamente.

-El gerente quiere entrar- dijo el señor Melton-. ¡Rápido!

Trajeron una cámara. Del aparato surgió un rayo de luz azul que recorrió la habitación. El rayo se hizo más amplio, y los hombres, las mujeres se dcsvanecieron, uno a uno.

-¡Rápido!

Por la ventana, poco antes de desaparecer, Susan vio 1as tierras vcrdes y los muros rojos, amarillos y azules morados, y los guijarros de la calle que descendían como las aguas de un río, un hombre

montado en un burro que se internaba entre las cálidas colinas, y un niño que bebla naranjada (Susan sintió el líquido dulce en la garganta), y un hombre sentado en la plaza, a la sombra de un árbol con una guitarra en las rodillas (Susan sintió la mano sobre las cuerdas), y más allá, más lejos, el mar, el mar sereno y azul (Susan sintió que las olas la envolvían y la arrastraban mar adentro) .

Y Susan desapareció. Y luego William.

La puerta se abrió de par en par. El gerente entró acompañado por sus ayudantes.

El cuarto estaba vacío.

-¡Pero estaban aquí hace un momento! ¡Los vi entrar, y ahora.. . nada! -gritó el gerente-. ¡Las ventanas tienen rejas de hierro! ¡No han podido salir por ahí!

Al anochecer llamaron al cura. Y abrieron la puerta y el cura echó agua bendita en los cuatro rincones, y bendijo la habitación.

-¿Qué haremos con esto? -dijo la camarera.

La mujer señaló el armario donde se amontonaban sesenta y siete botellas de chartreuse, coñac, crema de cacao, ajenjo, vermouth y tequila, y ciento seis paquetes de cigarrillos turcos, y ciento noventa y ocho cajas de cigarros habanos...

El Visitante

Saul Williams desperto en una mañana tranquila. Miró por la abertura de la tienda y pensó que la Tierra estaba muy lejos. A millones de kilómetros. Pero ¿qué podía hacer? Tenía los pulmones llenos de "herrumbre de sangre". Tosía continuamente.

Se levantó a las siete. Era un hombre a1to, delgado, enflaquecido por la enfermedad. El aire de Marte apenas se movía. Los secos fondos del mar eran como una ancha llanura silenciosa. El sol brillaba, claro y fresco, en el cielo vacío. Saul se lavó la cara y tomó su desayuno.

Luego sintió el deseo de estar otra vez en la Tierra. Trataba, a lo largo del día, de imaginarse en Nueva York. A veces, si se quedaba quieto, y ponía las manos de cierto modo, llegaba a sentirlo. Podía sentir, casi, el aire de Nueva York. Pero la mayor parte de las veces, todo era inútil.

Más tarde, aquella misma mañana, trató de morirse. Se acostó en la arena y le dijo a su corazón que dejara de latir. Los latidos continuaron. Se imaginó a sí mismo saltando desde lo alto de una roca o abriéndose las venas, pero se rio... le faltaba coraje.

Quizá si concentro mis pensamientos, pensó Saul, podría dormirme para siempre. Trató de hacerlo. Una hora después se despertó con la boca llena de sangre. Se puso de pie y lanzó un escupitajo, sintiendo lástima de sí mismo. Esta herrumbre. Te llena la boca y la nariz; te sale por las orejas y las uñas. Y tardas un año en morirte. La única cura posible era embarcarse en un cohete y desterrarse en Marte. No había cura en la Tierra, y si uno se quedaba allí, contagiaba y mataba a otros hombres. Aquí estaba, pues, sangrando continuamente, y solo.

Los ojos de Saul se achicaron. A lo lejos, junto a las ruinas de una vieja ciudad, vio a otro hombre acostado sobre una gruesa manta.

Se acercó, y el hombre se movió débilmente.

-Hola, Saul -dijo

-Otra mañana -dijo Saul-. Cristo, ¡qué solo me siento!

-Es el mal de los herrumbrados -dijo el hombre de la manta, sin moverse, muy pálido, como si fuese a desaparecer si alguien lo tocaba.

-Si por lo menos pudieras hablar -dijo Saul bajando la vista hacia el hombre-. ¿Por qué los intelectuales no se contagian y vienen a Marte?

-Conspiran contra ti, Saul -dijo el hombre cerrando los ojos, demasiado cansado como para mantenerlos abiertos-. Alguna vez tuve fuerzas para ser un intelectual. Ahora, hasta pensar me cuesta trabajo.

-Si pudiésemos hablar -dijo Saul Williams.

El otro se encogió de hombros con indiferencia.

-Ven mañana. Quizá tenga fuerzas para hablar de Aristóteles. Trataré de hacerlo. De veras.-El hombre se encogió bajo el arbusto seco. Abrió un ojo-. ¿Recuerdas? Una vez, hace seis meses, hablamos sobre Aristóteles. Tuve un buen día.

-Recuerdo -dijo Saul sin escuchar. Miró el mar seco-. Desearía estar tan enfermo como tú. Quizá entonces no me importaría ser un intelectual. Quizá podría tener entonces un poco de calma.

-Dentro de seis meses estarás tan mal como yo -dijo el agonizante-. Entonces sólo querrás dormir y dormir. El sueño ser para ti como una mujer. Siempre volverás a ella, porque es fresca, y buena, y fiel, y cariñosa. Sólo despertarás para pensar en dormirte otra vez. Un hermoso pensamiento.

La voz del hombre era apenas un suave murmullo. Calló y comenzó a respirar débilmente.

Saul se alejó.

A lo largo de las costas del mar muerto, como botellas vacías traídas por alguna ola del pasado, yacían los cuerpos encogidos de los hombres. Saul podía verlos a todos, en la curva de la playa. Uno, dos, tres. . . todos dormidos, mucho más enfermos que él, todos con su reserva de víveres, hundidos en sí mismos, pues la conversación debilitaba, y el sueño hacía bien.

Al principio se habían reunido algunas noches alrededor de las hogueras. Y habían hablado de la Tierra lejana. Sólo hablaban de eso. De la Tierra, y de cómo corrían los arroyos por las afueras de los pueblos, y del sabor de las tortas de frutilla, y del aspecto de Nueva York en las primeras horas de la mañana al cruzar el río, en el ferry-boat, en medio del viento salino.

Deseo la Tierra, pensó Saul. La deseo tanto que me hace daño. Deseo algo que nunca volveré a tener. Todos la desean y a todos les duele no tenerla. Más que una comida o una mujer o cualquier

otra cosa. Sólo deseo la Tierra. La enfermedad nos aleja de las mujeres. No las deseamos. Pero la Tierra, sí. La Tierra es algo para el alma, no para la carne débil.

El metal brillante resplandeció en el cielo.

Saul alzó los ojos.

El metal brillante resplandeció otra vez.

Un minuto más tarde el cohete se posó en el fondo del mar. Se abrió una compuerta y un hombre salió arrastrando su equipaje. Lo acompañaban otros dos hombres, envueltos en trajes germicidas, y cargados con grandes cajones de alimentos. Los hombres levantaron una tienda.

Pasó otro minuto y el cohete volvió hacia el cielo. El desterrado quedó solo.

Saul echó a correr. Se cansaba mucho, pero siguió corriendo y gritando.

-¡Hola! ¡Hola!

El joven examinó a Saul de pies a cabeza.

-Hola. Así que esto es Marte. Mi nombre es Leonard Mark.

-Yo soy Saul Williams.

Se dieron la mano. Leonard Mark era muy joven, de no más de dieciocho años; muy rubio, de piel rosada, ojos azules, y rostro fresco, a pesar de la enfermedad.

-¿Cómo están las cosas en Nueva York? -preguntó Saul.

-Así -dijo Leonard Mark. Y miró a Saul.

Nueva York se levantó en el desierto, con sus edificios de piedra y sus calles barridas por los vientos de marzo. Los anuncios de neón estallaron con colores eléctricos. Los taxis amarillos se deslizaron por la noche tranquila. Se levantaron los puentes y los remolcadores mugieron en los muelles nocturnos. Los telones se alzaron sobre brillantes escenas musicales.

Saul se llevó bruscamente las manos a la cabeza.

-¡Basta! ¡Basta! -gritó-. ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto? ¡Me vuelvo loco!

Las hojas brotaron en los árboles del Central Park, nuevas y verdes. Saul caminaba por los senderos, bebiendo el aire.

-¡Basta, basta, tonto! -se gritó Saul a sí mismo. Se apretó la frente entre las manos-. ¡Esto no puede ser cierto!

-Lo es -dijo Leonard Mark.

Las torres de Nueva York se desvanecieron. Marte volvió.

Saul, de pie en el fondo del mar seco, miró fijamente al recién llegado.

-Usted -dijo, apuntando con un dedo a Leonard Mark-. Usted lo hizo. Con la mente.

-Sí -dijo Leonard Mark.

Se miraron en silencio unos instantes. Al fin, Saul le tomó la mano al joven desterrado y se la sacudió, una y otra vez, diciéndole:

-Oh, me alegra mucho que haya venido. No sabe usted cuánto me alegra.

Bebieron el aromático y oscuro café en vasos de aluminio.

Era mediodía. Habían estado hablando durante toda la cálida mañana.

-¿Y esa habilidad tuya? -preguntó Saul por encima de su vaso, mirando fijamente al joven Leonard Mark.

-Nací con ella -dijo Mark con los ojos puestos en su bebida-. Mi madre se encontraba en Londres en el año 57, cuando estalló la ciudad. Nací diez meses más tarde. Mi habilidad... no sé qué es. Telepatía y transmisión de pensamiento, me imagino. Me ganaba la vida en los teatros. Viajaba alrededor del mundo. Leonard Mark, la maravilla mental, decía la propaganda. Me las arreglaba muy bien. Casi todos creían que yo era un charlatán. Ya sabes cómo se piensa generalmente de la gente de teatro. Sólo yo sabía que no había trampa; pero no se lo decía a nadie. Era mejor así. Oh, algunos de mis amigos más íntimos conocían la verdad. Tengo muchas habilidades. Ahora que estoy en Marte podré emplearlas de veras.

-Me asustas realmente -dijo Saul, con el vaso inmóvil en la mano-. Cuando Nueva York salió del suelo, creí que me había vuelto loco.

-Es una forma de hipnotismo que afecta a todos los sentidos a la vez: vista, oído, olfato, gusto, tacto... a todos. ¿Qué te gustaría hacer ahora?

Saul dejó su vaso sobre la arena. Trató de no mover las manos. Se pasó la lengua por los labios resecos.

-Me gustaría estar en un arroyo del pueblo de Mellin, en Illinois, donde me bañaba cuando era chico. Me gustaría estar semidesnudo, nadando en ese arroyo.

-Bueno -dijo Leonard Mark, y movió un poco la cabeza.

Saul cayó hacia atrás, en la arena, con los ojos cerrados.

Leonard Mark lo observó.

Saul yacía sobre la arena. De cuando en cuando movía y agitaba las manos nerviosamente. Abría la boca como en un espasmo. La garganta se le contraía y relajaba.

Saul comenzó a mover los brazos, con mucha lentitud, hacia arriba y hacia atrás, respirando por la boca, inclinando la cabeza. Los brazos iban y venían en el aire cálido, y rozaban la arena amarilla. El cuerpo giraba suavemente hacia uno y otro lado.

Leonard Mark terminó su café, sin quitar los ojos del inquieto y susurrante Saul, acostado en el fondo del mar seco.

-Bueno -dijo Leonard Mark.

Saul se sentó frotándose la cara.

Después de un rato le dijo a Leonard Mark:

-Vi el arroyo. .. Corrí a lo largo de la orilla y me quité la ropa -añadió sin aliento y con una sonrisa incrédula-. Y me meti en el agua y nadé.

-Me alegro -dijo Leonard Mark.

-Un momento. -Saul se metió una mano en el bolsillo y sacó su última barra de chocolate-. Toma.

-¿Qué es esto? -Leonard Mark miró el regalo-. ¿Chocolate? No. No lo hago para que me pagues. Me gusta que seas feliz. Guárdatelo. Si no convertiré el chocolate en una serpiente de cascabeles y te morderá la mano.

-Gracias, gracias.-Saul se guardó el chocolate-. No sabes qué buena estaba el agua.-Tomó la cafetera-. ¿Otro poco de café?

Mientras servía el café. Saul cerró un momento los ojos.

Veré a Sócrates, pensó. Sócrates y Platón y Nietzsche y Schopenhauer. Este hombre es un genio. Aún más, ¡es algo increíble! Cuántos días tranquilos y largos, cuántas noches frescas tendremos para conversar. No será un mal año, no, de ningún modo.

El café desbordó el vaso.

-¿Qué pasa?

-Nada -respondió Saul, confuso y sorprendido.

Iremos a Grecia, pensó. A Atenas. Si queremos, iremos a Roma y estudiaremos allí a los escritores latinos. Visitaremos el Partenón y el Acrópolis. No sólo hablaremos; estaremos, además, en el lugar indicado. Este hombre tiene ese poder. Cuando hablemos del teatro de Racine, construirá un escenario y creará unos actores, todo para mí. Por Dios, ¡nunca en la vida tuve nada mejor! Cuánto mejor es estar enfermo en Marte que allá en la Tierra sano y sin estas habilidades. ¿Cuántos han visto un drama griego representado en un anfiteatro del año 31 a. de C.?

¿Y si yo se lo pido, serena y seriamente, tomará este hombre el aspecto de Schopenhauer y Darwin y Bergson y todos los otros pensadores antiguos? Sí, ¿por qué no? ¡Hablar con Nietzsche en persona, con el mismo Platón!

Sólo hay un inconveniente. Saul se estremeció.

Los otros hombres. Los otros enfermos que yacían a lo largo del mar muerto.

Vio a lo lejos que los hombres se movían, acercándose.

Habían visto el resplandor del cohete, el descenso, la llegada del pasajero. Ahora venían lentamente, penosamente, a saludar al terrestre.

Saul sintió frío.

-Oye -dijo- Mark, creo que será mejor que nos vayamos a las montañas.

-¿Por qué?

-¿Ves a esos hombres7 Algunos están locos.

-¿De veras?

-Sí.

-¿Los ha puesto así la soledad?

-Sí, eso es. Vámonos. Será mejor.

-No parecen muy peligrosos. Se mueven lentamente.

-No te fíes de ellos.

Mark miró a Saul.

-Estás temblando. ¿Qué te pasa?

-No hay tiempo que perder -dijo Saul, levantándose rápidamente--. Vamos. ¿No comprendes lo que va a pasar cuando descubran tu talento? Se pelearán por ti. Se matarán... te matarán... Querrán guardarte para ellos.

-Oh, pero yo no pertenezco a nadie -dijo Leonard Mark. Miró a Saul--. No, ni siquiera a ti.

Saul sacudió la cabeza.

-No he pensado en eso.

Mark se rió.

-¿No has pensado?

-No podemos discutir ahora -respondió Saul, parpadeando, con las mejillas encendidas-. ¡Vamos!

-No quiero. Me quedaré aquí hasta que lleguen esos hombres. Eres un poco posesivo. Mi vida es mía.

Saul sintió que se cegaba. La cara empezó a retorcérsele.

-Me has oído.

-Oh, cómo has cambiado -observó Mark-. Antes tan amigo y ahora...

Saul le lanzó un puñetazo. Fue un golpe rapido y preciso.

Mark se esquivó, riéndose.

-Ah, no.

Estaban en medio de Times Square. Los autos corrían hacia ellos, rugiendo, haciendo sonar las bocinas. Los edificios ardientes se hundían en el aire azul.

-Es mentira -gritó Saul, trastabillando ante el impacto visual-. ¡Por amor de Dios, Mark, no hagas eso! Vienen los hombres. ¡Te matarán!

Mark, sentado en el pavimento, se reía de su broma.

-Déjalos venir. ¡Puedo engañarlos a todos!

Nueva York distraía a Saul. Para eso estaba allí, para distraerlo, para retener su atención con esa extraña belleza después de tantos meses de nostalgia. En vez de atacar a Mark, Saul bebía la escena, extraña, pero familiar.

Cerró los ojos.

-No.

Y cayó hacia adelante, arrastrando a Mark. Las bocinas aullaron. Chirriaron los frenos.

Saul golpeó la mandíbula de Mark.

Silencio.

Mark yacía en el fondo del mar seco.

Tomándolo en sus brazos, Saul comenzó a correr pesadamente.

Nueva York había desaparecido. Solo se veía la anchura silenciosa del mar muerto, por donde venían los hombres. Saul se encaminó hacia las colinas con su preciosa carga, con Nueva York y los campos verdes y los viejos amigos. Cayó una vez y se levantó, tambaleante. No dejó de correr.

La noche llenó la caverna. El viento entraba y volvía a salir, soplando sobre el fuego, desparramando las cenizas.

Mark abrió los ojos. Estaba atado de pies y manos, con el cuerpo apoyado contra la pared de la caverna, frente a las llamas.

Saul arrojó otro poco de leña al fuego. De cuando en cuando miraba nerviosamente, como un gato, la entrada de la caverna.

-Eres un tonto.

Saul se sobresaltó.

-Sí -dijo Mark-, un tonto. Nos encontrarán. Aunque tengan que buscarnos durante seis meses. Vieron a Nueva York, a lo lejos, como un espejismo. Y nos vieron en medio de la calle. Sería muy raro que no nos siguieran.

-Volveré a escapar contigo -dijo Saul, con los ojos clavados en el fuego.

-Y ellos vendrán detrás.

-Cállate.

Mark sonrió.

-¿Cómo le hablas así a tu esposa?

-¡Ya me has oído!

-Oh, qué hermoso matrimonio... Tu avidez y mi habilidad mental. ¿Qué quieres ver ahora? ¿Alguna otra escena de tu infancia?

Saul sintió que el sudor le corría por la frente. No sabía si Mark se burlaba de él.

-Sí -dijo.

-Muy bien -dijo Mark-. ¡Mira!

Unas llamas surgieron de las rocas. Saul tosió ahogado por el aire sulfuroso. Se abrieron unos pozos de azufre. Las explosiones hicieron temblar la caverna. Saul daba vueltas, a ciegas, tosiendo, quemándose, agonizando en ese infierno.

El infierno desapareció. Volvió la caverna.

Mark se reía.

Saul se inclinó hacia él.

-Tú... -dijo fríamente.

-¿Qué otra cosa esperabas? -exclamó Mark-. Arrastrado, atado, convertido en la esposa intelectual de un hombre enfermo de soledad... ¿Crees que eso me gusta?

-Te desataré si me prometes que no escaparás.

-No puedo prometértelo. Soy libre. No pertenezco a nadie.

Saul se arrodilló.

-Pero tiene que ser así. ¿No me entiendes? Tiene que ser así. No puedo dejarte escapar.

-Mi querido Saul, mientras me hables de ese modo, no conseguirás nada. Si hubieses tenido un poco de sentido común, si hubieses actuado con inteligencia, hubiésemos sido muy buenos amigos. Te habría complacido con esos pequeños favores hipnóticos. Al fin y al cabo, poco me cuestan. En realidad me divierten. Pero lo estropeaste todo. Me querías para ti. Temías que los otros me robaran. Oh, no me comprendes. Tengo poder suficiente como para contentarte a ti y a todos estos hombres. Podíais haberme compartido, como una cocina común. Me hubiese sentido como un dios rodeado de niños. Bondadoso, caritativo... Me hubieseis hecho algunos regalitos... golosinas...

-¡Lo siento, lo siento mucho! -gritó Saul-. ¡Pero conozco muy bien a esos hombres!

-¿Y tú eres diferente? Lo dudo. Sal a ver si vienen. Me parece haber oído...

Saul corrió.

Al llegar a la entrada de la caverna ahuecó las manos, tratando de ver la hondonada cubierta por la noche. Unas formas pálidas se movieron ligeramente. ¿Era sólo la brisa que agitaba el cañaveral?

Saul sintió un estremecimiento... un estremecimiento leve y doloroso.

Volvió al interior de la caverna.

-No veo nada -dijo, y se quedó mirando las llamas rojizas-. ¡Mark!

Mark se había ido.

Unas rocas, unas piedras, unos guijarros, el fuego vacilante, los suspiros del viento. Y él, Saul, incrédulo y atontado. Nada más.

-¡Mark, Mark, vuelve!

Mark se había librado trabajosamente de sus ataduras. Y fingiendo haber oído a los otros hombres, lo había alejado, y se había ido. .. ¿a dónde? La caverna era profunda, pero terminaba en una pared. Entonces, ¿dónde estaba?

Saul caminó alrededor del fuego. Sacó el cuchillo y se acercó a una roca. Sonriendo, apoyó en la roca la punta del cuchillo. Sonriendo, hundió ligeramente el cuchillo. Luego alzó el brazo para clavar profundamente la hoja.

-¡Cuidado! -gritó Mark.

La roca desapareció. Mark estaba otra vez allí. Saul dejó caer la mano. Las luces del fuego jugaban en sus mejillas. Tenía una mirada de loco.

-No te salió bien -murmuró.

Se inclinó hacia adelante y rodeó con sus manos la garganta de Mark. Apretó con fuerza. Mark no dijo nada, pero se movió, incómodo, y su mirada irónica le dijo a Saul cosas que éste ya sabía.

Si me matas, decían los ojos, ¿qué pasará con tus sneños? Si me matas, ¿a dónde irán las corrientes y los arroyos y las truchas? Mátame, mata a Platón, mata a Aristóteles, mata a Einstein; sí, mátanos a todos. Vamos, estrangúlame. Te desafío.

Los dedos de Saul se aflojaron.

Unas sombras se movieron a la entrada de la caverna.

Los dos hombres se volvieron. Los otros estaban allí. Cinco de ellos, agotados por la larga caminata, jadeantes, de pie ante el círculo de luz.

-¡Buenas noches! --exclamó Mark, riéndose-. ¡Entren, entren caballeros!

Al alba las peleas y la discusión duraban todavía. Mark estaba sentado entre los hombres de ojos brillantes, frotándose las muñecas, libres ya de ataduras. Había creado una sala de sesiones, con paneles de caoba, y una mesa de mármol ante la que se habían instalado los hombres de ridículas barbas, sudorosos y malolientes, hombres llenos de codicia que no quitaban los ojos de su tesoro.

-La mejor solución -dijo Mark al fin- será la de citarnos a ciertas horas, durante algunos días de la semana. Los trataré imparcialmente. Seré un bien común, con entera libertad para ir y venir. Un trato bastante justo. En cuanto a Saul, lo mantendremos a prueba. Cuando demuestre que es una persona civilizada, le concederé un tratamiento o dos. Hasta entonces no quiero ni verlo.

Los otros desterrados miraron sonriendo a Saul.

-Lo siento -dijo Saul-. No sabía lo que hacía. Todo es distinto ahora.

-Ya veremos -dijo Mark-. Esperaremos un mes, ¿qué les parece?

Los otros hombres miraron a Saul y sonrieron mostrando los dientes.

Saul no dijo nada. Miraba fijamente el piso de la caverna.

-Veamos -dijo Mark-. Los lunes serán su día, Smith.

Smith asintió con un movimiento de cabeza.

-Los jueves atenderé a Peter, durante una hora, aproximadamente.

Peter asintió.

-Los miércoles recibiré a Johnson, Haltzman y Jim.

Los tres hombres se miraron.

-El resto de la semana me dejarán solo, ¿me entienden? -dijo Mark-. Un poco será siempre mejor que nada. Si no me obedecen, no actúo.

-Quiz podamos obligarlo a actuar -dijo Johnson. Vio que los otros hombres lo miraban--. Escúchenme, somos cinco contra uno. Podemos obligarlo a hacer cualquier cosa. Si nos ponemos de acuerdo saldremos ganando.

-No se dejen engañar -advirtió Mark.

-Escuchen un momento -dijo Johnson-. Nos está dando órdenes. ¿Por qué no se las damos a él? Somos más, ¿no es cierto? ¡Y nos amenaza con no actuar! Bueno, déjenme meterle una astilla bajo las uñas, calentarle la punta de los dedos con una limita, ¡y veremos si no actúa! ¿Por qué no tener sesiones diarias, me pregunto?

-No le hagan caso -dijo Mark-. Está loco. No le crean. ¿Saben lo que quiere hacer? Sorprenderlos descuidados, y matarlos a todos, uno por uno. Si, los matará. Y al fin estaremos solos. .. él y yo.

Los hombres parpadearon. Miraron primero a Mark, y luego a Johnson.

-Por otra parte -dijo Mark- no pueden confiar en los otros. Esta es una conferencia de imbéciles. Tan pronto como alguien se vuelva de espaldas caerá asesinado. Me atrevo a anunciar que dentro de una semana todos ustedes estarán muertos, o casi muertos.

Un viento frío entró en la sala de caoba. La sala comenzó a disolverse v se convirtió otra vez en una caverna. Mark estaba aburrido. La mesa de mármol se deshizo, transformándose en unas gotas de agua, y se evaporó.

Los hombres se miraron sospechosamente con unos brillantes ojitos animales. Las palabras de Mark eran ciertas. Se vieron a sí mismos sorprendiéndose unos a otros, matándose . . . hasta que quedara un último afortunado que gozaría de ese tesoro intelectual.

Saul los observó y se sintió solo y desorientado. Cuando uno se equivoca, qué difícil es admitir el error, volverse atrás, empezar de nuevo. Todos estaban equivocados. Durante mucho tiempo habían vivido como perdidos. Ahora estaban peor que perdidos.

-Y para empeorar las cosas -dijo Mark al fin- uno de ustedes tiene un revólver. Los demás sólo tienen cuchillos. Pero uno, lo sé, tiene un revólver.

Todos dieron un salto.

-¡Búsquen! -dijo Mark-. Busquen al que tiene un revólver o son hombres muertos.

Los hombres se lanzaron unos contra otros, sin saber por donde empezar. Las manos se retorcían. Todos gritaban. Mark los observaba, satisfecho.

Johnson cayó hacia atrás metiéndose la mano en la chaqueta.

-Muy bien -dijo-. Terminaremos ahora. Ahí va, Smith.

Y una bala hirió a Smith en el pecho. Smith cayó. Los otros hombres aullaron apartándose. Johnson apuntó e hizo fuego, dos veces más.

-¡Basta! -gritó Mark.

Nueva York surgió alrededor de los hombres, desde las rocas hacia el cielo. El sol brillaba en los edificios. El tren aéreo tronaba sobre las calles. Los remolcadores resoplaban en el agua. La señora verde miraba a través de la bahía, con una antorcha en la mano.

-¡Miren, idiotas!

Una constelación de capullos primaverales se abrió en el Central Park. El viento traía el olor del césped recién cortado.

Y en el centro de Nueva York, aturdidos, se tambaleaban los hombres. Johnson hizo fuego otras tres veces. Saul corrió hacia él. Se lo llevó por delante.

El revólver saltó, y salió otro tiro.

Los hombres dejaron de moverse.

Saul estaba echado sobre Johnson. Abandonaron la lucha.

El silencio era terrible. Los hombres vieron cómo Nueva York se hundía en el mar. Las grandes armazones se doblaron, se retorcieron, se derrumbaron, con un silbido, un gorgoteo, y un débil lamento, con un ruido de metal arruinado y de vejez.

Mark estaba de pie entre los edificios. Y luego, silenciosamente, como otro edificio, con un agujero preciso y rojo en medio del pecho, se derrumbó.

Saul miró fijamente a los hombres y el cadáver.

Se incorporó con el revólver en la mano.

Johnson no se movió... Tenía miedo de moverse.

Todos cerraron los ojos y volvieron a abrirlos, pensando, quizá, que con ese acto reanimarían a Mark.

El frío llenaba la caverna.

Saul miró distraídamente el arma que tenía en la mano. Dio un paso atrás y la arrojó hacia el valle, sin mirar cómo caía.

Los hombres bajaron los ojos y miraron incrédulos el cadáver. Saul se agachó y tomó entre sus manos una mano inerte.

-Leonard -dijo con suavidad-. Leonard.-Sacudió la mano-. Leonard.

Ieonard Mark no se movió. Tenía los ojos cerrados.

Estaba enfriándose.

Saul se incorporó.

-Lo matamos nosotros -dijo, sin mirar a los hombres. Tenía en la boca un líquido amargo-. El único a quien no queríamos matar. -Se llevó a los ojos una mano temblorosa-. Traigan una pala. Entiérrenlo -dijo, alejándose--. No quiero volver a verlos.

Alguien salió en busca de una pala.

Saul estaba tan débil que no podía moverse. Tenía los pies clavados en el suelo, con raíces que se hundían en la soledad y en el miedo, y en el frío de la noche. El fuego estaba casi apagado. Sólo el doble claro de luna iluminaba las montañas azules.

Se oyó el ruido de una pala que se clavaba en la tierra.

-Al fin y al cabo no lo necesitamos -dijo una voz, demasiado alta.

La pala seguía su trabajo. Saul se alejó lentamente y se dejó caer al lado de un árbol oscuro. Se sento aturdido en la arena, con las manos sobre el vientre.

Dormir, pensó. Vamos a dormir ahora. Nos queda eso por lo menos. Dormir y tratar de soñar con Nueva York y todo lo demás.

Cerró cansadamente los párpados. La sangre le llenó la nariz, la boca y los ojos.

-¿Cómo podía hacerlo? -se preguntó con una voz fatigada. Inclinó la cabeza sobre el pecho-. ¿Cómo pudo traer aquí a Nueva York, y hacernos caminar por las calles? Tratemos. No puede ser tan difícil. Piensa. Piensa en Nueva York -murmuró, mientras se quedaba dormido. Nueva York y el Central Park, y la primavera de Illinois con los manzanos en flor y la hierba verde.

No pudo hacerlo. No era lo mismo. Nueva York se había ido y nada podía hacerla volver. Él, Saul, se levantaría todas las mañanas y caminaría por el fondo del mar muerto buscando la ciudad de Nueva York, y daría la vuelta a Marte, sin poder encontrarla. Y al fin se acostaría, demasiado cansado para caminar, tratando de descubrir la ciudad de Nueva York dentro de su cabeza, pero sin poder encontrarla.

Lo último que oyó, antes de dormirse, fue la pala que subía y bajaba abriendo un agujero donde, con un terrible estruendo metálico y envuelta en una nube de oro, color, olor y sonido, Nueva York se derrumbó, cayó, y fue enterrada.

Saul lloró en sueños toda la noche.

La Mezcladora De Cemento

Las voces de las brujas susurraban como hierbas secas debajo de la abierta ventana.

-¡Ettil, el cobarde! ¡Ettil, el renegado! ¡Ettil, que no quiere participar en la gloriosa guerra de Marte contra la Tierra!

-¡Os escucho, brujas! -gritó Ettil.

Las voces descendieron hasta convertirse en un murmullo como el del agua en los largos canales bajo el cielo marciano.

-¡Ettil, el padre de un hijo que crecerá a la sombra de esta horrible verdad! -dijeron las viejas de piel arrugada y ojos astutos, entrechocando suavemente las cabezas-. ¡Qué verguenza! ¡Qué verguenza!

La mujer de Ettil estaba llorando en un rincón de la habitación. Las lágrimas caían como una lluvia, numerosas y frescas, sobre los azulejos.

-Oh, Ettil, ¿cómo puedes pensar así?

Ettil dejó a un lado el libro de metal con marco de oro que, rozado por los dedos, le había cantado una historia durante toda la mañana.

-He tratado de explicártelo -dijo-. Esto es una locura. Que Marte invada la Tierra... Nos matarán a todos.

Afuera, un ruido estrepitoso, la música repentina de una banda, un tambor, un grito, unas botas, estandartes y cantos. El ejército desfilaba por las calles de piedra, armas al hombro, seguido por los niños. Las viejas agitaban unas banderas sucias.

-Me quedaré en Marte, a leer -dijo Ettil

Un golpe brusco en la puerta. Tylla fue a abrir. Su padre entró rugiendo:

-¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Mi yerno un traidor?

-Sí, padre.

-¿No vas a luchar en el ejército marciano?

-No, padre.

-¡Dioses! -El viejo enrojeció hasta las orejas- ¡Qué oprobio! Te matarán.

-Y bueno, que me maten. No habrá más discusiones.

-¿Quién ha oído hablar alguna vez de un marciano que no quiera invadir la Tierra? ¿Quién?

-Nadie. Admito que es algo increíble.

-Increíble -repitieron las roncas voces de las brujas bajo la ventana.

-Padre, ¿por qué no tratas de convencerlo? -preguntó Tylla.

-¿Convencer a un montón de estiércol? –gritó el suegro con los ojos brillantes. Se acercó a Ettil- Brilla el sol, suena la música, las mujeres lloran, los niños saltan, todo como debe ser, los hombres desfilan valientemente, ¡y tú sentado aquí! ¡Qué verguenza!

-¡Qué verguenza! -gimieron las lejanas voces desde los setos.

-¡Salga de mi casa! ¡Váyase al diablo con sus frases idiotas! -estalló Ettil-. ¡Váyase! ¡Llévese sus medallas y sus tambores!

Ettil echó a empujones a su suegro mientras su mujer lloraba a gritos.

Un escuadrón militar cruzó la puerta.

-¿Ettil Vrye? -gritó una voz.

-Sí

-¡Está usted arrestado!

-Adiós, querida. Me voy a la guerra con estos imbéciles -gritó Ettil, mientras los hombres vestidos con mallas de bronce lo arrastraban hacia la puerta.

-Adiós, adiós -dijeron las brujas del pueblo, perdiéndose a lo lejos.

El calabozo era limpio y claro. Sin libros, Ettil se sentía nervioso. Se tomó de las rejas y observó los cohetes que subían en el aire nocturno. Las estrellas eran muchas y frías; cuando un cohete se lanzaba hacia ellas, parecían apartarse.

-Imbéciles -murmuraba Ettil-. Imbéciles.

Se abrió la puerta y entró un hombre con una especie de vehículo lleno de libros. Libros aquí, libros allí, libros en todas las cámaras del carricoche. Y detrás del vehículo venía el comisionado militar.

-Ettil Vrye, nos gustaría saber por qué tenía usted estos ilegales libros terrestres en su casa. Estos ejemplares de Historias Maravillosas, Cuentos científicos, Historias Fantásticas. Explíquese.

El hombre asió a Ettil por la muñeca.

Ettil se liberó con un ademán.

-Si van a matarme, mátenme de una vez. Esta literatura terrestre explica precisamente por qué no quiero ir a la Tierra. Explica por qué la invasión fracasará.

El comisionado frunció el ceño volviéndose hacia las revistas amarillentas.

-¿Cómo es eso?

-Tome cualquier ejemplar -dijo Ettil-. Cualquiera. Nueve de cada diez historias (publicadas entre los años 1929 y 1950, según el calendario terrestre) hablan de una invasión marciana que invade exitosamente la Tierra.

-Ah.-El comisionado sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

-Y que luego -dijo Ettil-, fracasa.

-¡Traición! ¡Literatura subversiva!

-Como guste, pero permítame que saque algunas conclusiones. Las invasiones fracasan, invariablemente, a causa de un hombre joven, generalmente delgado, generalmente irlandés, generalmente solo, llamado Mick o Rick o Jick, que destruye a los marcianos.

-¡No creerá eso!

-No, no creo que los terrestres puedan hoy hacer eso... no. Pero tienen una tradición, ¿comprende, comisionado? Varias generaciones de niños han leído, han absorbido esos cuentos. No conocen sino una serie de invasiones sucesivamente aplastadas. ¿Puede usted decir otro tanto de la literatura de Marte?

-Bueno . . .

-Creo que no.

-Sabe que no. Nunca hemos escrito esas historias tan fantásticas. Sólo atacamos, y morimos.

-No comprendo su razonamiento. ¿Qué relación ve usted entre la guerra y estas revistas?

-La moral. Algo muy importante. Los terrestres saben que no pueden fracasar. Lo llevan adentro, como la sangre en las venas. No pueden fracasar. Rechazaron todas las invasiones, aun aquellas maravillosamente organizadas. El haber leído durante su adolescencia todas esas historias les ha dado una fe que no conocemos. Nosotros, los marcianos, no estamos seguros. Sabemos que podemos fracasar. Nuestra moral es muy baja, a pesar del estrépito de tambores y cobres.

-¡Basta! ¡Traidor! -gritó el comisionado-. Arrojaremos al fuego estas revistas y haremos lo mismo con usted dentro de diez minutos. Elija, Ettil Vrye: unirse a la legión de los guerreros, o morir en la hoguera.

-Hay que elegir entre dos muertes. Elijo la hoguera.

-¡Hombres!

Arrastraron a Ettil hasta el patio. Allí vio como arrojaban al fuego sus revistas, tan cuidadosamente coleccionadas. Habían preparado un pozo de petróleo de un metro y medio de profundidad. Encendieron el pozo. Las llamas atronaron el aire. Dentro de un minuto me echarán ahí, pensó Ettil.

En el otro extremo del patio, en la sombra, vio la solemne y solitaria figura de su hijo, con los ojos amarillos, grandes y brillantes, llenos de pena y miedo. El niño, silencioso, no se movía. Miraba a su padre como un animal agonizante, un animal callado que sólo quería esconderse.

Ettil miró el pozo de fuego. Sintió unas manos rudas que le arrancaban la ropa y lo empujaban hacia el rojo perímetro de la muerte. Tragó saliva, y gritó:

-¡Un momento!

El rostro del comisionado, enrojecido por las llamas, se adelantó a través del aire tembloroso.

-¿Qué pasa?

-Me uniré a la legión de los guerreros –respondió Ettil.

-¡Bien! Déjenlo en libertad.

Las manos cayeron.

Ettil se volvió y vio a su hijo que esperaba, allá en el otro extremo del patio. No sonreía, esperaba. En lo alto del cielo un dorado cohete incandescente subió entre las estrellas.

-Y ahora despediremos a estos valientes guerreros -dijo el comisionado.

La banda rompió a tocar, y el viento bañó suavemente, con una dulce lluvia de lágrimas, al ejército sudoroso. Los niños correteaban. Ettil miró a su mujer, que lloraba de orgullo, y a su hijo, serio y callado.

Entraron marchando en la nave, entre risas y hurras. Se ataron a las hamacas de tela de araña. Las hamacas se llenaron de hombres cansados y perezosos que esperaban masticando un poco de comida.

Una compuerta se cerró de golpe. Una válvula silbó.

-Hacia la Tierra y la destrucción -murmuró Ettil.

-¿Qué? -preguntó alguien.

-Hacia la gloriosa victoria -dijo Ettil con una mueca.

El cohete dio un salto.

El espacio, pensó Ettil. Henos aquí, rodando entre las tintas negras y las luces rosadas del espacio, en una cacerola. Henos aquí, en un cohete celebratorio lanzado hacia los terrestres para que cuando alcen la cabeza los ojos se les llenen de reflejos de miedo. ¿A qué se parece esto, estar lejos, muy lejos del hogar, la mujer y los hijos?

Ettil trató de analizar sus temblores. Es como atar tus entrañas a Marte y dar luego un salto de un millón de kilómetros. Tu corazón sigue allí, en Marte, reluciente, palpitante. Tu cerebro sigue allí, pensando, humeando, como una antorcha abandonada. Tu estómago sigue allí, en Marte,

somnoliento, tratando de digerir la última cena. Tus pulmones están allí, respirando el aire azul y embriagador de Marte, como un blando fuelle plegado que desea abrirse, que suspira añorando el resto de tu cuerpo.

Y aquí estás, un autómata sin engranajes, ni ruedas. El gobierno te ha hecho una autopsia, abandonando lo más importante sobre mares secos y oscuras colinas. Y aquí estás, vacío como una botella, apagado, sin sangre, con sólo un par de manos, para matar a los terrestres. Eres sólo un par de manos, pensó Ettil, en su frío aislamiento.

Aquí estás, en esta enorme tela de araña. Te acompañan algunos otros, pero están completos... tienen cuerpos y corazones. Pero lo vivo que había en ti, está allá ahora, arrastrándose por los mares vacíos, entre los vientos de la tarde. Esto que soy ahora, este barro helado, está ya muerto.

-¡Destacamentos de combate! ¡Destacamentos de combate!

-Listos, listos, listos.

-¡Arriba! ¡Dejen las telas! ¡Rápido!

Ettil se movió. Las dos manos frías se movieron ante él, en alguna parte.

Qué rápido ha sido todo, pensó. Hace un año un cohete terrestre llegó a Marte. Nuestros hombres de ciencia, con sus increíbles talentos telepáticos, copiaron la nave; nuestros trabajadores, con sus fábricas increíbles, la reprodujeron, cien veces. Ninguna otra nave ha llegado a Marte desde entonces, y sin embargo ya todos hablamos perfectamente el idioma de la Tierra. Conocemos su cultura, su modo de pensar. Y ahora vamos a pagar el precio de nuestra inteligencia.

-¡Preparen las armas!

-¡Listos!

-¡Apunten!

-¿Distancia?

-¡Quince mil kilómetros!

-¡Al ataque!

Un silencio susurrante. Un silencio de insectos en las paredes del cohete. El zumbido de insecto de las menudas bobinas, los pistones y los ejes de las ruedas. Un silencio de hombres acechantes. Un silencio de glándulas que emitían, acompasadamente, lentamente, unas gotas de sudor, en las axilas, sobre las cejas, bajo los ojos apagados y fijos.

-¡Atención! ¡Prepárense!

Ettil trató de sostenerse clavándose fuertemente las uñas en la razón.

Silencio... silencio, silencio. Espera.

-¡Tiiii... ti... tiii!

-¿Qué es eso?

-¡Una radio de la Tierra!

-¡Sintonicen!

-¡Están tratando de comunicarse con nosotros! ¡Sintonicen!

-¡Tii... ii!

-¡Aquí están! ¡Escuchen!

-Aquí la Tierra, llamando a la flota de invasión marciana.

El atento silencio, el zumbido de insecto retrocedieron para que la penetrante voz de la Tierra resonara en las cámaras llenas de hombres expectantes.

-Aquí la Tierra. ¡Os habla William Sommers, presidente de la Asociación de Productores Americanos!

Ettil se inclinó hacia adelante cerrando los ojos.

-Bienvenidos a la Tierra.

-¿Qué? -rugieron los hombres en el cohete-. ¿Qué dijo?

-Sí, bienvenidos a la Tierra.

-¡Es una trampa!

Ettil se estremeció, abrió los ojos y miró con asombro la voz invisible que brotaba del techo.

-¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos a la Tierra industrial y verde! -declaró la amable voz-. Os damos la bienvenida con los brazos abiertos. ¡Que vuestra sangrienta invasión se transforme en una eterna amistad!

-¡Una trampa!

-¡Chist! ¡Escuchen!

-Hace ya muchos años, nosotros los terrestres, renunciamos a la guerra, destruimos nuestras bombas atómicas. Todo el planeta es vuestro. Sólo os pedimos un poco de gracia, bondadosos invasores.

-¡No puede ser cierto! -murmuró una voz.

-Es una trampa.

-Aterrizad y sed bienvenidos, todos vosotros –dijo el señor William Sommers de la Tierra-. Aterrizad en cualquier parte. ¡La Tierra es vuestra! ¡Todos somos hermanos!

Ettil se echó a reir. Todos se volvieron hacia él. Los marcianos parpadearon.

-¡Se ha vuelto loco!

Ettil no dejó de reir hasta que alguien lo golpeó.

Un hombre bajo y gordo que esperaba en el centro de la plataforma de cohetes, en Green Town, California, sacó un limpio pañuelo blanco y se enjugó la frente cubierta de sudor. Luego miró allá abajo a las cincuenta mil personas rodeadas por un cordón de policías. Todos miraban el cielo.

-¡Allá vienen!

-¡Ah! -dijo la multitud.

-¡No, son gaviotas!

Un murmullo de desilusión.

-Quizá hubiese sido mejor declararles la guerra -dijo el alcalde-. Hubiésemos podido volvernos a casa.

-¡Chist! -dijo su mujer.

-¡Allá!- -rugió la multitud.

Los cohetes marcianos surgieron de la luz.

El alcalde miró nerviosamente a su alrededor.

-¿Todos preparados?

-Sí, señor -dijo Miss California 1965.

-Sí -dijo Miss América 1940 que había venido corriendo a sustituir a Miss América 1966 que estaba enferma.

-Sí, viejo -dijo el campeón de los recolectores de frutillas del valle de San Fernando, 1956.

-¿Lista la banda?

La banda alzó sus instrumentos de cobre como si fuesen cañones.

Los cohetes aterrizaron.

-¡Ahora!

La banda tocó Alla voy, California, diez veces.

Desde el mediodía hasta la una, el alcalde pronunció un discurso con ademanes ante los silenciosos y desconfiados cohetes.

A la una y cuarto se abrieron las puertas de las naves.

La banda tocó Oh, tú, hermoso pais, tres veces.

Ettil y otros clncuenta marcianos saltaron a tierra con las armas preparadas.

El alcalde corrió hacia ellos con la llave de la Tierra en las manos.

La banda tocó Santa Claus llega hoy a la ciudad y un coro traído de Long Beach cantó algo así como Los marcianos llegan hoy a la ciudad.

Los marcianos vieron que nadie llevaba armas y se tranquilizaron un poco.

Desde la una y media hasta las dos y cuarto el alcalde volvió a pronunciar su discurso pro marciano.

A las dos y media Miss América 1940 se ofreció a besar a todos los marcianos si se ponían en fila.

A las dos y media y diez segundos la banda tocó ¿Cómo están todos, cómo están? para disimular la confusión creada por la sugestión de Miss América.

A las dos y treinta y cinco el campeón de los recolectores de frutillas, l956, presentó a los marcianos un camión de dos toneladas lleno de frutillas.

A las dos y treinta y siete el alcalde repartió entre los marcianos unos pases gratuitos para los cines Eltte y Majestic, uniendo a este regalo otro discurso que duró hasta después de las tres.

La banda tocó y las cincuenta mil personas cantaron Pues son tan alegres y buenos.

Se hicieron las cuatro de la tarde.

Ettil se sentó a la sombra del cohete, con dos de sus compañeros.

-¡Así que esto es la Tierra!

-Yo opino que hay que matar a estas ratas sucias -dijo un marciano-. No confío en ellos. Son astutos como serpientes. ¿Por qué nos reciben de este modo? -Alzó una caja. En su interior algo se movía, susurrando-. ¿Qué me han dado aquí? Una muestra, dijeron.-El marciano leyó el marbete: BLIX, EL NUEVO JABON EN ESCAMAS

La multitud erraba a la deriva, apretada alrededor de los marcianos como en un desfile de carnaval. Se oía el murmullo insistente de los que hacían preguntas señalando las naves con el dedo.

Ettil sentía frío. Temblaba más que antes.

-¿No lo sienten? -susurró-. La tensión, la maldad de todo esto. Algo va a pasarnos. Tienen algún

plan. Un plan sutil y horrible. Van a hacernos algo... lo sé.

-¡Opino que hay que matarlos a todos!

-¿Cómo vas a matar a una gente que te llama "compañero" y "querido mío"? -preguntó otro marciano.

Ettil sacudió la cabeza.

-Son sinceros. Y sin embargo, siento como si nos disolviésemos lentamente en un tanque de ácido. Tengo miedo, de veras.-Sondeó las mentes de la multitud-. Sí, son verdaderamente cordiales. Adelante, camaradas, bienvenidos, eso nos dicen. Un montón de gente común que adora por igual a perros, gatos y marcianos. Y sin embargo... sin embargo...

La banda tocó Barrilito de cerveza. Por cortesía de las cervecerías Hagenback, Fresno, California, se distribuyó cerveza gratis a todo el mundo.

Los marcianos se sintieron enfermos. Se pusieron a vomitar. Las bocas se transformaron en fuentes de agua sucia. El ruido de los vómitos atravesó los prados.

Ettil, enfermo, se sentó bajo un sicomoro.

-Una conspiración, una horrorosa conspiración -gruñó llevándose las manos al vientre.

-¿Que comió? -preguntó el comisionado militar.

-Algo que llamaban copos de maíz –murmuró Ettil.

-¿Y nada más?

-Una especie de cilindro de carne, dentro de un pan; y un líquido amarillo en un vaso frío, y algo así como un pescado... -suspiró Ettil. Se le cerraban los ojos.

Los gemidos de los invasores marcianos se oían en todas partes.

-¡Maten a esas víboras! -gritó alguien débilmente.

-Calma -dijo el comisionado-. Han exagerado su hospitalidad, nada más. Vamos, de pie. En marcha hacia el pueblo. Instalaremos unas cuantas guarniciones para estar más seguros. Los otros cohetes ya están descendiendo en otros pueblos. Tenemos mucho trabajo por delante.

Los hombres se incorporaron y miraron estúpidamente a su alrededor.

-¡De frente, marchen!

-¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro!

Las inmaculadas tiendas del pueblecito dormían bajo un sol abrasador. El calor lo bañaba todo... los postes, el cemento, los metales, los toldos, las terrazas, el alquitrán... todo.

Los pasos marcianos resonaban sobre el asfalto.

-¡Alerta. hombres! -susurró el comisionado.

Pasaban en ese momento ante un instituto de belleza.

Del interior de la casa surgió una risita furtiva.

-¡Miren!

Una.cabeza cobriza se asomó y desapareció como una muñeca. Un ojo azul brilló e hizo un guiño desde el agujero de una cerradura.

-Una conspiración -murmuro Ettil-. Una conspiración como les dije.

Olores y perfumes, impulsados por los ventiladores, llenaron el aire de la calle. Las mujeres estaban escondidas en cavernas, como criaturas submarinas, bajo conos eléctricos, con cabello ondulados en raros torbellinos y picos, con ojos maliciosos y duros, tímidos y animales; con bocas rojas como el neón incandescente. Los ventiladores giraban y giraban, y un viento perfumado invadía la tarde tranquila, moviéndose entre árboles verdes, retorciéndose entre asombrados marcianos.

-¡En nombre de Dios! -gritó Ettil, con los nervios deshechos-. ¡Volvamos a los cohetes! ¡Volvamos a casa! ¡Nos agarrarán! ¿No las veis? ¡Esos horribles animales marinos, esas mujeres ocultas en sus frescas cuevitas de piedra artificial!

-¡Cállese!

Miradlas, pensó Ettil. Agitan los vestidos como agallas verdes y frías sobre las columnas de las piernas.

Ettil dio un grito.

-¡Cierre la boca!

-¡Van a arrojarse sobre nosotros, esgrimiendo cajas de bombones y ejemplares de El amor y Bellezas de Hollywood, chillando con sus bocas rojizas y grasientas! ¡Van a inundarnos con trivialidades, a destruir nuestra sensibilidad! ¡Miradlas, a punto de morir electrocutadas, con sus voces susurrantes, sus cantos y sus murmullos! ¿Os atreveríais a entrar ahí?

-¿Por qué no? -preguntaron los otros marcianos.

-¡Os freirán, os sacarán la sangre! Nadie podrá reconoceros. Os harán pedazos, os azotarán hasta que no quede de vosotros sino un marido, un hombre trabajador, el hombre que paga para que ellas puedan venir a sentarse aquí, a devorar sus malditos chocolates. ¿Pensáis que podríais dominarlas?

-Sí, por todos los dioses.

A lo lejos se oyó una voz, una voz alta y aguda, una voz de mujer que decía:

-¿No es gracioso ése del medio?

-Los marcianos no son tan malos después de todo. Son sólo hombres -dijo otra.

-¡Eh, eh! ¡Yoo-hoo! ¡Marcianos! ¡Eh!

Ettil escapó dando gritos.

Se sentó en un parque, estremeciéndose, recordando la escena. Alzó los ojos hacia el oscuro cielo de la noche, y se sintió tan lejos de su casa, tan desamparado. Sentado aquí, entre los árboles inmóviles, podía ver a lo lejos a los guerreros marcianos que paseaban por las calles, con mujeres terrestres, o desaparecían en la fantasmal oscuridad de los palacios de las emociones pequeñas, para oir allí los horribles sonidos de unas cosas blancas que se movían sobre pantallas blancas. Y al lado de los marcianos se sentaban unas mujercitas de pelo rizado, con unas bolas de goma gelatinosa entre las mandíbulas, y debajo de los asientos, sc endurecían otras bolas de goma con unas fósiles huellas que los dientecitos de gato de las mujeres habían impreso para siempre. La cueva de los vientos... el cine.

-Hola.

Ettil volvió la cabeza, aterrorizado.

Una mujer se había sentado en el banco, masticando perezosamente su pastilla de goma.

-No se escape; no muerdo -dijo la mujer.

-Oh -dijo Ettil.

-¿No le gustaría ir al cine? -preguntó la mujer.

-No.

-Oh, vamos. Todos van.

-No -dijo Ettil-. ¿No hay otra cosa que hacer en este mundo?

-¿Otra cosa? ¿No es ya bastante? -Los ojos de la mujer se abrieron llenos de sospecha-. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me quede en mi cuarto a leer un libro? ¡Ja, ja! Estaría bueno.

Ettil la miró un momento y al fin le preguntó:

-¿No hace usted otra cosa?

-Páseo en auto. ¿No tiene auto? Debería conseguirse un convertible Podler Seis. ¡Son maravillosos! Un hombre con un Podler Seis conquista a cualquier chica. Se lo aseguro -dijo la mujer, mirándolo-. Apuesto a que usted tiene montones de dinero.. . Viene de Marte, y todo. Apuesto a que si quisiera podría comprarse un Podler Seis e ir a todas partes.

-¿Al cine, por ejemplo?

-¿Le parece mal?

-No... no...

-Oiga, ¿sabe como quién habla usted? -dijo la mujer-. Como un comunista. Sí, señor. Nadie aguanta aquí esa clase de charla, se lo aviso. Nuestro viejo sistemita no tiene nada de malo. Hasta hemos dejado que ustedes los marcianos nos invadan sin levantar ni siquiera el dedo meñique, ¿acaso no es cierto?

-Sí -dijo Ettil-, y no entiendo por qué. ¿Cuál es el motivo?

-Porque somos de gran corazón, por eso. No se olvide, de gran corazón.

La mujer se alejó en busca de algún otro.

Recurriendo al poco ánimo que le quedaba, Ettil comenzó a escribirle a su mujer, moviendo cuidadosamente la pluma sobre la hoja apoyada en la pierna.

Querida Tylla...

Pero lo interrumpieron otra vez. Una vieja aniñada, con una carita llena de arrugas, pálida y redonda, sacudió una pandereta bajo las narices de Ettil obligándole a alzar los ojos.

-Hermano -exclamó la vieja con los ojos brillantes-. ¿Has sido salvado?

-¿Estoy en peligro? -preguntó Ettil incorporándose y dejando caer la lapicera.

-¡En terrible peligro! -lloró la mujer, golpeando la pandereta y clavando los ojos en el cielo-. Oh, hermano, necesitas ser salvado, urgentemente.

-Pienso lo mismo -dijo Ettil, estremeciéndose.

-Hoy hemos salvado a muchos. Yo misma salvé a tres marcianos. ¿No está bien? -La mujer le mostró los dientes.

-Creo que sí.

La vieja parecía dominada por alguna sospecha. Se inclinó hacia Ettil y le preguntó en voz baja:

-Hermano, ¿has sido bautizado?

-No se-murmuró Ettil a su vez.

-¿No lo sabes? -gritó la mujer alzando la mano y la pandereta.

-¿Es como ser fusilado?

-Hermano -dijo la mujer-. Estás en un estado pecaminoso lamentable. Le echaremos la culpa a tu descuidada educación. Apuesto a que esas escuelas de Marte son terribles... No enseñarán ninguna verdad. Sólo un montón de mentiras. Hermano, tienes que bautizarte si quieres ser feliz.

-¿Seré feliz aun en este mundo? -preguntó Ettil.

-No pretendas manjares en tu plato -dijo la mujer-. Conténtate con unas viejas lentejas, pues nos espera otro mundo mejor que éste.

-Lo conozco -dijo Ettil.

-Un mundo de paz -continuó la mujer.

-Sí.

-De serenidad.

-Sí.

-De leche y miel -dijo la vieja.

-Sí, sí.

-Y donde todos ríen.

-Ahora me doy cuenta -dijo Ettil.

-Un mundo mejor.

-Mucho mejor. Sí, Marte es un hermoso planeta.

-Oye -dijo la mujer, estirándose y dándole, casi, con la pandereta en la cara--, ¿te ríes de mí?

-¿Por qué? No. -Ettil se sentía confuso y asombrado-. Pensé que hablaba usted de...

-No de ese malvado, sucio y viejo Marte. ¡Creeme! Los hombres como tú arderán siglos y siglos, y sufrirán, y se cubrirán de pústulas negras, y serán horriblemente torturados.

-Reconozco que la vida en la Tierra no es nada agradable. La ha descrito usted muy bien.

-¡Estás burlándote de mí otra vez! -gritó la mujer, enojada.

-No, no... por favor. Soy un hombre ignorante.

-Bueno -dijo la mujer-, eres un pagano y los paganos no son gente buena. Toma este papel. Vé a esa dirección mañana. Te bautizaremos y serás feliz. Cantaremos y saltaremos y elevaremos juntos nuestras voces. Y si quieres podrás oir nuestra banda de trompetas. ¿Irás?

-Haré lo posible -dijo Ettil, titubeando.

La mujer se fue calle abajo, golpeando su pandereta, cantando hasta desgañitarse:

-¡Soy tan feliz, soy siempre tan feliz!

Aturdido, Ettil volvió a su carta:

Querila Tylla:

Pensar que en mi ingenuidad crei que los terrestres contraatacarian con fusiles y bombas. No, no. Cometí un triste error. Mick, o Rick, o Jick, esos apuestos jóvenes que salvan el mundo, no existen. No.

Hay rubios robots de rosados cuerpos de goma, reales, pero de algún modo irreales; vivos, pero de algún modo automáticos, que viven en cuevas. Sus dientes son de un tamaño increíble. Tienen, además, una mirada fija, inmóvil, por haberse pasado innumerables horas mirando peliculas. Sólo tienen músculos en las mandibulas: mastican incesantemente unos trozos de goma.

Y no sólo eso, querida Tylla, toda la civilización terrestre es algo semejante. Y hemos sido arrojados en esta civilización como un puñado de semillas en una mezcladora de cemento. Ninguno de nosotros podría sobrevivir. Nos matarán a todos, pero no con una bala, sino con un amable apretón de manos. Nos destruirán a todos, pero no con un cobete, sino con un automóvil . . .

Alguien dio un grito. Un enorme ruido. Otro ruido. Silencio.

Ettil alzó los ojos. A lo lejos, en la calle, habían chocado dos autos. Uno lleno de marcianos, el otro de terrestres. Ettil volvió a su carta.

Querida, querida Tylla. Unos pocos números si me permites. Cuarenta y cinco mil personas se matan todos los años en este continente americano, transformándose en jalea ahi mismo, en la misma lata, en los automóviles. Una jalea de sangre roja, con huesos blancos aquí y allá, como repentinos pensamientos, pensamientos horribles y ridículos, incrustados en la jalea. Los coches se repliegan transformándose en herméticas latas de sardinas... sólo jugo. y silencio.

Estiércol de sangre para las sonoras moscas del verano, desparramado por todas las carreteras. Rostros transformados en máscaras de la Víspera de Todos los Santos. (una de sus fiestas. Creo que ese día rinden culto a los automoviles. No sé. Es algo que tiene relación con la muerte.)

Miras por la ventana y ves a dos personas, que hasta hace un momento no se conocían, cariñosamente acostadas y juntas, muertas. Preveo que esas jóvenes brujas y esas gomas de mascar aplastarán, contaminarán y atraparán a nuestro ejército en los cines. Uno de estos días trataré de escapar e ir a Marte. Tendrá que ser pronto.

Quizá, Tylla mía en algun 1ugar esta noche, en esta misma Tierra. haya un hombre que tiene una palanca. Cuando mueva esa palanca, el mundo se salvará. Este hombre es hoy un desocupado. Su palanca está cubierta de polvo. El pobre se pasa las horas jugando al dominó.

Las mujeres de este malvado planeta están ahogándose en una marea de sentimentalismo, de falso romance. Buenas noches, Tylla. Deséame buena suerte, pues moriré probablemente tratando de escapar. Besos a los chicos.

Llorando en silencio, Ettil dobló la carta y se prometió a sí mismo llevarla más tarde al correo del cohete.

Dejó el parque. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? ¿Pero cómo? ¿Ir al correo esa misma noche, robar uno de los cohetes y volver solo a Marte? ¿Sería posible? Sacudió la cabeza. Se sentía confundido.

Sólo sabía que si se quedaba en la Tierra pasaría a ser el esclavo de un montón de cosas que zumbaban, roncaban, silbaban y emitían nubes de humo y malos olores. Y en seis meses sería el propietario de una úlcera rosada, grande y sensible; una presión arterial de dimensiones algebraicas; una miopía próxima a la ceguera, y unas pesadillas profundas como océanos e infectadas de intestinos de increíble longitud a través de los cuales tendría que abrirse paso a la fuerza durante todas las noches. No, no.

Ettil observó los rostros alucinados de los terrestres que desfilaban en sus ataúdes mecánicos. Pronto... sí, muy pronto, inventarían un auto con seis asas de bronce.

-Eh, usted.

La bocina de un auto. El largo féretro de un coche, negro y siniestro, se acercó a la acera. Un hombre se asomó a la ventanilla.

-¿Es usted marciano?

-Sí.

-Justo el hombre que busco. Suba, rápido... La gran ocasión de su vida. Suba. Iremos a hablar a un lugar tranquilo. Vamos, suba, no se quede ahí.

Como hipnotizado, Ettil abrió la puerta y entró en el coche.

El coche se alejó.

-¿Que deseas, E. V.? ¿Un manhattan? Dos manhattans, camarero. Okay, E. V. Yo convido. ¡Yo y los Grandes Estudios! No saques la cartera. Mucho gusto en conocerte, E. V. Mi nombre es R. R. Van Plank. Quizá has oído hablar de mí. ¿No? Bueno, chócalas igual.

Ettil sintió que le estrujaban y le masajeaban la mano. Estaban en una ratonera oscura, rodeados de música y camareros. Aparecieron dos copas. Todo había ocurrido tan rápidamente. Van Plank, con las manos cruzadas sobre el pecho, observaba su descubrimiento marciano.

-E. V. -dijo al fin-, te necesito para esto. La más espléndida de mis ideas. No sé ni cómo se me ocurrió; así de pronto. Estaba en casa, sentado, y pensé: ¡Dios mío, qué buena película sería! Los marcianos invaden la Tierra. ¿Qué necesito? Un consejero técnico. Subí a mi coche, te encontré, y aquí estamos. ¡Alcemos las copas! Por tu salud y tu futuro.

-Pero... -dijo Ettil.

-Sí, ya sé, necesitas dinero. Bueno, no faltará. Tengo aquí mismo una libretita de cheques muy apetitosa.

-No me gustan las golosinas terrestres...

-Muy gracioso, de veras. Bueno, te diré cómo imagino la película... Escucha. -Van Plank se inclino hacia adelante, excitado-. Para empezar, una escena con unos marcianos que bailan y tocan el tambor. Al fondo unas grandes ciudades de plata. ..

-Pero las ciudades marcianas no son así...

-Tenemos que darle color, muchacho, color. Deja que el viejo arregle este asunto. Bueno, ahí están los marcianos, bailando alrededor del fuego.

-Nosotros no bailamos alrededor del fuego.

-En esta película bailarán alrededor del fuego -declaró Van Plank con los ojos cerrados, orgulloso de su seguridad-. Luego aparecerán unas hermosas marcianas, altas y rubias.

-Las marcianas son morenas. . .

-Mira, E. V., así no podremos entendernos. Ah, me olvidaba, tendrás que cambiarte el nombre. ¿Cómo era?

-Ettil

-Un nombre de mujer. Te voy a poner uno mejor: Joe. Te llamarás Joe. Okay, Joe, como decía, nuestras marcianas serán rubias porque... porque sí. Si no el viejo no estará contento. ¿Se te ocurre algo?

-Pensaba que. . .

-Y en otra escena, muy emocionante, la joven marciana salva de la muerte a todos los marcianos cuando un meteoro o algo parecido destroza el cohete. Una escena formidable. Me alegra haberte encontrado, Joe. Harás un buen negocio con nosotros, te lo aseguro.

Ettil se inclinó hacia adelante y tomó al hombre por la muñeca.

-Un momento. Quiero preguntarle algo.

-Seguro, Joe. Adelante.

-¿Por qué han sido tan amables con nosotros? Invadimos su planeta y nos reciben alegremente, como a unos niños que han estado extraviados durante mucho tiempo. ¿Por qué?

-No sois muy inteligentes en Marte, ¿eh? Sois bastante ingenuos, ya me doy cuenta. Mira, Joe, piensa un momento. Todos somos gente común, ¿no es así? -Van Plank agitó una manita oscura adornada con esmeraldas-. Somos tan vulgares como la basura, ¿no es cierto? Bueno, aquí en la Tierra estamos orgullosos de ser así. Este es el siglo del hombre común, Bill, y estamos orgullosos de nuestra medianía. Bill, estás en un planeta lleno de Saroyans. Sí, señor, una enorme familia de amables Saroyans. .. Todo el mundo ama a todo el mundo. Os entendemos, Joe, y sabemos por qué habéis invadido la Tierra. Sabemos que os sentíais muy solos en ese frío y pequeño Marte, y que envidiabais nuestras ciudades...

-Nuestra civilización es más antigua que la de ustedes.

-Por favor, Joe, no me gusta que me interrumpan. Déjame terminar y luego dirás todo lo que quieras. Como te iba diciendo, os sentíais muy solos allá arriba, y bajasteis a ver nuestras ciudades y nuestras mujeres y todo lo demás, y nosotros os recibimos con los brazos abiertos. Todos somos hermanos. Sois hombres comunes como nosotros. Y, además, Roscoe, esta invasión puede darnos algunos beneficios. Por ejemplo, esta película nos reportará una ganancia neta de un billón de dólares. Estoy seguro. La semana próxima comenzaremos a vender una muñeca marciana, algo especial, a treinta dólares. Piensa en los millones que podemos ganar. Firmaremos también un contrato para vender un juego marciano a cinco. Hay muchas posibilidades.

-Ya veo -dijo Ettil, echándose hacia atrás.

-Y luego, naturalmente, está ese nuevo y espléndido mercado. Piensa en los depilatorios, las pastillas de goma y las pomadas para calzado que podemos venderos.

-Espere. Otra pregunta.

-Lárgala.

-¿Cómo se llama usted? ¿Que quiere decir R. R.?

-Richard Robert.

Ettil miró el cielo raso.

-¿Lo llamaron alguna vez, por casualidad, Rick?

-¿Cómo lo has adivinado, compañero? Rick, exacto.

Ettil suspiró y rio, rio. Extendió la mano.

-¿Así que usted es Rick? ¡Rick!

-¿Dónde está el chiste? Deja que el viejo lo sepa.

-No lo entendería... Una broma de familia. ¡Ja, ja! -Las lágrimas corrieron por las mejillas de Ettil y le llegaron a la boca. Golpeó la mesa, una y otra vez-. Así que usted es Rick. Oh, qué sorpresa, qué divertido. Nada de músculos prominentes, nada de fuertes mandíbulas, nada de revólveres. ¡Sólo una cartera llena de dinero y unos anillos de esmeraldas, y una enorme barriga!

-Eh, cuidado con lo que dices. No soy, quizá, un Apolo, pero...

-Deme la mano, Rick. ¡Deseaba tanto conocerlo! Usted conquistará Marte. Armado de cocteleras, arcos plantares, fichas de poker, bolsas de goma, gorras cuadriculadas y botellas de ron.

-Soy sólo un humilde hombre de negocios -dijo Van Plank bajando modestamente los ojos-. Hago mi trabajo y saco mis bocaditos. Eso es todo. Pero, como te decía, Marte sera un gran mercado para los juegos automáticos y las historietas de Dick Tracy. Campo virgen. ¿Nunca habéis visto una historieta, eh? ¡Muy bien! Os meteremos por los ojos unas cuantas cosas a los marcianos. ¡Os vais

a pelear por ellas, muchacho! ¡Os vais a pelear! ¿Y quién no? Perfumes, trajes de París, pantalones de Oshkosh, ¿eh? Y zapatos nuevos...

-No usamos zapatos.

-¿Pero qué me han traído? -preguntó R. R. con los ojos en el cielo raso-. ¿Un planeta de campesinos? Mira, Joe, ya arreglaremos eso. Os avergonzaréis de no usar zapatos. ¡Y luego os venderemos el betún!

-Oh.

Van Plank palmeó a Ettil.

-¿Trato hecho? ¿Serás el director técnico de mi película? Te daremos doscientos por semana para empezar. Y luego aumentaremos a quinientos. ¿Qué te parece?

-Me siento enfermo -dijo Ettil. Había bebido el manhattan y estaba pálido.

-Caramba, lo siento. No sabía que eso podía hacerte mal. Vamos a tomar un poco de aire.

Al aire libre, Ettil se sintió mejor.

-¿Así que por eso nos recibieron en la Tierra?

-Claro, hijo. Cuando un terrestre puede ganarse honestamente un dólar, míralo, desborda de entusiasmo. El cliente nunca se equivoca. Nada de rencores... Bueno, ésta es mi tarjeta. Ve a los estudios de Hollywood mañana por la mañana, a las nueve. No te olvides de estar a las nueve. Es una regla de la casa.

-¿Por qué?

-Gallagher, eres un pájaro raro, de veras; pero me gustas. Buenas noches. ¡Feliz invasión!

El automóvil se alejó.

Ettil lo siguió con los ojos, incrédulo. Luego, frotándose la frente con la palma de la mano, echó a caminar por la calle, hacia el aeropuerto.

-Bueno, ¿qué vas a hacer? -se preguntó a sí mismo, en voz alta.

Los cohetes, silenciosos, resplandecían a la luz de la luna. De la ciudad llegaban los lejanos ruidos de las fiestas. En un puesto médico atendían un caso grave de depresión nerviosa: un joven marciano que, a juzgar por sus gritos, había visto demasiado, había bebido demasiado, había oído demasiadas canciones en los fonógrafos rojos y amarillos de los cafés, y había sido perseguido alrededor de innumerables mesas por una mujer parecida a un elefante.

-No puedo respirar... Aplastado, atrapado -murmuraba el enfermo.

Los sollozos cesaron. Ettil dejó las sombras y cruzó una ancha avenida que llegaba hasta las naves. A lo lejos los guardias dormían, borrachos. Escuchó. De la ciudad llegaba el débil ruido de los

automóviles, la música y las bocinas. Imaginó otros ruidos: el insidioso zumbido de las máquinas que preparaban la levadura para engordar a los guerreros y hacerlos desmemoriados y perezosos; las narcóticas voces de las cavernas de los cines que acunaban y acunaban a los marcianos, incansablemente, incansablemente, hasta dormirlos de tal modo que desde entonces vivirían como sonámbulos.

Al cabo de un año, ¿cuántos marcianos habrían muerto enfermos del hígado, los riñones o el corazón? ¿Cuántos se habrían suicidado?

Ettil se detuvo en medio de la desierta avenida.

Podía elegir: quedarse aquí, aceptar el empleo en el estudio, presentarse todas las mañanas al trabajo, como consejero técnico, y al cabo de un tiempo decirle al productor que sí, de veras, había masacres en Marte; sí, las mujeres eran altas y rubias; sí, había danzas rituales y sacrificios; sí, sí, sí. O podía meterse en un cohete y volver, solo, a Marte.

-Pero, ¿y el año próximo? -se dijo.

Inaugurarían en Marte el club nocturno del Canal Azul, el casino de juegos de la Ciudad Antigua, en la misma ciudad. ¡Sí, en una de las antiguas ciudades de Marte! Tubos de neón, papeles sucios entre las ruinas, picnics en los viejos cementerios... todo eso todo.

Pero no en seguida. Pronto llegaría a casa. Tylla estaría esperándolo con su hijo, y durante un tiempo podrían sentarse a orillas del canal a leer los viejos y hermosos libros, a saborear un vino suave y raro... Y hablarían y vivirían en paz hasta que los tubos de neón cayeran sobre ellos.

Y quizá pudieran irse entonces a las montañas azules y ocultarse allí un año o dos, hasta que llegasen los turistas a sacar sus instantáneas y decir qué bonito era todo.

Sabía ya lo que iba a decirle a Tylla:

-La guerra es mala, pero la paz puede ser algo horrible.

Ettil se había detenido en medio de la ancha avenida.

Volvió la cabeza y no se sorprendió al ver que un coche venía hacia él, haciendo eses; un coche abierto, lleno de muchachos y muchachas vociferantes, de no más de dieciséis años. Vio que los ocupantes del coche lo señalaban con el dedo y gritaban. Oyó el ruido creciente del motor. El coche se precipitaba hacia él a noventa kilómetros por hora.

Ettil echó a correr.

Sí, sí, pensó cansadamente, con el coche ya encima, qué raro, qué triste. Suena como... una mezcladora de cemento.

Marionetas S. A.

Caminaban lentamente por la calle, a eso de las diez de la noche, hablando con tranquilidad. No tenían más de treinta y cinco años. Estaban muy serios.

-Pero ¿por qué tan temprano? -dijo Smith.

-Porque sí -dijo Braling.

-Tu primera salida en todos estos años y te vuelves a casa a las diez.

-Nervios, supongo.

-Me pregunto cómo te las habrás ingeniado. Durante diez años he tratado de sacarte a beber una copa. Y hoy, la primera noche, quieres volver en seguida.

-No tengo que abusar de mi suerte -dijo Braling.

-Pero, ¿qué has hecho? ¿Le has dado un somnífero a tu mujer?

-No. Eso sería inmoral. Ya verás.

Doblaron la esquina.

-De veras, Braling, odio tener que decírtelo, pero has tenido mucha paciencia con ella. Tu matrimonio ha sido terrible.

-Yo no diría eso.

-Nadie ignora cómo consiguió casarse contigo. Allá, en 1979, cuando ibas a salir para Río.

-Querido Río. Tantos proyectos y nunca llegué a ir.

-Y cómo ella se desgarró la ropa, y se desordenó el cabello, y te amenazó con llamar a la policía si no te casabas con ella.

-Siempre fue un poco nerviosa, Smith, entiéndelo.

-Había algo más. Tú no la querías. Se lo dijiste, ¿no es así?

-En eso siempre fui muy firme.

-Pero sin embargo te casaste.

-Tenía que pensar en mi empleo, y también en mi madre, y en mi padre. Una cosa así hubiese terminado con ellos.

-Y han pasado diez años.

-Sí -dijo Braling, mirándolo serenamente con sus ojos grises-. Pero creo que todo va a cambiar. Mira.

Braling sacó un largo billete azul.

-¡Cómo! ¡Un billete para Río! ¡El cohete del jueves!

-Sí, al fin voy a hacer mi viaje.

-¡Es maravilloso! Te lo mereces de veras. Pero, ¿y tu mujer, no se opondrá? ¿No te hará una escena?

Braling sonrió nerviosamente.

-No sabe que me voy. Volveré de Río de Janeiro dentro de un mes y nadie habrá notado mi ausencia, excepto tú.

Smith suspiró.

-Me gustaría ir contigo.

-Pobre Smith, tu matrimonio no ha sido precisamente un lecho de rosas, ¿eh?

-No, exactamente. Casado con una mujer que todo lo exagera. Es decir, después de diez años de matrimonio, ya no esperas que tu mujer se te siente en las rodillas dos horas todas las noches; ni que te llame al trabajo doce veces al día, ni que te hable en media lengua. Y parece como si en este último mes se hubiese puesto todavía peor. Me pregunto si no será una simple.

-Ah, Smith, siempre el mismo conservador. Bueno, llegamos a mi casa. ¿Quieres conocer mi secreto? ¿Cómo pude salir esta noche?

-Me gustaría saberlo.

-Mira allá arriba -dijo Braling.

Los dos hombres se quedaron mirando el aire oscuro.

En una ventana del segundo piso apareció una sombra. Un hombre de treinta y cinco años, de sienes canosas, ojos tristes y grises y bigote minúsculo se asomó y miró hacia abajo.

-Pero, cómo, ¡eres tú!--gritó Smith.

-¡Chist! ¡No tan alto!

Braling agitó una mano.

El hombre respondió con un ademan y desapareció.

-Me he vuelto loco -dijo Smith.

-Espera un momento.

Los hombres esperaron.

Se abrió la puerta de calle y el alto caballero de los finos bigotes y los ojos tristes salió cortesmente a recibirlos.

-Hola, Braling -dijo.

-Hola, Braling -dijo Braling.

Eran idénticos.

Smith abría los ojos.

-¿Es tu hermano gemelo? No sabia que...

-No, no -dijo Braling serenamente-. Inclínate. Pon el oído en el pecho de Braling Dos.

Smith titubeó un instante y al fin se inclinó y apoyó la cabeza en las impasibles costillas.
Tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

-¡Oh, no! ¡No puede ser!

-Es.

-Dejame escuchar de nuevo.

Tlc-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

Smith dio un paso atrás y parpadeó, asornbrado. Extendió una mano y tocó los brazos tibios y las mejillas del muñeco.

-¿Dónde lo conseguiste?

-¿No está bien hecho?

-Es increíble. ¿Dónde?

-Dale al señor tu tarjeta, Braling Dos.

Braling Dos movió los dedos como un prestidigitador y sacó una tarjeta blanca.

MARIONETAS, SOCIEDAD ANONIMA

Nuevos Modelos de Humanoides Elásticos,
De funcionamiento garantizado,
Desde 7.600 a 15.000 dólares,
Todo de litio.

-No -diio Smith.

-Sí -dijo Braling.

-Claro que sí -dijo Braling Dos.

-¿Desde cuándo lo tienes?

-Desde hace un mes. Lo guardo en el sótano, en el cajón de las herramientas. Mi mujer nunca baja, y sólo yo tengo la llave del cajón. Esta noche dije que salía a comprar unos cigarros. Bajé al sótano, saqué a Braling Dos de su encierro, y lo mandé arriba, para que acompañara a mi mujer, mientras yo iba a verte, Smith.

-¡Maravilloso! ¡Hasta huele como tú! ¡Perfume de Bond Street y tabaco Melachrinos!

-Quiza me preocupe por minucias, pero creo que me comporto correctamente. Al fin y al cabo mi mujer me necesita a mí. Y esta marioneta es igual a mí, hasta el último detalle. He estado en casa toda la noche. Estaré en casa con ella todo el mes próximo. Mientras tanto otro caballero paseará al fin por Río. Diez años esperando ese viaje. Y cuando yo vuelva de Río, Braling Dos volverá a su cajón.

Smith reflexionó un minuto o dos.

-¿Y seguirá marchando solo durante todo ese mes? -preguntó al fin.

-Y durante seis meses, si fuese necesario. Puede hacer cualquier cosa -comer, dormir, transpirar- cualquier cosa, y de un modo totalmente natural. Cuidarás muy bien a mi mujer, ¿no es cierto, Braling Dos?

-Su mujer es encantadora -dijo Braling Dos-. Estoy tomándole cariño.

Smith se estremeció.

-¿Y desde cuándo funciona Marionetas, S. A.?

-Secretamente, desde hace dos años.

-Podría yo... quiero decir, sería posible... -Smith tomó a su amigo por el codo-. ¿Me dirías dónde puedo conseguir un robot, una marioneta, para mí? Me darás la dirección, ¿no es cierto?

-Aquí la tienes.

Smith tomó la tarjeta y la hizo girar entre los dedos.

-Gracias -dijo-. No sabes lo que esto significa. Un pequeño respiro. Una noche, una vez al mes. .. Mi mujer me quiere tanto que no me deja salir ni una hora. Yo también la quiero mucho, pero recuerda el viejo poema: "El amor volará si lo dejas; el amor volará si lo atas." Sólo deseo que ella afloje un poco su abrazo.

-Tienes suerte, después de todo. Tu mujer te quiere. La mía me odia. No es tan sencillo.

-Oh, Nettie me quiere locamente. Mi tarea consistirá en que me quiera cómodamente.

-Buena suerte, Smith. No dejes de venir mientras estoy en Río. Mi mujer se extrañará si desaparecieras de pronto. Tienes que tratar a Braling Dos, aquí presente, lo mismo que a mí.

-Tienes razón. Adiós. Y gracias.

Smith se fue, sonriendo, caile abajo. Braling y Braling Dos se encaminaron hacia la casa.

Ya en el ómnibus, Smith examinó la tarjeta silbando suavemente.

Se ruega al señor cliente que no hable de su compra. Aunque ha sido presentado al Congreso un proyecto para legalizar Marionetas, S. A., la ley pena aún el uso de los robots.

-Bueno -dijo Smith.

Se le sacará al cliente un molde del cuerpo y una muestra del color de los ojos, labios, cabellos, piel, etc. El cliente deberá esperar dos meses a que su modelo esté terminado.

No es tanto, pensó Smith. De aquí a dos meses mis costillas podrán descansar al fin de los apretujones diarios. De aquí a dos meses mi mano se curará de esta presión incesante. De aquí a dos meses mi aplastado labio inferior recobrará su tamaño normal. No quiero parecer ingrato, pero... Smith dio vuelta la tarjeta.

Marionetas, S. A. funciona desde hace dos años. Se enorgullece de poseer una larga lista de satisfechos clientes. Nuestro lema es "Nada de ataduras." Dirección: 43 South Wesley.

El ómnibus se detuvo. Smith descendió, y caminó hasta su casa diciéndose a sí mismo: Nettie y yo tenemos quince mil dólares en el banco. Podría sacar unos ocho mil con la excusa de un negocio. La marioneta me devolverá el dinero, y con intereses. Nettie nunca lo sabrá.

Abrió la puerta de su casa y poco después entraba en el dormitorio. Allí estaba Nettie, pálida, gorda, y serenamente dormida.

-Querida Nettie. -Al ver en la semioscuridad ese rostro inocente, Smith se sintió aplastado, casi, por los remordimientos-. Si estuvieses despierta me asfixiarías con tus besos y me hablarías al oído. Me haces sentir, realmente, como un criminal. Has sido una esposa tan cariñosa y tan buena. A veces me cuesta creer que te hayas casado conmigo, y no con Bud Chapman, aquel que tanto te gustaba. Y en este último mes has estado todavía más enamorada que antes.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió de pronto deseos de besarla, de confesarle su amor, de hacer pedazos la tarjeta, de olvidarse de todo el asunto. Pero al adelantarse hacia Nettie sintió que la mano le dolía y que las costillas se le quejaban. Se detuvo, con ojos desolados, y volvió la cabeza. Salió de la alcoba y atravesó las habitaciones oscuras. Entró canturreando en la biblioteca, abrió uno de los cajones del escritorio, y sacó la libreta de cheques.

-Sólo ocho mil dólares -dijo-. No más. –Se detuvo-. Un momento.

Hojeó febrilmente la libreta.

-¡Pero cómo! -gritó-. ¡Faltan diez mil dólares! -Se incorporó de un salto-. ¡Sólo quedan cinco mil! ¿Qué ha hecho Nettie? ¿Qué ha hecho con ese dinero? ¿Más sombreros, más vestidos, más perfumes? ¡Ya sé! ¡Ha comprado aquella casita a orillas del Hudson de la que ha estado hablando durante tantos meses!

Se precipitó hacia el dormitorio, virtuosamente indignado. ¿Qué era eso de disponer así del dinero? Se inclinó sobre su mujer.

-¡Nettie! -gritó-. ¡Nettie, despierta!

Nettie no se movió.

-¡Qué has hecho con mi dinero! -rugió Smith.

Nettie se agitó, ligeramente. La luz de la calle brillaba en sus hermosas mejillas.

A Nettie le pasaba algo. El corazón de Smith latía con violencia. Se le secó la boca. Se estremeció. Se le aflojaron las rodillas.

-¡Nettie, Nettie! -dijo-. ¿Qué has hecho con mi dinero?

Y en seguida, esa idea horrible. Y luego el terror y la soledad. Y luego el infierno, y la desilusión. Smith se inclinó hacia ella, más y más, hasta que su oreja febril descansó, firmemente, irrevocablemente, sobre el pecho redondo y rosado.

-¡Nettie! -gritó.

Tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

Mientras Smith se alejaba por la avenida, internándose en la noche, Braling y Braling Dos se volvieron hacia la puerta de la casa.

-Me alegra que él también pueda ser feliz –dijo Braling.

-Sí -dijo Braling Dos distraídamente.

-Bueno, ha llegado la hora del cajón, Braling Dos.

-Precisamente quería hablarle de eso -dijo el otro Braling mientras entraban en la casa-. El sótano. No me gusta. No me gusta ese cajón.

-Trataré de hacerlo un poco más cómodo.

-Las marionetas están hechas para andar, no para quedarse quietas. ¿Le gustaría pasarse las horas metido en un cajón?

-Bueno . . .

-No le gustaría nada. Sigo funcionando. No hay modo de pararme. Estoy perfectamente vivo y tengo sentimientos.

-Esta vez sólo será por unos días. Saldré para Río y entonces podrás salir del cajón. Podrás vivir arriba.

Braling Dos se mostró irritado.

-Y cuando usted regrese de sus vacaciones, volveré al cajón.

-No me dijeron que iba a vérmelas con un modelo difícil.

-Nos conocen poco -dijo Braling Dos-. Somos muy nuevos. Y sensitivos. No me gusta nada imaginarlo al sol, riéndose, mientras yo me quedo aquí pasando frío.

-Pero he deseado ese viaie toda mi vida –dijo Braling serenamente.

Cerró los ojos y vio el mar y las montañas y las arenas amarillas. El ruido de las olas le acunaba la mente. El sol le acariciaba los hombros desnudos. El vino era magnífico.

-Yo nunca podré ir a Río -dijo el otro-. ¿Ha pensado en eso?

-No, yo...

-Y algo más. Su esposa.

-¿Qué pasa con ella? -preguntó Braling alejándose hacia la puerta del sótano.

-La aprecio mucho.

Braling se pasó nerviosamente la lengua por los labios

-Me alegra que te guste.

-Parece que usted no me entiende. Creo que. . . estoy enamorado de ella.

Braling dio un paso adelante y se detuvo

-¿Estás qué?

-Y he estado pensando -dijo Braling Dos- qué hermoso sería ir a Río, y yo que nunca podré ir...
Y he pensado en su esposa y... creo que podríamos ser muy felices, los dos, yo y ella.

-M-m-muy bien.-Braling caminó haciéndose el distraído hacia la puerta del sótano-. Espera un momento, ¿quieres? Tengo que llamar por teléfono.

Braling Dos frunció cl ceño.

-¿A quién?

-Nada importante.

-¿A Marionetas, Sociedad Anónima? ¿Para decirles que vengan a buscarme?

-No, no... ¡Nada de eso!

Braling corrió hacia la puerta. Unas manos dc hierro lo tomaron por los brazos.

-¡No se escape!

-¡Suéltame!

-No.

-¿Te aconsejo mi mujer hacer esto?

-No.

-¿Sospechó algo? ¿Habló contigo? ¿Está enterada?

Braling se puso a gritar. Una mano le tapó la boca.

-No lo sabrá nunca, ¿me entiende? No lo sabrá nunca.

Braling se debatió.

-Ella tiene que haber sospechado. ¡Tiene que haber influido en ti!

-Voy a encerrarlo en el cajón. Luego perderé la llave y compraré otro billete para Río, para su esposa.

-¡Un mornento, un momento! ¡Espera! No te apresures. Hablemos con tranquilidad.

-Adiós, Braling.

Braling se endureció.

-¿Qué quieres decir con "adiós"?

Diez minutos más tarde, la señora Braling abrió los ojos. Se llevó la mano a la mejilla. Alguien la había besado. Se estremeció y alzó la vista.

-Cómo... No lo hacías desde hace años -murmuró.

-Ya arreglaremos eso -dijo alguien

La Ciudad

La ciudad esperaba desde hacía veinte mil años. El planeta se movió en el espacio, y las flores del campo crecieron y cayeron, y la ciudad todavía esperaba. Y los ríos del planeta crecieron y se secaron y se convirtieron en polvo, y la ciudad todavía esperaba. Los vientos, que habían sido impetuosos y jóvenes, se hicieron serenos y viejos, y las nubes del cielo, ayer desgarradas y rotas, flotaron libremente en una perezosa blancura. Y la ciudad todavía esperaba.

La ciudad esperaba con sus vidrios y sus negras paredes de obsidiana, y sus altas torres y sus desnudas torrecillas, con sus calles desiertas y sus limpios pestillos, sin papeles ni huellas digitales. La ciudad esperaba y el planeta daba vueltas en el espacio alrededor de un sol blanco y azul, y las estaciones pasaban del hielo al fuego, y otra vez al hielo, y los campos verdes se convertían en prados amarillos.

Y en la mitad del año veinte mil la ciudad dejó de esperar.

Un cohete apareció en el cielo.

El cohete pasó rugiendo sobre la ciudad, giró, volvió, y fue a posarse entre los guijarros del campo, a treinta metros de las paredes oscuras.

Unas botas aplastaron las hierbas delgadas, y unos hombres hablaron, desde el interior del cohete, con los hombres que estaban afuera.

-¿Listos?

-Muy bien. En marcha hacia la ciudad. Jensen, usted y la patrulla de Hutchinson vayan adelante. Y tengan cuidado.

En las negras paredes se abrieron las narices ocultas, y una tromba de aire, uniformemente aspirada, entró en lo más profundo del cuerpo de la ciudad, por los canales, los filtros y los recolectores de polvo, hasta unas delgadas, sensibles y temblorosas membranas y bobinas, plateadas y brillantes. Una y otra vez se repitieron las inmensas succiones; una y otra vez unos cálidos vientos llevaron los olores del prado a la ciudad.

El olor del fuego, el olor de un meteoro, el olor del metal caliente. Una nave ha llegado de otro mundo. El olor del cobre, el seco olor de la pólvora quemada, y los azufres de la nave.

La información, impresa en unas bandas, pasó por unas ranuras, y unas ruedas amarillas la llevaron a otros aparatos.

Clic-chac-chac-chac.

Una máquina de calcular batió como un metrónomo: cinco, seis, siete, ocho, nueve. ¡Nueve hombres! Una instantánea máquina de escribir imprimió el mensaje en una hoja, que desapareció rápidamente entre dos rodillos.

Clic-clic-chac-chac.

La ciudad esperó las blandas pisadas de las botas de goma.

Las narices de la ciudad volvieron a abrirse.

El olor de la manteca. Sobre la ciudad, desde los hombres acechantes, el aura que flotaba hacia la enorme nariz se descompuso en recuerdos de leche, queso, crema, manteca, efluvios de una economía lechera.

Clic-clic.

-¡Cuidado, hombres!

-Jones, tenga su arma preparada. ¡No sea insensato!

-La ciudad está muerta, ¿para qué preocuparse?

-No se puede saber.

Ahora, ante la charla, las Orejas despertaron. Despues de haber escuchado durante siglos unos débiles vientos, después de haber oído cómo brotaban las hojas en los árboles, y cómo crecía suavemente la hierba en el tiempo en que se fundían las nieves, las Orejas se aceitaron a sí mismas y estiraron unos enormes parches de tambor, donde los corazones invasores batirían y golpearían delicadamente como temblorosas alas de murciélago. Las Orejas escucharon y la Nariz aspiró varios metros cúbicos de olores. Los hombres sudaron asustados. Se les mojaron las manos que sostenían las armas, y unas islas de humedad nacieron en las axilas.

La Nariz se movió y estudió el aire, como un catador que probase un viejo vino.

Chic-chic-chac-clic.

La información descendió girando en unas cintas paralelas. Sudor: cloruros, tanto y tanto por ciento; sulfatos, tanto y tanto; ácido úrico, nitratos amoniacales, tanto; creatinina, azúcar, ácido láctico, ¡ya está! Sonaron las campanas. Aparecieron los totales. La Nariz expelió el aire analizado. Las Orejas escucharon de nuevo:

-Creo que deberíamos volver al cohete, capitán.

-Soy yo quien da las órdenes, señor Smith.

-Sí, señor.

-¡Eh! ¡La patrulla! ¿Ven ustedes algo?

-Nada, señor. ¡Parece que estuviese muerta desde hace siglos!

-¿Ha oído, Smith? No hay nada que temer.

-No me gusta. No sé por qué. ¿No tiene la sensación de haber visto ya todo esto? Esta ciudad es demasiado familiar.

-Tonterías. Este sistema planetario está a billones de kilómetros de la Tierra. No hemos estado nunca aquí. Imposible. El único cohete interestelar que existe es el nuestro.

-Yo sin embargo lo siento así, señor. Creo que deberíamos irnos.

El ruido de los pasos cesó de pronto. Sólo se oía la respiración de los intrusos en el aire tranquilo.

La Oreja oyó y funcionó rápidamente. Los rotores giraron, los líquidos corrieron como arroyitos resplandecientes entre destiladores y válvulas. Una fórmula, y luego una mezcla. Momentos después, respondiendo a las solicitaciones de la Oreja y la Nariz, unas frescas nubes de vapor salieron por las aberturas de los muros y llegaron hasta los invasores.

-¿Huele eso, Smith? Ah, hierba verde. ¿Conocen algo mejor? Por Dios, me quedaría aquí sólo para respirar ese aroma.

La clorofila invisible voló entre los hombres inmóviles.

-¡Ah!

Los pasos resonaron otra vez.

-No hay nada malo en eso, ¿eh, Smith? ¡Adelante!

La Oreja y la Nariz descansaron aliviadas durante una billonísima fracción de segundo. La contramaniobra había tenido éxito. Los peones de ajedrez continuaron su marcha.

Ahora los nublados Ojos de la ciudad se despojaron de sus nieblas y sus brumas.

-¡Capitán, las ventanas!

-¿Qué?

-Las ventanas de ese edificio. ¡Ese! ¡Se movieron!

-No vi nada.

-Sí. Cambiaron de color. Antes eran oscuras. Son claras ahora.

-A mí me parecen unas ventanas comunes.

Los objetos borrosos adquirieron una forma precisa. En las entrañas mecánicas de la ciudad, unos ejes aceitados se adelantaron como émbolos, unas ruedas volantes se zambulleron en unos pozos de aceite verde. Los marcos de las ventanas se ajustaron. Los vidrios resplandecieron.

Abajo, por la calle, pasaban dos hombres, seguidos a cierta distancia por los otros siete miembros de la patrulla. Los uniformes eran blancos; los rostros, rojos como si alguien los hubiese abofeteado; los ojos, azules. Caminaban tiesamente con sus extremidades posteriores, y esgrimían unas armas metálicas. Calzaban botas. Eran del sexo masculino. Tenían ojos, bocas, narices y orejas.

Las ventanas se estremecieron, se aclararon, se dilataron apenas como los iris de innumerables ojos.

-¡Fíjese, capitán, las ventanas!

-Siga adelante.

-Yo me vuelvo, señor.

-¿Cómo?

-Me vuelvo al cohete.

-¡Smith !

-¡No quiero caer en una trampa!

-¿Tiene miedo de una ciudad desierta?

Los otros se rieron, incómodos.

-Sí, sí ¡ríanse!

La calle estaba empedrada. Las piedras tenían ocho centímetros de ancho por dieciséis centímetros de largo. Con un movimiento imperceptible, la calle cedió. Estaba pesando a los invasores.

En la máquina instalada en un sótano una aguja roja señaló en una escala: 79 kilos... 94, 69, 90, 88 ... y el registro del peso de los hombres descendió por unos carreteles hasta unas sombras vecinas.

Ahora la ciudad estaba totalmente despierta.

Ahora los ventiladores aspiraban y expiraban el aire, el olor a tabaco de las bocas de los invasores, el perfume jabonoso y verde de las manos. Hasta los globos oculares tenían un leve olor. La ciudad registró esos olores, y los sumó, y obtuvo un total que se unió a los otros totales. Las ventanas brillaron. La Oreja se endureció y estiró más y más su piel de tambor. Todos los sentidos de la ciudad hormigueaban ahora como ante la caída de una nieve invisible; contaban las respiraciones y los sordos latidos de los corazones ocultos, escuchaban, observaban, gustaban.

Pues las calles eran como lenguas, y allí donde pisaron los hombres el gusto dc las botas fue absorbido por los poros de las piedras. Y unos papeles de tornasol registraron ese gusto. Ese total químico, tan sutilmente recogido, se añadió a las sumas que crecían y esperaban el cálculo final entre las ruedas giratorias y los pistones susurrantes.

Pasos. Alguien que corre.

-¡Vuelva acá, Smith!

-¡No, váyanse al diablo!

-Deténganlo!

Pasos que se apresuran.

Un último examen: la ciudad, después de haber escuchado, observado, gustado. sentido, pesado y comparado, tenía que realizar un último examen.

En medio de la calle se abrió una trampa. El capitán, lejos de los otros, que corrían detrás de Smith, desapareció.

Colgado de los pies, el capitán murió en seguida. Una navaja le abrió la garganta, otra el pecho. Le vaciaron con rapidez las entrañas, y las expusieron sobre una mesa, bajo la calle, en un cuarto secreto. Unos grandes microscopios de cristal examinaron atentamente las rojas fibras de los músculos. Unos dedos sin cuerpo tocaron el corazón palpitante. Unas pinzas sujetaron a la mesa los jirones de la piel, mientras unas manos veloces movían las distintas partes del cuerpo como un hábil jugador de ajedrez que desplaza rápidamente sus peones rojos, sus piezas rojas. Allá arriba, en la calle, los hombres corrían. Smith corría, los hombres gritaban. Smith gritaba, y abajo, en este cuarto curioso, la sangre llenaba unas cápsulas, y agitada y batida cubría las delgadas platinas de los microscopios. Se sacaban cuentas, se registraban las temperaturas, se cortaba el corazón en diecisiete secciones, se abrían con presteza los riñones y el hígado. Del cráneo trepanado salía el cerebro; los nervios se estiraban como los alambres de un conmutador; se probaba la elasticidad de los músculos. Y en el subterráneo eléctrico, la Mente, al fin, sacaba el total definitivo, y toda la maquinaria hacía un alto monstruoso y momentaneo.

El total.

Estos son hombres. Estos son hombres de un mundo lejano, de un cierto planeta. Tienen ciertos ojos, ciertas narices, y caminan erguidos de cierto modo, y llevan armas, y piensan, y luchan, y tienen esos corazones y esos órganos que fueron registrados hace ya mucho tiempo.

Arriba, los hombres corrían, alejandose hacia el cohete.

Smith corría.

El total.

Estos son nuestros enemigos. Estos son los que esperamos desde hace tanto tiempo. Estos scn los hombres de los que queremos vengarnos. El total es definitivo. Estos son los hombres de un planeta llamado Tierra, que hace veinte mil años declaró la guerra a Taollan, que nos esclavizó y nos arruinó y nos destruyó con una peste mortífera. Luego se fueron a vivir a otra galaxia, escapando a esa muerte que habían diseminado entre nosotros. Olvidaron aquella guerra, aquellos días, Nos olvidaron. Pero nosotros no olvidamos. Estos son nuestros enemigos. Es indudable. Ha terminado nuestra espera.

-¡Smith, vuelve!

Rápido. Sobre la mesa roja, en el cuerpo abierto y vacío del capitán, otras manos empezaron a agitarse. Colocaron en ese húmedo interior unos órganos de cobre, plata, aluminio, goma y seda; unas arañas mecánicas tejieron bajo la piel una tela de oro; se añadió un corazón; en la caja craneana pusieron un cerebro de platino que zumbaba y emitía unas chipas azules; unos finos alambres unieron el cerebro con brazos y piernas. En sólo un instante otras manos cosieron el

cuerpo y borraron las incisiones y las cicatrices de la nuca, la garganta y el cráneo. Todo era perfecto, nuevo, reciente.

El capitán se sentó y flexionó los brazos.

-¡No corras, Smith!

El capitán reapareció en la calle, alzó el revólver e hizo fuego.

Smith cayó con una bala en el corazón.

Los otros hombres se dieron vuelta.

El capitán se acercó de prisa.

-¡Ese imbécil! ¡Tener miedo de una ciudad!

Los hombres miraron el cuerpo de Smith tendido a sus pies.

Luego miraron al capitán con unos ojos que se abrían y se cerraban.

-Escúchenme -dijo el capitán-. Tengo que decirles algo muy importante.

Ahora la ciudad, que había pesado y gustado y olido a los hombres, que había utilizado todos sus poderes, menos uno, se preparó para mostrar el último, el poder del lenguaje. No habló con la rabia y el odio de las torres y las paredes macizas, ni con el peso de las calles de piedra y las fortalezas repletas de máquinas. Habló con la voz tranquila de un ser humano.

-Ya no soy vuestro capitán. Ya no soy un hombre

Los hombres retrocedieron.

-Soy la ciudad -dijo la voz. En el rostro apareció una sonrisa-. He esperado doscientos siglos. He esperado a que los hijos de los hijos de los hijos volvieran aquí.

-¡Capitán, señor!

-Permítanme un momento. ¿Quién me ha creado? La ciudad. Unos hombres que murieron; la vieja raza que una vez vivió aquí. La gente que los terrestres dejaron morir de un mal espantoso, una lepra incurable. Y los seres de esa vieja raza, soñando con la vuelta de los hombres construyeron esta ciudad. El nombre de esta ciudad ha sido y es Venganza, en el planeta de las Sombras, a orillas del mar de los Siglos, al pie de la montaña de la Muerte. Todo muy poético. Esta ciudad iba a ser una balanza, un papel de tornasol, una antena que examinaría a todos los futuros viajeros del espacio. En veinte mil años sólo dos cohetes descendieron aquí. Uno venía de una galaxia remota llamada Ennt. La ciudad pesó y examinó a los ocupantes de aquel cohete y los dejó ir, sin un solo rasguño. Hizo lo mismo con los tripulantes del segundo cohete.¡Pero hoy! ¡Al fin habéis llegado! La venganza será total. Aquellos hombres murieron hace doscientos siglos, pero dejaron una ciudad para daros la bienvenida.

-Capitán, señor, usted no se siente bien. Será mejor que vuelva al cohete, señor.

La ciudad se estremeció.

Las piedras de la calle se apartaron y los hombres cayeron gritando. Y vieron, mientras caían, unas brillantes navajas que se apresuraban a recibirlos.

Pasaron algunos minutos. Luego el llamado.

-¿Smith?

-¡Presente!

-¿Jensen?

-¡Presente!

-¿Jones, Hutchinson, Springer?

-¡Presente, presente, presente!

-Volvemos a la Tierra en seguida.

-¡Sí, señor!

Las incisiones de los cuellos eran invisibles; lo mismo los ocultos corazones de cobre, los órganos de plata y los alambres de los nervios dorados y finos. Las cabezas emitían un leve zumbido eléctrico.

-¡Rápido!

Nueve hombres introdujeron en el cohete las bombas de gérmenes patógenos.

-Arrojaremos estas bombas sobre la Tierra.

-¡Muy bien, señor!

La portezuela del cohete se cerró de golpe. El cohete saltó hacia el cielo.

El estruendo de las turbinas comenzó a alejarse. La ciudad descansaba rodeada por los prados del estío. Los ojos de vidrio se apagaron. La Oreja se cerró; los grandes ventiladores de la Nariz dejaron de girar; las balanzas de las ca!Ies se detuvieron, y la maquinaria oculta volvió a hundirse en su baño de aceite.

El cohete se perdió en el cielo.

Lentamente, apaciblemente, la ciudad disfrutó del placer de morir.

La Hora Cero

¡Oh, era maravilloso! ¡Qué juego! Nunca se habían divertido tanto. Los niños salían como disparados por una catapulta a través de los verdes jardines, gritándose unos a otros, tomados de la mano, corriendo en círculos, subiéndose a los árboles, riendo a carcajadas. Sobre ellos volaban los cohetes y los autos-escarabajos susurraban en las calles. Pero los niños seguían jugando. Cuánta diversión, cuánta desbordante alegría, cuántos saltos y chillidos.

Mink entró corriendo en la casa, cubierta de polvo y sudor. Era, para sus siete años, alta, fuerte y decidida. Su madre, la señora Morris, apenas podía seguirla con los ojos mientras la niña abría violentamente los cajones y metía cacerolas y herramientas dentro de un saco.

-Cielos, Mink, ¿qué ocurre?

-¡El juego más maravilloso del mundo! –jadeó Mink, con el rostro enrojecido.

-Para un momento. Te va a hacer daño -le dijo su madre.

-No. Estoy bien -dijo Mink-. ¿Puedo llevarme esas cosas, mamá?

-Pero no las estropees -dijo la señora Morris.

-¡Gracias, gracias! -gritó Mink y ¡pum! ya se había ido, como un cohete.

La señora Morris siguió con los ojos a la niña.

-¿Cómo se llama ese juego?

-¡La invasión! -gritó Mink, y dio un portazo.

Los niños salían de todas las casas con cuchillos y cucharas y atizadores. Aquellos que tenían diez años o más despreciaban el asunto y se paseaban desdeñosamente encaramados en zancos o se divertían con una dignificada versión personal del juego del escondite.

Mientras tanto los padres iban y venían en sus escarabajos de cromo. Los obreros venían a arreglar los tubos neumáticos, a componer los aparatos de televisión de borrosas pantallas, o a martillar sobre las recalcitrantes máquinas de comida. La civilización adulta pasaba y volvía a pasar junto a los ocupados niños, celosa de esa feroz energía infantil, tolerantemente divertida, y deseosa de unirse a ellos.

-Esto y esto y esto -decía Mink, instruyendo a los otros y repartiendoles tenedores y tenazas-. Hagan esto y traigan aquello. No, tonto, ¡aqui! Eso es. Ahora sepárense.-Mink apoyaba la lengua en los dientes, arrugando pensativamente la cara-. Así. ¿Ven?

-¡Sí! -gritaban los chicos.

Joseph Connors, de doce años, se acercó corriendo.

-Vete -le dijo Mink, mirándolo.

-Quiero jugar -dijo Joseph.

-No puedes -dijo Mink.

-¿Por qué?

-Te ríes de nosotros.

-No. De veras, no me reiré.

-No. Te conocemos. Vete o te echamos de aquí a empujones.

Otro niño de doce años se acercó en sus patines de motor.

-¡Eh, Joe! ¡Vamos! ¡No juegues con las mujeres!

Joseph titubeó, pensativo.

-Yo quiero jugar.

-Eres grande -dijo Mink con firmeza.

-No tan grande -dijo Joe reflexivamente.

-Te vas a reir y estropearás la invasión.

El muchacho de los patines de motor resopló.

-¡Vamos, Joe! ¡Siempre con sus cuentos de hadas! ¡Son unas tontas!

Joseph se alejó lentamente, sin dejar de mirar hacia atrás, hasta llegar a la esquina.

Mink volvió a su tarea. Estaba construyendo, con sus utensilios, una especie de aparato. Otra niña, provista de lápiz y papel, tomaba notas, lenta y trabajosamente. Sus voces se elevaban y descendían bajo la cálida luz del sol.

Alrededor de los niños murmuraba la ciudad. En las calles se alineaban unos árboles verdes, rectos, pacíficos. Sólo el viento alteraba la calma de las casas, el país, el continente. En otro millar de ciudades había árboles y niños y calles y hombres de negocios que dictaban sus cartas en tranquilas oficinas o que miraban las pantallas de televisión. Los cohetes revoloteaban, como agujas de zurcir, por el cielo azul. Era la universal y tranquila quietud de los hombres acostumbrados a la paz, totalmente seguros de que nada volvería a turbarla. Todos los hombres de la Tierra, tomados del brazo, formaban un frente unido. Las armas perfectas habían sido equitativamente repartidas entre todas las naciones. Se había establecido una situación de increíble y hermoso equilibrio. No llabía traidores, ni desgraciados, ni descontentos. El mundo se alzaba sobre bases firmes. La luz del sol iluminaba la mitad del planeta, y los árboles se adormecían acunados por una marea de aire cálido.

La madre de Mink, desde una ventana del primer piso, paseó los ojos por el jardín.

Los niños. Los miró un rato y sacudió la cabcza. Bueno, comían bien, dormían bien, y el lunes volverían al colegio. Dios bendiga sus vigorosos cuerpecitos.

La mujer escuchó.

Mink hablaba seriamente con alguien que estaba cerca del rosal... pero no había nadie allí.

Estos niños, qué raros. Y la niñita, ¿cómo se llamaba? ¿Anna? Anna anotaba en un bloc de papel. Mink le preguntaba algo al rosal y luego le pasaba la respuesta a Anna.

-Triángulo -dijo Mink.

-¿Que es un triángulo? -dijo Anna con dificultad.

-No importa -dijo Mink.

-¿Cómo se escribe? -preguntó Anna.

-T-r-i... -deletreó Mink, lentamente-. ¡Oh! ¡Escribe! -Siguió con otras palabras-: Rayo...

-¡Todavía no he escrito tri... ángulo! -dijo Anna

-¡Bueno, rápido, rápido! -gritó Mink.

La madre de Mink sacó el cuerpo fuera de la ventana.

-A-n-g-u-l-o -deletreó.

-Oh, gracias, señora Morris -dijo Anna.

-De nada -dijo la madre de Mink y se fue riéndose a limpiar el vestíbulo con la barredora electromagnética.

Las voces temblaban en el aire luminoso.

-Rayo -dijo Anna, allá lejos.

-Cuatro, nueve, siete, A y B, y X -dijo la seria y apagada voz de Mink-. Y un tenedor y una cuerda y un hex. . hex... agón... ¡hexágono!

A la hora del almuerzo Mink bebió rápidamente su vaso de leche, devoró una rodaja de pan y se lanzó otra vez hacia el jardín. La madre golpeó la mesa.

-¡Siéntate! -ordenó-. Serviré la sopa dentro de un minuto.

La señora Morris apretó uno de los rojos botones de la cocinera automática y diez segundos más tarde algo cayó con un golpe sordo sobre la goma de la máquina receptora. La mujer abrió la máquina, sacó un recipiente con un par de tenazas de aluminio, lo abrió con una llave, y llenó de sopa el plato de Mink.

La niña, mientras tanto, se agitaba en su asiento.

-¡Rápido, mamá! ¡Es cuestión de vida o muerte!

-A mí me pasaba lo mismo cuando tenía tus años. Siempre era cuestión de vida o muerte. Conozco la historia.

Mink se lanzó sobre la sopa.

-Despacio -dijo su madre.

-No puedo -dijo Mink-. Drill me está esperando.

-¿Quién es Drill? ¡Qué nombre raro! -dijo la señora Morris.

-No lo conoces -dijo Mink.

-¿Un vecino nuevo? -preguntó la mujer.

-Sí, es nuevo, de veras -dijo Mink, y comenzó a devorar su segundo plato.

-¿Dónde vive Drill? -preguntó su madre.

-Por ahí -dijo Mink, evasiva-. Te vas a reir. Todos se ríen, pobre.

-¿Es muy tímido?

-Sí. No. Algo. Oh, mamá. Voy a tener que correr para que haya invasión.

-¿Que invasión es ésa?

-Los marcianos invaden la Tierra. Bueno, no son marcianos realmente. Son... No sé. De arriba.

Mink apuntó con la cuchara.

-Y de adentro -dijo la madre, tocando la afiebrada frente de Mink.

Mink protestó.

-¡Te estás riendo! ¡Matarás a Drill y a todos!

-No quisiera hacerlo. ¿Drill es un marciano?

-No. Es... bueno... viene de Júpiter o de Saturno o de Venus. Pero le ha costado mucho.

La señora Morris se llevó una mano a la boca.

-Me lo imagino.

-No sabían cómo atacar a los terrestres.

-Somos inexpugnables -dijo la mujer con una seriedad burlona.

-¡Eso mismo dijo Drill! Ine... Esa misma palabra, mamá.

-Caramba, caramba. Drill es un niño muy inteligente. Sabe palabras difíciles.

-No sabían cómo atacar, mamá. Drill dice... dice que para ganar una pelea hay que sorprender a la gente. Y dice también que hay que recibir ayuda del enemigo.

-La quinta columna.

-Sí. Eso dice Drill. Y no sabían cómo sorprender a los tcrrestres, y no encontraban a nadie que los ayudara.

-No me asombra. Somos muy unidos.

La señora Morris se rio, retirando los platos. Mink siguió allí, con los ojos clavados en la mesa, absorta en lo que estaba diciendo:

-Hasta que un día -susurró Mink melodramáticamente- ¡pensaron en los niños!

-¡Vaya, vaya! -dijo la sonriente señora Morris.

-Y pensaron que como los grandes están siempre ocupados no mirarían en los jardines ni debajo de los rosales.

-Sólo para buscar hongos o caracoles.

-Y además están las dim-dims.

-¿Las dim-dims?

-Las dims... ones.

-¿Dimensiones ?

-¡Sí! ¡Cuatro! Y también los niños más pequeños, y la imaginación... Es divertido oírlo a Drill.

La señora Morris estaba cansada.

-Sí, seguramente. Se está haciendo tarde, y si quieres terminar tu invasión antes del baño, será mejor que corras.

-¿Tengo que bañarme, mamá?

-Claro. ¿Por qué los niños odiarán el agua? Todos los niños, en todas las épocas de la historia han odiado que les laven las orejas.

-Drill dice que no tendré que bañarme.

-Oh, ¿dice eso, eh?

-Se lo dice a todos los chicos. No más baños. Y nos quedaremos levantados hasta las diez, ¡y veremos dos funciones de televisión en vez de una!

-Bueno, el señor Drill se está metiendo en camisa de once varas. Hablaré con su madre y...

Mink fue hacia la puerta.

-Pete Britz y Dale Jerrick nos dan mucho trabajo. Están creciendo. Se ríen. Son peores que los papás y las mamás. No creen en Drill. Son así porque están creciendo. Y no se dan cuenta. Hace dos años eran chicos todavía. Los odio más que a nadie. Los mataremos primero.

-¿Y luego a tu padre y a mí?

-Drill dice que sois peligrosos. ¿Sabes por qué?

-¡Porque no creeis en los marcianos! Van a dejar que nosotros mandemos en el mundo. Bueno, nosotros solos, no. También los chicos que viven enfrente. Yo seré reina. -Mink abrió la puerta-. ¿Mamá?

-¿ Sí ?

-¿Qué quiere decir lógica?

-¿Lógica? Bueno, querida, la lógica dice qué cosas son ciertas y cuáles no.

-Drill entendio eso -dijo Mink-. ¿Y qué quiere decir im-pre-sio-na-ble? -Mink tardó un minuto en pronunciar la palabra.

-Bueno, quiere decir... -La señora Morris miró las tablas del piso, riéndose suavemente-. Quiere decir... ser un niño, querida.

-¡Gracias por el almuerzo! -Mink salió corriendo, y en seguida se detuvo y volvió la cabeza-. Mamá, espero que no te duela mucho, de veras.

-Bueno, gracias -dijo la madre.

A las cuatro se oyó el zumbido del audiovisor. La señora Morris movió la llavecita.

-¡Hola, Helen! -saludó.

-Hola, Mary ¿Cómo andan las cosas en Nueva York?

-Muy bien. ¿Y en Scranton? Pareces cansada.

-Tú también. Los niños. Me agotan -dijo Helen.

La señora Morris suspiró.

-Mink es igual. La superinvasión.

Helen se rio.

-¿También tus chicos juegan a eso?

-Dios, sí. Mañana se tratará de asnos geométricos o de arbustos motorizados. ¿Eramos así en el año 48?

-Peores Japoneses y nazis. No sé cómo mis padres me aguantaban. Yo era casi como un muchacho.

-Los padres aprenden a hacerse los sordos.

Un silencio.

-¿Qué te pasa, Mary?--preguntó Helen.

La señora Morris había bajado la vista y se pasaba la lengua lenta y pensativamente por el labio inferior.

-¿Eh? -preguntó sobresaltada-. Oh, nada importante. Sólo eso. Hacerse los sordos y esas cosas. ¿Qué estábamos diciendo?

-Mi hijo Tim sólo habla de alguien llamado... Drill. Sí, creo que así se llama.

-Debe de ser una nueva contraseña. Mink también está enloquecida con ese Drill.

-No sabía que hubiese llegado hasta Nueva York. De boca en boca, me imagino. Una moda. Hablé con Josephine y me dijo que sus hijos -en Boston- están entusiasmadísimos con ese juego.

En ese momento Mink entró en la cocina, dando saltos. Venía a beber un vaso de agua. La señora Morris se volvió hacia ella.

-¿Cómo andan las cosas?

-Falta poco.

-Magnífico -dijo la señora Morris-. ¿Qué es eso?

-Un yo-yo -dijo Mink-. Fíjate. -Mink dejó caer el yo-yo. .. Cuando ya llegaba al final del hilo, el yo-yo... desapareció.

-¿Viste? -dijo Mink-. ¡Hop! -Abrió la mano y el yo-yo aparecio de nuevo subiendo por el hilo.

-Hazlo otra vez -le dijo su madre.

-No puedo. ¡La hora cero es a las cinco! ¡Adiós!

Mink se fue jugando con su yo-yo.

En el audiovisor, Helen se reía.

-Tim trajo uno de esos yo-yos esta mañana. No quería mostrármelo, y cuando al fin traté de hacerlo funcionar, no pude

-No eres impresionable -dijo la señora Morris.

-¿Qué?

-Nada. Algo que he pensado. ¿Qué querías, Helen?

-¿Podrías darme la receta de esa torta blanca y negra?

La hora pasó lentamente. El día se desvaneció. El sol bajó en el pacífico cielo azul. Las sombras se alargaron en los prados verdes. Las risas y la excitación de los niños seguían como antes. Una niñita se escapó llorando. La senora Morris se asomó a la puerta.

-Mink, ¿por qué lloraba Peggy Ann?

Mink estaba en el jardín, en cuclillas, cerca del rosal.

-Oh, es una miedosa. No queremos que juegue con nosotros. Es demasiado grande para jugar. Me parece que creció de pronto.

-¿Y por eso lloraba? Señorita, me va a contestar correctamcnte o se viene para adentro.

Mink se incorporó consternada y con cierta irriración .

-No puedo. Es casi la hora. Seré buena, mamá. Lo siento.

-¿Le pegaste a Peggy Ann?

-No, de veras. Pregúntaselo. Fue algo... bueno, es una nena miedosa.

Los chicos rodearon a Mink. La niña volvió a trabajar con sus cucharas y un rectángulo formado por martillos y tubos.

-Así y así -murmuró Mink.

-¿Oué pasa? -preguntó la señora Morris.

-Drill se atascó. A mitad de camino. Si pudiesemos sacarlo sería más fácil. Los otros vendrían detrás.

-¿Puedo ayudarte?

-No, mamá, gracias. Yo lo arreg!aré.

-Muy bien. Dentro de media hora te llamaré para el baño. Me cansa mirarte.

La señora Morris entró en la casa v se sentó en la mecedora automática, bebiendo a sorbos un vaso de cerveza. La silla le masajeó la espalda. Niños, niños. Niños, y amor, y odio, todo junto. A veces los niños te quieren, a veces te odian, todo en un instante. Qué raros son. ¿Olvidarán o perdonarán los azotes, y las duras y estrictas voces de mando? ¿Cómo, se preguntó, puede uno olvidar y perdonar a esos seres de allá arriba, a esos altos y tontos dictadores?

Pasó el tiempo. Un curioso silencio, un silencio expectante, y cada vez más pesado, se posó sobre la calle.

Las cinco. Un reloj cantó suavemente en algún rincón de la casa con una voz serena y musical:

-Las cinco... las cinco. El tiempo pasa. Las cinco -Y la voz se hundió en el silencio.

La hora cero.

La seríora Morris se rio entre dientcs. La hora cero. Un auto-escarabajo susurró en la avenida. El señor Morris. La señora Morris sonrió. El señor Morris salió del auto, cerró la puerta con llave, y saludó alegremente a Mink que seguía trabajando. Mink no le hizo caso. El hombre se rio y se detuvo un momento a observar a los niños. Luego subió los escalones que llevaban a la puerta.

-Hola, querida.

-Hola, Henry.

La señora Morris se sentó en el borde de la silla. Los chicos estaban callados. Demasiado callados.

El señor Morris vació su pipa y volvió a llenarla.

-Qué día hermoso. Da gusto vivir.

Un zumbido.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Henry.

-No sé.

La mujer se incorporó de pronto, con los ojos muy abiertos. Iba a decir algo. Se detuvo. Era ridículo. Se estremeció.

-Esos niños no jugaban con nada peligroso, ¿no es cierto?

-Nada. Sólo caños y martillos. ¿Por qué?

-Nada eléctrico.

-Pero no -dijo Henry-. Me he fijado.

La señora Morris entró en la cocina. El zumbido continuaba.

-De todos modos, diles que basta por hoy. Pasan de las cinco. Diles que...-La mujer parpadeó y se rio, nerviosamente-. Diles que dejen la invasión para mañana.

El zumbido se hizo más intenso.

-¿Qué hacen? Bueno, iré a ver.

La explosión.

La casa se sacudió con un sordo ruido. Otras explosiones resonaron en otras casas, en otros jardines.

La señora Morris gritó, involuntariamente:

-¡Vamos, arriba, rápido!

Su grito no tenía ningún sentido. Quizá había visto algo de reojo; quiza había olido un nuevo olor. No había tiempo para discutir con Henry. No había tiempo de convencerlo. Deja que piense que estás loca. Sí, ¡loca! Estremeciéndose, corrió escaleras arriba. Su marido la siguió.

-¡En el altillo! -gritó la mujer-. ¡Allí fue!

Era sólo una pobre excusa para encerrar a Henry en el altillo, mientras hubiese tiempo. Oh, Dios, tiempo.

Otra explosión en la calle. Los niños gritaron entusiasmados como ante unos hermosos fuegos de artificio.

-¡No es en el altillo! -gritó Henry-. ¡Es afuera!

-¡No, no! -Sin aliento, jadeante, la mujer siguió corriendo-. Vas a ver. ¡Rápido! ¡Rápido!

Entraron en el altillo. La mujer cerró la puerta, y tiró la llave a un rcvuelto rincón. Unas palabras incomprensibles le salían de la boca. Todas las secretas sospechas y todos los temores que había sentido esa tarde y que habían fermentado en ella como un vino. Todas las menudas revelaciones y scnsaciones que la habían acosado durante todo ese dia y que lógicamente, cuidadosamente, razonablemente, había rechazado y censurado. Ahora estallaban en ella, y le destrozaban las entrañas.

-Aquí, aquí -decía sollozando, apoyada en la puerta. Estaremos a salvo hasta la noche. Quiza podamos salvarnos. Quiza podamos cscapar.

Henry perdió tambián la cabeza, pero por otro motivo.

-¿Estás loca? ¿Por qué has tirado la llave? ¡Esto no tiene sentido!

-Sí, sí. Estoy loca, si quicres, ¡pero quédate aquí!

-¡No sé cómo podría irme!

-Cállate. Pueden oírnos. ¡Oh, Dios, nos encontraran!

Allá abajo se oyó la voz de Mink. El señor Morris oyó un enorme zumbido, un susurro, un grito, una voz ahogada. En la planta baja llamaba el audiovisor, una y otra vez, insistentemente. ¿Será Helen quién llama?, pensó la señora Morris. ¿Y llamará por lo que creo que llama?

Unos pasos resonaron en el vestíbulo. Unos pasos pesados.

-¿Quién entra en la casa? -preguntó Henry, enojado-. ¿Quién anda allí?

Unos pies pesados. Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta. Cincuenta personas andaban por la casa. Un murmullo. Las risas de los niños.

-¡Por aquí! -dijo la voz de Mink.

-¿Quién anda abajo? -rugió Henry-. ¿Quién anda ahí?

-Oh, no, no, no, no -dijo su mujer débilmente, abrazándolo-. Por favor, tranquilízate. Quizá se vayan.

-¿Mamá? -llamó Mink-. ¿Papá? -Una pausa-. ¿Dónde estáis?

Unos pies pesados, pesados, muy pesados, subían por las escaleras. Mink caminaba ante ellos.

-¿Mamá? -llamó Mink-. ¿Papá?

Un silencio, un momento de espera.

Un murmullo. Las pisadas se acercaban al altillo. Mink iba adelante.

El señor y la señora Morris se abrazaron temblando. El murmullo eléctrico, la luz fría y rara que de pronto asomó por debajo de la puerta, el olor desconocido, la voz curiosamente ávida de Mink, traspasaron al señor Henry Morris. Allí se quedó, estremeciéndose, en el oscuro silencio, cerca de su mujer.

-¡Mamá! ¡Papá!

Pisadas. Un ligero sonido. La cerradura se fundió. La puerta se abrió de par en par. Mink espió el interior dcl altillo. Unas sombras altas y azules se alzaban detrás de ella.

-Cucú -dijo Mink.

El Cohete

Fiorello Bodoni se despertaba de noche y oía los cohetes que pasaban suspirando por el cielo oscuro. Se levantaba y salía de puntillas al aire de la noche. Durante unos instantes no sentiría los

olores a comlda vieja de la casita junto al río. Durante un silencioso instante dejaría que su corazón subiera hacia el espacio, siguiendo a los cohetes.

Ahora, esta noche, de pie y semidesnudo en la oscuridad, observaba las fuentes de fuego que murmuraban en el aire. ¡Los cohetes en sus largos y veloces viajes a Marte, Saturno y Venus!

-Bueno, bueno, Bodoni.

Bodoni dio un salto.

En un cajón, junto a la orilla del silencioso río, estaba sentado un viejo que también observaba los cohetes en la medianoche tranquila.

-Oh, eres tú, Bramante.

-¿Sales todas las noches, Bodoni?

-Sólo a tomar aire.

-¿Sí? Yo prefiero mirar los cohetes -dijo el viejo Bramante-. Yo era aún un niño cuando empezaron a volar. Hace ochenta años. Y nunca he estado todavía en uno.

-Yo haré un viaje uno de estos días.

-No seas tonto -dijo Bramante-. No lo harás. Este mundo es para la gente rica.-El viejo sacudió su cabeza gris, recordando-. Cuando yo era joven alguien escribió unos carteles, con letras de fuego: EL MUNDO DEL FUTURO. Ciencia, confort, y novedades para todos. ¡Ja! Ochenta años. El futuro ha llegado. ¿Volamos en cohetes? No. Vivimos en chozas, como nuestros padres.

-Quizá mis hijos -dijo Bodoni.

-¡Ni siquiera los hijos de tus hijos! -gritó el hombre viejo-. -Sólo los ricos tienen sueños y cohetes

Bodoni titubeó.

-Bramante, he ahorrado tres mil dólares. Tardé seis años en juntarlos. Para mi taller, para invertirlos en maquinaria. Pero desde hace un mes me despierto todas las noches. Oigo los cohetes. Pienso. Y esta noche, al fin, me he decidido. ¡Uno de nosotros irá a Marte!

Los ojos de Bodoni eran brillantes y oscuros.

-Idiota -exclamó Bramante-. ¿A quién elegirás? ¿Quién irá en el cohete? Si vas tú, tu mujer te odiará, toda la vida. Habrás sido para ella, en el espacio, casi como un dios. ¿Y cada vez que en el futuro le hables de tu asombroso viaje no se sentirá roída por la amargura?

-No, no.

-¡Sí! ¿Y tus hijos? ¿No se pasarán la vida pensando en el padre que voló hasta Marte mientras ellos se quedaban aquí? Qué obsesión insensata tendrán toda su vida. No pensarán sino en cohetes. Nunca dormirán. Enfermarán de deseo. Lo mismo que tú ahora. No podrán vivir sin ese viaje. No

les despiertes ese sueño, Bodoni. Déjalos seguir así, contentos con su pobreza. Dirígeles los ojos hacia sus manos, y tu chatarra, no hacia las estrellas...

-Pero . . .

-Supón que vaya tu mujer. ¿Cómo te sentirás, sabiendo que ella ha visto y tú no? No podrás ni mirarla. Desearás tirarla al río. No, Bodoni, cómprate una nueva demoledora, bien la necesitas, y aparta esos sueños, hazlos pedazos.

El viejo calló, con los ojos clavados en el río. Las imágenes de los cohetes atravesaban el cielo, reflejadas en el agua.

-Buenas noches -dijo Bodoni.

-Que duermas bien -dijo el otro.

Cuando la tostada saltó de su caja de plata, Bodoni casi dio un grito. No había dormido en toda la noche. Entre sus nerviosos niños, junto a su montañosa mujer, Bodoni había dado vueltas y vueltas mirando el vacío. Bramante tenía razón. Era mejor invertir el dinero. ¿Para qué guardarlo si sólo un miembro de la fanlilia podría viajar en el cohete? Los otros se sentirían burlados.

-Fiorello, come tu tostada -dijo María, su mujer.

-Tengo la garganta reseca -dijo Bodoni.

Los niños entraron corriendo. Los tres muchachos se disputaban un cohete de juguete; las dos niñas traían unas muñecas que representaban a los habitantes de Marte, Venus y Neptuno: maniquíes verdes con tres ojos amarillos y manos de seis dedos.

-¡Vi el cohete de Venus! -gritó Paolo.

-Remontó así, ¡chiii! -silbó Antonello.

-¡Niños! -gritó Fiorello Bodoni, tapándose los oídos.

Los niños lo miraron. Bodoni nunca gritaba.

-¡Escuchad todos! -dijo el hombre, incorporándose-. He ahorrado algún dinero. Uno de nosotros puede ir a Marte.

Los niños se pusieron a gritar.

-¿Me entendéis? -preguntó Bodoni-. Sólo uno de nosotros. ¿Quién?

-¡Yo, yo, yo! -gritaron los niños.

-Tú -dijo María.

-Tú -dijo Bodoni.

Todos callaron. Los niños pensaron un poco.

-Que vaya Lorenzo... es el mayor.

-Que vaya Mirianne... es una chica.

-Piensa en todo lo que vas a ver -le dijo María a Bodoni, con una voz ronca. Tenía una mirada rara-. Los meteoros, como peces. El Universo. La Luna. Debe ir alguien que luego pueda contarnos todo eso. Tú hablas muy bien.

-Tonterías. No mejor que tú -objetó Bodoni.

Todos temblaban.

-Bueno -dijo Bodoni tristemente, y arrancó de una escoba varias pajitas de distinta longitud- La más corta gana. -Abrió su puño-. Elegid.

Solemnemente todos fueron sacando su pajita.

-Larga.

-Larga.

Otro.

-Larga.

Los niños habían terminado. La habitación estaba en silencio.

Quedaban dos pajitas. Bodoni sintió que le dolía el corazón.

-Vamos -murmuró-. María.

María tiró de la pajita.

-Corta -dijo.

-Ah -suspiró Lorenzo, mitad contento, mitad triste- Mamá va a Marte.

Bodoni trató de sonreir.

-Te felicito. Mañana compraré tu pasaje.

-Espera, Fiorello...

-Puedes salir la semana próxima... –murmuró Bodoni.

María miró los ojos tristes de los niños, y las sonrisas bajo las largas y rectas narices. Lentamente le devolvió la pajita a su marido.

-No puedo ir a Marte.

-¿Por qué no?

-Pronto llegará otro bebé.

-¿Cómo?

María no miraba a Bodoni.

-No me conviene viajar en este estado.

Bodoni la tomó por el codo.

-¿Es cierto eso?

-Elegid otra vez.

-¿Por qué no me lo dijiste antes? -dijo Bodoni incrédulo.

-No me acordé.

-María, María -murmuró Bodoni acariciándole la cara. Se volvió hacia los niños-. Empecemos de nuevo.

Paolo sacó en seguida la pajita corta.

-¡Voy a Marte! -gritó dando saltos-. ¡Gracias, papá!

Los otros chicos dieron un paso atrás.

-Magnífico, Paolo.

Paolo dejó de sonreir y examinó a sus padres, hermanos y hermanas.

-Puedo ir, ¿no es cierto? -preguntó con un tono inseguro.

-Sí.

-¿Y me querrán cuando regrese?

-Naturalmente.

Paolo alzó una mano temblorosa. Estudió la preciosa pajita y la dejó caer, sacudiendo la cabeza.

-Me había olvidado. Empiezan las clases. No puedo ir. Elegid otra vez.

Pero nadie quería elegir. Una gran tristeza pesaba sobre ellos.

-Nadie irá -dijo Lorenzo.

-Será lo mejor -dijo María.

-Bramante tenía razón -dijo Bodoni.

Fiorello Bodoni se puso a trabajar en el depósito de chatarra, cortando el metal, fundiéndolo, vaciándolo en lingotes útiles. Aún tenía el desayuno en el estómago, como una piedra. Las herramientas se le rompían. La competencia lo estaba arrastrando a la desgraciada orilla de la pobreza desde hacía veinte años. Aquella era una mañana muy mala.

A la tarde un hombre entró en el depósito y llamó a Bodoni, que estaba inclinado sobre sus destrozadas maquinarias.

-Eh, Bodoni, tengo metal para ti.

-¿De qué se trata, señor Mathews? –pregunto Bodoni distraídamente.

-Un cohete. ¿Qué te pasa? ¿No lo quieres?

-¡Sí, sí!

Bodoni tomó el brazo del hombre, y se detuvo, confuso.

-Claro que es sólo un modelo -dijo Mathews-. Ya sabes. Cuando proyectan un cohete construyen primero un modelo de aluminio. Puedes ganar algo fundiéndolo. Te lo dejaré por dos mil...

Bodoni dejó caer la mano.

-No tengo dinero.

-Lo siento. Pensé que te ayudaba. La última vez me dijiste que todos los otros se llevaban la chatarra mejor. Creí favorecerte. Bueno...

-Necesito un nuevo equipo. Para eso ahorré.

-Comprendo.

-Si compro el cohete, no podré fundirlo. Mi horno de aluminio se rompió la semana pasada.

-Sí, ya sé.

Bodoni parpadeó y cerró los ojos. Luego los abrió y miró al señor Mathews.

-Pero soy un tonto. Sacaré el dinero del banco y compraré el cohete.

-Pero si no puedes fundirlo ahora...

-Lo compro.

-Bueno, si tú lo dices... ¿Esta noche?

-Esta noche estaría muy bien -dijo Bodoni-. Sí, me gustaría tener el cohete esta noche.

Era una noche de luna. El cohete se alzaba blanco y enorme en medio del depósito, y reflejaba la blancura de la luna y la luz de las estrellas. Bodoni lo miraba con amor. Sentía deseos de acariciarlo y abrazarlo, y apretar la cara contra el metal contándole sus anhelos.

Miró fijamente el cohete.

-Eres todo mío -dijo-. Aunque nunca te muevas ni escupas llamaradas, y te quedes ahí cincuenta años, enmoheciéndote, eres mío.

El cohete olía a tiempo y distancia. Caminar por dentro del cohete era caminar por el interior de un reloj. Estaba construido con una precisión suiza. Uno tenía ganas de guardarselo en el bolsillo del chaleco.

-Hasta podría dormir aquí esta noche -murmuró Bodoni, excitado.

Se sentó en el asiento del piloto.

Movió una palanca.

Bodoni zumbó con los labios apretados, cerrando los ojos.

El zumbido se hizo más intenso, más intenso, más alto, más salvaje, más extraño, más excitante, estremeciendo a Bodoni de pies a cabeza, inclinándolo hacia adelante, y empujándolo junto con el cohete a través de un rugiente silencio, en una especie de grito metálico, mientras las manos le volaban entre los controles, y los ojos cerrados le latían, y el sonido crecía y crecía hasta ser un fuego, un impulso, una fuerza que trataba de dividirlo en dos. Bodoni jadeaba. Zumbaba y zumbaba, sin detenerse, porque no podía detenerse; sólo podía seguir y seguir, con los ojos cerrados, con el corazón furioso.

-¡Despegamos! -gritó Bodoni. ¡La enorme sacudida! ¡El trueno!-. ¡La Luna! -exclamó con los ojos cerrados, muy cerrados-. ¡Los meteoros! -La silenciosa precipitación en una luz volcánica-. Marte. ¡Oh, Dios! ¡Marte! ¡Marte!

Bodoni se reclinó en el asiento, jadeante y exhausto. Las manos temblorosas abandonaron los controles y la cabeza le cayó hacia atrás, con violencia. Durante mucho tiempo Bodoni se quedó así, sin moverse, respirando con dificultad.

Lenta, muy lentamente, abrió los ojos.

El depósito de chatarra estaba todavía allí.

Bodoni no se movió. Durante un minuto clavó los ojos en las pilas de metal. Luego, incorporándose, pateó las palancas.

-¡Despega, maldito!

La nave guardó silencio.

-¡Ya te enseñaré! -gritó Bodoni.

Afuera, en el aire de la noche, tambaleándose, Bodoni puso en marcha el potente motor de su terrible máquina demoledora y avanzó hacia el cohete. Los pesados martillos se alzaron hacia el cielo iluminado por la luna. Las manos temblorosas de Bodoni se prepararon para romper, destruir ese sueño insolentemente falso, esa cosa estúpida que le había llevado todo su dinero, que no se movería, que no quería obedecerle

-¡Ya te enseñaré! -gritó.

Pero sus manos no se movieron.

El cohete de plata se alzaba a la luz de la luna. Y más allá del cohete, a un centenar de metros, las luces amarillas de la casa brillaban afectuosamente. Bodoni escuchó la radio familiar, donde sonaba una música distante. Durante media hora examinó el cohete y las luces de la casa, y los ojos se le achicaron y se le abrieron. Al fin bajó de la máquina y echó a caminar, riéndose, hacia la casa, y cuando llegó a la puerta trasera tomó aliento y gritó:

-¡María, María, prepara las valijas! ¡Nos vamos a Marte!

-¡Oh!

-¡Ah!

-¡No puedo creerlo!

Los niños se apoyaban ya en un pie ya en otro. Estaban en el patio atravesado por el viento, bajo el cohete brillante, sin atreverse a tocarlo. Se echaron a llorar.

María miró a su marido.

-¿Qué has hecho? -le dijo-. ¿Has gastado en esto nuestro dinero? No volará nunca.

-Volará -dijo Bodoni, mirando el cohete.

-Estas naves cuestan millones. ¿Tienes tú millones?

-Volará -repitió Bodoni firmemente-. Vamos, ahora volveos a casa, todos. Tengo que llamar por teléfono, hacer algunos trabajos. ¡Salimos mañana! No se lo digais a nadie, ¿eh? Es un secreto.

Los chicos, aturdidos, se alejaron del cohete. Bodoni vio los rostros menudos y febriles en las ventanas de la casa.

María no se había movido.

-Nos has arruinado -dijo-. Nuestro dinero gastado en... en esta cosa. Cuando necesitabas tanto esa maquinaría.

-Ya verás -dijo Bodoni.

María se alejó en silencio.

-Que Dios me ayude -murmuró su marido, y se puso a trabajar.

Hacia la medianoche llegaron unos camiones, dejaron su carga, y Bodoni, sonriendo, agotó su dinero. Asaltó la nave con sopletes y trozos de metal; añadió, sacó, y volcó sobre el casco artificios de fuego y secretos insultos. En el interior del cohete, en el vacío cuarto de las máquinas, metió nueve viejos motores de automóvil. Luego cerró herméticamente el cuarto, para que nadie viese su trabajo.

Al alba entró en la cocina.

-María -dijo-, ya puedo desayunar.

La mujer no le respondió.

A la caída de la tarde Bodoni llamó a los niños.

-¡Estamos listos! ¡Vamos!

La casa estaba en silencio.

-Los he encerrado en el desván -dijo María.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Bodoni.

-Te matarás en ese cohete -dijo la mujer-. ¿Qué clase de cohete puedes comprar con dos mil dólares? ¡Uno que no sirve!

-Escúchame, María.

-Estallará en pedazos. Además no eres un piloto.

-No importa, sé manejar este cohete. Lo he preparado muy bien.

-Te has vuelto loco -dijo María.

-¿Dónde está la llave del desván?

-La tengo aquí.

Bodoni extendió la mano.

-Dámela.

María se la dio.

-Los matarás.

-No, no.

-Sí, los matarás. Lo sé.

-¿No vienes conmigo?

-Me quedaré aquí.

-Ya entenderás, vas a ver -dijo Bodoni, y se alejó sonriendo. Abrió la puerta del desván-. Vamos, chicos. Seguid a vuestro padre.

-¡Adiós, adiós, mamá!

María se quedó mirándolos desde la ventana de la cocina, erguida y silenciosa.

Ante la puerta del cohete, Bodoni dijo:

-Niños, vamos a faltar una semana. Vosotros tenéis que volver al colegio, y yo a mi trabajo. -Tomó las manos de todos los chicos, una a una-. Oíd. Este cohete es muy viejo y no volverá a volar. Y vosotros no podréis repetir el viaje. Abrid bien los ojos.

-Sí, papá.

-Escuchad con atención. Oled los olores del cohete. Sentid. Recordad. Así, al volver, podréis hablar de esto durante todas vuestras vidas.

-Sí, papá.

La nave estaba en silencio, como un reloj parado. La camara de aire se cerró susurrando detrás de Bodoni y sus hijos. Bodoni los envolvió a todos, como a menudas momias, en las hamacas de caucho.

-¿Listos? -les preguntó.

-¡Listos! -respondieron los niños.

-¡Allá vamos!

Bodoni movió diez llaves. El cohete tronó y dio un salto. Los niños chillaron y bailaron en sus hamacas.

-¡Ahí viene la Luna!

La Luna pasó como un sueño. Los meteoros se deshicieron como fuegos de artificio. El tiempo se deslizó como una serpentina de gas. Los niños gritaban. Horas más tarde, liberados de sus hamacas, espiaron por las ventanillas.

-¡Allí está la Tierra! ¡Allá está Marte!

El cohete lanzaba rosados pétalos de fuego. Las agujas horarias daban vueltas. A los niños se les cerraban los ojos. Al fin se durmieron, como mariposas borrachas en los capullos de sus hamacas de goma.

-Bueno -murmuró Bodoni, solo.

Saíió de puntillas del cuarto de comando, y se detuvo largo rato, lleno de temor, ante la puerta de la cámara de aire.

Apretó un botón. La puerta se abrió de par en par Bodoni dio un paso hacia adelante. ¿Hacia el vacío? ¿Hacia los mares de tinta donde flotaban los meteoros y los gases ardientes? ¿Hacia los años y kilómetros veloces, y las dimensiones infinitas?

No. Bodoni sonrió.

Alrededor del tembloroso cohete se extendía el depósito de chatarra.

Oxidada, idéntica, allí estaba la puerta del patio con su cadena y su candado. Allí estaban la casita junto al agua, la iluminada ventana de la cocina, y el río que fluia hacia el mismo mar. Y en el centro del patio, elaborando un mágico sueño se alzaba el ronroneante y tembloroso cohete. Se sacudía, rugía, agitando a los niños, prisioneros en sus nidos como moscas en una tela de araña.

María lo miraba desde la ventana de la cocina.

Bodoni la saludó con un ademán, y sonrió.

No pudo ver si ella lo saludaba. Un leve saludo, quizá. Una débil sonrisa.

Salía el sol.

Bodoni entró rápidamente en el cohete. Silencio. Todos dormidos. Bodoni respiró aliviado. Se ató a una hamaca y cerró los ojos. Se rezó a sí mismo. Oh, no permitas que nada destruya esta ilusión durante los próximos seis días. Haz que el espacio vaya y venga, y que el rojo Marte se alce sobre el cohete,. y también las lunas de Marte, e impide que fallen los films de colores. Haz que aparezcan las tres dimensiones, haz que nada se estropee en las pantallas y los espejos ocultos que fabrican el sueño. Haz que el tiempo pase sin un error.

Bodoni despertó.

El rojo Marte flotaba cerca del cohete.

-¡Papá!

Los niños trataban de salir de las hamacas. Bodoni miró y vio el rojo Marte. Estaba bien, no había ninguna falla. Bodoni se sintió feliz.

En el crepúsculo del séptimo día el cohete dejó de temblar.

-Estamos en casa -dijo Bodoni.

Salieron del cohete y cruzaron el patio. La sangre les cantaba en las venas. Les brillaban las caras.

-He preparado jamón y huevos para todos –dijo María desde la puerta de la cocina.

-¡Mamá, mamá, tendrías que haber venido, a ver, a ver Marte, y los meteoros, y todo!

-Sí -dijo María.

A la hora de acostarse, los niños se reunieron alrededor de Bodoni.

-Queremos darte las gracias, papá.

-No es nada.

-Siempre lo recordaremos, papá. No lo olvidaremos nunca.

Muy tarde, en medio de la noche, Bodoni abrió los ojos. Sintió que su mujer, sentada a su lado, lo estaba mirando. Durante un largo rato María no se movió, al fin, de pronto, lo besó en las mejillas y en la frente.

-¿Qué es esto? -gritó Bodoni.

-Eres el mejor padre del mundo -murmuró María.

-¿Por que?

-Ahora veo -dijo la mujer-. Ahora comprendo. -Acostada de espaldas, con los ojos cerrados, toinó la mano de Bodoni-. ¿Fue un viaje muy hermoso?

-Si.

-Quizá -dijo María-, quizá alguna noche puedas llevarme a hacer un viaje, un viaje corto, ¿no es cierto?

-Un viaje corto, quizá.

-Gracias -dijo María-. Buenas noches

-Buenas noches -dijo Fiorello Bodoni.

Epílogo

Era casi medianoche. La luna estaba alta en el cielo. El hombre ilustrado no se movía. Yo había visto lo que habia que ver. Los cuentos habían sido contados. Habían concluido.

Sólo quedaba ese espacio vacio en la espalda del hombre ilustrado, esa área de formas y colores borrosos. Y de pronto, mientras la estaba mirando, la vaga mancha roja comenzó a animarse. Una

forma cambió, disolviéndose lentamente en otra, y luego en otra. Y al fin apareció una cara, una cara que me miró desde la carne cubierta de colores, una cara con una nariz y una boca familiares, y unos ojos familiares.

Fue algo confuso. Vi sólo lo bastante como para levantarme de un salto. Allí me quedé, a la luz de la luna, temiendo que el aire o las estrellas pudieran moverse y despertaran a ese monstruoso museo que yacía a mis pies. Pero el hombre ilustrado dormía pacíficamente.

En ese cuadro de la espalda, el hombre ilustrado me apretaba el cuello con las manos, tratando de ahogarme. No esperé a que las imágenes se hicieran precisas y claras.

Corrí camino abajo a la luz de la luna. No miré hacia atrás. Un pueblecito se extendía ante mí, oscuro y dormido. Yo sabia que, mucho antes que amaneciese, no llegaria a ese pueblo...